

Helen Dillon

1854.

EL DONCEL

DE

DON ENRIQUE EL DOLIENTE

HISTORIA CABALLERESCA

DEL SIGLO QUINCE

POR

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA.

NUEVA EDICION.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,

3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,

CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1848

EL DONCEL

DE

DON ENRIQUE EL DOLIENTE.

CAPITULO I.

Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre el velar.
Cancionero general.

Antes de enseñar el primer cabo de nuestra narracion fidedigna, no nos parece inútil advertir á aquellas personas en demasía bondadosas que nos quieran prestar su atencion, que si han de seguirnos en el laberinto de sucesos que vamos á enlazar unos con otros en obsequio de su solaz, han menester trasladarse con nosotros á épocas distantes y á siglos remotos, para vivir, digámoslo así, en otro órden de sociedad en nada semejante á este que en el siglo XIX marca la adelantada civilizacion de la culta Europa. Tiempos felices, ó infelices, en que ni la hermosura de las poblaciones, ni la fácil comunicacion entre los hombres de apartados paises, ni la seguridad individual que en el dia casi nos garantizan nuestras ilustradas legislaciones, ni una multitud, en fin, de refinadas y exquisitas necesidades ficticias satisfechas podian apartar de la imaginacion del cristiano la idea, que procura inculcarnos nuestro sagrado dogma, de que hacemos en esta vida transitoria una breve y molesta peregrinacion, que nos conduce á término mas estable y bienaventurado.

Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear

podian repetir con sobrada razon nuestros antepasados de cuatro ó cinco siglos : nuestra nacion, como las demás de Europa, no presentaba á la perspicacia del observador sino un caos confuso, un choque no interrumpido de elementos heterogéneos que tendian á equilibrarse, pero que la ausencia prolongada de un poder superior que los amalgamase y ordenase, completando el gran milagro de la civilizacion, se encontraban con extraña violencia en un vasto campo de disensiones civiles, de guerras exteriores, de rencillas, de desafíos, y á veces de crímenes, que

con nuestras extremadas instituciones mal en la actualidad se conformarian.

Una incomprensible mezcla de religion y de pasiones, de vicios y virtudes, de saber y de ignorancia, era el carácter distintivo de nuestros siglos medios. Aquel mismo príncipe que perdia demasiado tiempo en devociones minuciosas, y que expendia sus tesoros en piadosas fundaciones, se mostraba con frecuencia inconsecuente en su devocion, ó descubria de una manera bien perentoria lo frívolo de su piedad, pues, en vez de arreglar por esta su conducta, se le veia no pocas veces salir de los templos del Altísimo para ir á descansar de las fatigas del gobierno en los brazos de una seductora concubina, que usurpaba la mitad del lecho regio de su consorte despreciada. El caballero que volvia de reconquistar el santo sepulcro del Salvador, y que llevaba ricamente bordado en el pecho el signo augusto de la redencion, aquel mismo cruzado que al entrar en el gremio de la iglesia habia depuesto en las fuentes bautismales el vano deseo de venganza, adoptando y jurando, á imitacion del hombre Dios, el perdon de las injurias, sin el menor escrúpulo de conciencia declaraba las muestras de su organizacion irascible, que á gala tenia; á la menor sombra de pretendida ofensa corria lanza en ristre á partir el sol del palenque, y á abrir una ancha fuente de sangre humana en el pecho de su adversario, invocando á un tiempo por una inexplicable contradiccion el nombre santo de Dios, y el nombre profano de la dama por quien moria.

En vano la religion se esforzaba en dulcificar las costumbres de los hijos de los godos, exaltados por la prolongada guerra con los sarracenos. Es verdad que ganaba terreno, pero era con lentitud, entretanto se criaba el caballero para hacer la guerra y matar. Verdad es que los primeros enemigos contra quien debia dirigirse eran los moros; pero muchas veces lo eran tambien los cristianos, y habia quien matando dos de aquellos por cada uno de estos últimos, creia lavado el pecado de su espantoso error. Matar infieles era la grande obra meritoria del siglo, á la cual, como al agua bendecida por el sacerdote, daban engañados algunos la rara virtud de lavar toda clase de pecados.

Para los hombres el ejercicio de las fuerzas corporales, el fácil manejo de la pesada lanza, el arte de domeñar el espumoso bridon, la resistencia en el encuentro, y el pundonor falsamente entendido y llevado á un extremo peligroso; y para las mujeres el arte de conquistar con las gracias naturales y de artificio al campeon mas esforzado, y ceñirle al brazo la venda del color favorito, recompensa del brutal denuedo del vencedor del torneo, y el recato solo para con el caballero no amado, eran la educacion del siglo. Dios y mi dama, decia el caballero; Dios y mi caballero, decia la dama.

En medio del furor de guerrear que debia animar á todos en aquella época, algunos ministros del Altísimo no dudaban acompañar las huestes, armados á la vez como los guerreros, y aun cuando no desenvainasen en las lides la poderosa espada de Damasco y de Toledo para herir con ella al enemigo, esta costumbre arrastraba á algunos á autorizar

trances de rebelion del soberbio ricohombre contra la majestad de su rey y señor natural.

Un corto número de espíritus mas pusilánimes, ó acaso mas calculadores que sus contemporáneos, poseia la corta riqueza literaria griega y romana que de las ruinas del Partenon y del Capitolio habian podido salvar, en medio de la devastacion desoladora de la irrupcion de los bárbaros, algunas primitivas comunidades monásticas. El estudio todo que se hacia en los claustros estaba reducido, y debia estarlo, á la ciencia eclesiástica, la única que podia y debia salvar, como efectivamente salvó, á la Europa de su total ruina. Las bellezas gentílicas de los Homeros y Virgilios debian reservarse para otros tiempos; y los monasterios, conservando estos monumentos clásicos de la antigüedad, hacian á la literatura todo el servicio que podian hacerla. Otros espíritus no obstante se dedicaban fuera de aquellas escuelas al estudio, y la ciencia que adquirian era solo el medio criminal de granjearse una consideracion y una fortuna aun mas criminales todavía. Afectando la ciencia de los astros, ó una misteriosa comunicacion con el mundo de los espíritus, sabian abusar de la insensata credulidad de los reyes y de los pueblos, y convertir en propio y particular provecho suyo las luces que no trataban de difundir, sino antes de conservar entre sí clandestina y masónicamente, como un pérfido talisman que ejerciendo al cabo su irresistible influencia sobre los espíritus débiles é ignorantes, libraba en las manos de unos pocos empíricos solapados, la palanca poderosa con que movian y removian á su placer cuantos obstáculos á sus dañadas intenciones se pudieran presentar.

A esta época, pues, y al trato belicoso de los nietos de las hordas del norte, al centro de aquella informe sociedad, hija de padres tan contrarios como los bárbaros de la fria Noruega y las cultas ruinas de la capital del mundo, á esta época, á ese trato y á esa sociedad vamos á trasladar á nuestros lectores.

No se crea tampoco por el cuadro que rápidamente acabamos de bosquejar, que sea preciso entrar con horror á desentrañar las costumbres de tan inexplicable época; lejos de nosotros esta idea; tambien se ofrecen en ella virtudes colosales que no son por cierto de nuestros dias. El amor, el rendimiento á las damas, el pundonor caballeresco, la irritabilidad contra las injurias, el valor contra el enemigo, el zelo ardiente de la religion y de la patria, llevado el primero alguna vez hasta la supersticion, y el segundo hasta la odiosidad contra el que nació en suelo apartado; si no son prendas todas las mas adecuadas al cristianismo, no dejan por eso de tener su lado hermoso por donde contemplarlas; y aun su utilidad manifiesta, dado sobre todo el dato del órden de cosas entonces establecido, las hacia tan necesarias como deslumbradoras.

El carácter empero mas verdaderamente distintivo de la época, era la lucha establecida y siempre pendiente entre el príncipe y sus primeros súbditos; una escala ascendiente y descendiente que constituia á los pecheros vasallos de vasallos, y á los reyes señores de señores, era el principal obstáculo que impedia al poder ejercer á la vez su influencia igual

y equitativa por toda la extension de sus dominios; el pechero doblemente súbdito tenia dobles obligaciones (mas bien que contraidas impuestas) para con su dueño inmediato, y para con el señor natural de todos. Por otra parte era de notar el poder no reprimido de los orgullosos magnates, sin cuya cooperacion voluntaria hubiera sido una vana fantasma la autoridad del monarca. Este en todo trance de guerra se veia poco menos que precisado á mendigar los hombres de armas, que solo podian proporcionarle para las jornadas los ricoshomes que los sostenian á sus expensas, y por consiguiente á su devocion, y que desigualaban á placer la fuerza recíproca de los partidos con la mas leve inclinacion de su parte; el señorío absoluto (sino de derecho, de hecho) de vidas y haciendas en sus inmensos dominios; sus bien defendidos castillos feudales, de donde mal pudiera desalojarlos la sencilla arcabucería y manera de guerrear de la época; su orgullo, nacido de los grandes favores que en la continua reconquista contra moros les debia el rey y la patria; y la remision sobre todo de los agravios al duelo particular; al paso que inutilizaban toda la energía de un rey y sus buenas intenciones, eran las causas, por entonces irremediables, de la impunidad de los delitos; causas que perpetuaban la injusticia y el abuso de la fuerza de los primeros hombres de la nacion, que no habia especie de ambicion ni pasion frenética de que no se dejasen torpemente arrastrar.

Este era el estado de las costumbres de la Europa, y por consiguiente de nuestra España, en la época á que nos referimos. En el año en que pasaba lo que vamos á contar, hacia ya trece que don Enrique III, dicho el Doliente, y nieto del famoso don Enrique el Bastardo, habia subido á ocupar el trono, vacante por la desastrosa muerte de su padre don Juan I, ocurrida en Alcalá de Henares de caida de caballo. Y apenas habian bastado estos trece años para reparar los daños que su menor edad habia acarreado á Castilla desvalida.

El cisma duraba en la Iglesia desde la eleccion tumultuosa del arzobispo de Bari, llamado Urbano VI, ocurrida el año 1378, despues de la muerte de Gregorio onceno. Habíanse reunido los cardenales en cónclave; pero sabedores acaso los romanos de que la corte de Francia trataba de influir en la eleccion del cardenal de Génova ligado por parte de padre con los condes de Génova de la casa de Oliveros, y por parte de madre con los condes de Boloña, parientes de la casa real de Francia, se amotinaron, y precipitándose en el lugar del cónclave, despues de forzar las cerraduras, segun en nuestras leyendas se refiere, clamaron: « Papa romano queremos, ó á lo menos italiano, » de cuya infraccion notable y sacrílega resultó la eleccion del arzobispo, que se coronó el dia de Pascua de Resurreccion. Varios cardenales empero, refugiándose en el lugar de Anania, y despues en Fundi, proclamaron la invalidez de la eleccion forzada, y amparados de la corte de Francia eligieron al cardenal de Génova, que tomó el nombre de Clemente VII, y estableció la silla de su iglesia en Aviñon. Urbano y Clemente habian enviado entrambos al rey de Castilla, á la sazon Enrique II, sus mensajeros, así como los habia enviado en apoyo del último Carlos V, rey de Francia; la corte de Castilla permaneció por

entonces indecisa hasta consultar en materia tan delicada á sus varones mas famosos. Posteriormente, en el año 1381, el sucesor de don Enrique II, don Juan I, hallándose en Medina del Campo, y despues de haber reunido y consultado á sus prelados, ricoshombres y doctores, se decidió por Roberto de Génova, negando la obediencia al *intruso apostático Bartolomé*, como le llama en la carta que con fecha de Salamanca le escribió á Clemente VII, prestándole homenaje como á único papa verdadero. Mas adelante murió en su palacio de Aviñon el papa Clemente VII, á 26 de setiembre de 1394, reinando en Castilla don Enrique III; y sus cardenales, deseosos de la union de la Iglesia, se propusieron elegirle un sucesor, jurando todos antes sobre los santos evangelios renunciar el papazgo inmediatamente despues de nombrados, si así fuese necesario, y en el caso de que se ciñese á hacer otro tanto Urbano, para proceder unidos de nuevo todos los cardenales en Roma á la eleccion válida y conforme de uno solo. Fué elegido, pues, en Aviñon el cardenal don Pedro de Luna, aragonés de nacion, y ricohombre de los de Luna; negóse al principio á admitir la triple corona, pero una vez sentado en la silla apostólica, se resistió enteramente á las solicitudes de sus cardenales y del rey de Francia, que le envió á Juan duque de Berri y á Felipe duque de Borgoña sus tios, para que renunciase conforme habia jurado. Esto dió lugar á continuos debates, que se hallaban en pié todavía en el tiempo á que nos referimos, habiéndose declarado en favor de Benedicto, Francia, Castilla, Navarra y Aragon, y por él papa romano el emperador, la Inglaterra y la Italia.

Con respecto á Portugal, Castilla seguia defendiendo, aunque débilmente, sus derechos: verdad es que desde la infausta jornada de Aljubarrota, perdida por la impericia estratégica de los jóvenes y acalorados caballeros del ejército de don Juan I, este mismo habia casi abandonado las esperanzas de recobrar aquel reino que indisputablemente le perteneciera por su boda con doña Beatriz, hija y única heredera del muerto rey don Fernando. El odio entre portugueses y castellanos, y el empeño sobre todo de aquellos en no ver nuevamente fundido en la corona de Castilla su suelo independiente, habia dado una popularidad extraordinaria al maestre de Avís; ayudado de ella se propasó á quitar la vida al conde de Oren en el mismo palacio de la regenta, y permitió á sus partidarios la muerte del infeliz obispo de Lisboa, despeñado de la torre: erigióse rey en Coimbra con el dictado de Juan I despues de la resignacion de regenta de la viuda Leonor, y reclusion de esta por nuestro rey en el monasterio de Otordesillas, como le llaman nuestras crónicas contemporáneas.

Ya don Juan I de Castilla, en su testamento otorgado en Celórico de la Vera, poco antes de la jornada de Aljubarrota, vacilando él mismo sobre la legitimidad de sus derechos, al legárselos á su hijo y sucesor Enrique III, le habia legado tambien las dudas que acerca de tan delicada contienda en su propio corazon albergaba. En la época de nuestra narracion, era tan débil ya la guerra que se sostenia contra Portugal, que mas parecia efectos de una obstinacion irrealizable, que una verdadera lucha que presentase síntomas de un término definitivo. Ni apenas se hubiera

dicho que semejante guerra existia entre las dos naciones, si no lo hubiesen atestiguado las continuas treguas y largos armisticios, que continuamente por una parte y otra se ratificaban.

Enrique III, al subir al trono á los catorce años para dar fin á la anarquía, que en el Estado alimentaran sus poderosos tutores, habia ratificado las ligas hechas por su padre con don Carlos VI de Francia y con los reyes de Aragon y de Navarra; y solo con el rey moro de Granada sostenia una guerra muy semejante en su lentitud y en sus largas treguas á la de Portugal.

Tal era tambien el estado político de Castilla en la época de nuestra historia caballeresca, á que daremos principio desde luego sin detenernos mas tiempo en digresiones preparatorias, de poco interés acaso para el lector, si bien hasta cierto punto necesarias para la particular inteligencia de los hechos que á su vista tratamos de exponer sencilla y brevemente.

Con respecto á la veracidad de nuestro relato, debemos confesar que no hay crónica ni leyenda antigua de donde le hayamos trabajosamente desenterrado; así que, el lector perdiera su tiempo si tratase de irle á buscar comprobantes en ningun libro antiguo ni moderno: respondemos sin embargo de que si no hubiese sucedido, pudo suceder cuanto vamos á contar, y esta reflexion debe bastar tanto mas para el simple novelista, cuanto que historias verdaderas de varones doctos andan por esos mundos impresas y acreditadas, de cuyo contenido no nos atreveríamos á sacar tantas líneas de verdad, ó por lo menos de verosimilitud, como las que encontrará quien nos lea en nuestras páginas, tan fidedignas como útiles y agradables.

CAPITULO II.

> De Mantua salió el marqués
> Danes Urgel el leale,
> Allá va á buscar la caza,
> A las orillas del mare.
>
> Con él van sus cazadores
> Con aves para volare,
> Con él van los sus monteros
> Con perros para cazare.
>
> *Cancionero de romances.*

A fines del siglo XIV estaba la hoy coronada y heróica villa de Madrid muy lejos de pretender al lugar preeminente que en la actualidad ocupa en la lista de los pueblos de la Península. Toda su importancia estaba reducida á la fama de que gozaban sus espesos montes, los mas abundantes de Castilla en caza mayor y menor: el jabalí, la corza, el ciervo, hasta el oso feroz hallaba vivienda y alimento entre sus altos jarales, sus malezas enredadas, y sus silvestres madroñeros, que han desaparecido despues ante la destructora civilizacion de los siglos posteriores. El implacable leña-

dor ha derrocado por el suelo con el hacha en la mano la erguida copa de los pinos y robles corpulentos para satisfacer á las necesidades de la poblacion, considerablemente acrecentada; y el hombre ha venido á hollar la magnífica alfombra que la naturaleza habia tendido sobre su suelo privilegiado: ha tenido fuerzas para destruir, pero no para reedificar: la naturaleza ha desaparecido sin que el arte se haya presentado á ocupar su lugar. Inmensos arenales, oprobio de los siglos cultos, ofrecen hoy su desnuda superficie al pié del caminante; al servir los árboles de pasto al fuego insaciable del hogar, los manantiales mismos han torcido su corriente cristalina ó la han hundido en las entrañas de la madre tierra, conociendo ya, si se nos permite tan atrevida metáfora, la inutilidad de su influjo vivificador. Madrid, el antiguo castillo moro, la pobre y despreciada villa, ciñó mientras fué olvidada de los hombres la suntuosa guirnalda de verdura con que la naturaleza quiso engalanarle, y Madrid, la opulenta corte de reyes poderosos, término de la concurrencia de una nacion extendida, y tumba de sus caudales inmensos y de los de un mundo nuevo, levanta su frente orgullosa, coronada de quiméricos laureles, en medio de un yermo espantoso y semejante al avaro que, henchidas de oro las faltriqueras, no ve en torno de sí, do quiera que vuelve los ojos, sino miseria y esterilidad.

Al famoso soto de Segovia, que se extendia hasta el Pardo y mas acá, concurrian los reyes y los grandes de Castilla de todas partes para lograr el solaz de la cetrería y de la montería, placer privilegiado y peculiar de los feudales señores de la época.

El sol, rojo como la lumbre, despidiendo sus rayos horizontales por entre las altas copas de los árboles, marcaba el fin próximo de uno de los mas hermosos dias del mes de mayo: como á cosa de dos leguas de Madrid, una hermosa compañía de cazadores ricamente engalanados y vestidos turbaba todavía la tranquilidad del monte y de la selva; varias magníficas tiendas levantadas á orillas del Manzanares, eran indicio de haber durado aquel placer algunos dias: acababa de practicarse el último ojeo, y puestos los monteros en acecho esperaban en las encrucijadas á que asomase por alguna parte el animal para precipitarse sobre él con el venablo aguzado, y rendirle en tierra del primer golpe. Infinidad de reses de todas especies, suspendidas fuera y dentro de las tiendas, daban claras muestras de la destreza de los monteros y de la bienandanza del dia. En una de ellas preparaban varios manjares y daban vueltas á un largo asador dos hombres, que así revolvian con sus brazos arremangados el asador, como atizaban la brasa, que iba dorando ya el engrasado lomo de la víctima. Miraban tan interesante operacion otros dos personajes; el uno representaba tener á lo mas treinta años; su aire no comun, su rostro afable, aunque grave, sus maneras francas y su traje, sobre todo, daban á entender que podia pertenecer, sino al primer rango de la sociedad de aquel tiempo, á una buena familia por lo menos; y de todas suertes se echaba bien de ver á la primera ojeada en todo su exterior cierta libertad que solo dan la satisfaccion, la holgura y la costumbre de frecuentar grandes personajes, ya

que no se atreviera el observador á asegurar que él lo fuese. En frente de él se hallaba otro que podria tener veinte y cinco años : su personal era bueno, y sin embargo no sé qué expresion particular de siniestra osadía tenia su rostro; una sonrisa asomada de continuo á sus labios le daba cierto aire de complacencia obligada, que suponia en él el hábito de vivir al lado de personas de categoría superior á la suya : una voz verdaderamente seductora, sobre todo en sus modulaciones, probaba que no descuidaba medio alguno para captarse la voluntad : sus ojos, entre pardos y verdes, tenian no sé qué de talento y de misterio, y su pelo, crespo y de un rojo muy subido, prestaba á la cara que debiera adornar cierta aspereza y aun ferocidad rechazadora. Vestia un corto sayo pardo de montero, sujeto en el talle por un cinturon de baqueta verde, prendido con un gran broche de laton; llevaba unos botines altos de paño del mismo color del sayo y atacados hasta la rodilla, un capacete adornado de plumas blancas, y pendia de su cintura un largo cuchillo de monte.

En el momento en que su conversacion empieza á interesar á nuestra historia, decia el primero al segundo :

— ¿Puedo yo saber, Ferrus, cómo habeis dejado un solo momento el lado del poderoso conde de Cangas y Tineo?...

— Pardiez, señor Vadillo, me gusta mas ver al jabalí en la brasa que entre la maleza : sobre todo, desde que uno de ellos me rompió el año pasado junto á Burgos un rico sayo de vellorí, que me habia regalado el conde mi amo. Desde que me convencí colgado de un roble de que no habia mediado entre su colmillo y mi persona mas espacio que el que separa mi ropa de mi cuerpo, juré á todos los santos del paraíso no volver á ponerme en el camino de ningun animal de esa especie; son tan brutos, que así respetan ellos á un rimador favorito del pariente del rey, como á un montero adocenado. ¿Y puedo yo hacer la misma pregunta al señor Fernan Perez de Vadillo, primer escudero de su señoría?

— Os habeis hecho harto curioso y preguntón, Ferrus. Respondedme antes á otra pregunta, y despues veré de responderos á la vuestra, si me place. ¿Habeis visto un palafren que acaba de llegar de Madrid cubierto de polvo y devorando tierra, no hace medio cuarto de hora? ¿Habéisle conocido?

— Es Hernando, criado del doncel.

— ¿Y á qué vino?

— No lo sé, aunque lo sospecho. Me parece que su amo estaba encargado por el conde de una comision particular... El maestre de Calatrava estaba en los últimos...

— Cierto... acaso habrá terminado sus dias...

— Tal vez...

— ¿Y qué podria tener eso de comun con la venida de Hernando?

— Mucho; me temo que don Enrique de Villena anda hace tiempo acechando un maestrazgo.

— ¿Sabeis que es casado?

— ¿Puedo ignorarlo, señor Fernan Perez? Pero puedo asegurar á todo

el que tenga interés en saberlo, que don Enrique de Villena y su esposa doña María de Albornoz no son dos amantes...

—¡Chiton! Ferrus, no estamos solos; dijo alarmado el primer escudero echando una ojeada de desconfianza hácia el paraje donde daba vueltas todavía sobre la brasa el ciervo, impelido del brazo del infatigable repostero.

—Teneis razon, señor escudero. Nunca me acuerdo de que no es esa gente el mejor consonante para mis trovas.

—¿Y qué quereis decir con la proposicion que habeis aventurado? dijo acercándose á él Vadillo, y con tono de voz apenas perceptible.

— Solo sabré deciros, contestó Ferrus con igual misterio, que nuestros señores no duermen juntos...

—Brava ocasion para chanzas, Ferrus.

—¡Chanzas! ¿eh? Dígalo la señorita Elvira, vuestra misma esposa, que no se separa un punto de la condesa...

— Coplero, ¿quereis hablar alguna vez con formalidad? ¿y dejará de ser casado porque no haga vida comun con ella?...

—Decís bien, pero como allá van leyes... no os enojeis, haré por enfrenar mi lengua. ¿Sabeis la historia del rey don Pedro?

—¿Y bien?

— Casado estaba con doña Blanca de Borbon... y casó sin embargo con la Padilla...

—¿Y quereis suponer?... ¿Don Enrique seria capaz de imitar al rey cruel?...

—¿No habria un medio de compostura sin necesidad de que muriese mi señora doña María? ¿No hay casos en que el divorcio?...

— Mucho sabeis.

—¿Pensais que el rey Enrique III podrá negar muchas cosas á su tio don Enrique de Villena...

—No; el prestigio de que goza en la corte es demasiado grande.

—¿Y pensais que el señor Clemente VII se expondria á perder la amistad y proteccion de Castilla y Aragon en su lucha con Urbano VI, por tener el gusto de negar una bula de divorcio al conde de Cangas y Tineo?

— Por san Pedro, Ferrus, que teneis cabeza de cortesano mas que de rimador.

—Muchas gracias, señor Fernan. Algunos señores de la corte que me desprecian cuando pasan delante de mí en el estrado de su alteza, y que me dan una palmadita en la mejilla diciéndome: *A Dios, Ferrus; dinos una gracia*, podrian dar testimonio de mi destreza si supieran ellos...

— Entiendo: no estoy en ese caso.

—Yo estimo demasiado al primer escudero de mi amo para confundirle con la caterva de cortesanos, cuyo brillo me ofende, y cuya insolencia provoca mi venganza.

—¿Y en qué estamos de Hernando y de su comision? interrumpió Vadillo dándole la mano y apretándosela, como para dar á entender que aquel apreton de manos debia significar mas que todas las frases vulgares que en semejantes casos se dicen.

— Ya he dicho que no sé sino que sospecho que el conde quiere ser maestre; que Hernando puede traer noticias de la salud de don Gonzalo de Guzman, y que esta noche no se acostará don Enrique de Villena sin haber aligerado y repartido la carga de su secreto, si tiene alguno; tambien quiero ser franco, tal puede ser él que no me sea lícito confiarle ni á vos mismo. Pero atended. ¿No oís?

— ¿Qué es? repuso el escudero escuchando.

— Es la señal de haber salido la pieza; ¿no oís los ladridos de los sabuesos y la gritería de los monteros?

— En efecto, dijo Vadillo; salgamos, si es que no teneis miedo tambien de ver á esta distancia la caza.

—Salgamos.

Pasaba efectivamente como á tiro de ballesta un horrendo jabalí, perseguido de una jauría de valientes canes: ya dos de estos habian probado sus agudas defensas, dando al viento su sangre y sus entrañas palpitantes: mas de un montero, á punto de dar el golpe que hubiera terminado la ansiedad en que á todos los tenia la fiera, se habia visto arrebatado fuera del sendero que este seguia por su caballo espantado. « Por el valle, por el valle se escapa, » gritaban los ojeadores; y mas de diez cuernos, resonando en medio del silencio de la selva, habian dado aviso á los impacientes cazadores que en el llano se hallaban guardando los pasos y salidas. Mucho menos tiempo del que hemos tardado en describir esta maniobra tardó en desaparecer á los ojos de nuestros pacíficos observadores por entre la espesura la encarnizada caterva, cuyos individuos apenas podian percibirse ya á tal distancia y á aquellas horas.

Perdíanse en la lontananza los cazadores, y el ruido tambien de sus voces y sus bocinas, cuando salieron de la selva dos ginetes galopando á mas galopar hácia las tiendas donde se aderezaba el banquete para la noche, que empezaba ya á convidar al descanso con sus frescas auras y sus tinieblas á los fatigados perseguidores de las inocentes reses del soto de Manzanares.

— ¿No os dije yo, gritó Ferrus estirando el cuello y abriendo los ojos para reconocer á los caballeros, que la venida de Hernando nos traeria novedades de importancia? Mirad hácia la derecha por encima de ese ribazo, allí, ¿no veis? entre aquellos dos árboles, el uno mas alto y el otro mas pequeño... mas acá, seguid la indicacion de mi dedo... ahí... ahí...

— Sí, allí vienen dos galopando...

— ¿No reconoceis el plumero encarnado del mas bajo...

— Sí, él es...

— Hernando es el otro.

— ¿Qué apostais á que desde este momento se ha acabado ya la partida de caza?

—Sin embargo, sabeis que veníamos para cuatro dias, y no llevamos sino tres.

—En hora buena: pues no vuelva yo á hacer una estancia, ni á probar vino de Toro en la copa de mi señor, si dormimos esta noche aquí... y

voto va que si tal supiera diera principio á una pierna de esa ánima en pena, que está purgando en la brasa las corridas inútiles que habrá hecho dar por el bosque á mas de cuatro cazadores inexpertos. Y lanzó un suspiro clavando sus ojos en el asador, vuelto de espaldas al sitio de donde venian los cabalgantes.

—¿Qué haceis, Ferrus, ahí distraido? Apartad, apartad, gritó Vadillo sacudiéndole por un brazo y desviándole del camino mal su grado.

En esto llegaban los ginetes á las tiendas; y mientras que el uno de ellos se adelantaba á apearse y tener de la brida el caballo del otro, Ferrus, ambicioso de servir el primero al recien llegado, ganó por la delantera al escudero, y tomando el estribo con una mano, mientras que con la otra descubria su cabeza roja y ensortijada, acojió con su acostumbrada sonrisa de deferencia una rápida inclinacion de cabeza y una ojeada de amistosa proteccion que le dispensó el caballero.

—Ya veo, Ferrus, le dijo este al apearse, que pudieras desempeñar este oficio perfectamente si muriesen de repente todos los dignos escuderos de mi casa; y arrojó al descuido una mirada sardónica hácia el negligente Vadillo que, con el capacete en la mano é inclinando el cuerpo, esperaba sin duda á que le dejase algo que hacer el solícito poeta...

—No hay duda, señor, contestó Vadillo apreciando en su justo valor el ligero sarcasmo del caballero, que la costumbre de correr tras el consonante presta á los poetas cierta agilidad de que nunca podrá gloriarse un escudero indigno, aunque hijodalgo.

—Aunque hijodalgo, dijo entre dientes Ferrus, pero de modo que pudo oirlo el que era objeto de la consideracion y respeto de entrambos; cada uno es hijo de sus obras y las mias pueden ser tan honradas como las del primer escudero de Castilla.

—Paz, señores, paz, dijo el caballero; paz entre las musas y los hijosdalgo. En estos momentos he menester mas que nunca de la union de mis leales servidores; y quiso repartir un favor á cada uno para equilibrar el momentáneo desnivel de su constante amistad. Cubríos, Vadillo; la noche empieza á refrescar y vuestra salud me es harto preciosa para sacrificarla á una etiqueta cortesana. Ferrus, toma ese pliego, y cuando estemos en Madrid me dirás tu opinion acerca de ese incidente que me anuncian; tú sabrás si es fausto ó desdichado para nuestros planes.

Cogió Ferrus el pergamino y guardóle en el seno con aire de satisfaccion, echando una mirada de superioridad sobre el desairado escudero; superioridad que efectivamente le daba la confianza que en público acababa de hacer de él su distinguido señor. Pero este, atento á la menor circunstancia que pudiera renovar el mal apagado fuego de la rivalidad de sus súbditos, se apoyó en el brazo de su escudero y llevando á la izquierda al ambicioso juglar, y detrás á Hernando con entrambos caballos de las bridas, penetró en una tienda, á cuya entrada quedó este respetuosamente, esperando las órdenes que no debian tardar mucho en comunicársele.

La tienda en que entraron, inmediata á aquella donde hemos dicho

que se aprestaban las viandas, se hallaba sencillamente alhajada; una alfombra que representaba la caza del ciervo, y alegórica por consiguiente á las circunstancias, ofrecia blando suelo á nuestros interlocutores; cuatro tapices de extraordinaria dimension decoraban sus paredes ó lienzos con las historias del sacrificio de Abraham, de la casta Susana sorprendida en el baño por los viejos, del arca de Noé, y de la muerte de Holofernes á manos de la valiente y hermosa Judit. Una mesa artificiosamente trabajada de modo que pudiera armarse y desarmarse cómodamente para esta clase de expediciones, y varias banquetas de tijera fáciles de plegar, completaban el ajuar de aquella vivienda campestre y provisional; una cámara interior y reducida estaba ocupada por un lecho con su cubierta de seda labrada de damasco. Algunos arcos y ballestas suspendidas aquí y allí, y varios venablos apoyados en los rincones, daban á entender á la primera ojeada el objeto de la expedicion que en el campo detenia por aquellos dias á su dueño. Una armadura completa que en el lugar preeminente se veia suspendida, manifestaba que la seguridad personal no era olvidada de los caballeros belicosos del siglo XIV, ni aun entonces mismo que se entregaban á los placeres de una época pacífica y ajena de temores de guerra.

—Ferrus, partiremos inmediatamente, dijo el caballero á su confidente.

—¿Sin cenar, señor?

—¡Ferrus!

— Señor, interrumpió el juglar volviendo en sí de la distraccion y falta acaso de respeto á que habia dado ocasion la mucha familiaridad que su amo le consentia; si tus negocios han menester de mi ayuno, y si mi hambre puede en algo contribuir á su buen éxito, marchemos...

—Naciste para comer, Ferrus: hago mal en creer que tengo un hombre en tí...

—Pero, gran señor, tú propio anduvieras acertado en restaurar tus fuerzas; el camino hasta Madrid es malo y largo, la noche oscura, y Dios sabe si malhechores ó enemigos tuyos esperarán á que pasemos para enviarnos en pos del maestre... si es que ha muerto, añadió acercándosele al oido, como presumo. ¡Qué mal puede haber en que nos pillen reforzados!

—En buen hora, bachiller, deja de hablar. Fernan Perez, dispondreis que al rayar mañana el dia se recoja la batida, y marchareis á reuniros conmigo lo mas pronto que pudiéreis. Ferrus, haz que nos den un breve refrigerio. Seguiré tu consejo.

No oye el reo su indulto con mas placer que el que experimentó Ferrus al escuchar la revocacion de la cruel sentencia, que á dos largas horas de hambre le condenaba. En pocos minutos se vió cubierta la mesa de un limpio mantel labrado, y un opíparo trozo de exquisito morcon curado al fuego, se presentó ante los ávidos ojos de nuestros tres interlocutores. El hidalgo hizo plato á su señor que no quiso acelerar para su servicio el fin de la caza, ni se curó de llamar á los dependientes, á quienes tales oficios de su casa estaban cometidos; la situacion de su ánimo, devo-

rado al parecer de secretas ideas, y el deseo de permanecer en la compañía libre y desembarazada de aquellos en quienes depositaba su confianza, redujo á dos el número de sus servidores en tan crítica situacion. Luego que el hidalgo le hubo hecho plato y Ferrus servídole la copa : — Sentaos, dijo, y cenad, Fernan Perez, que bien podeis poner la mano en el plato de mi propia mesa. Sentóse respetuosamente al extremo de la mesa Vadillo, y el favorito permaneció en pié á la derecha de su señor, recibiendo de su propia mano los mejores bocados que este por encima del hombro le alargaba, como pudiera con un perro querido que hubiera tenido su estatura. Reíase Ferrus empero muy bien de esta manera de recibir los trozos de la vianda, á tal de recibirlos; sabia él además que lo que hubiera podido parecer desprecio á los ojos de un observador imparcial, era una distincion cariñosísima que le colocaba sobre todos los súbditos del caballero. Sin mortificarle estas ideas dábase priesa á engullir morcon, sin mas interrupcion que la que exijieron las dos ó tres libaciones que con rico vino de Toro, entonces muy apreciado, hacia de vez en cuando el taciturno y distraido personaje, cuyo nombre y circunstancias singulares no tardaremos en poner en claro para nuestros lectores.

Acabóse la corta refaccion sin hablar palabra de una parte ni de otra, sirviéronse las especias, y púsose aquel en pié.

— Partamos.

— Paréceme, gran señor, que harias bien en armarte mejor de lo que estás, porque ¡vive Dios que no quisiera que se quedase España sin tan gran trovador! y...

— ¡Chiton! Ponme en efecto esa armadura. Quitóse un capotillo propio de caza; púsose una lóriga ricamente recamada de oro sobre terciopelo verde; vistió una fuerte cota de menuda malla; ciñó una espada, y calzó las botas con la espuela de oro, insignia de caballeros de la mas alta jerarquía. Previnose tambien contra la intemperie envolviéndose en un tabardo de belarte, y despues que Ferrus se hubo armado, aunque mas á la ligera, montaron en sus caballos y se despidieron de Fernan Perez, encargándole sobre todo que en manera alguna dejase de estar á la mañana siguiente en la cámara de su grandeza á la hora comun de levantarse; prometiólo Vadillo, besándole el extremo de la lóriga, y al son de las cornetas de los cazadores que daban ya la señal de recojida á los monteros desparcidos, picaron de espuela nuestros viajeros seguidos de Hernando.

Ya era á la sazon cerrada y oscura la noche : no dicen nuestras leyendas que les acaeciese cosa particular que digna de contar sea. Ferrus trató varias veces de aventurar alguna frase truhanesca, de aquellas que solian provocar el humor festivo de su señor; pero el silencio absoluto de este le probó otras tantas que no era ocasion de bufonadas, y que la cabeza del caballero, sumamente ocupada con las revueltas ideas á que habia dado lugar el pliego que tan intempestivamente habia venido á arrancarle del centro de sus placeres, estaba mas para resolver silenciosamente alguna enredada cuestion de propio interés, que para prestar

atencion á sus gracias pasajeras. Resignóse, pues, con su suerte, y era tanto el silencio y la igualdad de las pisadas de sus trotones, que en medio de las tinieblas nadie hubiera imaginado que podia provenir de tres distintas personas aquel uniforme y monótono compás de piés.

Dos horas habian trascurrido desde su salida de las tiendas, cuando dando en las puertas de Madrid llegaron á entrar en el cubo de la Almudena, y dirigiéndose al alcázar que á la sazon reedificaba el rey don Enrique III en esta humilde villa, llegó el principal de los viajeros á su labio el cuerno, que á este fin no dejaba nunca de llevar un caballero, é hizo la señal de uso en aquellos tiempos; la cual oida y respondida en la forma acostumbrada, no tardaron mucho en resonar las pesadas cadenas, que inclinando el puente levadizo dieron fácil entrada en el alcázar á nuestros personajes: dirigiéronse inmediatamente á las habitaciones interiores sin interrumpir el silencio de su viaje, sino con el ruido de sus fuertes pisadas, cuyo eco resonaba por las galerías donde los dejaremos, difiriendo para el capítulo siguiente la prosecucion del cuento de nuestra historia.

CAPITULO III.

Ellos en aquesto estando
Su marido que llegó:
—¿Qué haceis la bianca niña,
Hija de padre traidor?
—Señor, peino mis cabellos:
Peinolos con gran dolor,
Que me dejais á mi sola
Y á los montes os vais vos.

Anónimo.

Hallábase concluida la parte principal del alcázar de Madrid, y habitábala ya el rey con gran parte de su comitiva siempre que el placer de la caza le obligaba á venir á esta villa, cosa que le aconteció algunas veces en su corto reinado.

Entre las habitaciones inmediatas á la de su alteza se contaban algunas de las principales dignidades de su corte, pero distinguíase entre todas la de don Enrique de Aragon, llamado comunmente de Villena: este jóven señor, uno de los mas poderosos y espléndidos de la época, era tio del rey don Enrique III y descendiente por línea recta de don Jaime de Aragon. Su padre don Pedro, casado con doña Juana, hija bastarda de don Enrique II, y reina despues de Portugal, habia muerto en la batalla de Aljubarrota. Correspondíale de derecho á don Enrique el marquesado de Villena, que su abuelo don Alfonso, primer marqués de ese título, á quien le dió don Enrique II, habia cedido á su hijo don Pedro, reservándose solo el usufructo por toda su vida. Pero habiendo el rey don Enrique III en su menor edad invitado al marqués don Alfonso á que

viniese á ejercer su título de condestable de Castilla que le diera don Juan I, y habiéndose él negado con frívolos pretextos á tan justa exigencia, se aprovechó esta ocasion de volver á la corona aquellos ricos dominios, que como fronteros de Aragon no se creia prudente que estuviesen en poder de un príncipe de aquel reino. Dióse en compensacion á don Enrique el señorío de Cangas y Tineo con título de conde, y su mujer doña María de Albornoz le habia traido además en dote la villa de Alcocer, Salmeron, Valdeolivas y otras; con todo lo cual podia justamente reputársele uno de los mas ricos señores de Castilla. No habia pensado él nunca en acrecentar sus estados por los medios comunes en aquel tiempo de conquistas hechas á los moros. Mas cortesano que guerrero, y mas ambicioso que cortesano, habia desdeñado las armas, para las cuales no era su carácter muy á propósito, y su aficion marcada á las letras le habia impedido adquirir aquella flexibilidad y pulso que requiere la vida de corte. Las lenguas, la poesía, la historia, las ciencias naturales habian ocupado desde muy pequeño toda su atencion. Habíase entregado tambien al estudio de las matemáticas, de la astronomía, y de la poca física y química que entonces se sabia. Una erudicion tan poco comun en aquel siglo, en que apenas empezaban á brillar las luces en este suelo, debia elevarle sobre el vulgo de los demás caballeros sus contemporáncos; pero fuese que la multitud ignorante propendiese á achacar á causas sobrenaturales cuanto no estaba á sus alcances; fuese que efectivamente él tratase de prevalerse y abusar de sus raros conocimientos para deslumbrar á los demás, el hecho es que corrian acerca de su persona rumores extraños, que ora podian en verdad servirle de mucho para sus fines, ora podian tambien perjudicarle en el concepto de las mas de las gentes, para quienes entonces como ahora es siempre una triste recomendacion la de ser extraordinario. No dejaba de ser notado en él, á mas de su ambicion, cierto afecto decidido al bello sexo; y lo que era peor, notábase tambien que nunca se paró en los medios cuando se trataba de conseguir cualquiera de esos dos fines, que tenian igualmente dividida su alma ardiente, y que ocuparon exclusivamente todo el trascurso de su vida.

Hallábase ricamente alhajada la parte que en el alcázar habitaba este señor; costosos tapices, ostentosas alfombras de Asia, almohadones de la misma procedencia, cuanto el lujo de la época podia permitir se hallaba allí reunido con el mayor gusto y primor; ardian lentamente en los cuatro ángulos del salon principal pebeteros de oro que exhalaban aromas deliciosos del oriente, uso que habian introducido los árabes entre nosotros. A una parte del hogar se veia una mujer jóven y asaz bien parecida, vestida con descuido á la moda del tiempo, y sentada en una pesada poltrona, notable por su madera y por el mucho trabajo de adornos y relieves con que se habia divertido el artista en sobrecargarla: descansaban sus piés en un lindo taburete, y se hallaba ocupada en una delicada labor de su sexo. Ayudábala enfrente de ella á su trabajo y á pasar las horas de la primera noche, otra mujer todavía mas sencilla en su traje, y poco mas ó menos de su misma edad. Todo lo que la primera

le llevaba de ventaja á la segunda en dignidad y riqueza, llevaba la segunda á la primera en gracia y en hermosura. Tez blanca y mas suave á la vista que la misma seda; estatura ni alta ni pequeña; pié proporcionado á sus dimensiones, garganta disculpa del atrevimiento, y fisonomía llena de alma y de expresion. Su cabello brillaba como el ébano; sus ojos sin ser negros tenian toda la expresion y fiereza de tales, sus demás facciones mas que por una extraordinaria pulidez se distinguian por su regularidad y sus proporciones marcadas, y eran las que un dibujante llamaria en el dia académicas, ó de estudio. Sus labios algo gruesos daban á su boca cierta expresion amorosa y de voluptuosidad, á que nunca pueden pretender los labios delgados y sutiles; y sus sonrisas frecuentes llenas de encanto y de dulzura, manifestaban que no ignoraba cuánto valor tenian las dos filas de blancos y menudos dientes que en cada una de ellas francamente descubria. Cierta suave palidez, indicio de que su alma habia sentido ya los primeros tiros del pesar y de la tristeza, al paso que hacia resaltar sus vagas sonrisas, interesaba y rendia á todo el que tenia la desgracia de verla una vez para su eterno tormento.

En el otro extremo del salon bordaban un tapiz varias dueñas y doncellas en silencio, muestra del respeto que á su señora tenian. Hablaba esta con su dama favorita, pero en un tono de voz tal, que hubiera sido muy difícil á las demás personas, que al otro lado de la habitacion se hallaban, enlazar y coordinar las pocas palabras sueltas que llegaban á sus oidos enteras de rato en rato, cuando la vehemencia en el decir ó alguna rápida exclamacion hacian subir de punto las entonaciones del diálogo entre las dos establecido.

— Elvira, decia doña María de Albornoz á su camarera, Elvira, ¡cuánta envidia te tengo!

— ¿Envidia, señora? ¿A mí? contestó Elvira con curiosidad.

— Sí: ¿qué puedes desear? Tienes un marido que te ama, y de quien te casaste enamorada; tu posicion en el mundo te mantiene á cubierto de los tiros de la ambicion y de las intrigas de corte....

— ¿Y es doña María de Albornoz, la rica heredera, y la esposa del ilustre don Enrique de Villena, quien tiene envidia á la mujer de un hidalgo particular?...

— ¿De qué me sirve ser la esposa de ese ilustre don Enrique, si lo soy solo en el nombre? mira lo que en este momento está pasando; tres dias hace ya que partió á caza de montería; en esos tres dias Fernan Perez de Vadillo ha venido dos veces á ver á su mujer, y el conde de Cangas y Tineo prefiere á la vista de la suya la de los jabalíes y ciervos del soto. Elvira, si se hicieran las cosas de dos veces, doña María de Albornoz no volveria á dar su mano á un hombre cuyos sentimientos no le fuesen bien conocidos. ¡Maldita razon de estado! A un hombre de quien no supiese con seguridad que habia de ser el mismo con ella á los tres años que á los tres dias.

— ¿Dónde está, señora, ese caballero? preguntó con distraccion Elvira, lanzando un suspiro. ¿Dónde está?

—¿Dónde está? repitió asombrada la de Albornoz. ¿Tan difícil crees encontrar un esposo que me ame mas que don Enrique?

— Si me lo permitís, diré que no seria difícil; pero desde un esposo que os ame mas que don Enrique, hasta el hombre que buscábais hace poco, hay la misma distancia que hay desde la idea imaginaria que del matrimonio os habeis formado, hasta la realidad de lo que es este vínculo en sí verdaderamente.

— No te entiendo, Elvira.

— ¿Y me entenderíais si os dijera que hace tres años que me casé enamorada con Fernan Perez de Vadillo, y que él no lo estaba menos segun todas las pruebas que de ello me tenia dadas, y si os añadiese que ni yo encuentro ya en mi excelente esposo al amante por mas que le busco, ni él acaso encontrará en mí á la Elvira de nuestros amores?

— ¿Qué dices?

—Acaso no podreis concebirlo. Es la verdad sin embargo; estad segura empero de que en Castilla difícilmente pudiérais encontrar matrimonio mejor avenido; él me estima, y yo no hallo en el mundo otro que merezca mas mi preferencia. ¡Ah! señora, no está el mal en él ni en mí: el mal ha de estar, ó en quien nos hizo de esta manera, ó en quien exige de la flaca humanidad mas de lo que ella puede dar de sí... Perdonadme, señora: no debiera acaso hablar en estos términos, pero solo á vos confiaria estos sentimientos, que quisiera mantener encerrados eternamente en mi corazon. La vida comun, en la cual cada nuevo sol ilumina en el consorte un nuevo defecto que la venda de la pasion no nos habia permitido ver la víspera en el amante, se opondrá siempre á la duracion del amor entre los esposos. En cambio una estimacion mas sólida y un cariño de otra especie se establecen entre los desposados, y si ambos tienen alternativamente la deferencia necesaria para vivir felices, podrá no pesarles de haberse enlazado para siempre.

— ¡Qué consuelo derraman tus palabras en mi corazon, Elvira! si tú no te consideras completamente dichosa, creo tener menos motivos para quejarme: sin embargo, de buena gana te pediria un consejo que creo necesitar. Si tu esposo te insultase diariamente con su frialdad y su indiferencia nada menos que galantes, si tus virtudes no te bastasen á esclavizarle y contenerle en la carrera del deber...

— Redoblaria, señora, esas virtudes mismas: no sé si el cielo me tiene reservada esa amarga prueba; pero si tal caso llegase, fuerzas le pediria solo para resistirla y para vencer en generosidad al mal caballero, que con tan negra ingratitud premiase mi cariño y mi conducta irreprensible.

— Basta, Elvira, basta: seguiré tu consejo; está en armonía con mis propios sentimientos. Sí, la paciencia y la resignacion serán mis primeras virtudes. ¡Ah don Enrique, don Enrique! ¡y qué mal pagais mi afecto! ¡y qué poco sabeis apreciar la esposa que teneis!

— ¡Tened, señora! ¿no oís la señal del conde? no habeis oido una corneta?

— Imposible: llevan solo tres dias y fueron para cuatro.

—No importa; no he podido equivocarme: no, no me he equivocado; ¿oís las pesadas cadenas del puente?

—¡Cielos! No le esperaba. ¡Ah! estoy demasiado sencilla: Dios sabe si no será perdido el trabajo que emplee en adornarme.

—¿Qué decís?

—Sí, llama á mis dueñas.

Acercáronse dos dueñas de las que en la extremidad de la sala bordaban, á la indicacion que Elvira les hizo levantándose, y prosiguió la condesa.

—Arreglad mis cabellos, pasadme un vestido con el cual pueda recibir dignamente á mi esposo: probablemente nos dará lugar: nunca que viene de fuera deja de dirigirse primero á la cámara del rey para informarle de su llegada. Jamás me parecerá bastante todo el cuidado que puedo tener en engalanarme y aparecer á sus ojos armada de las únicas ventajas que nuestro sexo nos concede. Este mismo cuidado le probará el aprecio que hago de su amor: acaso vuelva en sí algun dia avergonzado de su conducta, y acaso no se frustren estas esperanzas que ahora te parecen infundadas.

Llegaron dos doncellas que en el menor espacio de tiempo posible recogieron sus hermosos cabellos sobre su rente y los prendieron con una rica diadema de esmeraldas: sustituyendo asimismo al sencillo vestido que la cubria otro lujosamente recamado de plata.

—Llegad, Guiomar, dijo á una de sus sirvientes doña María de Albornoz, llegad hasta el alabardero de la cámara del rey y ved de inquirir si es efectivamente don Enrique de Villena el caballero que acaba de entrar en el alcázar, como tengo sobrados motivos para sospecharlo.

Inclinó Guiomar la cabeza y salió á obedecer la órden que se le acababa de dar.

—¿Puedes comprender, Elvira, la causa que me vuelve á mi esposo un dia antes de lo que esperaba? ¿Acaso habrá amenazado su vida algun riesgo inesperado?

—No lo temas, señora. En el dia y en este punto de Castilla ningun miedo puede inspirarnos ni el moro granadino, ni el portugués: y por parte de los demás grandes, don Enrique está bien en la actualidad con todos. Acaso el rey le habrá enviado á buscar... algun asunto de estado podrá reclamar su presencia.

—Dices bien: me ocurre que la llegada del caballero que á todo correr entró esta mañana el alcázar pudiera tener algo de comun con esta sorpresa...

—¿Qué motivos... tienes, señora, para presumir?...

—Motivos... ningunos... pero mi corazon me engaña rara vez; y aun si he de creer á sus pensamientos nada bueno me anuncia este suceso.

—¿Pero sabes, señora, quién fuese el caballero?

—Hánme dicho solo que venia con un su escudero de Calatrava.

—¿De Calatrava? ¿y no sabes mas?...

—Dicen que es un caballero que viene todo de negro...

— ¿De negro?

— Quien me ha dado estos detalles ha dicho que no sabia mas del particular, pero paréceme, Elvira, que te ha suspendido esta escasa noticia que apenas basta para fijar mis ideas: ¿conoces algun caballero de esas señas...

— No, señora... son tan pocas las que me dais...

— Estás sin embargo inmutada...

— Guiomar está aquí ya, interrumpió Elvira, como aprovechando esta ocasion que la libraba de tener que dar una explicacion acerca de este reparo de la condesa... ella nos dará cuenta de...

— Guiomar, dijo levantándose doña María de Albornoz al ver entrar á su mensajera de vuelta de su comision, Guiomar, ¿es mi esposo quien ha llegado?

— Sí, señora, es don Enrique de Villena.

— Elvira, nuestros esposos.

— No, señora, viene solo con su juglar y con el escudero del caballero del negro penacho, que llegó esta mañana al alcázar.

— Mi corazon me decia que tenia algo de comun un suceso con el otro... ¿Y porqué tarda en llegar á los brazos de su esposa, Guiomar?

— Señora, no puedo satisfacer á tu pregunta: ni yo he visto á tu señor, ni le han visto en la cámara del rey todavía.

— ¿No?

— Parece que se ha dirigido en cuanto ha llegado á preguntar por la habitacion del caballero recien venido de Calatrava.

— ¡Qué confusion en mis ideas! Despejad vosotras: siento pasos de hombres; ellos son: Elvira, permanece tú sola á mi lado.

Oíanse efectivamente las pisadas aceleradas de varias personas, y se podia inferir que trataban andando cosas de mas que de mediana importancia, porque se paraban de trecho en trecho, volvian á andar y volvian á pararse hasta que se les oyó en el dintel mismo del gran salon. Las dueñas y doncellas salieron á la indicacion de su ama, y solo la impaciente doña María y su distraida camarera quedaron dentro con los ojos clavados en la puerta que debia abrirse muy pronto para dar entrada al esperado esposo.

— Podeis retiraros, dijo al entrar don Enrique de Villena á dos personas de tres que le acompañaban, y saludándose unos á otros cortesmente, el conde con su juglar se presentó dentro del salon á la vista de su consorte anhelante.

— Esposo mio, exclamó doña María, previniendo las frias caricias de su severo esposo: ¿tú en mis brazos tan presto?...

— ¿Os pesa, doña María? contestó con risa sardónica el desagradecido caballero.

— ¡Pesarme á mí de tu venida! yo que no deseo otra dicha sino tu presencia, y que solo para tí existo.

— ¿Y que solo para tí me engalano, pudiérais añadir, hoy que os encuentro tan prendida sabiendo que estoy en el monte?

— Y si solo tu venida...

— Me es indiferente, señora...

— Indiferente... ah... venís á insultar como de costumbre á mi dolor y á mi....

— Acabad...

— Sí, acabaré.... á mi necedad....

— Basta; no estamos solos, señora.

— ¡Elvira!.... dijo la de Albornoz echando sobre su camarera una mirada de dolor.

— Te entiendo, señora... te esperaré en tu cámara.

Salió doña Elvira del salon por una puerta que daba á otra pieza inmediata, con rostro decaido, ora procediendo su abatimiento de la prolongacion imprevista de la ausencia de su esposo, ó, lo que es mas creible, de la esperanza chasqueada que de ver entrar al caballero de Calatrava habia alimentado inútilmente.

— Ferrus, vos tambien podeis iros, dijo don Enrique á su juglar: esperadme en mi cámara, pero haced retirar á todo el mundo: que se acuesten mis donceles y mis pajes: vos solo podeis quedaros.... tenemos que tratar materias en que no habemos menester testigos.

— Serás obedecido, dijo el juglar, y salióse dejando á la de Albornoz retorciendo sus manos en medio de su desesperacion, y con los ojos clavados en el conde con cierto asombro, nada de extrañar en quien estaba como ella muy poco acostumbrada á tener con su esposo escenas solitarias, como la que al parecer de intento le preparaba.

— Ya estamos solos, exclamó don Enrique levantándose. Extrañareis este paso sin duda, la de Albornoz... al llegar aquí calló como si no estuviera muy resuelto todavía á decir lo que traia pensado, y empezó á pasearse á lo largo con pasos tendidos y acelerados...

— Perdonadme si no os he respondido mas pronto, contestó su esposa despues de una ligera pausa; creí que ibais á seguir hablando. ¿Deberé alegrarme de esta inesperada entrevista? ¿Por fin, vuestro corazon, don Enrique, se ha rendido á mi amor? ¿Habeis pensado ya decididamente volver la paz al pecho de vuestra esposa... y cortar de raiz las rencillas que han amargado hasta ahora nuestra desdichada union?

— ¿Desdichada? maldecida, debiérais decir, murmuró entre dientes el conde, paseándose siempre sin volver los ojos una sola vez á mirar á su aflijida mitad.

— Si tal es vuestro intento, continuó sin oirle la de Albornoz, ¿qué tardais en venir á los brazos de la mujer que mas os ama y que no ha amado nunca sino á vos?... Desechad esa dura indiferencia... si algun rubor de vuestra pasada frialdad os impide darme ese contento, yo os lo perdono todo.

— Perdon... gritó fuera de sí el conde al oir esta palabra que le sacó de su letargo... Perdon... vos á mí... ¿Y sabeis antes si os perdono yo á vos?

— ¡Santo cielo! ¡qué palabras! ¿pues en qué pude yo ser culpable jamás? ¿En amaros demasiado, en sufriros?... ¡Ah! perdonad, pero soy vuestra esposa y tengo derecho á vuestro amor, ó por lo menos á vuestra consideracion.

— No se trata ya de amor.

— ¿ Se ha tratado con vos alguna vez ?

—Lo ignoro; solo sé que ha llegado el caso de un rompimiento completo.

— ¿ Un rompimiento? ¡ Desgraciada María !... ¿ Y qué causa podreis alegar para tan indigna conducta ?...

— ¡ María ! gritó don Enrique.

— Sí, sacad el puñal todo : no os contenteis con apretarle en vuestra mano ; aquí teneis el corazon criminal que os ha querido bien ; acabad de una vez con el único estorbo de vuestros intentos... De otra manera, don Enrique, jamás conseguireis esa separacion ; yo quiero antes saber el motivo que os conduce á...

—Ya lo podeis haber conocido ; el estudio que ocupa todas las horas de mi vida me impide que me entregue como debiera á la contemplacion de una belleza terrenal... los hondos arcanos de las ciencias, el objeto importante de mis tareas misteriosas...

— ¿ Vos pretendeis embaucar como al vulgo de las gentes á vuestra misma esposa ?... ¡ Delirios !

— Bien, señora, pues que si no os satisface esa respuesta, os diré secamente : *mi voluntad.*

— Para ese divorcio que pretendeis, necesitais de la mia.

— Y esa es precisamente la que vengo á pediros...

— ¿ Yo dar mi consentimiento ?

— Vos... sí.

— Jamás.

— ¡ María ! ¿conoces mi furor ? Tú me le darás...

— ¡ Ah ! vos ocultais mal vuestra perfidia : vos amais á otra : no, no puede tener otro orígen ese extraño interés que manifestais.

— ¿ A otra mujer ? interrumpió rojo de cólera don Enrique... Cuando don Enrique de Villena pueda volver al estado de la estupidez y de la ignorancia de un ente que nace al mundo, entonces amará á una mujer...

— Mentís, don Enrique !...

— ¿ Mentís, María, habeis dicho ? ¿ mentís?

— Nada temo ya ; mentís como fementido caballero : yo os he visto mas de una vez, yo os he visto profanar con miradas de iniquidad la faz mas pura acaso y celestial que existe sobre la tierra : yo he leido en vuestros ojos el pecado : no me lo ocultareis...

— ¡ Silencio !

— Los ojos de una mujer que quiere ven mas de lo que pensais los hombres insensatos é ignorantes en medio de vuestra sabiduría...

— ¡ Silencio, repito ! dijo en voz ronca don Enrique : oid ; quiero conceder vuestras gratuitas suposiciones : ¿ pretendeis, imaginais vencer mi repugnancia á fuerza de amor ? Si tanto sabeis, no podeis ignorar que vuestra solicitud seria inútil...

— Lo sé ; dad gracias, don Enrique, á que no de ahora lo sé, y á que he llorado muchas lágrimas que han desahogado mi corazon ; que de no, con mis propias manos yo os hiciera pagar...

—Teneos, María; y acabemos... Si lo sabeis, y si ya de mucho tiempo habeis consentido en ello, de nada servirá vuestra tenacidad: dadme vuestro consentimiento y retiraos á un monasterio. Los estados de Salmeron, Alcozer y Valdeolivas que me trajísteis al matrimonio pagarán espléndidamente vuestra dote.

— Nunca: lo sé, y sé que todos mis esfuerzos serán inútiles; cederé, sí, cederé á la fuerza de los sucesos; empero nunca pondré yo misma la primera piedra para el edificio de mi deshonra. Haced, don Enrique, lo que gusteis; pero puesto que quereis guerra, guerra os juro de muerte...

— María, es en vano: desprecio tus baladronadas: mira este pergamino: tu firma hace falta al pié...

—Dejadme... Soltad...

— No os ireis sin firmarle.

—¿Cuál es su contenido?

—Una demanda de divorcio que pedís vos misma...

—¿Yo? Soltad.

—No; exclamó don Enrique deteniéndola con una mano mientras la enseñaba el pergamino extendido sobre la mesa con la otra, en que relucia su agudo puñal.

—¡Nunca! ¡socorro! ¡Elvira! ¡Elvira! gritó la desesperada condesa huyendo hácia la cámara.

— Callad, ó sois muerta, interrumpió con voz reconcentrada el conde fuera de sí arrojándose delante de ella para impedirle la salida: callad, ó temblad este puñal.

Pero ya era tarde: la condesa habia llegado al colmo de su indignacion, que estallaba en aquella coyuntura con tanta mas fuerza cuanto mayor tiempo habia estado comprimida en el fondo de su corazon. En vano procuraba taparla la boca su iracundo esposo imponiéndole repetidas veces la mano sobre los labios: no bien la separaba, sonidos inarticulados se escapaban del pecho de la condesa, y resonaban por los ámbitos del salon: en balde trataba el conde de sujetarla á sus plantas, la condesa, de rodillas conforme habia caido al querer huir, hacia inconcebibles esfuerzos por desasirse de aquellos lazos crueles que la detenian.

—¿No firmareis? repitió cuando la tuvo mas sujeta don Enrique: ¿no firmareis?...

En este momento se oyó una puerta que, girando sobre goznes ruidosos, iba á dar entrada en el salon á Elvira, que asustada acudia á las voces de su señora...

—Sí, gritó levantándose la de Albornoz animada con el ruido de la puerta, que hacia perder asimismo su posicion opresora al conde: sí, firmaré, firmaré; y añadiendo *pero de esta manera*, y precipitándose sobre el pergamino lo arrojó al fuego inmediato sin que pudiera evitarlo don Enrique estupefacto, á quien habia quitado la accion la inesperada vista de Elvira.

—¿Qué teneis, señora, que dais tantos gritos? preguntó azorada

Elvira echando una mirada exploradora de desconfianza hácia el conde, que con los brazos cruzados, pero sin pensar en esconder el puñal, parecia su propia estatua enclavada en medio de su casa.

Arrojóse la condesa en brazos de Elvira sin tener aliento sino para exhalar tristísimos ayes y profundos suspiros, y regar con abundantes y ardientes lágrimas el pecho de su camarera, donde ocultó su rostro avergonzado.

Volvió el conde al mismo tiempo las espaldas, sonriéndose con cierta expresion sardónica de desprecio y de indignacion, y sin proferir una sola palabra que pudiese dar á Elvira la clave de lo que entre sus señores habia pasado; anduvo varios pasos; escondió su puñal en la vaina, y al llegar á la pared apretó con su dedo un resorte oculto en la tapicería, el cual cedió y manifestó una puerta de la altura y ancho de una persona, secretamente practicada en aquella parte. Por ella desapareció como un espectro que se hunde en una pared, ó que se borra y desvanece al mirarle detenidamente; que no otra cosa hubiera parecido el conde al espectador que le hubiera mirado estando ignorante de la salida misteriosa, la cual no dejó despues de su desaparicion la menor señal de fractura, raya ó llave por donde pudiese conocerse que no era obra de magia ó de encantamiento.

CAPITULO IV.

Este es aquel Albenzayde
Que entre todos tiene fama.
Floresta de var. rom.

La cámara de don Enrique de Villena, adonde vamos á trasladar á nuestro lector, era una verdadera rareza en el siglo XV. Una ancha y pesada mesa, que en balde intentaríamos comparar con ninguna de las que entre nosotros se usan, era el mueble que mas llamaba la atencion al entrar por primera vez en el estudio del sabio. Varios voluminosos libros, de los cuales algunos abiertos presentaban á la vista del curioso gruesos caractéres góticos estampados, ó mejor diremos dibujados sobre pulidas hojas de pergamino; un reloj de arena; un enorme tintero, cuyos algodones hubieran podido prestar zumo para varios tomos en folio; dos ó tres lunas redondas, de aquellas con que solia surtir la reina del Adriático entonces á las personas ricas; algun espejo metálico girando sobre un eje á la manera de los modernos tocadores de las damas; varios instrumentos groseros de matemáticas, que el vulgo creia talismanes mágicos, y no pocos alambiques y redomas aplicables á usos químicos, si así podemos llamar á las confecciones misteriosas de los que en aquella

época encanecian buscando la piedra filosofal ó la esencia del oro; crisoles y aparatos sencillos, si bien costosos, de física, eran los objetos que cubrian la mesa que hemos procurado describir : veíanse á otra parte de la habitacion armas ofensivas y defensivas, que, segun la estima que en aquellos tiempos belígeros tenian, no dejaban nunca de verse en las cámaras de los caballeros : una lámpara de cuatro mecheros, suspendida del artístico arteson, y otra manual y mas pequeña colocada entre la confusion de objetos que llenaban la mesa, iluminaban el laboratorio del conde de Cangas y Tineo.

Un enorme sillon de baqueta, donde hubieran podido sentarse cómodamente mas de dos personas, completaba el ajuar del misterioso personaje de nuestros primeros capítulos.

En la noche á que nos referimos, y á una hora medianamente avanzada consideradas las costumbres del siglo, se hallaba en aquella pieza un hombre solo, en quien el lector reconocerá al momento á Ferrus con solo notar su sonrisa maligna y el aire de importancia y franqueza con que paseaba á lo largo y á lo ancho en una habitacion, de que ciertamente no era él el dueño. Despues de un momento de pausa, — Rui Pero, dijo en voz baja Ferrus, Rui Pero.

A esta interpelacion se manifestó otro hombre en la cámara.

— ¿Habeis llamado, señor Ferrus?

— Sí : ¿se ha recojido todo el mundo?

— Solo queda en pié el ballestero de la parte exterior de la puerta.

— Bien.

— Y yo, que como camarero de nuestro amo estoy aguardando su venida para prestarle los servicios de mi cargo.

— Es inútil : yo le serviré.

— Mirad que soy su camarero.

— Le serviré, os he dicho ; sé sus intenciones.

— En ese caso me retiraré.

— Es lo mejor que podeis hacer.

— Buenas noches, señor Ferrus.

— Esperad... decidme antes, ¿no habria algun paje cerca, por si fuese necesario despues servirse de una tercera persona?...

— Jaime ha quedado conmigo : está en la antecámara.

— Llamadle.

— Está bien.

— Id con Dios. Ya se fué... no sé por qué razon, dijo para sí luego que estuvo solo el juglar mirando á todas partes, no sé por qué razon he de tener miedo, cuando estoy solo en esta cámara. Verdad es que nunca he podido comprender cómo hay hombres valientes; y eso que en mas de un encuentro me he hallado yo mismo con el enemigo ; pero puedo jurar que me da mas miedo esta soledad que la compañía de diez moros y veinte portugueses en un dia de batalla. Estas voces que corren de que mi amo es nigromante y este aparato... ¡Dios me valga! no tocaria á una redoma de esas por mil cornados... ¿Quién sabe cuántas legiones de demonios podrán caber en cada una?... No será malo hacer la señal de

la cruz y santiguarme... ¿Qué es esto?... ¡Ah! no es nada; es mi sobrecapote, lo estaba pisando: hubiera dicho que tiraban de mí... Disimulemos el miedo; ya está aquí el paje: es preciso buscar un pretexto para estar acompañado.

A esta sazon entraba ya un pajecito que podria tener catorce ó quince años todo lo mas.

—El camarero dice ..

—Sí, el camarero dice bien: interrumpió Ferrus sin enterarse, y sin saber todavía qué pretexto suponer para justificar aquella intempestiva llamada. ¿Dormías, Jaime?

—Pésia mi alma si he podido en mi vida pegar los ojos en esta maldita cámara. El miedo me tiene mas despierto que una liebre.

—¿El miedo?

—Pienso que puedo hablar francamente con el señor Ferrus, y que no irá á decir á su señoría...

—Habla sin temor. Vamos, el muchacho es de los mios, dijo para sí el ingenioso juglar.

—Si va á decir verdad, puedo jurar por el salto que dió el Cid sobre la puerta de Burgos estando un dia á caballo, segun nos cuentan...

—Adelante.

—Puedo jurar que no veo sino espíritus del otro mundo... y á cada paso se me antoja que me arrebatan por los aires...

—¡Eh! interrumpió Ferrus echando una mirada á todas partes. ¡Ba! niñerías, Jaime, niñerías; yo te creí hombre de mas valor. ¡Qué valiente es uno, añadió para sí, cuando está con un cobarde!

—¿Niñerías? ¿os parece, señor Ferrus, que cuando las gentes han dado en hablar de la magia blanca ó negra, que ni aun eso quiero saber, de nuestro amo, no se lo tendrán bien sabido? Si hubiérais de dormir, como yo, algunas noches tabique por medio con nuestro señor conde, ya me daríais noticias de las niñerías; y sino decidme, ¿con quién habla mi amo cuando no habla con nadie?

—Claro está, con nadie.

—Quiero decir cuando está solo.

—¿Y con quién puede hablar?

—¿Con quién ha de ser? con el diablo que me lleve: ello es que habla, y que á él nadie le responde, y que se pasa las noches de claro en claro trabajando y afanando sobre esos cacharros que llama crisoles y rodeado de llamas, y que anda un olor tal que, Dios me perdone, si se me pasa por la imaginacion hacer conocimiento con el pomo de esencias de donde lo saca... Venid aquí, añadió el barbilampiño cogiendo de la mano inesperadamente á Ferrus, que se estremeció al sentirse tocado en tan crítica circunstancia; venid aquí, decidme qué significan esos garabatos que escribe sobre ese papel, y si no son signos diabólicos... ¡Mal año para mí! si quiero permanecer mas tiempo al servicio del señor conde... no, sino estéme yo aquí y llévese el diablo mi alma una noche, sin tener arte ni parte en los productos que sin duda le dará á nuestro amo por precio de la suya. Os digo que no se pasarán tres dias sin que me torne

al servicio de mi hermosa prima Elvira. A lo menos allí no hay mas hechizos que los de sus ojos.

— ¡Tate! señor paje, ¿con que se os entiende tambien á vos de esotros hechizos?

— Os aseguro que no estoy para aplaudir vuestras gracias. Mirad bien esos caractéres.

— Bien, paje, pero no hay necesidad de acercarse tanto: verdad es que son raros; imagino sin embargo, añadió el coplero afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, imagino que esos pueden ser versos, porque has de saber que el conde hace versos... y como ni tú ni yo sabemos leer ni escribir, acaso maliciemos...

— ¡Voto va! ¡no sabeis escribir! ¿Pues no baceis vos trovas tambien?

— Cierto que hago trovas, y las canto, que es mas; empero no las escribo.

— ¿Eh? ¿no digo yo que esos serán encantos?... Mirad, Ferrus, os quiero porque nos soleis hacer reir en el hogar con vuestras sandeces, quiero decir, con vuestras sales... yo os aconsejaria que imitárais mi ejemplo, y os viniérais...

— Eso no, señor paje; paso, paso, que antes me dejaré llevar de todos los espíritus que tengan el menor interés en especular con mis huesos, que abandonar á mi amo. Verdad es que no las tengo todas conmigo; pero todos los caballeros de la tabla redonda, incluso el rey Artus, que se volvió cuervo, ni los doce de Francia, no me convencerán de que don Enrique de Villena es tonto, y si él sabe mas que yo, quiero yo perderme cuando él se pierda...

— A la buena de Dios, señor Ferrus; ¿mas no oís pasos?

— ¡Santo cielo! exclamó Ferrus. ¡Ah! sí, es don Enrique; sí, será don Enrique; vete retirando... poco á poco... ¡Jaime! mas despacio; pudiera ser que no fuese él...

Miraba atento Ferrus á la parte de donde provenia el rumor á tiempo que el paje, de suyo poco inclinado á esperar aventuras de ninguna especie, y menos de aquella á que él se figuraba pertenecer la que se presentaba, se habia puesto ya en salvamento en la antecámara, donde le parecia que no estaba tan al alcance de los perniciosos efectos de las maléficas redomas que tanto temor le infundian. Santiguábase allí á su placer, y dábase prisa á besar una santa reliquia que en el pecho para tales ocasiones llevaba, con mas fervor que besaria un enamorado la blanca mano de su Filis dejada al descuido entre las suyas.

Miraba atento Ferrus, y no esperaba nada menos que el ver alguna desmesurada fantasma ó ridículo endriago que viniese á pedirle cuentas de su mal pasada vida. Abrióse por fin una puerta tan secreta como la que en nuestro capítulo anterior hablando del salon dejamos descrita, y se presentó á los ojos del espantado confidente la persona del mismo don Enrique, á la cual daba cierto aire nada tranquilizador la escena que acababa recientemente de pasar entre él y su desdichada esposa, la de Albornoz.

— ¡Maldita tenacidad! entró diciendo con voz iracunda el enojado

conde sin reparar en su medroso confidente, ni menos acordarse de la órden que de esperarle en su cámara le tenia anteriormente conferida. Mal conoce á don Enrique el desdichado que pretende atravesarse en el camino de sus planes, añadió acercándose á la mesa; resiste, infeliz, resiste mañana todavía, y conocerás bien pronto quién es don Enrique de Villena.

— Señor, perdonadme si os he ofendido, exclamó hincándose de hinojos el espantado Ferrus, é interpretando contra sí el sentido de las últimas palabras del conde, únicas que habia oido distintamente. Perdonadme...

— ¡Ah! ¿estás ahí? dijo Enrique volviendo en sí: ¿qué haces en esa postura? ¿rezas? insensato.

— Sí, gran señor, insensato, pero te juro que mi intencion es buena.

— Alza, ¿has perdido el juicio? Bien que nunca le tuviste. Alza, miserable, ¿no sabrás distinguir jamás cuándo es ocasion de farsas, y cuándo no?

— Dios me perdone, dijo levantándose Ferrus; Dios me perdone mis muchos pecados. Dame tus órdenes, y te probará tu esclavo si desconoce la oportunidad de servirte.

— ¿Estás solo?

— Solo, con mi miedo, iba á decir el intempestivo juglar, pero el gesto mal encarado de su amo le recordó lo que acababa de decirle en aquel tono que tiene tanto prestigio sobre las almas débiles. Solo, señor, pronunció titubeando. Jaime es el único que vela en la antecámara.

— Dale las señas de la habitacion del caballero que ha llegado esta mañana de Calatrava. Que llegue á ella, que dé tres golpes, y que pronuncie mi nombre en voz baja; nada mas. Es señal convenida.

Salió Ferrus á obedecer la órden de su señor, y no tardó mucho en volver á entrar con la noticia de que quedaba desempeñada su comision con el mismo zelo de que tantas pruebas tenia dadas.

— En buen hora, Ferrus. Llégate mas cerca y habla bajo. Conozco tu zelo, y tú conoces mi poder. Hasta la presente creo haberte recompensado mas allá de tus esperanzas, y aun mas allá de lo que tus méritos exigian.

— Estoy harto pagado con el honor de servirte, dijo el astuto juglar.

— Bien, dejemos lisonjas que tú no crees ni yo tampoco: toma esas monedas: cada cornado que aceptas debe pesar mas que plomo en tu bolsillo si piensas faltarme algun dia; del plomo sabria hacer oro si lo hubiese menester; pero tambien del oro sabré hacer fuego si tu conducta...

— Ofendes á Ferrus, señor.

— Quiero creerlo así: escucha, dame el pergamino que te he confiado. Bien. El maestre de Calatrava ha muerto: esta es la nueva que aquí me dan.

— Dios le haya perdonado, y tenga su alma...

— Bien; esas no son cuentas nuestras. Atiende primero; luego le encomendarás; en el estado en que está, puede esperar mucho tiempo: lo

mismo es hoy que mañana. Nadie sabe en la corte todavía este importante suceso. El doncel favorito de Enrique III ha llegado á darme este aviso, y no ha descansado desde Calatrava hasta Madrid. Es preciso ser gran maestre de Calatrava antes que nadie piense en pretenderlo.

— Tendrás, señor, por enemigo á don Luis Guzman, sobrino del muerto.

— Despreciable enemigo: otro tengo mas cerca, Ferrus, y mas temible.

— ¿Mas temible y mas cerca?

— Sí, mas cerca y mas temible. Soy casado.

— Cierto que es mal enemigo la mujer propia...

— El instituto de la órden exige voto de castidad.

— Tambien es mal enemigo ese voto.

— Tregua á las chanzas, Ferrus. No es el enemigo el voto, ni en eso pudiera yo pararme. ¿Pero cómo combinar ese voto con mi estado?

— No serás el primero que se haya divorciado; yo te citaré ejemplos...

— Ninguno ignoro, y el paso ya le he dado, pero inútilmente; he levantado la caza y he perdido el rastro. La de Albornoz ha dado en el mas raro desatino que se pudiera imaginar, ama á su marido y es constante.

— Con todo, es mujer.

— Desgraciadamente, como hay pocas.

— ¿Es posible?

— Y sin embargo es preciso buscar un medio.

Quedóse un momento pensativo el conde como hombre que busca en su imaginacion agotada algun arbitrio, ó que espera en la inaccion que la casualidad le presente alguna idea luminosa que él se siente desesperado ya de encontrar.

Ferrus discurria en tanto mas de prisa, y aun un buen fisonomista, al ver sus ojos inciertamente fijos en el conde y sus labios moverse por sí solos maquinalmente, hubiera conocido cuán importantes reflexiones ocupaban su cabeza, que era en realidad mejor y mas firme de lo que á él le convenia aparentar. Bajo el velo de una lealtad ciega y de una estupidez atolondrada, ocultaba vastos planes, que sin duda hubiera llegado á realizar si la educacion ignorante que habia recibido en la clase ínfima de la sociedad no le hubiera rodeado de preocupaciones y supersticiones vulgares, que continuamente se atravesaban como obstáculos insuperables en el camino de su ambicion. En una palabra, no era el malvado bastante impío para las exigencias de su ambicion. Ya hacia tiempo que varias conversaciones que habia tenido con el conde le habian iluminado acerca de sus miras de alcanzar un maestrazgo; porque es de advertir que Villena, acostumbrado á no ver en Ferrus sino un juglar grosero é incapaz de planes para sí, lo tenia á su lado y en su favor con preferencia á cualquier otro: contaba con que era bueno para ejecutar, y á la par incapaz de penetrar los motivos de sus acciones, las cuales no siempre los tenian tan buenos que pudiese él gustar de que por el conducto de algun incauto ó taimado confidente llegase nunca el público á saberlos. Hacíase el conde además la doble ilusion tan comun en los hombres, y especialmente en los de talento, de creer que era sumamente dificultoso

escudriñar las causas de sus acciones y encontrar el hilo de sus intrigas. Así que, en muchas ocasiones en que no esperaba nada de la inventiva de su confidente, contábale sin embargo sus cuitas y hablaba alto delante de él, depositando en el taimado Ferrus sus mas importantes secretos, con la misma tranquilidad con que deja un moro sus pecados en el agujero practicado para el descargo de su conciencia. Si queria Ferrus influir en las determinaciones de su señor, soltaba las ideas que á su entender habia de aprovechar; pero soltábalas como ideas ocurridas al acaso sin plan ni conocimiento, y riéndose él primero de su supuesto desatino: tenia de este modo la habilidad de hacer que creyese don Enrique que eran suyas propias las ideas que mas de una vez le hacia él solo adoptar. Las mas veces se contentaba con escuchar, afectando una completa inmovilidad é indiferencia en sus facciones, actitud que le favorecia mucho para no perder una sola palabra; y en estas ocasiones se hubiera creido que don Enrique y su juglar eran un solo ente compuesto de dos personas; la una sublime é inteligente que debia discurrir, hablar y proponer, y la otra material y bruta encargada de escuchar.

En la circunstancia actual revolvia Ferrus aceleradamente en su imaginacion las ventajas que de lograr Villena el maestrazgo le podrian resultar, y cierto que no eran pocas. Don Enrique de Villena era rico por sí, es verdad, pero la pérdida de su marquesado de Villena le habia privado de un sinnúmero de castillos y vasallos, y su condado de Cangas y Tineo estaba casi en su totalidad reducido á tener bajo su jurisdiccion dos ó tres de los mejores montes de oso de toda España. Las posesiones que su mujer le habia traido en dote eran pingües, mas nunca habia querido contar con ellas como cosa suya, porque habiéndose llevado siempre mal con la de Albornoz, conocia que tarde ó temprano habia de llegar entre ellos el punto de una eterna separacion, y el caso por consiguiente de restituir lo que solo en calidad de dote habia recibido. Los maestres de las tres órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, eran entonces tres potentados á quienes solo la corona faltaba para poderse llamar reyes. Una infinidad de riquezas, castillos y vasallos no reconocian otro dueño, y su inclinacion á cualquier partido hacia un contrapeso casi imposible de vencer por el mismo rey con todo su poder.

Todo esto sabia Ferrus, y bien se le alcanzaba que cuanto creciese en gloria su señor creceria él en poder, y aun ¿quién sabe si habria concebido entre sus miras ambiciosas la de ser armado algun dia caballero, y verse alcaide de alguna fortaleza ó clavero de la órden, ó aun algo mas si el viento le soplaba en popa como hasta la presente le habia felizmente acontecido? Resolvió, pues, en su corazon poner de su parte cuantos medios estuviesen á su alcance para derribar el obstáculo que la de Albornoz presentaba á su futura grandeza, sin hacer escrúpulo alguno hasta de perderla si fuese preciso recurrir á medios violentos, que al parecer no debia tener adoptados todavía su agitado esposo. Quiso sin embargo explorar el campo, y soltar alguna expresion por donde pudiera conocer la firmeza del terreno en que iba á aventurar su pié mal seguro.

— Es preciso buscar un medio, repitió don Enrique despues de otra pausa de inútil reflexion.

— Si mi mujer, gran señor, se empeñara en estar casada conmigo á la fuerza, ó me fingiria impotente...

— ¿Estás loco? ¿impotente?

— ¿Crees, señor, que ella resistiria á esa prueba?... ó... hallaria algun medio para que se quitase ese obstáculo por el mismo término que se nos ha quitado el obstáculo del maestre...

— ¿Qué quieres decir?... dijo espantado don Enrique.

— ¡Eh! dijo Ferrus, afectando una risa estúpida. Digo que si yo, hablo de mí no mas, si yo supiera hacer del plomo oro como ha un rato me han dicho, tambien sabria hacer de los vivos muertos: y clavó sus ojos en los del conde para explorar el efecto que habia producido su expresion, bien como el muchacho despues de haber tirado la piedra anda buscando con los ojos en el espacio el punto que debe marcarle el alcance de su tiro.

— Lejos de mi semejante idea; si la separacion es imposible, no seré maestre; pero recurrir á una violencia, nunca; todavía no he manchado con sangre mi diestra: si la intriga no basta, no llamaré al puñal ni al veneno en mi socorro.

— ¿La intriga?... repitió vagamente el juglar, convencido de que habia aventurado demasiado: ¿sabes, señor, que si me das licencia yo he de encontrar de aquí á poco una intriga que te plazga? Tengo una idea, ya sabes que soy un necio, ó poco menos, pero acaso el espíritu que suele protegerte se valga de este medio grosero é indigno de tu grandeza para poner en tus manos el deseado maestrazgo.

— ¿Tú, Ferrus?

— Yo, señor: repito que tengo una idea...

— ¿La impotencia de que me has hablado? Cierto que la impotencia es un pretexto excelente, en el último caso.... dijo para sí don Enrique; ¿quién se atreveria á probarme lo contrario? ¿Es esa impotencia de que has hablado? ¿ese medio que me pondria en ridículo y...

— Mejor aun.

— ¿Mejor? Habla, Ferrus, habla; te lo mando: me debes tu existencia, tus ideas.

— ¿Y si me engañan mis esperanzas... si...

— Habla de todos modos.

— Si quieres que declaré mi proyecto, necesito callar un momento y meditarlo.

— ¡Mentecato! ¡necio de mí en creer que de esa cabeza pueda salir una sola idea luminosa!

— ¡De esta cabeza! repitió por lo bajo Ferrus: ¡orgulloso conde! ¿quién sabe si de ella saldrá un dia tu ruina? Y añadió en voz alta: Si me concedes el permiso de callar, ilustre conde, y el de retirarme en el acto, el maestrazgo es tuyo.

— ¿Mio? ¡imbécil! Y si estoy siendo juguete de una ilusion y de una quimérica esperanza: juglar, si me haces perder momentos preciosos, ¿qué castigo te sujetas á sufrir?

— La caida de tu gracia, el sentimiento de no haberte podido servir, ¿te parece tan ligero? contestó Ferrus con serenidad.

Este cumplimiento lisonjero del hipócrita desarmó enteramente al irritado conde. Bien, dijo; te doy permiso; una sola condicion quiero imponerte: supuesto que nada me ocurre á mí propio que pueda ser de provecho en tan crítica circunstancia, quiero probar tu entendimiento: ¿sabes empero lo que es la vida? ¿Sabes lo que es mi honor? Respeta la primera en la víctima, y el segundo en tu amo; ¿te acomoda esta condicion?

Una inclinacion de cabeza manifestó el asentimiento del juglar.

— En buen hora: á Dios, dijo el conde levantándose, Ferrus: *vida y honor;* si infringes los tratados, tu sangre me responderá de tu malicia ó de tu ignorancia, y pagarás cara tu loca presuncion: serás la primer víctima que podrá acusarme de haber borrado un ser de la lista de los vivientes.

Otra inclinacion de cabeza, su elocuente silencio y la resolucion con que Ferrus salió de la cámara, tranquilizaron algun tanto al inquieto Villena, si bien poco ó nada esperaba de la inventiva del juglar.

Volvióse á su sillon despues de la marcha del confidente, ora calculando qué esperanzas podia fundar en su jactancia y seguridad, ora queriendo adivinar los proyectos del loco, ora disponiéndose en fin á otra entrevista que debia tener aquella noche misma con un personaje nuevo, que en el siguiente capítulo daremos á conocer á nuestros lectores; entrevista que él creia antes que todo, y antes que el descanso de sus miembros fatigados, necesaria al buen éxito de sus ambiciosas intrigas.

CAPITULO V.

De un ardiente amor vencido,
Dice:—De cuatro elementos,
El fuego tengo en mi pecho,
El aire está en mis suspiros,
Toda el agua está en mis ojos,
Autores de mi castigo.

Romance del rey Rodrigo.

Hácia otra parte del alcázar de Madrid, y en un aposento que á su llegada se habia secretamente aderezado por las gentes de Villena, descansaba reclinado en un modesto lecho un caballero á quien no permitia cerrar los ojos al sueño un amargo pesar, de que eran claros indicios los hondos y frecuentes suspiros que del pecho lanzaba.

Algo apartado de él, aderezaba una ballesta con aquel silencio de deferencia propio de un inferior, y á la luz de una mortecina lámpara que sobre una mesa ardia, aquel mismo Hernando que tan intempestivamente habia distraido de la caza al conde de Cangas y Tineo, segun en el primer capítulo de nuestra verídica historia dejamos referido.

A los piés de entrambos dormia un soberbio can, de la familia de los alanos; y su inquietud y sus sordos é interrumpidos ronquidos, único rumor que en medio del profundo silencio variaba la monotonía de los suspiros de su amo, daban lugar á sospechar que soñaba acaso hallarse en persecucion de algun azorado jabalí en medio del monte enmarañado.

—Hernando, dijo por fin el angustiado caballero, mañana habremos de madrugar para partir con el alba; recójete y descansa.

—¿Y tú, señor? ¿no tañerás de acojida? respondió Hernando.

Debemos advertir para la mas fácil inteligencia de nuestros diálogos sucesivos, que Hernando, hijo de un montero de don Juan I, y montero él mismo, solo vivia en la caza y en el monte, y así pensaba él en hablar otro lenguaje que el de la montería, como por los cerros de Ubeda. No conocia mas amistad que la que con los venados del monte hacia tantos años tenia establecida, ni mas amor que el de su fiel Brabonel: tal era el nombre del poderoso alano que á sus piés roncaba, al cual distinguia de todos los demás perros que á la sazon en la corte de don Enrique tenian nota de valientes, no solo por su constancia en seguir y acosar dias y noches enteras á la res, sino tambien por el conocimiento extremado con que buscaba la osera y escatimaba el rastro y levantaba al oso donde quiera que estuviese escondido. Pagábale en verdad el leal Brabonel con usura su marcada aficion, y conocíase esto mas que en nada en no querer recibir el alimento sino de la propia mano del laborioso montero. Solo se le conocia á Hernando un flaco que contrapesaba casi siempre con ventaja el cariño que á su perro tenia; á saber, la fidelidad á su amo, único hombre á quien manifestaba respeto y deferencia, y para quien moderaba y suavizaba la condicion agreste que en los bosques se habia formado con no poco perjuicio de sus adelantos é intereses, pues solia responder á un cumplimiento con palabras tan duras y ofensivas como la ballesta que en la diestra llevaba las mas horas del dia, en muestra de su pasion montaraz. Con esta pequeña digresion, que en vista de su importancia nos perdonarán fácilmente nuestros lectores, estarán mas estos dispuestos á interpretar la técnica gerigonza con que entreveraba los mas de sus discursos y conversaciones.

La pregunta que acababa Hernando de dar por respuesta al taciturno caballero no tardó en obtener una contestacion aclaratoria de la situacion del espíritu de aquel á quien se dirigia.

—Nunca, Hernando, nunca, repuso el atribulado señor, nunca encontrará el reposo entrada en mis párpados desvelados. Mañana al lucir el dia partiremos de nuevo para Calatrava, si esta noche, como lo espero, queda concluida la comision que á Madrid nos ha traido. Si tú supieras cuánto me pesa la atmósfera en la inmediacion de...

Al llegar aquí detuvo la lengua el caballero como si hubiera temido haber dicho ya demasiado con respecto al secreto que tanto en su corazon pesaba.

—¿Y hemos de seguir atados á la trailla del conde? Por el soto de Manzanares te aseguro que no comprendo cómo un caballero que ha se-

guido siempre el sonido de la bocina del buen rey Enrique puede vivir contento andando al monte del nigromante de...

—Silencio, Hernando; haces mal en ofender al conde de Cangas con esas voces que el vulgo ha adoptado, tal vez con sobrada ligereza. Verdad es que soy doncel de su alteza; empero aceptando el encargo del conde, aprovechaba el único medio que á la sazon tenia para desembarazarme de la confusion de la corte, que aborrezco.

—Solo desde que levantaste la caza... porque antes la amabas como yo amo el monte.

—Como quieras: no por eso dejará de ser verdad que en el dia la aborrezco. La muerte es la que me espera en la corte: una estrella fija que la acompaña siempre, y que luce en medio de ella como Venus entre los demás planetas, deslumbra mis débiles ojos... La aficion que desgraciadamente me ha tomado el rey no hubiera permitido que yo me separase con ningun pretexto de esa corte, donde he de encontrar mi perdicion, á no haberle alegado su mismo tio el de Villena, á quien nada puede negar, la falta que de mí tenia. Supe que el conde necesitaba un emisario en Calatrava, fingí adaptar mi carácter al suyo, y aceptó mis servicios. Y he pretendido que esta venida se mantuviese oculta á todo el mundo, y así lo he exijido de don Enrique, porque si el rey supiera mi estancia en su propio palacio, no me seria tan fácil volver al lugar apartado, donde la distancia de la causa de mis penas me pone á cubierto de los peligros que su inmediacion me prepara.

—Confieso, señor, que no entiendo tu manera de cazar. ¡Voto va! cuando yo sé que hay venado en el monte, en vez de salirme de él, cada vez me interno mas en la maleza, y ó perezco en la demanda, ó salgo con la res.

—Bien, Hernando; pero el venado de los montes donde cazas es tuyo y de todo el que tiene perros para levantarle.

—¿Tiene, pues, dueño el venado que has visto? Te asiste entonces sobrada razon. Nunca he metido mis sabuesos en monte ajeno ni vedado. A quien Dios se le dió, san Pedro se le bendiga. Pero en justa compensacion, ¡ay del que hiciera resonar una bocina en monte de mi señor! Mi fiel Brabonel, que duerme ahora descansadamente, y la punta de mi venablo le enseñarian la salida y le sabrian obligar á tañer de sencilla (1).

—Hernando, calla, calla por Dios y por Brabonel.

No sabia el tosco montero, poco cortesano, cuán adentro habia entrado en el corazon de su señor su última alegoría, mas despedazadora que el aguzado acero de su mismo venablo.

—Callaré; pero antes he de decir que el montero que pasa por monte vedado, si el diablo le tienta para escatimar el rastro, ha de apretar los ijares al caballo é irse á monte suyo. ¡Voto va! que hay venados en el mundo y no se encierra en un monte solo toda la caza de Castilla. Yo quiero darte el ejemplo. ¿Te parece que no habrá sufrido Hernando

(1) Toque de los cazadores, cuando no encontraban venado y querian salir del monte.

cuando ha oido esta tarde en medio del monte las bocinas de sus amigos, y cuando en vez de aderezar la ballesta ha tenido que contentarse con sacar del bolsillo un inútil pergamino, y volverse como perro cobarde con las orejas agachadas y sin siquiera ladrar, por obedecer á su amo?

—Seguiré tu consejo, Hernando, repuso el caballero lanzando un suspiro, le seguiré, y con la ayuda de Dios y de mi buen caballo estaremos al alba fuera de Madrid. Recójete, pues, Hernando, y descansa.

No habia acabado aun de hablar el resuelto caballero, cuando levantándose Brabonel sobre sus cuatro patas abrió una boca disforme, lamióse los labios, agitó la cola, y sacudiendo las orejas acercóse á pasos lentos y mesurados á la puerta, como dando muestras de oir algun rumor que reclamaba su atencion y vigilancia. No tardó mucho en romper á ladrar despues de haber imitado un momento por lo bajo el sordo y lejano redoble de un tambor.

—Brabonel, dijo Hernando acercándose y dándole una palmada en el lomo, vamos, ¿qué inquietud es esa? No estamos en el encinar. ¡Vamos, silencio!

Lamió las manos de Hernando el animal, mas tranquilo ya con el tono seguro y reposado de su amo, y de allí á poco tres golpecitos iguales y misteriosos sonaron en la puerta, que Hernando se acercó á abrir, preguntando antes quién á semejante deshora venia á turbar al reposo de los caballeros que habitaban aquella parte del alcázar.

Don Enrique de Villena, respondió en tono algo bajo una voz mal segura que delataba la corta edad del que la emitia.

—Abre, Hernando; es la señal, dijo en oyéndola el caballero, y se levantó del lecho donde yacia vestido; abre y retírate. ¡Lléveme el diablo si no quiero reconocer esta voz, y si comprendo porqué es este el emisario de don Eurique!

Abrió Hernando la puerta, y Jaime el pajecillo, á quien enviaba el conde de Cangas y Tineo, entró en el aposento, manifestando bien á las claras cuánto gusto tenia en poner término al miedo que se habia acrecentado en él al recorrer las escaleras oscuras y largos corredores poco alumbrados del espacioso alcázar de Madrid.

Retiróse Hernando obediente á las indicaciones de su señor, y con él el terrible alano. á cuya vista se habia detenido algun tanto el azorado paje en el dintel de la puerta. No bien hubieron desaparecido los dos importunos testigos, cuando alzando la cabeza el caballero y alzándola el paje, entrambos á dos quedaron inmóviles dudando aun de la identidad de la persona que cada uno de ellos en frente de sí veia. Revolvia el primero en su cabeza mil ideas encontradas: dudaba si seria aquel el emisario de don Enrique, y reflexionaba si podria haber dado la señal convenida, sin saberla, por una casualidad posible, si bien no probable. En este último caso pesábale de que aquel mas que otro supiese su repentina llegada.

El paje fué el primero que volvió del estupor en que su agradable sorpresa le habia puesto, y arrojándose casi en brazos de su interlocutor: ¿Vos en Madrid? ¿sois vos, señor Macías? exclamó.

— ¡Silencio! paje indiscreto, silencio, dijo el caballero, separándole con extraña frialdad, que cortó la manifestacion de su alborozo: hay mas gente que nosotros en el castillo, y las paredes oyen, y oyen mas que las mujeres.

— ¡Ah! perdonad, señor..... señor Ma..... no os sé llamar de otra manera; como me daba tanto gozo pronunciar vuestro nombre, no creí que podria ser malo... pero ya veo que habeis mudado de amigos, y no sois el que antes érais. Bien dice mi hermosa prima Elvira, que no hay afecto que dure, ni hombre constante..... me voy, me voy.

— Detente, paje: has hablado demasiado para no hablar mas. ¿Dice eso tu prima Elvira? ¿cuándo? ¿á quién lo dice? habla: repuso el caballero, á quien llamaremos por su nombre de aquí en adelante, supuesto que ya nos le ha revelado el imprudente paje: habla, repitió asiéndole fuertemente de un brazo, no pudiendo disimular la vibracion de la cuerda principal de su corazon, herida fuertemente por el muchacho.

No sabia el paje si su antiguo amigo, como le habia llamado, habia perdido el juicio; mirábale de alto abajo, y sonriéndose por fin le contestó:

— Os preciais de invencibles los caballeros, y ved aquí que una sola palabra de un pobre paje ha alterado toda la serenidad de un doncel tan cumplido como el trovador M... no tengais miedo; no lo volveré á pronunciar. Pero veo en el calor con que habeis oido mis palabras, añadió maliciosamente, que tomais todavía algun interés por vuestras antiguas conexiones.

— ¿Te complaces en atormentarme, paje? ¿De parte de quién vienes? ¿qué te trae aquí? Si es quien tengo motivos para sospechar, dilo presto; nunca enviado alguno habrá logrado una recompensa mas brillante.

— Os equivocais. Guardad la recompensa para mejor ocasion.

— ¡Cielos! exclamó Macías. Bien que.... añadió para sí, ¿no ignora mi venida? ¿Y no es mi voluntad que la ignore? ¿Te envia el infierno para abrir mis heridas mal cicatrizadas?

— Bien podeis decir que me envia el infierno, porque vengo de parte de su mayor amigo.

— ¿Estás loco?

— Del nigromante. ¿No me entendeis?

— ¿Es posible que el conde no pueda destruir esa voz injuriosa que corre de él y crece de dia en dia?...

— Buenas trazas lleva de querer destruirla, y ha alhajado su gabinete dor el estilo del de el físico de su alteza el judío Abenzarsal, y se andan á la magia de mancomun....

— ¡Silencio otra vez! dejemos la magia, y el judío y el nigromante. Respóndeme, paje. ¿Y porqué te envia á tí don Enrique de Villena? No me habia dicho que serias tú su emisario.

— Os lo diré si me soltais este brazo, que me va doliendo mas de lo que es menester: no os acordais que tengo quince años. Si el brazo fuera de mi prima, no os distrajérais de esta manera.

— Basta; habla, pues, la verdad; con esa condicion te suelto.

— Apuesto que me habeis hecho un cardenal.

— ¿Quieres apurar mi paciencia, paje? Habla, ó te hago otro en el otro brazo.

— Piedad de mí, señor caballero. Pero no dudeis que me envia don Enrique. «Busca la habitacion donde pára el caballero que ha llegado esta mañana de Calatrava,» me dijo de su parte Ferrus, «llega á la puerta, da tres golpes, y pronuncia el nombre del señor de Villena.»

— Bien, lo sé; era la señal convenida para anunciarme que le esperase. ¿Pero eres por ventura de su familia?

— Sí soy: habeis de saber que don Enrique, estando un dia con Fernan Perez de Vadillo....

— ¿Fernan Perez?

— Sí, el marido de Elvira, á quien conoceis como á mí....

— Prosigue, paje, y no me irrites mas con tus digresiones.

— Me vió en el cuarto de mi prima y hube de agradarle: díjome que si queria servirle en clase de paje, y acepté á pesar de mi prima, que queria tenerme á su lado, porque como solo conmigo podia hablar de.... ¿quereis que lo diga?

— Acaba, paje del infierno.

— De vuestra señoría, añadió el paje malicioso quitándose una especie de berrete que en la cabeza traia, y haciendo una profunda cortesía.

— ¿De mí? ¡ah! tiembla, Jaime, si te diviertes á mis expensas.

— Os quiero demasiado para eso; como os digo, entré á servirle, pero os juro que desde mañana me vuelvo al lado de mi prima, porque he cobrado miedo á sus hechizos. Dicen que sabe alzar figura y.... ¡Jesus!.... yo me entiendo.

— Paje, óyeme: nadie en el mundo pudiera haberme hecho mas feliz con menos palabras; tú has renovado ideas que yo debiera haber abandonado hace mucho tiempo; pero nadie puede mas que su destino. Si en tu vida has sospechado alguna cosa del mal que padezco, calla como la tumba: si nada has sospechado, nada preguntes, nada inquieras. Sobre todo, vuelvas ó no al lado de Elvira, júrame no abrir tu boca para decir que me has visto en Madrid: toma, añadió quitándose un anillo que en el dedo pequeño traia, toma, y este te recordará la obligacion en que quedas conmigo, y que el doncel de Enrique III no olvida jamás á las personas que una vez quiso bien. Ahora parte y calla. Nada has oido, nada has visto.

— Señor doncel, ignoro el valor de estos diamantes, pero aunque fuera este anillo de hierro, bastaba para lo que yo le quiero. Decidme solo que no quedais enojado conmigo.

— ¿Enojado, Jaime? ¿enojado, dichoso Jaime? A Dios; si algun dia necesitas del socorro de un caballero, acuérdate del doncel de Enrique III: á Dios; á esta hora no me convendria que te encontrase nadie en mi aposento: parte, Jaime, y si vuelves á don Enrique, di que tu comision ha quedado completamente desempeñada.

Acomodó el paje en el dedo en que mejor ajustó el anillo del doncel,

y despidiéndose afectuosamente no tardaron en oirse sus pasos por los corredores; de allí á poco sus ecos fueron gradualmente perdiendo sonido hasta desvanecerse y perderse del todo en la distancia.

La escena y el diálogo inesperado que acababa de sostener el desdichado doncel no eran los mas á propósito para tranquilizar su agitado espíritu. En cuanto dejó de oir los últimos ecos de los pasos del mancebo, que habia abierto casi inocentemente sus antiguas llagas, y habia echado leña seca en el fuego que ardia hacia poco al parecer amortiguado en su pecho, cerró su puerta y comenzó á pasear su pena por la pieza con pasos tan vagos como sus ideas. Largo espacio de tiempo duró en aquel estado de lucha consigo mismo, ora paseando aceleradamente, ora parándose de repente como si el movimiento de su cuerpo se opusiese al de sus pensamientos. « Dulce señora mia, exclamaba de cuando en cuando, duélete de tu caballero, y no quieras á rigores acabarle. » — « ¡Jamás, decia otras veces, jamás le diré mi pensamiento; el fuego que me devora habrá entregado al viento la última pavesa de mis cenizas antes de que sepas, ó señora mia, que tus ojos le han prendido! ¿No habia, cielos, otras bellezas, añadia despues, de quien pudiérais haberme hecho prendarme, que fué preciso que me entregáseis á discrecion de la única tal vez de quien un juramento sagrado y una union mil veces maldecida para siempre me separan? ¡Yo romperé esa ara, yo la destrozaré! ¡yo hollaré con mis propios piés ese altar funesto que nos divide! » concluia al cabo de un paseo mas agitado.

Pero de allí á poco volvia la reflexion á ocupar el lugar de la pasion, y se le oia entre dientes: « No, el infeliz Macías te probará el exceso de su amor en el mismo exceso de su silencio: él será eternamente desdichado, pero jamás tendrá valor para perturbar tu felicidad. »

En estos y otros soliloquios á estos semejantes le encontró el momento de la visita que esperaba. El conde de Cangas y Tineo, envuelto en un sobrecapote de fino vellorí, y con una linterna sorda en la mano para alumbrar sus pasos, se presentó llamando á su puerta. Abrióle, y despues de un corto y silencioso saludo dieron principio al importante coloquio que nos vemos precisados á dejar para otro capítulo.

CAPITULO VI.

Calledes, conde, calledes.
Conde, no digais vos tale.
. . . .
El conde desque esto oyera
Presto tal respuesta hace:
— Ruégote yo, caballero,
Que me quieras escuchare.

El conde Dirlos.

Cuando don Enrique de Villena entró en el aposento de Macías, este le arrimó un asiento, el cual ocupó sin hacerse de rogar, como hombre que se reconoce superior en jerarquía al que guarda con él una consideracion. Macías se sentó en otro, colocándose de suerte que quedaba la mesa con la lámpara que en ella ardia en medio de los dos; y lo hizo con el aire de un hombre que si bien se cree en el caso de tributar atenciones á aquel con quien está en sociedad, no se imagina de ninguna manera en posicion de sostener de pié con él, sentado, una larga conferencia. Colocados de esta manera, daba la luz de lleno en el rostro de entrambos, y como creemos no haber dado hasta ahora idea alguna de las fisonomías y exterior de estos dos principales personajes de nuestra narracion, aprovecharemos esta coyuntura favorable para escribir lo que en ellos hubiera visto ó al menos creido ver cualquier observador que los hubiera acechado, por pocos progresos que hubiese hecho en el arte Lavateriano, posteriormente reglamentado por el sabio abate, pero cuya existencia tiene tanta antigüedad como el dicho vulgar, en todos los paises y épocas conocido, de que los ojos son las ventanas del corazon, y la cara el traslado del alma.

Don Enrique de Villena era de corta estatura; sus ojos hundidos y pequeños tenian una expresion particular de superioridad y predominio que avasallaba desde la primera vez á los mas de los que con él hablaban: su voz era hueca y sonora, calidades que no contribuian poco á aumentar en el vulgo la impresion mágica que en los ánimos débiles ejercia. Su nariz afilada y su boca muy pequeña le daban todo el aire de un hombre sagaz, penetrante, vivo, falso y aun temible. Sin embargo, como ha podido inferir el lector de su diálogo con Ferrus, no estaba tan corrompido su corazon que no respetase todavía en la sociedad en que vivia una porcion de consideraciones, que su criado por el contrario atropellaba sin el mas mínimo escrúpulo de conciencia. De Ferrus dijimos que no era el malvado bastante impío para sus fines, y de don Enrique podemos por el contrario asegurar que no era el impío bastante malvado para los suyos. Naturalmente afeminado y dedicado al estudio, faltábanle el vigor y la energía de carácter que corona las empresas aventuradas. Difícil nos seria decir si era ó no religioso: nos contentaremos con exponer á la vista del lector varios rasgos que pueden caracterizarle cumplidamente bajo este dudoso punto de vista, y él mas

que nadie podrá juzgar si era la religion para él un instrumento ó una preocupacion.

El interlocutor que enfrente tenia era un mancebo que en caso de duda hubiera podido atestiguar con su propia persona la larga dominacion de los árabes en Castilla. Su color era moreno, sus cabellos negros como el azabache : sus ojos del mismo color, pero grandes, brillantes y guarnecidos de largas pestañas : una sola vez bastaba verlos para decidir que quien de aquella manera los manejaba era un hombre generoso, franco, valiente y en alto grado sensible. Un observador mas inteligente hubiera leido tambien en su lánguido amartelamiento que el amor era la primera pasion del jóven. Su frente ancha, elevada y espaciosa, y su nariz bien delineada, denunciaban su talento, su natural arrogancia y la elevacion de sus pensamientos. Ornábale el rostro en derredor una rizada barba que daba cierta severidad marcial á su fisonomía : su voz era varonil, si bien armoniosa y agradable; su estatura gallarda.

— Macías, comenzó á decir don Enrique de Villena despues de un breve espacio en que pareció reunir todas sus fuerzas para determinarse á proponer sus ideas, vengo á daros la muestra que de gratitud os debo por la exactitud con que habeis cumplido la delicada comision que en vuestras manos confié. Decidme si es posible que tenga alguien en la corte noticia de la muerte del maestre.

— Señor, respondió Macías, Hernando y yo no hemos cesado de correr desde Calatrava á Madrid, y á nuestra salida del monasterio éramos los únicos que en la villa sabíamos el infausto acontecimiento : en dos dias lo menos no se tendrá en Madrid mas noticia que la que nosotros queramos esparcir.

— Ninguna. Dadme vuestra palabra.

— De caballero os la doy.

— Permitidme ahora que os pregunte si habeis sospechado cuál puede ser mi objeto.

— Lo ignoro, respondió Macías asombrado de la pregunta.

— Sabedlo, pues : creo no haberme equivocado cuando he pensado en vos para la ejecucion de mis planes : el paso que, conociendo ya mi carácter, dísteis viniendo á ofrecerme vuestros servicios en Calatrava, me hace pensar que habeis formado planes para vos mismo análogos acaso á los mios.

— Os juro que no tenia mas plan que el de serviros.

— ¡Doncel! dijo sonriéndose don Enrique, en vuestra edad es natural el rubor de confesar ciertas intenciones...

— No os entiendo...

— No importa : si nuestros intereses están unidos, y si os sentís con audacia para poner los medios que he menester, guardad silencio; tanto mejor. Oidme, que acaso mi confesion facilitará la vuestra. Intento ser maestre de Calatrava, añadió bajando la voz.

— ¿Vos, señor?

— ¿No lo habeis sospechado nunca? Pues bien, si don Enrique

de Aragon es algun dia maestre de Calatrava, el doncel Macías se llamará comendador. ¿Quereis ocupar otro puesto que os venga mejor?

— Ni tanto, príncipe generoso, respondió Macías inclinando respetuosamente la cabeza y mirando con asombro al maestre futuro.

— Dejad esa inoportuna modestia: imagino que entrambos nos conocemos; dijo Villena apretando la mano del mancebo admirado. ¿Estais sorprendido?

— Permitid que me confiese asombrado. Los vínculos sagrados del himeneo os unen á una mujer, y no podeis ignorar que este es un obstáculo insuperable.

— Obstáculo sí; insuperable, ¿porqué? exclamó don Enrique apoyado en la seguridad del plan que acababa de inspirarle su juglar poco antes de venir á buscar al doncel, y que él habia abrazado con tanta mas confianza cuanto que su pérfido consejero habia empleado para hacérsele adoptar los acostumbrados recursos que arriba dejamos indicados. Verdad es que el plan era diabólico, y tanto habia admirado á don Enrique que aquella habia sido la primera vez que habia llegado á dudar si efectivamente el espíritu enemigo del hombre tendria poder para sugerir ideas á sus fieles servidores.

— ¿Porqué? repitió Macías: esperad: solo un medio entreveo: ¿consiente vuestra esposa en un divorcio ruidoso y?...

— Jamás consentirá. En balde la he querido reducir.

— En ese caso...

— Oidme. Cuento con vos.

— Disponed de mis pocas fuerzas si el honor y...

— Oid y dejad á un lado esas fórmulas vacías de sentido, inútiles ya entre nosotros, para usarlas con el vulgo que se paga de ellas.

Encendiéronse las mejillas de Macías, y bien hubiera querido interrumpir á Villena para darle á conocer cuán lejos estaba de considerar el honor fórmula vana; pero el conde, que interpretó á su favor el rubor del mancebo, prosiguió sin darle lugar á hablar.

— Doncel, mañana al caer del dia procuraré que doña María de Albornoz, mi respetable esposa, no interrumpa su costumbre diaria de pasear por el soto, camino del Pardo; acompáñala por lo regular en este paseo diurno y solitario su camarera Elvira: cuando se haya separado largo trecho de sus demás criados, un caballero convenientemente armado, y ayudado de los brazos que creyese necesarios, arrebatará á la condesa de la compañía de Elvira. ¿Qué teneis?

— Nada; proseguid, repuso Macías pudiendo contener apenas su indignacion.

— Observaránse las precauciones necesarias para que ella y el mundo entero ignoren eternamente su robador y su destino. Guardados en tanto por mis gentes los pasos de los que pudieran venir de Calatrava á dar la noticia de la muerte del maestre, sabré ganar tiempo para que de ninguna manera coincida un acontecimiento con otro. Permitidme acabar: me resta designaros el osado y valiente caballero que robando á la condesa ha de dar el paso mas difícil en tan importante empresa. Si una

plaza de comendador de la órden no es suficiente recompensa para su ambicion, él será el verdadero maestre, y despues de don Enrique de Villena nadie brillará mas en la corte en poder y en riqueza que el doncel de don Enrique el Doliente.

—¿El doncel de don Enrique el Doliente? interrumpió el impetuoso mancebo levantándose y echando mano al puño de su espada. ¿El doncel de don Enrique el Doliente habeis dicho, conde? ¡Santo cielo! bien merece ese desdichado doncel el injurioso concepto que de él habeis indignamente formado, si tantos años de honor no han bastado á impedir que los hipócritas le cuenten en su número despreciable. Bien lo merece, juro á Dios, pues que su espada permanece aun atada en la vaina por miserables respetos sin castigar al osado que mancilla su buen nombre y espera de él cobardes acciones.

— ¡Doncel! exclamó asombrado levantándose tambien á este punto el conde de Cangas y Tineo. No le permitió pronunciar mas palabra en un gran rato la cólera que de él se apoderó al ver defraudadas tan inopinadamente sus anteriores esperanzas. Deteníale sobre todo la vergüenza de haber descubierto sus planes al mancebo sin mas fruto que su amarga reconvencion, y culpábase en su interior de no haber explorado mas tiempo el terreno arenoso sobre que habia sentado el pié arriesgadamente.

—¡Doncel! repitió ya en pié, ¡vive Dios que no comprendo vuestro loco arrebato, ni esperé nunca en vos tal pago de mi indiscreta confianza!

—¿Y quién os indujo á presumir, respondió el doncel, que un caballero y que Macías habia de poner cobardemente la mano sobre una mujer indefensa? ¿Qué vísteis en mí, señor, que os diese lugar á creer que tuviese tan olvidados los principios y los deberes de la órden de caballería que para acorrer á los débiles y á los desvalidos recibí del rey y profeso? ¿No me habeis visto vos mismo pelear con los moros y los portugueses? ¿En qué dia de batalla me vísteis huir? ¡Oh rabia! ¡oh vergüenza! ¡oh buen rey Enrique III! Hé aquí el concepto que de tus mismos grandes merecen tus donceles.

No veia don Enrique de Villena los objetos que le rodeaban; tal eran la ira y el coraje que crecian por momentos en su corazon. Algun tiempo dudó si echando mano á la espada vengaria con sangre los ultrajes á su persona que por primera vez oia, y si sepultaria para siempre en la tumba del impetuoso mancebo el secreto que imprudentemente habia descubierto, ó hundiria en la suya propia su vergüenza y su afrentoso desaire. Mirábale atento á sus acciones todas, para obrar en consecuencia, el ofendido jóven, y bien se veia en su semblante la resolucion que tomada tenia de responder con la espada ó con la lengua á los desmanes del orgulloso magnate. Reflexionó empero don Enrique que un lance ruidoso de esta especie á aquellas horas, y en el alcázar mismo de S. A., no podria tener en ningun caso buenas consecuencias para sus planes, y determinó encomendar á la prudencia los yerros que por falta de ella habia recientemente cometido. Revistióse, pues, con asombrosa rapidez la máscara hipócrita que en tantas ocasiones le habia

sido de conocida utilidad, y envainando del todo con un solo golpe la espada, cuya hoja habia brillado ya en parte un corto instante á los ojos de su interlocutor.

—Macías, le dijo con voz serena y aun afectuosa, vuestros pocos años han estado á punto de perdernos á entrambos. Confieso que he errado el golpe, y os devuelvo todo el honor que os habia quitado. No penseis sin embargo, añadió el astuto cortesano recojiendo velas, que era mi objeto llevar completamente á cabo el plan que os proponia: tal vez queria conocer á fondo vuestro carácter; y estoy completamente satisfecho de vuestra laudable conducta. Con respecto al objeto de mi visita, ignoro si, despues de haber pensado mejor los medios que tengo á mi disposicion para llegar á ser maestre, elejiré ese ú otro. De todas suertes no me sois útil; es concluido, pues, vuestro servicio en mi casa; excusais volver á Calatrava: mañana os devolveré á su alteza; pero como os supongo bastante talento para conocer el mundo y los hombres, á pesar de vuestros pocos años, espero que nos separemos amigos, como dos caminantes que han pasado una mala noche en una misma posada, y que al dia siguiente, debiendo seguir cada uno un sendero opuesto, se despiden cortesmente. Si sois el caballero que decís, vuestro honor os dicta si debeis guardar el de otro caballero y los pactos en que estábamos hasta la presente convenidos; si creeis sin embargo de vuestro deber dar á luz pública nuestro diálogo, sois dueño de hacerlo; pero.... acordaos, añadió afirmándose en los talones con ademan de hombre resuelto y dando en la mesa un palmada que resonó en gran parte del alcázar, acordaos de que don Enrique de Aragon y Villena, conde de Cangas y Tineo, señor de las villas de Alcocer, Salmeron, Valdeolivas y otras, nieto del rey don Jaime, y tio del rey don Enrique, no ha menester ser maestre de Calatrava para hacer probar los tiros de su poderosa venganza á un doncel pobre y oscuro del rey Doliente, á quien una imprudencia ha puesto momentáneamente sobre él.

—Deteneos, dijo Macías mas sosegado asiéndole de la ropa al ver que se preparaba á salir del teatro de su confusion. Deteneos; puesto que habeis creido necesaria una explicacion antes de concluir nuestra entrevista, permítame vuestra grandeza que con el respeto que debo á su clase le exponga mis sentimientos sobre frases nuevamente ofensivas que acabais de proferir. Sé cuanto debo al rango que ocupa don Enrique de Villena en Castilla; sé que mi imprudente arrojo ha podido empañar sus resplandores; sé que debiera haberme limitado á responder *no* sencillamente; pero si vuestra grandeza es caballero conocerá cuánto cuesta sufrir cristianamente un ultraje á quien tiene sangre noble en las venas. Si exigís de ello una satisfaccion, en esto os la doy: si la quereis de otra especie, mi lanza y mi espada están siempre prontas á abonar mis imprudencias. La amistad que pedís, ni la busco ni la otorgo: vuestra proteccion no la necesito. Como caballero observaré los pactos y guardaré los secretos que como caballero prometí guardar. Nadie sabrá por mí la muerte del maestre. Con respecto á vuestros planes, no me exigísteis palabra de ocultarlos....

— ¿Cómo? interrumpió don Enrique de Villena inmutado.

— Permitidme, señor, que hable. No estoy obligado á guardarlos; os prometo sin embargo, en consideracion al nombre ilustre que llevais, y cuyo brillo no quisiera ver empañado, que no haré más uso de lo que acerca de vuestras intenciones me habeis dicho que el indispensable para salvar á la inocencia que quereis oprimir. Dadme licencia de que os asegure que fuera tan criminal en consentirlo con vergonzoso silencio como en cooperar al logro de la maldad. Mientras pueda salvar á la de Albornoz sin hablar, callaré; mas si puede mi silencio contribuir á su ruina, hablaré. A esto me obliga el ser caballero.

— Hablad en buen hora, hablad, dijo don Enrique en el colmo del furor; pero ¡temblad!...

— Permitid, señor, que os acompañe hasta que os deje en vuestra estancia, añadió Macías con respeto y mesura.

— No, estaos aquí; yo lo exijo; á Dios, quedad.

— Ved, señor, que no es esa la salida; por allí saldreis mejor.

— Ciego voy de cólera, dijo para sí al salir don Enrique de Villena, que en medio de su arrebato habia equivocado la puerta interior con la exterior.

Abrióle Macías la que daba al corredor, y asiendo de la lámpara que sobre la mesa ardia, alumbrólo hasta que comenzó á bajar los escalones, y cuando ya se alejó lo bastante para que él pudiese retirarse, «A Dios, señor, y el cielo os prospere,» dijo en voz alta el comedido doncel. Un ligero murmullo que confusamente llegó á sus oidos dió indicios de que habia sido oido su saludo y respondido entre dientes, acaso con alguna maldicion, por el irritado conde, que se alejaba premeditando los medios de venganza que á su arbitrio tenia, y sobre todo la manera que deberia observar para impedir los efectos de la terrible amenaza que al despedirse de él le habia hecho el magnánimo doncel.

Volvióse este á entrar en su aposento, revolviendo en su cabeza la notable mudanza que habia efectuado en su situacion la escena en que acababa de hacer un papel tan principal: determinóse en el fondo de su corazon á no dejar perecer la inocente y débil oveja á manos del tigre en cuya guarida se hallaba desgraciadamente presa. Despues de haber cerrado su puerta con cuidado, llegóse á la que daba á la cámara de Hernando, y llamólo en voz baja.

—¿Quién *pregunta?* dijo entre sueños el feliz montero: *¿tañen de andar al monte?*

— Si algo oiste, Hernando, esta noche, dijo el doncel, haz como si nada hubieras oido. Mañana no partiremos al alba; duerme, pues, y descansa, y deja descansar á los caballos.

— Se hará tu voluntad, respondió la voz gruesa del montero, y no tardó en oirse de nuevo el ronquido sordo de su tranquilo sueño.

Bien quisiera imitarle el desdichado doncel, pero no le dejaba el recuerdo de su ingrata señora, ni el deseo de buscar trazas que á los proyectos que preparaba para el dia siguiente pudiesen ser de pronta utilidad.

Don Enrique en tanto despechado se dirigió á su cámara, donde encontró á su Ferrus. Allí trataron los dos, no ya de llevar á cabo su proyecto tal cual primeramente le habian concebido, sino con aquellas alteraciones que exigia la nueva posicion en que los habia puesto la repulsa de Macías, y de la venganza y precauciones que deberian usar contra el doncel antes de que pudiera perjudicar á sus pérfidas intenciones. Despues que hubieron conversado largo espacio, trató don Enrique de averiguar qué hora podria ser. Mas fué imposible saberlo jamás por su reloj de arena, pues con la agitacion de las escenas de la noche habíase descuidado el volver el reloj al concluírsele la arena; como buen astrónomo sin embargo pasó á la cámara inmediata que tenia vistas al soto, y reconoció que debia haber durado mucho su coloquio con Ferrus, decidiéndose en vista de la hora avanzada, que él se figuraba por las estrellas ser la de las cuatro, á entregarse al descanso de que tanto tiempo hacia ya que gozaban los demás pacíficos habitantes del alcázar de Madrid. Iba ya á cerrar la ventana para realizar su determinacion, cuando le detuvo de improviso un extraño rumor que oyó, el cual le pareció no poder provenir á aquellas horas de causa alguna natural; empero permítanos el lector que demos algun reposo á nuestro fatigado aliento.

CAPITULO VII.

Ya se parte el pajecito,
Ya se parte, ya se va,
Llorando de los sus ojos
Que queria reventar.
Topara con la princesa;
Bien oireis lo que dirá.

Rom. del conde Claros.

Cuando don Enrique de Villena, volviendo silenciosamente la espalda á su esposa á la aparicion de Elvira, que habia acudido con tanta oportunidad á atajar los efectos de su furor, la dejó toda llorosa en brazos de su camarera, ignorante de cuanto habia pasado, esta empleó cuantos medios estaban á su alcance para hacerla volver en sí del estado de estupor y de profunda enajenacion en que la habia puesto la desdichada escena que con su injusto esposo acababa de tener. Sentóla en un sillon, donde no daba muestras de vida la infeliz condesa, enjugó las lágrimas que habian inundado en un principio su rostro, pero cuyo curso habia detenido ya el exceso del dolor; le aflojó el vestido con que tan inútilmente se habia engalanado pocos momentos antes en obsequio del caballero descortés, y refrescó la atmósfera que la rodeaba con un abanico.

Al cabo de algun tiempo produjo la solicitud de Elvira todo el efecto que deseaba: comenzó la condesa á dar indicios de querer desahogar su pecho oprimido, y de allí á poco rompió de nuevo á llorar amargas y

copiosas lágrimas, exhalando profundos gemidos acompañados de voces inarticuladas, las cuales producia á trechos y á pedazos en los huecos del llanto con un acento convulsivo y un tono de voz ora agudo, ora reconcentrado, que ninguna pluma de escritor ó de músico puede atreverse á representar en el papel.

Poco á poco fué perdiendo fuerzas su acceso de cólera, como pierde impetuosidad el torrente si una vez roto el dique que le enfurecia halla anchas y fáciles salidas á sus ondas por la tendida campaña; mitigóse su dolor, pero por largo espacio conservó indicios del enojo anterior, como se echaba de ver en el movimiento de elevacion y depresion de su agitado seno, semejante al mar, cuyas ondas, mucho tiempo despues de pasada la borrasca, conservan aunque decreciente la inquietud que el huracan les imprimió.

Luego que estuvo en estado de hablar con mas serenidad, refirió á Elvira cuanto con el conde le acababa de pasar, y fueron inútiles todos los consuelos que su fiel camarera trató de prodigarle. Revolvia en su cabeza mil ideas encontradas: ora queria salir inmediatamente de aquella parte del alcázar que le estaba destinada y refugiarse á sus villas, ora intentaba acogerse al amparo del mismo rey, esperando de su justicia que reprimiria los desórdenes de su esposo, y le impondria algun temor para lo sucesivo, pues pensar en que ella consintiese en la separacion que el conde manifestaba desear era sueño, puesto que se habia casado enamorada de Villena: verdad es que el trato y la mala vida que la daba hubieran sido bastantes á hacer odioso al mas perfecto de los hombres; pero todos sabemos que la frialdad y el despego suelen ser incentivos vivísimos del amor, y lo eran tanto mas en la condesa cuanto que habiendo vivido siempre don Enrique apartado de ella despues de su infausta boda, no habia dado jamás entrada al hastío que hubiera seguido á una larga y tranquila posesion. Aguijoneaba además á la infeliz condesa la saeta de los zelos: en varias ocasiones habia sorprendido al conde de Cangas en conquista ó persecucion de algunas bellezas, y aun una de las que habia considerado siempre como primer objeto de sus obsequios era aquella misma Elvira en quien tenia puesta toda su confianza; mas como tenia pruebas de que esta se habia negado constantemente á dar oidos á toda proposicion amorosa del de Villena, y en la seguridad en que estaba de que cualquiera que á su lado viviese habia de excitar los deseos de su esposo, queria mas bien tener por camarera aquella de cuya lealtad y odio á la persona del conde no podia dudar en manera alguna.

En esta ocasion se equivocaba la condesa en sus temores, porque no un amor adúltero, sino la ambicion era quien á tan descortés procedimiento á don Enrique obligaba. Empero esta era la verdad: por una parte el amor, que á pesar de los desdenes de Villena en su corazon duraba, y por otra la creencia en que estaba de que solo proponia aquel rompimiento para entregarse mas á su salvo á alguna nueva intriga amorosa, eran suficientes motivos para que nunca hubiese ella prestado su consentimiento al propuesto divorcio.

Logró por fin persuadirla Elvira á que se recogiese y tratase de poner un paréntesis á su pesar en el sueño, dejando para el dia siguiente el resolver lo que deberia hacerse. Hízolo así la condesa, y Elvira se retiró á la cámara inmediata, en donde se proponia esperar al lado del fuego á que su señora se hubiese entregado completamente al descanso para seguir su acertado ejemplo. Sentóse cerca de la lumbre despues de haber dado las oportunas disposiciones para que durante la noche no faltasen sus dueñas del lado de la condesa, y púsose á leer un manuscrito voluminoso, que entre otros muchos y muy raros tenia don Enrique de Villena, por ser libro que á la sazon corria con mucha fama, y ser lectura propia de mujeres. Era este el Amadis de Gaula. Hácia pocos años que su autor, Vasco Lobeira, habia dado al mundo este distinguido parto de su ingenio fecundo, y don Enrique de Villena, por el rango que ocupaba en Castilla y por su decidida aficion á las letras y relaciones que con los demás sabios de su tiempo tenia, habia podido fácilmente hacer sacar de él una de las primeras copias que en estos reinos corrieron. El carácter de Elvira simpatizaba no poco con las ideas de amor, constancia eterna y demás virtudes caballerescas que en aquel libro leia : hubiera dado la mitad de su existencia por hallarse en el caso de la bella Oriana, y aun no le faltaba á su imaginacion ardiente un retrato de Amadis cuya fe la hubiera lisonjeado mas que nada en el mundo : era este un mancebo generoso de la corte de Enrique III, á quien habia conocido desgraciadamente despues que á Fernan Perez de Validlo. Habíase casado en verdad ciegamente apasionada del hidalgo; pero desde su boda hasta el punto en que la encuentra nuestra historia se habia ensanchado considerablemente el círculo de sus ideas ; Fernan Perez por el contrario era siempre el mismo que en otro tiempo habia cautivado sin mucho trabajo el inocente corazon de la niña Elvira ; pero esta no era ya la amante que se habia prendado de Fernan Perez : su carácter se habia desarrollado de una manera prodigiosa, y un foco de sensibilidad y de fogosas pasiones creado nuevamente en su corazon habia producido en su existencia un vacío de que ella misma no se sabia dar cuenta. Se habia formado en su cabeza un bello ideal, no hijo del mundo real en que habitaba, sino de su exaltacion ; y se complacia en personificar este bello ideal en tal ó cual jóven cortesano que sobre el vulgo de los caballeros de la corte de Enrique III se distinguian. Uno entre todos habia avasallado ya su albedrío bajo esta personificacion; y Elvira, juguete de la naturaleza, que puede mas que sus criaturas, no sabia ella misma que iba tomando sobre su corazon demasiado imperio un amor ilícito y peligroso. Por desgracia su virtud misma era su mayor enemigo : la confianza en que estaba de que nunca podrian faltarle fuerzas para resistir, la hacia entregarse sin miedo con criminal complacencia á mil ideas vagas, que cada dia iban ganando mas terreno en su imaginacion. Encontrábase en fin en aquel estado en que se halla una mujer cuando solo necesita una ocasion para conocer ella misma y dar á conocer acaso á su propio amante la ventaja que sobre ella ha adquirido. Como un incendio que ha crecido oculto é ignorado en la armazon de una casa vieja, que no ha menester mas sino

que descubriéndose una pequeña parte de la techumbre que lo cubre tenga entrada la mas mínima porcion de aire, entonces estalla de repente como un vasto infierno improvisado, se lanzan las llamas en las nubes, crujen las maderas, y viene al suelo el edificio desplomado, sepultando en sus ruinas al incauto y desprevenido propietario.

No era, pues, la lectura de Amadis la que á la triste Elvira mejor pudiera convenirle; pero era tanto mas disculpable, cuanto que en el siglo XIV no habia muchos libros en que escojer, y pudiera darse cualquiera por contento con divertir las horas ociosas por medio del primero que en las manos caia.

Una tristeza vaga y sin causa positivamente determinada era el síntoma predominante de la hermosa camarera de la de Albornoz, y la soledad era el gran recurso de su imaginacion, deseosa de empaparse sin reserva ni testigos en la contemplacion de las seductoras ilusiones que se forjaba: esta disposicion de ánimo no era ciertamente la mas favorable para la virtud de Elvira en las escenas, sobre todo en que aquella misma noche, fecunda de acontecimientos, debia colocarla.

Poco tiempo podria hacer que con el primer libro de caballería en España conocido se entretenia la sensible Elvira, cuando sintió abrir la puerta del salon, y una persona, que seguramente no esperaba, se presentó á su lado, dándola las buenas noches con rostro alegre y maliciosa sonrisa.

— ¿Qué buscas, Jaime, en estas habitaciones, y á estas horas? Ya deben ser cerca de las diez: vuelve á la cámara del conde, si es que no te envia, como su precursor, á anunciarnos nuevos pesares y desventuras.

— Hermosa prima mia, contestó Jaime, depon el enojo; de aquí en adelante puedes volverme á llamar tu querido primo.

— ¿Qué novedad traes?

— Ninguna; pero he tenido miedo de las cosas que se hablan de don Enrique, y esta noche misma le he suplicado que me permitiese volver al lado de mi amada prima: ¡me acordaba tanto de tí!

Una lágrima de sensibilidad se asomó á los ojos de Elvira oyendo la ingenua manifestacion del cariño del medroso pajecillo.

— ¿Y don Enrique te lo ha concedido?

— Por mas señas que no he escogido la mejor ocasion; estaba tan distraido y tan ocupado en sus... mira... se me figura que estaba en uno de aquellos ratos en que dicen que tienen los hechiceros el enemigo... ¡Jesus!

— ¡Jaime! ¿Quién te ha enseñado á hablar así de tu señor?

— Bien: no volveré á hablar; ahora ya no me importa. Ya estoy con mi Elvira, que me confiará sus penas, añadió el paje tomando una de las manos de la hermosa camarera.

— ¿Qué anillo es ese? exclamó esta dejando el voluminoso pergamino que hasta entonces habia leido, para examinar de cerca el hermoso brillante que relumbraba en un dedo del paje. ¡Jaime!

— ¡Ah! este no se ve, gritó puerilmente Jaime retirando y escondiendo

su mano. ¡Este no se ve! Es un regalito; á mí tambien me regalan, señora prima, no es á vos sola á quien...

— Vamos, ven acá, Jaime, y dime quién te ha dado ese anillo, ó si por ventura tienes que acusarte de algun...

— ¡Chiton! señora prima, interrumpió el paje con indignacion.

— ¡Ah! ya le tengo, gritó Elvira aprovechando para asirle la mano aquel momento en que la pundonorosa irritabilidad del paje le habia estorbado la precaucion; ya le tengo.

— No, no me lastimes y te le daré, dijo el paje viendo que se disponia la interesante Elvira, tan niña como él, á valerse de la superioridad que le daban sus fuerzas para ver á su salvo el anillo: quitósele en efecto, pero echando á correr, en cuanto Elvira le hubo cogido, no me importa, añadió; ¿qué vereis, señora curiosa? Nada: un anillo; mas no por eso sabreis quién me lo ha dado.

Equivocábase el inexperto paje: la perspicaz Elvira, que al principio habia sido inducida solo por mera curiosidad al reconocimiento de la alhaja, cuya posesion no creia natural en el pajecillo, habia fijado notablemente en ella su atencion, y examinaba al parecer alguna señal ó particularidad por donde esperaba venir en conocimiento de su procedencia.

— No hay duda, exclamó sonrojándose como grana, no hay duda: una letra pierdo; pero seria mucha casualidad..... esmeralda..... e; lapislázuli... l; brillante, b; rubí, r; amatista, a. Y luego... una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. No hay duda.

El paje, que habia alborotado la sala con sus risas y sus burlas al ver la perplejidad de su prima, no se asombró poco al oir la extraordinaria y no esperada explicacion que daba á la sortija; y tanto mas confundido quedó cuanto que creyó no haber sido en esta ocasion sino el juguete del doncel, que se habia valido de él para manifestar á Elvira aquel su amor, de que el malicioso paje tenia ya no pocas sospechas.

Nada mas comun en aquel tiempo que estas combinaciones de piedras y ese lenguaje amoroso de jeroglíficos en motes, colores, empresas y lazadas. Un platero de Burgos habia engarzado artísticamente á ruego de Macías en un mismo anillo aquellas seis piedras, cuya traduccion habia acertado tan singularmente Elvira por un presentimiento sin duda de su corazon. Habia perdido la significacion de una piedra, cosa nada extraña, no hallándose ella muy adelantada en el arte del lapidario; pero en cambio habia entendido la equivocacion del platero, que habia significado la *v* con la *b*, inicial de brillante; ni el quiproquo del platero ni el acierto de Elvira tenian nada de particular en un tiempo en que no sabian ortografía ni los plateros ni los amantes. El número sin embargo de las piedras, y la colocacion de las conocidas, no dejaba la menor oscuridad acerca de la intencion del que habia mandado hacer la sortija.

Quedábale todavía á Elvira un resto de duda, que á toda costa queria satisfacer: en primer lugar no era ella la única Elvira que en Castilla se encerraba; y en segundo la alusion, que la habia puesto en camino de sospechar, no le daba sin embargo noticia cierta de quién fuese el que usaba

con ella semejante galantería. Deseaba por una parte saberlo; temia por otra oir un nombre indiferente.

—¿Quieres cambiar este anillo, Jaime, por otro mejor que yo te dé?

—¿Y qué diria, dijo el astuto paje, el caballero que me le ha regalado?

—¿Con que ha sido caballero?... interrumpió Elvira.

— Y de los mejores y mas valientes de la corte de su alteza.

— ¡Santo cielo! decia Elvira impaciente : Jaime, yo te ruego que me des señas de él al menos, ya que no quieras decir su nombre.

—¿Señas?

—Espera; dime primero, exclamó reflexionando un momento, ¿cuándo te le ha dado, y dónde?

Comprendió el paje al momento la doble intencion de esta pregunta, y se sonrió malignamente viendo á Elvira cogida en su propio lazo, porque al punto recordó que no podia saber la llegada del doncel.

— Hoy, y en el alcázar.

—¿Hoy y en el alcázar? repitió Elvira queriendo leer la verdad en los ojos del paje. ¡Entonces no puede ser! dijo entre dientes, satisfecha ya al parecer toda su curiosidad, dejando caer los brazos, inclinando la cabeza y saliendo, en fin, de la ansiedad y tirantez en que estaba, como arco que se afloja. Siguió mirando, pero mas vagamente, el anillo, haciendo con el labio inferior, que se adelantó al superior, un gesto particular entre distraida y resignada.

—¡Ah! ¡ah! que no lo acierta, exclamó en su triunfo el paje victorioso; escuchadme, señora adivina, es un caballero jóven.

—Bien; déjame, repuso ella sin prestar apenas atencion á la voz chillona y triunfante del mozalbete.

—No, que lo has de acertar. Cuando se trata de cojer sortijas, ensarta con su lanza tantas como corazones con su hermosa presencia. Si monta á caballo, es el mas fogoso el suyo, y lo domeña como un cordero; si se trata de correr cañas, nadie le aventaja; y en un torneo solo don Pero Niño...

— Jaime, ese no puede ser mas que uno, exclamó levantándose Elvira.

—Cierto que no es mas que uno, repuso el taimado paje, que se divertia con su prima como el gato con el raton.

—¿Ha venido? ¡Ah! Ahora recuerdo que esta mañana un caballero...

—¿Quién? contestó con cachaza el paje fingiendo no entender.

—Mira, Jaime, véte de aquí y no vuelvas, gritó furiosa Elvira; marcha, huye si temes mi...

—Bien, primita, lo diré : ese es...

—¿Quién? preguntó la atormentada belleza, ¿quién? acaba ó...

—El doncel de...

— Basta. ¿Estás cierto?...

Acordóse de pronto el imprudente paje del especial encargo que de guardar secreto le habia hecho el doncel, y no sabiendo las últimas mudanzas que en la situacion de su amigo se habian verificado, las cuales

volvian infructuoso este cuidado, trató de reparar el olvido de que la escena bulliciosa que con su prima traia era causa y efecto.

—No me habeis dejado acabar, señora camarera. El rey don Enrique III no tiene un solo doncel. Sabed que no os puedo decir mas. Ni una palabra mas.

Al oir el tono resuelto del rapaz bien vió Elvira que no sacaria de él mas partido que una honrosa capitulacion : lo mas que pudo recabar de él fué que le dejase el anillo, hasta que ella adivinase como pudiese su procedencia; dejósele el pajecillo y se acabó la contienda entre los primos, determinando que por aquella noche Jaime dormiria vestido en una cámara inmediata á la alcoba donde casi vestida tambien trataba de reposar la infeliz Elvira, no atreviéndose á desnudarse del todo por miedo de que hubiese menester la de Albornoz sus consuelos en el discurso de la noche.

Bajóse para esto á su habitacion, que debajo de la condesa caia, despues de haberse cerciorado de que esta yacia profundamente dormida, y de haber dejado advertido á las dueñas que la avisasen á la menor novedad que sintiese su señora, ó que en aquella parte del alcázar ocurriera.

Echóse despues en su lecho, habiéndose despedido del paje, y en vano procuró imitar á este en la prontitud con que concilió el sueño reparador de las fuerzas perdidas.

Revolvia una y mil veces en su cabeza las ideas del dia, y procuraba atarlas y coordinarlas entre sí : empero agolpábanse todas á su imaginacion ferviente; la condesa, la violencia de Villena, sus solicitudes, la ausencia de su esposo, el Amadis, la indiscreta conversacion del paje, las dudas que acerca del dueño del anillo habia dejado sin resolver despues de se inquieto diálogo, todo esto reunido y amasado junto de nuevo en su mente en medio del silencio y de la oscuridad de la noche, le representaba un cuadro fantástico, lleno de objetos incoherentes, muy semejante en la confusion á esos lienzos que entre nuestros abuelos tanto se apreciaban con el nombre de *mesas revueltas*. Pero á proporcion que el largo insomnio y el cansancio del dia fueron rindiendo sus fuerzas y entornando los párpados fatigados de Elvira, todas esas imágenes confusas tomaron en su cerebro contornos informes, y poblaron su sueño de escenas parecidas á las que habian pasado por ella en el dia, y de otras que, como combinaciones nuevas del choque de aquellas, suelen producirse por sí solas en la imaginacion cansada de un calenturiento que duerme, ó de una persona habitualmente agitada por sensaciones extraordinarias, y que pasa por una larga y fatigosa pesadilla.

CAPITULO VIII.

Hélo, hélo por do viene
El infante vengador,
Caballero á la gineta,
En caballo corredor.
. . . .
Iba á buscar á don Cuadros
. . . .
El venablo le arrojó.
. . . .

Rom. del inf. vengador.

Muy avanzada estaba la noche, y muy en silencio todos los habitantes de Madrid y de su fuerte alcázar. No todos sin embargo disfrutaban del sueño y del descanso, como hubiera podido cualquiera figurarse. Podemos asegurar que don Enrique de Villena y Ferrus conversaban muy animadamente en el laboratorio del hermético, como arriba dejamos dicho. El enamorado doncel habia tratado inútilmente de conciliar el sueño, y se habia entregado, desesperado ya de conseguirlo, á la mas profunda meditacion, buscando en su cabeza un arbitrio por medio del cual pudiese descubrir á la de Albornoz el peligro inminente que la amenazaba. Bien conocia que el aviso urgia, pues si antes de haber descubierto Villena su plan lo tenia aplazado para el dia siguiente, era probable que tratase de atropellar la ejecucion de sus ideas desde el momento en que habia hecho partícipe de él al enemigo. El doncel estaba determinado á dar su amparo á la de Albornoz, en primer lugar por pertenecer á *la órden de caballería*, que *principalmente se daba*, como se lee en Amadis de Grecia, « para defender las dueñas y doncellas que tuerto reciben; » órden por la cual « el que la profesa debe ayudar á las dueñas y doncellas fijas dalgo, » como en el instituto de la de la Banda fundada por Alonso XI se contiene; órden, en fin, por la cual se advertia á los que la recibian, como en el Doctrinal de caballeros consta al lib. 1, tít. 3, que « al caballero ó dueña que viesen cuitados de pobreza ó por tuerto que hobiesen recebido, de que non pudiesen haber derecho, que pugnasen con todo su poder de ayudarlos. » Agregábase á esta principal razon otra, si bien menos generosa y obligatoria, mas fuerte acaso que todos los institutos y órdenes del mundo; á saber, cierta simpatía que con una persona ligada á la suerte de la de Albornoz alimentaba Macías en todas sus acciones.

Pero si estaba decidido á favorecer á las débiles víctimas del poder del ambicioso conde, no por eso dejaba de conocer cuán dificultoso era, sino imposible, introducir á aquellas horas un saludable aviso en la habitacion de la condesa ó de su camarera.

Despues de largo rato de discurrir, en que desechó unas ideas, adoptó otras, volvió á desechar estas, y á adoptar y desechar otras ciento, fi-

jóse por fin decididamente en una que debió de parecerle la mejor y la menos arriesgada de ejecutar si la fortuna le ayudaba. No quiso despertar á Hernando, que sordamente roncaba, para no ser conocido en la expedicion que premeditaba, si llegaba á sorprenderle fuera del alcázar la madrugada que á largos pasos andando se venia: endosóse un basto sayo de montero de su criado, su gorro de lo mismo, su tosco tabardo de paño buriel, ciñó la espada, y tomando debajo del brazo un objeto que, como trovador, siempre llevaba consigo, salióse pasito de su estancia, y sin ser sentido llegó hasta la puerta exterior del alcázar, evitando por corredores y patios conocidos de él las centinelas interiores que hubieran podido interrumpir su proyecto; pero llegado allí estuvo tentado varias veces de volver á su aposento y desistir de su empresa, cuando se oyó dar el *¿quién va?* del ballestero encargado de la guarda de aquel punto.

—Un caballero que desea salir.

—Atrás, ¡voto á Santiago! le respondió una voz, ronca del vino ó del frio de la noche: buena hora de salir á tomar el fresco, cuando está un cristiano deseando el relevo para calentarse.

No habia meditado el doncel este inconveniente: no quedaba sin embargo mas remedio que desistir y abandonar á la condesa á su destino, ó descubrir su clase de doncel de su alteza, y como tal lograr que se le abriesen las puertas. Calculando que de todas suertes habria de saberse al dia siguiente su entrada en el alcázar, puesto que ya no podia por entonces pensar en volverse á Calatrava, decidióse al segundo partido prontamente; hizo llamar al jefe del pequeño destacamento, y no tardó en oir su voz, que denotaba el mal humor de un hombre á quien se ha sacado intempestivamente del sueño para cumplir con un deber.

—Por la Vírgen de Atocha, vive Dios, exclamó observando y dejando ver sú oblonga figura, que he de escarmentar al borracho que á estas horas...

—Mirad lo que hablais, interrumpió Macías al oir hablar sobre sí, como quien está debajo de una campana, á aquel amalgama de gordura, de bestialidad y de sueño.

—¿Quién sois, voto va, el que hablais tan gordo? ¡Aaa! prosiguió bostezando.

—Por Santiago, ya os debia haber conocido en lo que teneis de comun con los jabalíes del Pardo. ¿Sois vos Bernardo?

—¿Quién es, repito, por las muelas de santa Polonia, quién es el que me conoce tan á fondo?

—Dejadme salir: soy un doncel de su alteza y voy á asuntos del servicio del rey...

—¿Doncel? metedme el dedo en la boca: mas traza teneis que de doncel de don villano, repuso el ingenioso Bernardo á caza del equivoquillo... el vestido...

—¡Voto va, Bernardo, que os haga arrepentir de vuestra insolencia si insistís en faltar al respeto á... pero... oid, añadió acercándose á su oido, ¿conoceis á Macías? miradle aquí.

—¡Ballesteros! echadme á ese aventurero en un cubo de agua fresca:

dice que es un hombre que está en Calatrava. Voto va el santo patron del sueño, que ó ha trasegado de la botella á su estómago mucho del tinto, ó es hechicero.

No pudo sufrir ya mas tiempo el doncel el impertinente responder del ballestero, y asiéndole con mano vigorosa del cuello, llevóle sin dejarle gañir, ni aun para pedir socorro á los suyos, hácia un farol que cerca de ellos ardia; y enseñándole entonces su rostro descubierto,

— ¿Conocéisme, don Bellaco, portero de los infiernos y hablador que Dios no perdone? ¿conocéisme? ¿ó habeis menester todavía que os abra yo los ojos con el puño?

Abria el ballestero unos ojos como tazas, y no acababa de comprender cómo podia salir del alcázar un hombre que no habia entrado en él, pues lo creia en Calatrava: hubo sin embargo de convencerse, y tendiendo entonces la pierna hácia atrás y descubriendo su cabeza, pidió mil excusas al doncel, y fué preciso que este pusiera treguas tambien á sus disculpas y cortesías como á sus impertinencias, sin lo cual nunca se hubiera visto donde por fin se vió, es decir, en medio del campo y recibiendo sobre sí una menuda lluvia que á la sazon comenzaba á caer, lo cual, añadido á la persecucion del cerbero del alcázar, no era del mejor agüero para nuestro osado doncel, que dejaremos rodeando los altos muros de la fortaleza para dar cumplimiento á sus caballerescos proyectos.

Mientras que los acontecimientos paralelos de la conversacion de don Enrique con Ferrus y la salida del doncel se verificaban en el alcázar á una misma hora, dormia inquietamente y luchando con las fantasmas que su imaginacion le representaba la hermosa Elvira, que en su lecho medio desnuda dejamos. Habíase quedado con solo un vestido blanco; cubríale este desde la garganta hasta los piés, que, desnudos, parecian dos carámbanos de apretada nieve: su cabello, tendido cuan largo era, velaba sus hombros, su seno, su talle, y por algunas partes su cuerpo entero; una mano pendia del lecho, y la opaca claridad de la luna que penetraba por entre las nubes no muy densas y sus ventanas, entreabiertas por el calor de la estacion, la hacia aparecer un verdadero ser fantástico, como la hubiera soñado un amante deseoso de una ocasion. Su seno y su respiracion interrumpida denunciaban la inquietud de su descanso y el trabajo de su imaginacion aun en el sueño.

Fuese casualidad, fuese porque era el que mas habia dormido, el paje fué el primero que á un extraño rumor que en aquellas inmediaciones se oyó hubo de interrumpir el reposo en que yacia. Un laud suave y diestramente pulsado adquiria nueva dulzura del silencio de la noche; oyólo primero el paje entre sueños, pero la realidad tomó en su fantasía la apariencia de una representacion ficticia y se creyó trasportado á algun sábado de hechiceras, que era la especie de gentes que él mas temia. Habia templado algun rato el músico, para llamar la atencion, pero sin ser oido de nadie; y cuando el paje echó de ver la aventura, y cuando don Enrique habia notado la música que le habia obligado á no cerrar su ventana, como arriba dejamos dicho, habia cantado ya con melo-

diosa voz, si bien varonil, las dos siguientes coplas, cuyos ecos se llevó el viento antes de que fuesen para nadie de provecho á que sin duda aspiraban:

En el almenado alcázar
Duerme Zaida sin cuidado.
Guarda, mora, que tus grillos
Te forja un conde cristiano.
Alza y parte, desdichada,
Primero que veas relumbrar su espada.
Vela, tú, si Zaida duerme,
O dulce señora mia.
¡Guar del conde que la acecha!
Que un caballero te avisa.
Alza y parte, desdichada,
Primero que veas relumbrar su espada.

Al repetir estos dos últimos versos del estribillo fué cuando el paje, elevando la voz, llamó á la hermosa Elvira.

— ¿Oís, discreta prima?

— ¡Cielos! exclamó Elvira sentándose sobre el lecho. ¿A estas horas?...

— No he podido entender la letra...

— Oigamos, que prosigue.

Volvia efectivamente á empezar de nuevo el músico despechado de no advertir ninguna señal de inteligencia en las bellas á quienes advertia su propio riesgo. Repitió, pues, la última copla, que hizo un efecto bien diferente en el paje, en su alterada prima, que aun no habia vuelto enteramente en sí de su asombro, y en don Enrique y Ferrus, que prestando la mayor atencion desde su cámara escuchaban.

— Ferrus, dijo don Enrique á la mitad de la copla, desde aquí no podemos ver quién es el músico que tan delicadamente se viene á regalarnos los oidos á deshoras de la noche: el ángulo saliente del alcázar nos impide reconocerle, y aun su voz llega aquí tan desfigurada que es imposible entenderle.

— ¿Qué quieres, pues, señor? contestó Ferrus.

— Importa á mis fines confirmar ó desvanecer mis sospechas; ¡voto á Santiago que si fuese!... escucha, Ferrus: baja al soto lo mas de prisa que pudieres...

— ¿Yo, señor? interrumpió Ferrus con algun sobresalto.

— En el acto, Ferrus: ni una palabra mas, y quiero darte instrucciones acerca de lo que en todos casos deberás hacer.

No habia medio de replicar á una órden tan positiva: oyó Ferrus las instrucciones que le daban, y se propuso no traspasar los límites del puente levadizo sin llevar consigo á cierta distancia alguno que otro ballestero del destacamento de la puerta para que le guardase las espaldas contra el músico, que podia no gustar de que saliesen á escucharle al claro de la luna.

— ¡Cielos! exclamó la agitada camarera saltando del lecho al oir las primeras palabras de la letra. Conozco la voz. ¿Es cierto, pues, que ha

vuelto de Calatrava? ¿Sueño todavía? ¿Mas qué sentido encierran esas palabras? *¡ El conde , un caballero te avisa!* ¡Entiendo, entiendo!

El músico, que oyó aquel rumor en la habitacion donde sabia que habitaba Elvira, clavó los ojos en la ventana, abierta ya de par en par, distinguió un leve contorno blanco, que parecia salirse del mismo fondo de las tinieblas, como nos dicen que salió el mundo del caos, olvidó la prudencia que debiera haber sido su norte, y no pudo resistir á la tentacion de poner en su carta una posdata para sí.

Volviendo á preludiar en su instrumento, añadió á las dos ya cantadas la siguiente estrofa:

¡ Pluguiera á Dios que pudiese
Librarse así el caballero
Que tienes, señora mia ,
Entre tus cadenas preso !...

Al llegar aquí no pudo Elvira contener mas tiempo el sobresalto y la agitacion que la ofuscaban: *basta*, oyó decir el caballero, *basta*, *trovador imprudente*, á una voz que resonó en su oido como la campana de la poblacion inmediata al caminante perdido, y oyó en pos cerrar con un ¡ ay ! doloroso la ventana.

Mas no tardó mucho en volverse á abrir. Cesó de pronto el laud; el músico, cuyo bulto habia visto hasta entonces Elvira al pié de su ventana, habia mudado entretanto de sitio, ó habia obedecido á la voz celestial : un ruido como de voces ofensivas y alteradas se oyó un breve instante : sucedió un confuso ruido de armas, el cual cesó de allí á poco : sacó Elvira la cabeza por entre los hierros de la reja, como saca el cuello del agua el infeliz, asido de una tabla, que se siente ahogar en medio del mar; un prolongado gemido se siguió al silencio, y retumbó el ruido hueco y resonante de un cuerpo armado que cae en tierra cuan largo es.

Helóse la palabra en la garganta de la infeliz Elvira, que era toda oidos, pues nada alcanzaba á ver. Un momento despues se oyó el ruido de un hombre que monta á caballo y parte aceleradamente.

— ¡Infeliz! exclamó Elvira despues de un momento de pausa glacial; pero un nuevo rumor la obligó á prestar atencion.

— ¿Dónde está? dijo una voz de hombre que sobrevino de allí á poco.

— ¡ Qué sé yo ! ¡voto á tal ! ¿no le oísteis por aquí? respondió otra.

— Debió caer.

— Y tambien debió levantarse.

— O debieron levantarle; segun yo oí, no quedó muy bien parado.

— Volvamos, y el diablo le lleve.

— Llévele en buen hora. ¡Ah !

— ¿Qué es eso ? ¿ Os caeis?

—Voto á tal que con el lodo está el piso que parece mármol. Héme caido.

—¿ Con el lodo? ¿ eh? á ver, volveos : poneos á la luz de la luna. Por

el alma del cobarde, que es el diablo quien le ha llevado ó el hechicero, porque aquí ha dejado... toda... su... vida...

— ¿Qué decís?

— ¿No veis cómo os habeis puesto?

— ¿De qué?

— ¡De sangre, voto á tal! ¡Y que esto pase por alguna desvanecida!

El diálogo era en todas sus partes destrozador para la infeliz Elvira, que por los antecedentes que tenia no podia prescindir de ver claro en este desdichado asunto; cada palabra retumbaba en su alma como el golpe del martillo que hace entrar á trozos la cuña en la madera: así entraba la horrible realidad en el alma de Elvira. Pero al oir la palabra *sangre*, un estremecimiento involuntario la sobrecogió; la atmósfera pesó como plomo sobre su cabeza al resonar en el aire el amargo reproche con que la frase concluyó; un ¡ay! penetrante se escapó de su pecho desgarrado, dió consigo en tierra privada de sentido la triste camarera, sonando su cabeza sobre el pavimento como piedra sobre piedra, y nada volvió á oir.

Llegó el *ay* dolorido á los oidos de los dos que hablaban, y era efectivamente tan penetrante é inexplicable, que no solo en aquel siglo de ignorancia, sino aun en este, mas de un valiente hubiera temblado al escucharle á aquellas horas, en aquel sitio, sin ver de donde saliese, y sobre el pedazo de tierra que acababa de ser teatro de una muerte, segun todas las apariencias.

— ¿Has oido? dijo uno al otro. ¡Cuerpo de Cristo! aquí ha quedado su alma para pedir venganza á todo el que pase: ese grito no es de persona; huyamos.

— Huyamos, repuso el compañero: sonaron un momento sus pasos precipitados al rededor del muro. De allí á un momento nada se oia ni dentro ni fuera: ni en las inmediaciones del funesto alcázar.

CAPITULO IX.

Ese caballero, amigo,
Dime tú qué señas trae.
Cancion. de rom.

La hora del alba seria cuando el famoso caballero don Enrique de Villena, cansado de esperar inútilmente á su juglar, á quien habia comprometido, como sabe el lector, en el misterioso y nocturno acontecimiento de la víspera, vacilando entre mil ideas confusas, habia entregado al descanso sus miembros fatigados. Ni el miedoso juglar habia vuelto, ni él, desde el punto en que le enviara á explorar quién fuese el músico, ha-

bia tornado á oir mas que el confuso ruido de las armas de los desconocidos combatientes. No habiendo querido dar sospechas á nadie en el alcázar de que pudiera tener la menor parte en los sucesos que él se figuraba haber ocurrido, no se habia determinado, ni á salir en persona á reconocer el estado de las cosas, ni á despertar á ninguno de sus pacíficos sirvientes. Habíale entre tanto sorprendido el sueño en medio de la encontrada lucha de sus opuestos pensamientos, y vestido como estaba se habia reclinado en su rico lecho, determinado á esperar el dia y con él la aclaracion de los acontecimientos de la noche. El sol, sin embargo, que á mas andar se venia, amaneciendo por las doradas puertas del oriente, daba la señal á caballeros y escuderos de tornar á las obligaciones diarias, porque en la época de nuestra narracion no se habia introducido aun la moda regalona de perder las gentes principales las horas mas hermosas del dia en el mullido y caliente lecho.

La cámara principal del señor de Cangas y Tineo, inmediata á su gabinete alquimístico (cuya entrada no era á todos permitida), presentaba un aspecto imponente, tanto por el lujo y afectacion con que se hallaba alhajada, como por las diversas personas que en ella se veian reunidas esperando á que se dignase recibir su acostumbrado homenaje el ilustre pariente de Enrique III. Gentileshombres, caballeros y escuderos de su casa, oficiales de su servicio, donceles y pajes conversaban en diversos grupos, pendientes del menor ruido que pudiera anunciarles la deseada presencia de su señor. Notábase solo la falta de dos personas, y no se oian mas que preguntas misteriosas sobre su extraña ausencia.

— ¿Qué era del primer escudero? ¿Qué del juglar?

— ¿Qué puede causar la tardanza de Fernan Perez?

— Por el señor Santiago que es cosa difícil de comprender. Cuando volvíamos anoche de la batida, él se adelantó con un solo montero y se separó de nosotros. Desde entonces no le volvimos á ver.

— Sí, reponia otro: apostara la mejor pieza de mi arnés á que fué á ver bajo las ventanas de su amada esposa si andaban moros en la costa.

— Bravo modo de decirnos que el escudero es zeloso.

— ¡Dios me perdone! como un moro.

— ¡Oh! entonces, decia un tercero, ya se explica su ausencia. Habrá tardado en conciliar el sueño... al lado de su dama...

— ¡Chiton! la puerta de la cámara se ha abierto.

— Es el camarero.

— El camarero, el camarero, repitieron varias voces por lo bajo. Fijáronse las miradas de todos en Rui Pero, quien con la mayor inquietud preguntó:

— ¿No ha venido aun Ferrus? Su señoría pregunta por su juglar.

— Estará haciendo alguna trova, ó pensando algun donaire, dijo el mas atrevido de los caballeretes.

— Cierto que comienza su tardanza á inquietarme, dijo Ruy Pero. Y acercándose á los principales personajes de aquella pequeña corte, — Su señoría no se ha desnudado esta noche; Fernan Perez no parece; Fer-

rus tarda, les dijo misteriosamente : temo grandes novedades. Voy á prevenir á su señoría, añadió en voz alta, y se entró.

Duraron otro rato las misteriosas conversaciones de la cámara ; pero no tardó mucho en venir á interrumpirlas la presencia del primer escudero.

— Dios nos dé su bendicion, dijo en entrando, al comenzar este dia, y se santiguó devotamente.

— Dios nos la dé, repitieron los circunstantes, é imitaron, como en las cortes se usa, la accion del valido. Bien venido sea el escudero de su señoría, exclamaron despues.

— Bien venido, sí, y bien despierto : la tranochada me ha hecho ser indolente. Vuestras mercedes me darán licencia que entre á tomar las órdenes de nuestro amo. Ya hace rato que debiera estar á su lado.

No le dió lugar sin embargo á entrar la salida del conde en persona, á quien acompañaba su fiel camarero. Hízose como los demás á un lado respetuosamente Fernan Perez, y el conde, que le habia visto antes que á otro alguno, disimulándolo sin embargo, como para castigarle de su tardanza, dirigió comedidamente la palabra á sus principales cortesanos, despues de las ceremonias y fórmulas de uso.

— Caballeros, dijo el conde, asuntos de alguna importancia me obligan á separarme de vuestras mercedes. Podreis esperarme en la antecámara de su alteza, adonde no tardaré en seguiros. Fernan Perez, quedaos.

Inclinaron la cabeza los circunstantes, y hablando entre sí por lo bajo, dejaron la cámara desocupada, no muy contentos con el frio recibimiento del distraido conde de Cangas y Tineo.

— Y bien, Fernan Perez, dijo este luego que quedaron solos, supongo que habeis encontrado en completa salud á la hermosa Elvira.

— Esa pregunta, señor...

— ¡ Oh ! no : haceis bien : no se puede vacilar entre el servicio de una hermosa y el de un conde. Voy viendo que os debo de armar pronto caballero, porque ya sin serlo cumplís perfectamente con la órden de caballería. ¿A qué hora habeis entrado en Madrid ? — Rui Pero, dispondreis que se busque dentro y fuera del alcázar á Ferrus. Su ausencia me inquieta. — Ya estamos solos, Vadillo. ¿A qué hora habeis entrado?

— Podrian ser las cuatro, si dicen las horas las estrellas.

— ¿Las cuatro ? A esa hora... ¿no habeis visto á la entrada á Ferrus?

— Ojalá, señor, que hubiera visto á Ferrus : algo peor es lo que he visto.

— ¿Peor? explicaos presto.

— Y peor lo que he oido.

— ¿Habeis oido ?

— Volvia, señor, de la batida, como me dejaste mandado, á la cabeza de los caballeros y monteros de tu casa : al llegar al alcázar, habíame adelantado algun tanto para hacer la señal de que nos echaran al rastrillo, cuando creí oir hácia cierto punto del alcázar, pero de la otra parte del foso, un laud asaz bien templado.

— Seguid, Vadillo.

— Parecióme mal que á tales horas se diesen serenatas hácia la parte precisamente del alcázar que habita...

— Seguid.

— Apreté los ijares al caballo : cuando llegué la música habia cesado; pero un hombre que rodeaba el muro exterior, y que á la sazon se hallaba debajo de las ventanas de mi señora la condesa...

— ¡Vadillo!

— De Elvira, señor... perdonad si mi lengua... ¡maldita sospecha! ahora caigo en que... aquel hombre, pues, no me pareció bien, y le acometí.

— Por Santiago que acertaste. ¡Es mi hombre! ¿Era el músico?

— Sin duda, puesto que por allí otro alguno no se veia.

— ¿Se defendió?

— Trató de defenderse, y trató de hablar; pero mi venablo no le dió todo el espacio que él quisiera. Le disparé y cayó.

— ¿Cayó? adelante, Vadillo. Tu recompensa igualará tu servicio.

— Apeéme del caballo para reconocerle, pero fué imposible : habia llovido, y él cayó en el fango : mi venablo le habia pasado por la frente, y su cara estaba llena de lodo y de sangre : la oscuridad además y mi turbacion no me permitieron conocerle. Figuréme sin embargo que no debia de estar muerto aun, pues latia su corazon y se quejaba. Deseoso de saber quién fuese el músico que á aquellas horas osaba comprometer el honor de las dueñas del alcázar, atraveséle en mi caballo: sin embargo antes de entrar lo encomendé al cuidado del montero que se habia adelantado conmigo : respondióme de su seguridad. Fuí á dar órdenes para hospedar á la gente de la batida, y ahora solo espero las tuyas, gran señor, para reconocer al insolente trovador.

— ¡Ah! ¿No sabeis aun quién sea?

— Solo sé que no está herido de muerte; pero el montero al anunciármelo añadió que el maestro á quien habia recurrido, al hacerle la cura, habia encargado que no se le viese ni hablase. Creí, pues, del caso esperar á la mañana. Parecióme sin embargo jóven y gallardo mancebo.

— Él es, no hay duda. Te tengo en mi poder, mal caballero. Vadillo, es preciso tenerle á buen recaudo.

— ¿Conócesle tú entonces, gran señor?

— Sí, le conozco; tú le conocerás tambien. Necesito sin embargo á Ferrus. A esa misma hora de las cuatro le envié á reconocer al músico; de entonces acá ha desaparecido. El villano cobarde ha tenido miedo sin duda; acaso luego se aparecerá y creerá desarmar mi enojo con alguna juglería. Entre tanto Rui Pero está en el encargo de encontrármele muerto ó vivo. Sus orejas servirán de pasto á mis lebreles si ha cometido villanía, por Santiago. Ahora, Vadillo, es preciso no perder tiempo : supuesto que está en nuestro poder quien pudiera únicamente desbaratar mis planes, dentro de una hora he de quedar servido. Hernan Perez, ¿teneis valor y resolucion?

— Dispon, señor, de mi vida.

— Venid conmigo; proud y secreto.

Dicho esto, salieron don Enrique y su primer escudero, y atravesando apresuradamente las galerías del alcázar, se dirigieron á las caballerizas del conde: dieron allí varias órdenes, al parecer de la mayor importancia: separáronse en seguida. El primer escudero buscó y habló misteriosamente á algunos escuderos de la casa de su señoría. El movimiento y el sigilo con que ciertos preparativos se hacian pronosticaban algun proyecto de la mayor importancia. Reuniéronse de nuevo el conde y su primer escudero, y en otra secreta conferencia aquel pareció dar á este instrucciones de grave peso, despues de las cuales se dirigieron entrambos seguidos de los escuderos y armados que para su plan habian escogido, y desaparecieron entrándose por la cámara de don Enrique. Nada se trasluce en las crónicas del objeto de aquellas ignoradas conferencias. El lector sin embargo, si presta un poco de paciencia, podrá tal vez adivinarle por sus prontos resultados.

CAPITULO X.

Mate el conde á la condesa,
Que nadie no lo sabria,
Y eche fama que ella es muerta
De un cierto mal que tenia.

Rom. del conde Alarcos.

Cuando Fernan Perez de Vadillo hubo dejado su presa al cuidado del montero, se apresuró á desvanecer las sospechas que en su alma comenzaban á nacer acerca de la dueña á quien podria haber sido la serenata dedicada. Era evidente que el trovador se hallaba debajo de las rejas de doña María de Albornoz; ¿rondaba empero á la condesa, ó á alguna de sus dueñas y doncellas? ¿era acaso Elvira el objeto de tan intempestiva música? La conducta irreprensible de la condesa y de su esposa las ponian en cierto modo á cubierto de cualquier juicio temerario. Los maridos, sin embargo, que nos lean, no extrañarán que el zeloso escudero fabricase en el aire mil castillos fantásticos hasta la completa aclaracion por lo menos de sus terribles dudas.

El taimado pajecillo entre tanto, al oir saltar de su lecho á su hermosa prima, se habia levantado, y habia conseguido hacer que ella volviese en sí de su aturdimiento, golpeando á su cerrada puerta, y preguntándola si necesitaba algun auxilio, y cuál era la causa de aquel ¡ay! doloroso y del extraordinario ruido que acababa de oir.

Repúsose Elvira lo mejor que pudo, y tranquilizando al paje, mandóle que se retirase á su lecho, y aun le trató de visionario y de curioso impertinente. A lo de curioso nada tenia el pobre Jaime que responder, pero en cuanto á lo de visionario, él sabia muy bien que no habia soñado lo que realmente habia oido. y si obedeció por entonces, no fué sin reser-

varse el derecho de averiguar todo el caso en amaneciendo. Elvira, satisfecha con el silencio del paje, tornó á escuchar, pero no oyendo ruido alguno que pudiese ponerla en camino de dar con la verdad de lo sucedido, volvióse al lecho tambien; de suerte que á la venida inesperada del zeloso escudero pudo disimular convenientemente la reciente turbacion. Despues de las primeras preguntas que entre los dos pasaron acerca de aquella imprevista llegada, en balde trató Fernan Perez de sondear mañosamente el alma de su avisada esposa. Nada habia oido, nada sabia de cuanto á Vadillo traia inquieto. Hubo este, pues, de conformarse y remitir á otra ocasion mas favorable la satisfaccion de sus deseos. Concilió el sueño de que tanta falta tenia, y cuando se despertó se vistió apresuradamente, y despidiéndose de su amada esposa se dirigió á la cámara de don Enrique, como arriba dejamos indicado.

No deseaba Elvira otra cosa : cada vez mas inquieta acerca del oscuro sentido de las trovas de la noche pasada, presagiaba ya mil próximas desventuras; determinó dar aviso á la condesa, quien habia oido muy confusamente los sucesos referidos. Antes empero de dar este importante paso, llamó al paje y le dijo cómo era inútil que guardase por mas tiempo el secreto de la venida del caballero de Calatrava, puesto que ella lo habia reconocido : añadióle que importaba mucho á la seguridad de su señora la condesa saber cuál habia sido el desventurado lance de la noche, y hablar al caballero, si habia quedado de él con vida y libertad, para que le aclarase sus misteriosos avisos : prometió el paje indagar cuanto hubiese en el asunto, tanto por dar contento á su querida prima, como por el interés que en las cosas del caballero trovador se tomaba. Salió, pues, en busca de él, resuelto á no volver mientras no diese con él y no le indicase el deseo de la condesa, de agradecerle su fina amistad, é implorar al mismo tiempo su proteccion y amparo, si algo sabia que fuese en contra de ella ó de los suyos.

Mas tranquila despues de esta primera diligencia, acudió la triste Elvira á la cámara de su señora, á quien encontró levantada, pero no repuesta de las terribles escenas de la víspera. No contribuyó á aquietarla lo que Elvira le refirió, y entrambas á dos determinaron vivir con cautela, no dudando que las palabras del trovador tuviesen alguna relacion con los proyectos que el irritado conde habia dejado traslucir la noche antes, en medio de su colérico arrebato contra su inocente esposa.

Bien quisiera la condesa penetrar el arcano que las nocturnas trovas encerraban, y aun mas quisiera traslucir quién podia ser el caballero generoso que tan bien informado se hallaba de las asechanzas que contra ella se prevenian, y que tan singular interés por su seguridad tomaba. No eran pequeñas por otra parte la zozobra y la duda que á entrambas nuestras heroinas agitaban acerca de los resultados de la desgracia que al caballero le habia acarreado su generosidad.

Era para Elvira evidente que poco despues de haber callado el desventurado cantor, le habia sobrevenido un trance de armas : la caida de un cuerpo habia resonado luego funestamente en sus oidos y en su corazon, y el silencio y la duda habian sucedido á la catástrofe. Era de presumir

que el muerto ó herido fuese el músico; pero era imposible saber nada á punto fijo antes de la vuelta del paje; corria entre tanto el tiempo, si bien no tan aprisa como al desgraciado que espera le suele comunmente convenir, y el paje no daba noticias de su persona.

Si nuestros lectores han esperado alguna vez, podrán formar una idea aproximada de la penosa agonía de la de Albornoz y Elvira, porque idea exacta de ninguna manera la podrán concebir.

— ¿Has oido? preguntaba en medio del mayor silencio la condesa.

— ¡Es Jaime! respondia Elvira; mas no, no suena nada, añadia despues de un momento de inútil expectacion.

— Ahora.... ahora sí, exclamaba de allí á un rato la condesa.

— Sí; ahora; pasos son, y pasos acelerados....

— De muchacho.

— Jaime, Jaime es... ahora sí... repetia Elvira atenta á la puerta, los ojos fijos en sus batientes hojas, y palpitándole el seno aceleradamente con el movimiento de las olas azotadas por la brisa; veíala abrirse ya, se medio incorporaba en su asiento, entreabria los labios para hablar á Jaime... La puerta sin embargo cerrada, fija, inmóvil como una pared. Los pasos se alejaban, apenas se oian. Nada ya.

— Seria algun criado que pasaba.

Una vez, en fin, la puerta se movió al morir en ella el ruido de los pasos; todavía no se podia ver al que iba á entrar: parecia sacudirse por sí sola, y antes de que se abriese lo bastante para dar paso al paje, que era sin duda el que iba á entrar, la condesa y Elvira unánimemente inspiradas de uno de estos raptos del primer momento, tan comunes é irreprimibles como inexplicables en las mujeres, habian gritado: — ¡Jaime! entra, Jaime.

Abrióse por fin la puerta enteramente, y entró don Enrique de Villena. Hay una inclinacion natural en el que espera á creer que nadie puede venir sino el esperado; nada tienen, pues, de particular el asombro y la repentina frialdad de la condesa y su camarera al ver echado por tierra tan inesperadamente todo el aéreo castillo de sus fantásticas esperanzas. Miráronse una á otra en el primer momento de estupor; el lector hubiera adivinado en sus semblantes infinidad de ideas que bullian en sus imaginaciones, y que por la vista se cruzaban, se comunicaban, se hablaban, se refundian en un solo objeto de entrambas comprendido sin mas verbal explicacion.

Examinó un momento don Enrique de Villena las cambiantes fisonomías de la señora y su camarera.

— Bien veo, dijo pausadamente despues de un momento, bien veo, doña María, que no esperais á vuestro esposo. ¿Pudiera yo merecer vuestra confianza hasta el punto de saber cuál interés os liga al imprudente paje que ha abandonado de una manera tan imprevista mi envidiado servicio? ¿callais? ¿me conservais rencor aun por la escena de anoche?

Dijo estas últimas palabras con tal acento de dulzura y de reconvencion, que no pudo menos la ilustre víctima de manifestar á las claras en

su semblante su singular asombro. Tenia efectivamente el de Villena gran facilidad para revestir la máscara que á sus fines mejor convenia. Nadie hubiera reconocido en sus modales y palabras al tirano esposo de la víspera.

— ¿No quereis, señor, que extrañe tan singular mudanza en vuestras acciones? ¿debo creeros, ó prepararme para otra...

— Basta, doña María: ¿es posible que no acabeis de conocer los sentimientos de don Enrique de Villena? No negaré que pudiérais estar justamente ofendida; pero vengo á reclamar mi perdon. He pensado mejor mis verdaderos intereses, he reconocido mi error: vuestras virtudes me han hecho abrir los ojos; si sois la misma que habeis sido siempre, Elvira puede ser testigo de nuestra reconciliacion.

— ¡Don Enrique! exclamó alborozada la de Albornoz. Miró sin embargo á Elvira como para preguntarla con los ojos si podria creer en la sinceridad de las palabras del conde: Elvira bajó los suyos, y dejó sin respuesta la muda interrogacion de su señora.

— Desechad las dudas, doña María. Vengo á daros una prueba positiva de mi afecto. Espero que esta noche os presentareis brillante de galas y preséas en la corte de Enrique III. Quisiera que venciéseis en esplendor á todas vuestras émulas, y que la corte toda, á quien hemos dado harto motivo de murmuracion con nuestras anteriores contiendas, presenciase los efectos de nuestra nueva alianza. ¿Dudais aun?

— Esta duda, señor, repuso la de Albornoz, puede seros garante del deseo que en mi alma abrigaba de veros por fin esposo algun dia. ¡Ah! si vuestro amor, si esta reconciliacion fuesen una nueva artería, si fuesen un lazo...

— ¡María!

— Perdonadme: vos habeis dado lugar á mi desconfianza; si esta paz aparente fuese solo la calma precursora de nuevas borrascas, seríais bien cruel y bien pérfido caballero: ¿qué gloria podria prestarle al leon el jugar con la inocente y crédula oveja? Ved mi alma: yo os perdono, don Enrique; perdonémonos entrambos. Oid empero. Si solo intentais divertiros á costa de mi loca credulidad, Dios confunda al malsin, abandone la Vírgen Madre al engañador de las damas, y el buen Santiago al mal caballero. Apodérese el ángel malo del alma del traidor, y no le sean bastante castigo las penas todas de los condenados al fuego eterno. Hé aquí mi mano y mi amor, don Enrique.

Las últimas palabras enérgicas que la de Albornoz habia pronunciado con toda la entereza de la virtud y el entusiasmo de la inspiracion, habian hecho bajar los ojos al imperturbable don Enrique: un estremecimiento involuntario le habia cogido desprevenido, y estrechó la mano de la de Albornoz diciendo balbuciente y confuso:

— Ved aquí la mia; el cielo sabe la verdad de mis palabras.

Abrazáronse los consortes en presencia de la asombrada Elvira, quien, acostumbrada á la táctica de don Enrique, no hacia sino examinar su semblante como buscando en sus facciones y en el mas insignificante de sus gestos pruebas contra sus palabras. La de Albornoz, deslumbrada

por su mismo deseo y su amor al conde, se entregaba mas fácilmente á la esperanza de ver por fin su suerte mejorada. ¿No era por otra parte muy posible que sus virtudes hubiesen hecho realmente en don Enrique el efecto que este acababa de suponer? Nada hay mas fácil que hacernos creer lo que con vehemencia deseamos. La de Albornoz tragó, pues, el cebo y el anzuelo.

Repuesto don Enrique de su primera turbacion, no perdonó medio alguno de inspirar confianza á su esposa: las palabras mas tiernas fueron por él prodigadas, y las mas vivas protestas de amor y fidelidad. Un amante no hubiera dicho mas que el hipócrita marido.

Poco tiempo podia hacer que esta escena duraba en la cámara de doña María de Albornoz, cuando la puerta misma que el dia antes habia proporcionado á don Enrique retirada se abrió con admiracion de los circunstantes, y se aparecieron seis figuras fantásticas, que un hombre del vulgo hubiera llamado entonces seis endriagos. Venian armados al parecer de piés á cabeza, pero unas especies de sayos que sobre la armadura traian, y cuya capucha cubria su cabeza y rostro, á manera de los que usaban los almogavares, no permitian ver quiénes ni qué especie de hombres fuesen.

Suspensas quedaron á tan extraña aparicion doña María y su camarera; mirábanse alternativamente, y miraban luego con atencion exploradora á don Enrique, deseosas de reconocer en su fisonomía si se presentaban los intrusos allí por su órden, ó si tendrian ellas motivo para temer algun nuevo peligro.

—¡Vive Dios! exclamó don Enrique levantándose: ¿quién es el osado que os envia? ¿quién se atreve á interrumpir de un modo tan incivil las conversaciones del conde de Cangas y Tineo? salid fuera y....

No le dieron tiempo á proseguir los encubiertos: el que parecia ser jefe de ellos desenvainó una espada, á cuya señal se acercaron los demás con sendos puñales á las aterradas damas, todo sin proferir una palabra.

—¡Don Enrique! exclamó la de Albornoz arrojándose á sus piés y estrechando sus rodillas, al paso que este con el acero, fuera ya de la vaina, parecia protejerla de todo extraño acometimiento.

—Traicion, señora, gritó Elvira, traicion: ¡nos han vendido! y quiso arrojarse hácia la puerta para demandar socorro. No se lo consintieron dos de las fantasmas, que arrojándose á su paso la sujetaron fuertemente y pusieron término á sus alaridos, cubriendo su boca con su fino cendal, y procediendo en seguida á sujetarla á una de las columnas de la cámara. Don Enrique entre tanto gritaba y maldecia.

—¡Por Santiago! he olvidado mi silbato de plata en mi cámara, y ningun criado me oirá aunque los llame. Pero venid, añadia al jefe de los invasores; llegad y arrancadme la vida antes que el honor.

En vano trató la de Albornoz de separar á su esposo del trance que le esperaba. Don Enrique la rechazó y cruzó su espada con la del desconocido, en tanto que los compañeros de este, apoderándose de la casi desmayada doña María, vendaban su boca con su propio pañuelo, en cuyas puntas se veian ricamente recamadas en oro las armas reunidas de su

casa y la de Aragon: cubriéronla toda con un largo manto negro, que de piés á cabeza la ocultaba, y comenzaron á sacarla fuera de la cámara por la puerta secreta, sin que pudiese oponerles resistencia alguna la consternada y ya enteramente enajenada víctima.

Combatia entre tanto don Enrique con el desconocido, el cual, visto lo hecho por sus compañeros, se replegaba defendiéndose con destreza. Miraba Elvira con atencion el semblante de don Enrique, por ver si descubria en él alguna señal que manifestase estar mancomunado con los traidores. Ofendia y se defendia este, empero, con bizarría; voceaba llamando á sus criados y persiguiendo siempre al fuerte caballero que protegia la retirada de los suyos con su presa, mas sin poder herirle: al llegar á la puerta secreta el desconocido hizo un último esfuerzo para desembarazarse de su molesto perseguidor, y tirándole un furibundo mandoble desarmó al conde. Bien trató el al parecer irritado Villena de recoger su acero en cuanto vió que el encubierto no se habia aprovechado de su ventaja para rematarle, pero la accion de don Enrique dió tiempo al fugitivo; lanzóse á la escalera cerrando tras sí la puerta con el oculto cerrojo, de modo que cuando el conde, apoderado ya de su arma, volvió á la carga, no halló mas que una pared tersa é insuperable delante de sí, procurando en vano tocar el resorte que la solia abrir.

Volvióse atrás entonces el conde, y no parando mientes en Elvira, que atada y amordazada permanecia, salió por la puerta principal de la cámara, llamando socorro y armas contra los robadores, como los llamaba, y malandrines que acababan de arrebatar á su cara esposa de entre sus mismos brazos, allanando su propia habitacion por arte sin duda de Luzbel, y con auxilio de todas las potestades del abismo, contra su robusto y valeroso brazo.

—A la mina, mis escuderos, al campo, gritaba, al campo del moro, al Manzanares: allí los alcanzaremos: la escalera secreta no tiene otra salida.

No tardó mucho en esparcirse por el alcázar la noticia del extraordinario robo y desacato cometido en la persona de la condesa de Cangas y Tineo: caballeros y escuderos acudian todos á la voz del conde, y en menos de media hora estuvo este en disposicion de traspasar el rastrillo en busca de los robadores: quien enlazaba este acontecimiento con la música oida la noche antes bajo la ventana de la condesa, quien suponia que el hecho era imposible, en vista de que solo don Enrique poseia las llaves de los candados que cerraban aquella salida al campo. Todos conjeturaban, todos hablaban, nadie veia clara la verdad.

No era sin embargo menos cierto que los robadores habian hallado el secreto de introducirse en la cámara de la de Albornoz por la puerta que la unia con la del conde, y que tenia salida á la escalera, y de allí á la larga mina no conocida de todos. Nada mas frecuente en los alcázares antiguos y de construccion morisca sobre todo que estas minas secretas: hacíanse prudentemente con la mayor reserva y secreto, y solian parar á una ó dos leguas á veces del alcázar á que pertenecian. Varias puertas y trampas de hierro, bien cerradas y puestas á trechos, impedian la en-

trada en ellas á los enemigos, aun en el caso de ser su boca descubierta; cosa de suyo poco menos que imposible, y podian ser de mucha utilidad á los poseedores del alcázar, tanto para hacer una salida imprevista como para introducir víveres, como tambien para salvarse por ellas en una noche la guarnicion del castillo, en el caso de verse reducida al último extremo por un ejército aguerrido y numeroso. Por una de estas minas, pues, escaparon los encubiertos; de suerte que ya se hallaban muy lejos de Madrid cuando pudieron llegar sus perseguidores á la boca de la mina, habiéndoles sido preciso reunirse, armarse, salir del alcázar, y dar un gran rodeo para su objeto, pues perseguirlos por la misma mina era caso imposible, puesto que habiendo sustraido y llevado las llaves de las diversas puertas los encubiertos, era claro que habrian ido cerrándolas todas sucesivamente tras sí, como con la primera de la cámara habia hecho el jefe de ellos, con el prudente objeto de asegurarse las espaldas.

Dejemos á don Enrique á la cabeza de los oficiales de su casa corriendo el campo del moro en busca de su robada Elena, y pidamos al lector un ligero descanso, que despues de la pasada refriega y aventura extraordinaria referida habemos en gran manera menester.

CAPITULO XI.

Cuando el conde aquesto vido
. . . .
Fuérase para el palacio
Donde el rey solia estar,
Saludó á todos los grandes,
La mano al rey fué á besar.

Rom. del conde Grimaltos, Silva de varios rom.

La pequeña corte de la antecámara de don Enrique, que dejamos en anteriores capítulos descrita, era un imperfecto y pálido remedo de la del *muy alto y poderoso rey don Enrique III.*

Veíanse lucir en esta á mas de los que tenian los primeros oficios de la real casa de su alteza las principales dignidades de Castilla. Hallábanse en derredor del trono á derecha é izquierda, y por el órden de su dignidad y favor, el buen condestable don Rui Lopez Dávalos, el almirante don Alfonso Enriquez, don Fadrique, duque de Benavente, don Gaston, conde de Medinaceli, el conde don Juan Alfonso de Niebla, los maestres de Santiago y Alcántara, el mariscal don Garci Gonzalez de Herrera, don Juan de Velasco, camarero mayor, Diego Lopez de Stúñiga, justicia mayor, Pero Lopez de Ayala, chanciller mayor y del sello de la puridad, el adelantado Pedro Manrique, donceles y caballeros principales, en fin, que á la corte asistian. En el momento de nuestra narracion llegaba su alteza á ocupar su regia silla: acompañábanle al lado don Pedro

Tenorio, arzobispo de Toledo, don Juan Hurtado de Mendoza, su mayordomo mayor, y sosteníanle del brazo fray Juan Enriquez, su confesor, y don Mosen de Abenzarzal, su físico. Don Enrique III, en medio de su juventud, tenia el natural aspecto enfermizo que á su rostro prestaban sus habituales dolencias. Semblante pálido y prolongado por la enfermedad, noble con todo, grave y lleno de majestad : sus ojos eran hermosos: mezclábase en ellos cierta languidez y tristeza con la penetracion y la severidad : su andar era lento y su voz flaca.

Hasta el momento de la entrada de su alteza habíase tratado con raro interés entre los palaciegos del robo singular de doña María de Albornoz, y ninguno en consecuencia extrañaba la ausencia de don Enrique de Villena y de los caballeros de su casa. Sucedió el mayor silencio á la entrada de su alteza, y este recorrió con la vista apresuradamente el círculo de sus cortesanos, saludando á uno y otro lado con su natural sequedad.

—¿Y nuestro fiel pariente y vasallo don Enrique de Villena? preguntó su alteza : condestable, ¿creo que me habeis dicho que ha vuelto de la montería del Real de Manzanares?

—Señor, dijo el buen Lopez Dávalos inclinando su cabeza cana y despojada por el tiempo, cierto es lo que aseguré á tu alteza : don Enrique volvió ayer del Pardo.

—¡Por san Francisco! que no sabe sus intereses mi primo cuando olvida presentarse á su rey...

—¡Es una omision imperdonable!... pero, señor, hay causas á veces que...

—¿Causas? quiero saberlas.

—Seis enmascarados han robado á su esposa.

—¿Robado? ¿dónde?

—En su cámara misma.

—¿En mi palacio? no puede ser, condestable. Tal desacato costaria la cabeza... explicaos.

—Nada hay mas cierto, señor.

Aquí el condestable, amigo del conde de Cangas y Tineo, refirió al rey cuanto en el alcázar corria acerca de tan extraño acontecimiento.

—Diego Lopez de Stúñiga, dijo el rey levantándose cuando hubo oido la relacion del caso, el rey Enrique no desmentirá jamás la fama que tiene granjeada de justiciero. Como justicia mayor de mis reinos os cometo la averiguacion del suceso. Compadezco á nuestro fiel pariente y vasallo, y quiero vengar la felonía cometida en la persona de mi muy amada doña María de Albornoz. Antes de tres meses me habreis descubierto quién sea el reo, y habrá pagado con su cabeza su atrevimiento. Juro por las llagas de san Francisco que no le podré dar seguro aunque me le pida.

Inclinó respetuosamente la cabeza Diego Lopez de Stúñiga, y volvió á ocupar su lugar.

—Vos, Pero Lopez de Ayala, tendreis entendido que quiero que se extienda hoy mismo la cédula que os dije : es mi real voluntad que no

paguen mis reinos mas monedas, á pesar de no haberse acabado aun la guerra con Granada. ¿Qué os parece, almirante?

—Paréceme, señor, que pudieran recrecerse graves daños de la supresion del tributo de las monedas, repuso el almirante : si bien con eso contentais á los pecheros y hombres de afan, tambien si los moros vuelven á hacer entrada...

—No me lo digais, repuso el rey; estad cierto de que tengo yo mayor miedo de las maldiciones de las viejas de mis reinos que de cuantos moros hay de esta parte y de la otra parte del mar.

Calló el almirante, y alto murmullo de aprobacion acogió el paternal dicho de Enrique el Doliente.

Otra media hora pasaria en que el rey de Castilla despachó en medio de su corte algunos negocios del gobierno de sus reinos; ya iba á dar la vuelta á la cámara, cuando se sintió ruido como de muchas personas armadas que se acercan; volviendo todos las cabezas hácia el sitio por donde el rumor sonaba, un faraute de su alteza llegando hasta el medio de la sala hizo una reverencia, otra á poca distancia, y hecha la tercera á los piés casí del trono,

—Poderoso rey, dijo en alta voz, y justo don Enrique, tu pariente y leal vasallo don Enrique de Aragon, conde de Cangas y Tineo, ricohōmbre de estos reinos, y señor de Alcocer, Salmeron y Valdeolivas, viene á pedir á tus plantas justicia y reparacion.

— Decid que entre á mi pariente y leal vasallo.

Retiróse el faraute con las mismas cortesías sin volver jamás las espaldas, y llegado á la puerta, *entrad*, dijo con voz descomunal.

Dos farautes de don Enrique precedian. Don Enrique de Villena detrás con rostro á la par airado y pesaroso. Seguia á su lado su primer escudero, y detrás un caballero de su casa con el estandarte de sus armas, en que lucian sobremanera las barras paralelas de Aragon. El estandarte, pendiente de una asta á la manera de los que aun se usan en algunas procesiones, era ricamente recamado de oro y plata sobre campo azul. Venian despues armados como su señor los caballeros y escuderos vasallos del poderoso don Enrique.

Pedido y dado el permiso de hablar por su alteza, tres veces reclamaron los farautes de don Enrique la atencion y silencio de los demás señores y asistentes.

—Oid, oid, oid el desacato y felonía cometido en la persona de la muy noble é ilustre señora doña María de Albornoz, esposa del muy noble é ilustre señor don Enrique de Aragon, y de que en nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la Bienaventurada Vírgen gloriosa, viene á pedir justicia y reparacion.

Respondido *hablad* tres veces tambien por el faraute de su alteza, comenzó don Enrique, hincando en tierra una rodilla, á hacer relacion de cómo le habia sido en su misma cámara robada su muy amada esposa, y de cómo habia salido en persecucion de los robadores, entre los cuales contábanse criados de su casa, cuya falta habia notado al mismo tiempo.

—Alzad, le dijo el Doliente rey, conde de Cangas y Tineo, y decid cuál sea el fruto de vuestra expedicion.

—No me levantaré, señor excelso, mientras no acabe el cuento de mi cuita, y no esté seguro de que tu alteza me otorga lo que á pedirte vengo. Inútilmente he recorrido el campo en busca de los robadores; á haberlos encontrado, señor, no hubiera menester pedirte justicia, porque mi espada me la supiera dar muy suficiente. ¡Pero oh dolor! Gran rey, he hallado en vez de la esposa ó de la venganza que buscara, esos sangrientos despojos que solo una funesta catástrofe me pueden anunciar.

Adelantáronse al llegar á decir esto de entre el grupo de los caballeros dos escuderos, que tendieron á la vista del rey el manto y el velo de doña María de Albornoz todos ensangrentados.

¡Cielo santo! exclamó horrorizado el piadoso rey: un movimiento de horror circuló por la corte, y todos apartaban la vista de los sangrientos restos.

—He aquí, señor, exclamó sollozando el desdichado esposo: ¡y ojalá no hubiera encontrado mas pruebas de mi desgracia!

—¿Qué decís? hablad, exclamó Enrique III.

—Un pastor, gran rey, que es el que ves y puede darte de ello testimonio, me ha asegurado que unas horas antes de encontrar con estas ropas, habia visto pasar á unos armados con un cadáver de una mujer, á su parecer hermosa y jóven; mi esposa, señor. Rezeláronse de él, y quisieron echarle mano para impedir que su mal hecho se supiese; mas el conocimiento que tiene del país, las quebradas de las peñas y sus buenos piés le salvaron por desdicha mia, para mi amargo desengaño.

—Pastor, llegad, dijo don Enrique: ¿vos habeis visto eso?

—Verdad dice su grandeza, repuso el pastor con visible turbacion, que achacaron todos al asombro de hallarse en tal paraje Llevábanla sin duda á enterrar en los sitios ocultos en donde los ví.

—Justicia, pues, señor, justicia. Otorgadme que me dé á buscar al alevoso, y que donde quiera que le encuentre pueda sin duelo ni formalidad alguna castigar al que como villano se portó.

— Yo os juro don Enrique, justicia y reparacion. Alzad: ¿teneis vos indicios de quién pueda ser el robador?

— Ninguno, respondió Villena levantándose.

— ¿Sospechais, por ventura, si una venganza ó si una pasion...

— ¡Ay de quien osare ofender la memoria de mi esposa...

—Nadie en mi presencia la ofenderá, conde de Cangas y Tineo. Imposible me fuera concederos que os entregueis á buscar al delincuente; necesito vuestra asistencia en mi corte. Pero los oficiales de mi justicia apurarán la verdad, y le hallarán donde quiera que se esconda. Os otorgo, sin embargo, en nombre de Dios trino y uno, á quien en la tierra representan los reyes ejercitando su justicia, que mateis al villano, si lo hallais, donde quiera que lo halleis, armado ó desnudo, solo ó acompañado, por vuestra mano ó por la de villanos vasallos vuestros. Otorgo otro sí, que quede privado de cualquier gracia que pudiere yo hacerle ó le hubiere hecho sin conocerle; mando á quien le encuentre,

caballero, escudero, noble ó pechero, y le requiero que le castigue como su villanía merece, y al que le mate hágole de su muerte salvo y perdonado. Alzad ahora, don Enrique.

—No esperaba yo menos, gran rey, de tu recta justicia.

Adelantándose entonces don Enrique el espacio que del trono le separaba, llegó con rostro apenado, y doblando de nuevo la rodilla ante el rey Doliente, quitóse el yelmo, besóle la mano, y dióle repetidas gracias por el favor singular que acababa de otorgarle. Retiróse en seguida á desarmar con sus caballeros por el mismo órden que habian venido.

Quedaron los cortesanos estupefactos de cuanto acababan de oir. ¿Qué motivo racional se podia efectivamente dar á la extraordinaria muerte de doña María? Todos discurrian y se hablaban al oido; pero ninguno conjeturaba la verdad, si bien muchos dudaban del relato y de la manera y forma de la muerte por don Enrique referida. Pero donde el rey habia creido públicamente, no era lícito, ni aun á los mayores enemigos de don Enrique, dudar del caso sino en secreto. Todos por lo tanto callaron, y el físico de su alteza, que vió que la animada audiencia de la mañana, y lo mucho que su alteza habia hablado, habia alterado visiblemente su color, le advirtió respetuosamente que le convenia tomar algun descanso. Oido esto por el rey, bajó del regio sillon, y despidiendo á sus cortesanos, entróse en su cámara con aquellos mismos que le habian acompañado á su salida, menos don Pedro Tenorio el arzobispo de Toledo, que quedó en la sala de audiencia con los mas grandes, dando y tomando en la singular aventura del que entonces mas que nunca comenzó á parecer verdadero hechicero á los ojos de los suspicaces cortesanos de don Enrique el Doliente.

CAPITULO XII.

Por dar al dicho don Quadros
Dado ha al emperador.
. . . .
—¿Porqué me tiraste, infante?
¿Porqué me tiras, traidor?
—Perdóneme tu alteza,
Que no tiraba á tí, no.
Rom. ant. del infante vengador.

No bien hubo llegado don Enrique á su cámara despachó á sus caballeros, y solo quedó á su lado su predilecto escudero: depuesta allí la falsa máscara de la pena, cuando hubo quedado solo el intrigante conde con Fernan Perez de Vadillo, trabó con él una breve conversacion.

— Fernan, nada tenemos que temer.

— Siempre tiene que temer quien no obra bien, señor.

— ¡Fernan!

— Perdonadme, pero no apruebo lo hecho. Y ahora que he obedecido tus órdenes sin murmurar, tengo algun derecho á descargar mi conciencia.

— Vadillo, díjole al oido el conde, de nada tiene que acusarme la mia.

— ¿De nada?

— Bien : convengo en que el medio ha sido violento; pero era preciso ser maestre de Calatrava.

— Callo, señor : obedezco; pero no lo apruebo. Permíteme que te lo diga por última vez.

— En buen hora : vuestro silencio y vuestra obediencia es lo que necesito. Y vamos á lo que mas importa. Tiéneme inquieto el camino que habrán tomado los armados.

— En cuanto á los que llevaron á la condesa, yo te respondo de su silencio y de su fidelidad.

— Bien; ¿y Ferrus?

— ¿Tanto sentís la pérdida del juglar?

— ¡Si la siento, Hernan! aquel nunca desaprueba nada : su conciencia es la del estúpido : nada le dice nunca : yo soy harto débil y harto bueno todavía para no necesitar tener á mi lado en mis fines un hombre honrado como vos. Quiero un instrumento, no un amigo. ¿Y el trovador prisionero?

— Podemos verle.

— ¡Podemos!!! es indispensable. ¿No os dije yo que era él? Ved si ha estado detrás del sillon del trono, como acostumbra hallándose en la corte. El golpe nuestro será tanto mas seguro cuanto que nadie tiene noticia de su llegada. Habrá desaparecido del mundo, y quién sabe si alguien notará la coincidencia de su desaparicion y la de la condesa.

— Eso, señor, pudiera no convenirte.

— Conviéneme mucho ser maestre de Calatrava. Partamos. Guíame adonde esté.

Inquietos iban los dos acerca de la entrevista que con el nocturno músico los esperaba. Al odio que contra él por la denegacion referida abrigaba don Enrique, agregábase cierto rezelo de que hubiese en su conducta algo mas que ley de caballería, y pura generosidad hácia la condesa; y aunque no amaba á su esposa, como bien á las claras lo acababa de probar, irritábale sin embargo la idea de que un simple caballero hubiese puesto los ojos en cosa suya y en tan alta persona. Con respecto á Vadillo no dejaba de tener alguna inquietud, pues no estaba muy claro para él si daba serenata á la condesa, ó si acaso su esposa... Imposible y horrorosa le parecia tan descabellada sospecha de la virtud de Elvira... pero la duda se habia hecho lugar en su corazon, y es huésped por cierto que, una vez alojado, ne se arroja del pecho á voluntad.

A entrambos parecia cosa indisputable que el músico era Macías, y nosotros, que desde la noche anterior nada sabemos de su existencia, no podemos menos de abundar en la opinion de los que tal pensaban,

Llegaron por fin á una puerta pequeña que en el extremo de una larguísima galería se encontraba.

— Alvar, dijo llamando Vadillo, y se abrió la puerta inmediatamente. Alvar era el montero á quien en la noche anterior habia confiado el escudero la importante presa. Entraron en una pequeña habitacion, cerrándose tras ellos la puerta.

— ¿Y el preso? preguntó Vadillo.

— Descansa en la pieza inmediata; debia no haber dormido en un mes, segun ronca tranquilamente.

— ¿Ronca? ¿No está, pues, herido de peligro?

— Mas daño debió hacerle el miedo que vuestro venablo, señor escudero. Tiene algo arañada la cara de la caida, y un brazo vendado; pero el maestro que lo ha reconocido esta mañana asegura que podrá salir despues del mediodia.

— Despertad, pues, á ese caballero, interrumpió impaciente don Enrique.

— Despertad á ese caballero, repitió entre dientes Alvar.

— ¿Qué respondeis en voz baja? Despachad, dijo Fernan. ¿Háse quejado de la violencia que con él se ha usado?

— Ayer noche todo era pedir que se le condujese á presencia de su amo el ilustre conde...

— ¿Su amo? dijo el conde : el trovador ha perdido la cabeza.

— Voy á advertirle que vuestras señorías...

— Presto, Alvar, presto.

Entróse Alvar en la inmediata pieza, mientras que don Enrique y Hernan se preparaban á la extraña entrevista que iban á tener. No tardó mucho en volver á salir Alvar, asegurando que habia despertado al enfermo, quien, sintiéndose completamente reparado de fuerzas con el pasado sueño, metia sus vestidos para salir á recibir á sus ilustres huéspedes.

— ¿Es segura esa puerta, Alvar? preguntó el conde.

— Las fuerzas de diez hombres reunidos no bastarán, señor, á violentarla, respondió Alvar. Además, dos monteros le guardan conmigo y está indefenso : de aquí no saldrá sino para donde vuestras señorías determinen. Pero aquí está.

Salia en efecto el asombrado prisionero, el cual no bien hubo visto al conde, cuando, acercándose á él, como quien ve á su libertador, se echó á sus piés, y con lágrimas de gozo y de temor, « Señor, exclamó besándoselos, ¿en qué ha podido ofenderte para merecer tan dura prision tu fiel Ferrus? »

Dos estatuas de mármol parecieron á tan inesperada vista el conde y su escudero. No seria mayor el asombro y la indignacion del rústico pastor que se viese torpemente cogido en el propio lazo que hubiera preparado para el raposo.

— ¿Tú, Ferrus? exclamó despues de la primera sorpresa el furioso conde. ¿Tú, Ferrus? — Hernan, nos han vendido. Venid acá, don Vilano, añadió derribando por tierra de un empellon al desesperado juglar,

venid acá vos, Alvar : ¿es este el preso que se os ha confiado? ¿Qué hicísteis, don Bellaco, del doncel de su alteza? Asíale de la garganta, y ahogárale sin remedio si no se le pusiera por medio Hernan, que mas sereno comenzaba á vislumbrar la verdad del caso.

— ¿Qué doncel, señor? gritó cuanto pudo Alvar. Lleve mi alma el diablo si tuve yo jamás en mi poder mas preso que el que el señor escudero me entregó, y si no es ese el mismo de que me encargué.

— ¿Qué es esto, Hernan? dijo don Enrique soltando la presa.

— ¡Qué ha de ser, señor! que sin duda debió de ser Ferrus el músico que yo cogí.

— Negra fortuna mia, gritó don Enrique. ¡Qué músico habíais de coger, ni qué... ¡Por Santiago! venid acá, Ferrus; ¿qué hicísteis vos de cuanto os encargué? ¿quién era el músico, juglar? acabad ó...

— Serénate, señor, respondió temblando el aterrado Ferrus. Yo obedecí tus órdenes ciegamente : yo rodeaba el muro y me acercaba ya al que tañia, cuando él, echando de ver mi bulto, calló, y hundióse precipitadamente en la tierra; el diablo debia de ser sin duda, que tomó la forma de músico para perderme en tu estimacion...

— ¿El diablo? malandrin... no pudo menos de sonreirse don Enrique al oir la simpleza de su juglar. ¿El diablo?

— Señor, lo jurara : lo cierto es que yo no le volví á ver mas : y cuando, todo ojos y orejas, me acercaba al sitio donde le habia visto, y buscaba el boqueron que habria dejado al hundirse, sin saber por dónde encontréme con un caballo encima y un caballero... Bien sabe Dios que en aquel trance me santigüé...

— Adelante : miserable, acaba.

— Por acabado, señor : desde aquel punto ni ví ni oí : cuando recobré el uso de mi razon halléme en ese camaranchon donde me curaban las heridas que el mal enemigo me habia hecho.

— Calle el necio, interrumpió, no pudiendo sufrir mas, don Enrique. ¡Vive Dios, que nada comprendo, Hernan!

— Yo infiero, señor, dijo Hernan, que el músico debió ser sino diablo, muy ligero por lo menos, y yo debí tomar á Ferrus por el que tañia.

— Eso debió ser sin duda. Pero voto á Santiago que todos los deseos que de encontrar á Ferrus tenia no me pagan del pesado chasco. Alza, Ferrus, y vente con nosotros. ¡Necio de mí que fui á escoger para tan delicada empresa al mandria mayor que vió la tierra! ¿Enviéte yo para que cogieras al músico, ó para que te dejaras coger por el primero que llegase?

— Perdóname, señor, contestó algo repuesto Ferrus; dijérasme lo que habia de hacer contra el diablo en viéndole...

— ¿Vuelves á mentar al diablo, menguado? ¿Dónde está el diablo, mal servidor? Enséñamele, desalmado.

— ¡Jesus! Líbreme Dios. ¡Jesus! exclamó Ferrus santiguándose á mas y mejor.

— Vamos de aquí, Hernan. Juro no abrir libro ni hacer trova, y jú-

rolo por el apóstol Santiago, hasta no tener en mi poder al insolente doncel que de tal manera ha burlado mi esperanza. Ahora está libre, vive Dios, y puede hacernos mucho mal. Alvar, tu fidelidad será recompensada.

Inclinóse Alvar, y nuestros tres predilectos personajes salieron silenciosamente á la galería; regocijado Ferrus de verse libre, en poder de su señor legítimo, y disipado ya el nublado que sobre su cabeza tronaba desde la noche anterior; disimulando Hernan la risa que en el cuerpo le retozaba al recordar á sangre fria el chasco inesperado; y mohino por demás el desairado conde, á cuya imaginacion se agolpaba entre otros peligrosos recuerdos el del secreto que habia imprudentemente confiado al perseguido doncel, y dándole no poco cuidado la reflexion de no haberle visto en la corte, siendo así que ya no era la causa que él habia pensado la que podia habérselo impedido.

CAPITULO XIII.

¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Quién es el que os hizo mal?
Cancion de rom.

Largo tiempo hacia que Elvira, atada á la columna y sin poder pedir á nadie auxilio á causa del pañuelo que la tapaba la boca, esperaba con insufrible impaciencia á que la casualidad ó el trascurso del dia le deparase un libertador que de tan crítica situacion la sacase. Por fin llegó el momento deseado, y el paje que tanto habia tardado en la averiguacion de lo que se encomendara á su cuidado, abrió las puertas de la cámara que de prision servia á la afligida hermosa. Miró en derredor y á nadie veia, hasta que, fijando los ojos en la columna, ofrecióse á su vista el espectáculo de su aprisionada prima. Asustóse primero y exclamó:—¡Santo Dios! ¿qué ha ocurrido aquí?...

Mal podia responderle Elvira sino con los ojos; pero cuando vió el pajecillo que no parecia nadie, ni habia asomos de peligro alguno, soltó la carcajada, impertinente á la verdad en aquel momento, y comenzó á dar brincos.

—¿Quién os ha puesto así, mi señora Elvira? ¿os ató el señor escudero por...

Dióle lástima al llegar aquí el ver que su prima no parecia gustar de la prolongacion de tan pesada chanza: llegóse entonces el atolondrado á Elvira, y desató sus crueles ligaduras.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Elvira en viéndose libre, alguna gran desgracia está sucediendo á mi señora la condesa. Corramos...

—¿Adónde vais tan de prisa? repuso el paje deteniéndola; ¿y quién me paga mi recado? ¿quién escucha las nuevas que traigo? ¿quién sobre

todo me cuenta lo que os ha sucedido, y la razon de haberos encontrado así mano á mano con esa columna negra?

—¿Traes nuevas? preguntó Elvira olvidando todo lo demás. ¿Traes nuevas?

—Y buenas, contestó el paje. El caballero de las armas negras era el que tañia...

—Lo sé... y...

—Pero sabed que le esperé inútilmente dos largas horas, mas largas que las del arenero...

—¿Inútilmente?

—Sí, pero por fin llegó.

—¿Llegó? ¿Con que no era él el... ¡Yo os bendigo, Dios mio!... Sigue.

—¡Si le viérais qué agitado! descompuesto el cabello, espantados los ojos, entró en su cámara y no me vió: —Negra suerte, exclamó, y despedazó con sus manos el laud que traia cruzado sobre la espalda. ¿No me serviréis, dijo rompiendo las cuerdas, sino de gemir eternamente? vióme en seguida: ¿qué haces aquí? me dijo con voz terrible; pero al reconocerme templóse toda su ira. Paje, me dijo entonces con voz mesurada, ¿tornas aun con nuevas demandas del hechicero?

—¡Ah! si supiérais quién me envia, dije entonces; si supiérais que una hermosa dama...

—Silencio, exclamó, no pronuncies su nombre... ¿Es posible? —Díjele entonces la comision que me dísteis en nombre de la señora condesa; largo rato suspiró y miró al cielo sin hablar. —Paje, me dijo en fin, no nos veremos mas. He creido que mi brazo podia ser útil á una inocente; pero si es fuerte contra los hombres, es impotente contra los recursos de una ciencia misteriosa y... maldecida. El infierno me envia enemigos en medio de la soledad, y la Madre de Dios me abandona. Un acontecimiento extraordinario ha interrumpido mis avisos. He rondado la noche toda para volver á entrar en el alcázar; las órdenes mas rigurosas, dadas no sé por quién despues de mi salida, me han impedido verificarlo. He debido esperar á que entrase el dia para que no fuese mi entrada sospechosa. Pero mañana el alba me encontrará lejos, bien lejos de Madrid. Si alguna mujer necesita mi amparo en cualquier ocasion, mal pudiera negársele un doncel de don Enrique. Dígame qué puedo hacer: por mí lo ignoro. A Dios. —Apretóme la mano de una manera, prima, que yo creí que le atormentaban otros recuerdos que los de nuestra amistad. Envolvióse entonces en su pardo gaban, y cubriéndose con él la cabeza, oíle sollozar y salí. Hé aquí, prima, las nuevas.

—Tristes, bien tristes, dijo pensativa Elvira. ¿Y de la condesa supiste?...

—¿La condesa? ¿Es su confidenta la que me pregunta?...

—Sí: ¿nada sabes?

—Pero, querida prima, ¿qué teneis? vuestra palidez, vuestra agitacion me asustan...

—¡Ah Jaime! la condesa es víctima en este momento de la mas espantosa villanía... volemos á su socorro: no sé adónde me dirija; la menor imprudencia mia puede comprometer su suerte y el éxito mismo de mis

diligencias. Si supiera... pero la mas completa oscuridad reina en todas mis conjeturas.

Meditó un momento Elvira el partido que tomaria mientras que hacia nudos á uno de los cordones, que de su cintura pendia, el distraido paje. De pronto pareció que habia iluminado su entendimiento un rayo de luz.

— No hay mas recurso, dijo : para los casos extremos son los remedios violentos. Jaime... deja ese cordon, déjale te digo... vamos á buscar á mi esposo : averigüemos primero qué voces corren de lo ocurrido, y qué se cree en el alcázar... despues, si eres prudente, si has de ser callado, pero callado como la muerte, tú, que sabes el camino, me guiarás adonde pienso ir.

— Puede que algun dia pruebe Jaime á su hermosa prima que no es tan atolondrado como le llaman.

Elvira apretó la mano del inteligente pajecillo con expresion de gratitud, y ambos salieron de la cámara que acababa de ser teatro de tan extraordinarias escenas.

Buscó Elvira á su esposo sin mas demora, porque si bien sospechaba que don Enrique hubiese tenido parte en la pérfida desaparicion de la condesa, ni veia claro en esto, ni menos lo podia asegurar. ¡Tan bien se habia representado por todos la farsa que dejamos descrita! Ni por otra parte, aunque á piés juntillas hubiera creido la traicion del conde, cabia en su imaginacion la menor sospecha acerca del extremado honor de su esposo : sabíale ligado á los intereses de su señor; pero que él hubiese tomado parte activa en el mal hecho, no le era lícito á Elvira imaginarlo siquiera.

Así era la verdad : hidalga sangre corria por las venas del escudero, y hacia vanidad de honradez y de rectos sentimientos; no era uno de los pocos hombres ilustrados de la época; no hubiera sostenido una intrincada tesis con un teólogo; participaba de las preocupaciones de su siglo, pero era en sus acciones hidalgo, y esto es por lo menos tan recomendable como el talento. Alguna parte habia tenido en el criminal proyecto de don Enrique, pero solo aquella que no habia podido excusar en calidad de escudero suyo; así que, se habia opuesto constantemente á las miras de su señor, habíale afeado los medios, y le habia reconvenido despues, como arriba dejamos indicado; pero la misma probidad que le impulsaba á manifestar francamente sus sentimientos en tan delicado asunto, á riesgo de perder la gracia del conde, le impedia oponerse de hecho á sus deseos : era forzoso obedecer y callar por el propio honor del deslumbrado magnate : propúsose, pues, ser completamente pasivo y guardar el mas rigoroso silencio. Sospechando sin embargo que la primera que habia de poner á prueba su fidelidad habia de ser su esposa, no habia vuelto á desatar las crueles ligaduras en que habia quedado presa, y de que habia sido él la causa, pues desde luego habia manifestado al conde la imposibilidad de separarla de él, y la dificultad que hubiera encontrado para realizar su voluntad, mientras Elvira pudiese obrar libremente en los primeros momentos. Habia, pues, dejado á alguna ca-

sualidad que no podia tardar en sobrevenir el cuidado de su esposa, deseoso de retardar á cualquier costa el instante de una explicacion con ella, para la cual no tenia todavía muy meditadas las respuestas.

Avínole mal no obstante, pues poco tardó Elvira en presentarse ante sus ojos con una agitacion tal, que no le pudo quedar duda al infeliz del objeto de su intempestiva venida. Hubiera él querido hallarse á cien leguas entonces de su consorte y del mundo entero, en cuyas miradas creia ver á cada paso otras tantas reconvenciones á su reservada y ambigua conducta. Repúsose con todo lo mejor que pudo, y ni las preguntas sencillas de Elvira, ni sus halagos, ni sus reconvenciones lograron recabar de él la menor noticia que pudiese dar luz sobre lo ocurrido á la desconsolada hermosa. Obstinóse en negar constantemente la menor participacion del conde en el robo de la condesa; en una palabra, manifestó con toda entereza hallarse en la misma ignorancia que la corte toda, y aun se indignó con notable aire de verdad á la menor idea de sospecha presentada por Elvira. Comenzaba ya esta á dudar si serian sus juicios temerarios, pero nunca pudo convencerse á sí misma; vió además á don Enrique, y pareciócle que brillaban al través de su aparente dolor sentimientos de otra especie. Difícil cosa es por cierto engañar la natural penetracion de una mujer: la inutilidad de los esfuerzos del de Villena para dar con los robadores, y el horrible atentado cometido en una mujer que á nadie habia hecho daño, reunidos á los antecedentes particulares que de aquel matrimonio desgraciado solo ella acaso tenia, la hacian ver mas claro en tan atroz intriga que todos los demás. Inexplicable fué su dolor cuando llegó á sus oidos la funesta nueva, que de boca en boca corria por el alcázar, de la desdichada muerte de su señora: afirmábanse al recordarla todas sus sospechas, ardia en deseo de venganza, y la idea de la impunidad la hacia padecer tormentos imponderables. Resolvióse, pues, á realizar el plan que tenia meditado, arriesgado en verdad, y delante del cual habia retrocedido muchas veces. El amor, en fin, que á la condesa habia tenido, una voz superior y celestial que creia oir continuamente, pidiéndole venganza y reparacion, la hicieron creer que el cielo mismo y que su conciencia la obligaban á volver por la inocencia, y constituyóse entonces campeon de la ultrajada virtud. Seguida del inquieto paje, que tan asombrado como ella lloraba tambien la desgracia de doña María de Albornoz, entróse en su aposento, donde la dejaremos poniendo los medios que mas propios creia para dar cima á la importante empresa que sobre sí tomaba, sin comprometer su honor por otra parte, su virtud y hasta su misma tranquilidad.

CAPITULO XIV.

Contadme vuestros enojos;
No tomeis malencolia',
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaria.
Rom. del conde Alarcos.

En la misma postura que el paje referia haber dejado al melancólico doncel, envuelto en su gaban hasta los ojos, y roto á sus piés el laud, permanecia cuando se presentó delante de él Hernando diciéndole con su acostumbrada sequedad:

— ¿Lloras, señor? Levanta la cabeza y mira que ó yo entiendo poco de rastro, ó se te viene la res por sí sola á tiro de tu venablo.

Alzó la frente el consternado mancebo, y vió á pocos pasos de él una figura envuelta en un ropon negro, y cubierta la cara con la mascarilla que usaban en aquel tiempo las damas cuando salian sobre todo de su casa, ó cuando habian de hablar con caballeros desconocidos.

— ¿De qué res hablas, Hernando? ¿Quién es esta dama? preguntó desembozándose con enfado el doncel.

Miróla entonces de alto abajo, y reparando que su silencio podia indicar que no venia á hablarle con testigos: — Retírate, Hernando, dijo: yo te llamaré cuando te haya menester. Cogiendo entonces de una mano á la dama, hízola entrar en su cámara. Luchaban en su fantasía mil encontradas ideas.

— Señora, le dijo con voz mesurada y tímida, sola estais: si alguna revelacion teneis que hacerme, si alguna ocasion teneis que porporcionarme en que pueda seros útil mi débil brazo, hablad: no en vano os habeis dirigido á un caballero de la corte del ínclito y poderoso rey de Castilla.

— Caballeros tiene la corte de don Enrique que pudieran desmentir la hidalguía de vuestras palabras, repuso la tapada con voz que desfiguraba enteramente la mascarilla que cubria su rostro.

— Nombradlos, señora; si algun caballero ha mancillado el nombre de una órden de caballería, él me dará razon y satisfaccion...

— No os altereis, y oidme. Sí, caballeros hay, y cerca de nosotros, que amancillan la clase á que pertenecen. Ni la sangre que corre por sus venas, ni el nombre ilustre que ostentan, ni la dorada cuna en que se mecieron son rémora bastante á sus desenfrenados deseos. ¿Conoceis á la condesa de Cangas y Tineo, á la ilustre doña María de Albornoz...

— ¿Seria posible? Seríais vos, señora...

— ¡Pluguiese al cielo! Pero ni soy la condesa... ni...

— ¿Quién sois, pues, vos la que en su nombre...

— Templad vuestro ardor, noble caballero, y dadme palabra de oirme, y de no indagar quién yo soy...

Latia violentamente en el pecho el corazon de Macías : miraba una y otra vez á la desconocida : no osaba, sin embargo, afirmarse en sus sospechas.

— Con esa palabra proseguiré en mi demanda, dijo la dama. Contóle en seguida al caballero, que de todo estaba ignorante, cuanto de la condesa se decia...

— ¡Muerta la condesa! exclamó Macías al llegar al funesto desenlace de tan triste historia... y vive el conde todavía... y...

— ¡Silencio! Hé ahí el objeto de mi venida. La tiranía, la injusticia piden reparacion. Mañana una amiga de la condesa se arrojará á los piés del rey, y denunciará la traicion. Acaso será preciso que un caballero salga fiador con su espada de su acusacion. ¿Estareis mañana en la corte de don Enrique?...

— ¿Qué me pedís, señora? Cuando pensaba alejarme de esa funesta corte...

— ¿Alejaros? dijo con un movimiento de sorpresa la dama : ¿alejaros? repitió lanzando un amargo suspiro.

— ¡Ah! señora, ¿ignorais, repuso el doncel con la mayor agitacion, que mi tranquilidad depende acaso de mi marcha precipitada?...

— ¿Y dejareis la inocencia ser presa de la traicion?...

— Jamás; pero...

— ¿Y sabeis vos, por ventura, poco generoso mancebo, lo que en este momento sacrifica la que teneis ante vuestros ojos, los respetos que atropella, los riesgos á que se expone?...

— Acabad, santo Dios : ¿quién sois? vos, vos... no hay duda...

— Caballero, respetad mi silencio y mi dolor. Acabemos : he procedido de ligero cuando he creido que...

— No; no; mañana estaré en la corte de don Enrique. Una sola gracia os pido. Si he de ser vuestro caballero, dadme una prenda, señora, un color...

— ¡Mi caballero! interrumpió la dama. El caballero sereis de la inocencia : el mio es imposible...

— ¡Imposible! — Elvira, vos sois...

— Soltad, imprudente jóven, soltad. ¿Por dónde presumís que soy la esposa del escudero? Vuestra imaginacion os engaña, y acaso vuestro deseo...

— ¡Me engaña!... Mi deseo, señora, es de servir á esa dama, que conozco, como pudiera conocer...

— Vuestra turbacion os delata; pero esa imprudencia permanecerá oculta en mi pecho. Conozco á esa Elvira, y su honor me es harto caro...

— Nunca podria padecer su honor...

— Bien ¿qué nos importa Elvira? La prenda que me pedís, si mañana ante la corte toda el rey decreta el duelo y el juicio de Dios, la tendreis; pero ni os podreis nombrar mi caballero, ni exigireis de mí que me descubra Básteos saber que conozco demasiado á la dama que nombrásteis, y que sé, doncel, que ella no viniera á vos.

— ¿Eso sabeis?

— Lo sé.

Dejó caer Macías al oir estas dos palabras, pronunciadas con funesta tranquilidad, la mano con que tenia asida una punta de la ropa de la tapada, como para detenerla. Inclinando en seguida la cabeza, declaró que al dia siguiente se hallaria en la corte de don Enrique, y ofreció su mano á la desconocida: aceptóla esta para salir, pero un notable temblor la agitaba: oprimióla suavemente el doncel como si quisiese tentar este último y desesperado recurso para salir de su terrible duda: un movimiento involuntario y convulsivo correspondió á su indicacion, y en el mismo momento la tapada, volviendo en sí, arrancó su mano de la del doncel y se lanzó fuera de la estancia. Arrojóse en pos Macías: iba á prosternarse á sus piés, iba á hablar, pero un ademan imperioso de la negra fantasma le mandó apartarse, y mas rápida en seguida que esas rojas exhalaciones que surcan el espacio en una oscura noche de estío, desapareció á sus ojos la aérea vision. Macías creyó ver un ser sobrenatural, la sombra acaso de la misma condesa; permaneció con los brazos cruzados, y la vista fija, como si quisiese ver mas allá de la oscuridad y de la distancia. Entonces oyó un suspiro lanzado á lo lejos, y parecióle que al desaparecer de sus ojos en el confin del corredor se habia reunido la dama á otra figura mas pequeña que allí la estaba sin duda alguna esperando.

— *Sé, doncel, que ella no viniera á vos*, repitió un momento despues Macías con doloroso acento. Yo tambien lo sé: nunca me amó. ¿Ni cómo pudiera amarme? ¿no amaba á ese feliz escudero cuando se unió á él en insolubles lazos? ¡Loco, insensato de mí! Ah, quien quiera que seas la que vienes á implorar mi espada, ¡cuán poco conoces el corazon del hombre! ¡un amante correspondido, un mortal feliz es invencible; á un miserable despechado y aborrecido un niño le vence!!!



CAPITULO XV.



¿De dónde vino este diablo?
Rom. del Cid.

De vuelta don Enrique en su cámara con su primer escudero y con su favorito juglar, revolvia en su cabeza los medios de dar á su intriga la feliz conclusion que por tanto tiempo habia deseado. Estorbábale la idea de Macías, pero dejó al tiempo el cuidado de iluminarle acerca de lo que de él podia temer. Despidió, pues, á Hernan, cuya probidad le incomodaba no poco para sus fines, y solo el juglar, de cuya aparente estupidez nada rezelaba, entró con él al secreto laboratorio.

— Libres estamos ya de la condesa, Ferrus, dijo; pero merced á tu

singular valor, quédanos en campaña otro enemigo no menos terrible...

— ¿Eres ya maestre, señor?...

— Lo seré, Ferrus, ó poco ha de poder don Enrique de Aragon: acabo de recibir un aviso secreto de que ha sido elegido papa en Aviñon don Pedro de Luna, bajo el nombre de Benedicto XIV. Esperaba este favorable acaecimiento de un momento á otro. Luna es aragonés, como yo, y vínculos antiguos de amistad nos unen: la lucha que habrá de sostener además con Urbano en este cisma de la Iglesia, y la necesidad que tiene Castilla y Aragon, unida á la influencia que él sabe que ejerzo en estos dos reinos, me aseguran su provision para el maestrazgo: la piedad por otra parte de don Enrique III no podrá menos de pesar en la balanza en favor mio cuando este sepa que mi allegado, el ricohombre de Lnua, ha ceñido á sus sienes la triple corona. Ahora necesito sacar partido de la ignorancia en que de esta nueva está la corte, y de la feliz tardanza de la noticia de la muerte del maestre de Calatrava...

— Tu antecesor.

— Así lo espero, Ferrus. Tira el cordon que corresponde al cuarto del astrólogo, y retírate á esa cámara inmediata.

Hízolo Ferrus como se le mandaba. Apenas habia doblado tras sí las batientes hojas de la puerta, oyéronse los vacilantes pasos de una persona de edad que bajaba escalones con toda la prisa que sus cansados años le permitian.

— Entrad, dijo don Enrique, y se presentó en la habitacion el físico de su alteza Mosen Abrahem Abenzarsal, el mismo que en la corte de la mañana habia acompañado constantemente al Doliente rey. Su estatura era pequeña, su tez pálida y macilenta: brillaban sus ojos en su oscuro semblante como dos carbuncos en medio de las tinieblas de la noche; y era la expresion de toda su persona, malignidad y avaricia: su mano descarnada y su barba larga le daban cierto aire de adusta gravedad. Su traje era un largo y ámplio balandran negro cogido con una larga correa: ayudábale á andar un nudoso y retorcido báculo semejante al baston pastoral, y una toquilla con dos plumas malamente colocadas encubertaba su calva zolloa.

— ¿En qué puedo servir al ilustre y eminente?...

— Tregua á las lisonjas; nos conocemos, y entre nosotros no son necesarias.

— Sea en buena hora, conde, repuso con humildad el físico. ¿Habeis menester de mi ciencia y de las relaciones que con el espíritu del ser conservo? ¿quereis consultar el curso de las estrellas?...

— En cuanto á las estrellas, Abrahem, no creo saber menos que vos. Dejemos á los astros del cielo recorrer tranquilamente su carrera, y no nos acordemos mas de ellos que ellos se acuerdan de nosotros. Otros astros mas humildes que cruzan sombriamente por esta esfera terrestre, haciendo sombra á mis vastos planes, son los que os será preciso desviar y no consultar.

— ¿Quereis que amolde una semejanza de cera?... Señaladme la víctima: antes que la noche haya tendido sus densas sombras sobre el alcázar

de Madrid veréisla concluida y atravesado el pecho con punzante almarada : una lámpara arderá delante de ella; cuando gusteis, una vez pronunciado el funesto conjuro, vos mismo apagareis el resplandor mortecino, y el que os haya ofendido, bien pudiera estar en el apartado polo, caerá herido de invisible mano...

— Tregua, viejo miserable, tregua al torpe manejo de vuestra pérfida ciencia. ¿Creeis por ventura que tengo yo mi tiempo libre para oir vuestras impertinencias? ¿Creeis que hablais con el imbécil don Enrique el Doliente, á quien su débil contextura arroja como una víctima inerme en vuestros groseros lazos? ¿Creeis que he pasado años enteros sobre los triángulos y los crisoles, llamando inútilmente á ese espíritu de las tinieblas, para dejarme deslumbrar de vuestra impudente charlatanería? Guardad para el vulgo esa necia ostentacion, y acordaos de que es mas fácil oir que adivinar.

Temblaba el viejo de mal reprimido coraje, pero no osaba arrostrar la indignacion del impaciente Villena.

— Ea, Abrahem, dijo entonces don Enrique, mas sosegado con el terrible efecto que en el réprobo habian hecho sus tonantes expresiones, ¿cuánto oro habeis fabricado esta mañana?

— ¿Oro? ¡Pluguiera al cielo! En vano he intentado encerrar en el crisol un rayo de ese sol que nos alumbra : él contiene la apetecida esencia del oro; pero el medio, el medio...

—¿No sabeis, pues, hacer oro con toda vuestra ciencia?

— Si supiera hacer oro, señor, ¿imaginais que fraguara, para ganarle, mentiras que algun tiempo yo mismo creí, pero que la experiencia me obliga en fin á desechar tristemente?

— Bien, Abrahem : ahora os poneis en la razon; ahora hablais con el conde de Cangas. Ved; yo soy mejor alquimista. Sin andar á caza de la esencia del oro encerrada en un rayo del sol, yo hago ese precioso metal con los terrones de mis estados. Tomad esas doblas, añadió alargando al viejo, cuyos ojos brillaban ya de alegría, un repleto bolson de cuero, tomadlas : ese es el mejor conjuro : á la voz de ese no hay espíritu en el orbe que no responda.

— ¿Y en qué puede serviros vuestro criado?

— Oid : ¿sabeis qué os ha elevado al alto favor que en la corte de don Enrique gozais?

— Con tu licencia, señor, mi padre Abrahem Abenzarsal era ya físico del rey don Pedro el Cruel.

— ¿Y os sostendríais, Abenzarsal, en ese lugar, que creeis arrogantemente haber heredado, si el nieto del célebre y primer marqués de Villena quisiese patentizar á la corte entera que vuestra existencia toda, vuestras palabras, vuestra misma persona, no son mas que una prolongada impostura?

— Pero esas preguntas...

— Quiero asegurarme vuestra fidelidad. Conozco á los hombres. Son fieles cuando tienen interés en serlo. Escuchad ahora. Quiero ser maestre de Calatrava.

— ¡Por Israel! Comprendo : un rayo de luz acaba de iluminarme, y la muerte de la condesa no es ya un enigma para...

— Pues os advierto precisamente que debe serlo hasta para vos.

— En buen hora, señor : no digas mas : confieso que no la entiendo. Pero hay ya un maestre, y no suele haber dos en ningun órden...

— Precisamente eso es lo que todas las figuras cabalísticas no os hubieran revelado nunca á vos antes que á los demás. No hay ninguno.

— ¡Dios de Abraham! Dos muertes en menos de...

— Con respecto al maestre Guzman, ese mismo Dios de Abraham que invocais tuvo á bien llevarle á mejor vida.

— ¿Qué dices, señor?

— Ahora lo sabemos dos en Madrid. Vos y yo.

— ¿Y creeis que Clemente VII....

— Clemente VII estará probablemente ahora donde el maestre....

— ¡Qué de importantes noticias!!

— Don Pedro de Luna ocupa la santa silla de Aviñon. Ahora bien, ¿á qué hora vereis á su alteza?

— Debo asistir á su refaccion de la noche.

— ¿Qué mas pudiérais pretender? Deslumbrad á la corte. Allí podeis hacer uso de vuestra recóndita ciencia. Adivinad delante de su alteza las noticias que acabo de daros, y adivinad tambien que el maestre de Calatrava ha de ser....

— Don Enrique de Villena.

— Justo. Mañana me ha de saludar el rey en la corte con ese pomposo título. Para el logro de nuestro fin es preciso que le conste al rey que no nos hemos visto.

— Nada mas fácil. Ya sabes, señor, que la quebrantada salud del jóven rey me obliga á habitar, ciñéndome á sus mismas órdenes, una habitacion inmediata á la suya, y que todos ignoran que tengo una comunicacion abierta con vuestro laboratorio. Su alteza juzga que encanezco ahora sobre los crisoles, que consulto las estrellas sobre el éxito de la guerra de Granada, y que revuelvo á Dioscórides buscando remedio á sus dolencias.

— Perfectamente. Esperad. Dos personas mas me estorban para mis fines...

— Ya sabeis que he recibido no ha mucho de Italia un pomo de aquella agua clara, mas cristalina que la que envian las sierras vecinas á esta villa, y que el que la llega una vez á sus labios no vuelve en sus dias á tener sed.

— Basta, Abenzarsal, basta. Si el estudio endurece de esa suerte el corazon del hombre, quemaré mis libros, viejo empedernido en el pecado; soy ambicioso; pero creo que hay un Dios, y juzgo que ya he hecho lo bastante hoy para haberle de dar cuentas largas y terribles el dia que se digne llamarme á su juicio.

— En ese caso...

— Oid. La una persona es un doncel de Enrique el Doliente, un mancebo valeroso : las armas no pueden nada con él..... pero es mozo

de pasiones vivas; acaso manejándolas y volviéndolas contra él mismo.....

— ¿Se llama?

— Macías.

— ¿Está en Calatrava?

— En el alcázar por mi desgracia.

— Prosigue, señor, la otra...

— Elvira, la mujer de...

— Tranquilizaos. Vos ignorais acaso algunas circunstancias que derraman gran luz sobre mis ideas. Mañana os he de decir...

— No: hablad ahora.

— Bien: sabed que ese mancebo ha estado fuera de la corte por una pasion que le domina...

— ¿Qué decís? Yo creí que mis servicios solo...

— Os equivocais.

— ¡Ah! ¡de esa ignorancia nació mi error! Proseguid.

— Es bizarro, pero preocupado, supersticioso como los jóvenes todos de esa corte ciega y atrasada...

— Proseguid.

— En una ocasion halléle en mi habitacion: iba á consultarme sobre su horóscopo: examiné su temperamento, ardiente, arrebatado; hícele varias preguntas al parecer indiferentes; pero un jóven de veinte años mal hubiera pretendido encubrir su flaco á un hombre de mi experiencia. Díjome sin querer decirlo que amaba, y de sus respuestas, que yo aparentaba despreciar, inferí que amaba á una dama casada...

— ¿Casada?

— Mi prediccion fué vaga. Deseoso de informarme mejor, tomé tiempo para responderle mas claramente. Observéle entre tanto: de allí á pocos dias un ramillete cayó del pecho de una dama desde un corredor al patio de los leones de su alteza; recordareis que un caballero incógnito, armado y calada la visera, se precipitó á recoger el ramillete á riesgo de su vida...

— Adelante, Abrahem.

— El ramillete era de Elvira, el caballero, Macías. En la corte, y entre los que no tenian antecedente ni interés alguno en observarlos, esta anécdota sonó dos dias, y se olvidó despues. De allí á poco anuncié al mancebo que un astro fatal le perseguia en la corte....

— ¡Santo Dios!

— El crédulo mancebo me creyó y desapareció. No me cabe duda: ama á Elvira, y la ama como un frenético. Mas, debe de ser correspondido: la dama no pensó en recoger su ramillete. Creedme; le he examinado atentamente; es de aquellos hombres en quienes el amor es siempre precursor de la muerte.

— ¡Qué descubrimiento! ¿Y pensais que?...

— Pienso que si logramos poner en juego esa pasion, pienso que si el doncel no ha olvidado su amor, vuestros enemigos se destruirán por sí solos, sin que necesiteis cargar vuestra conciencia con un crímen.

— Hacedlo, Abenzarsal, hacedlo, gritó don Enrique fuera de sí; quitáisme un peso horrible.

— Un medio para reunirlos: una ocasion, y son perdidos.

— Un medio, una ocasion... es mas fácil decirlo que....

— No importa. Una ocasion.

— Y que Hernan Perez...

— Sí: una vez impuesto Hernan Perez, su ruina es cierta; el escudero es osado, pundonoroso, valiente....

— ¡Ah! pero me haceis recordar... si ha de envolver su desgracia la de mi escudero... mirad que me ha prestado servicios...

— Tranquilizaos, ilustre conde. ¿Qué mal le podrá venir? ¿Haber de encerrar á su mujer en una reclusion para toda su vida? Supongo que sabeis que un esposo de tres años no se morirá de tristeza por tan terrible golpe..... Vos érais tambien esposo y....

— Abrahem, Abrahem, ya os he dicho que no consiento alusiones en esa materia: dejadme tiempo á lo menos para reconciliarme conmigo mismo.

— Señor...

— En buen hora, concluyamos en ese asunto; pues vos me respondeis de mi inocencia y de la vida de mi escudero, de consuno buscaremos un medio para reunirlos, y acaso la Vírgen Santísima de Atocha, de quien soy devoto, nos le proporcione presto. Si lo consigo, ofrezco edificarle un santuario en la mejor villa del maestrazgo....

— Besad este escapulario, señor, que representa su efigie, dijo entonces el redomado físico, alargando el que del cuello traia pendiente, y ella y su Hijo os ayuden.

—Amen, dijo levantándose don Enrique con aquella incomprensible mezcla de devocion y de impudencia, de religion y de vicios que distinguia así á los hombres vulgares como á los mas ilustrados de la época, sin que dejemos de inclinarnos á creer que en hombres como nuestros dos interlocutores eran aquellas prácticas exteriores hijas solo de la costumbre. Amen, repitió, y apretando la mano del físico, separáronse con una afectuosa mirada de inteligencia; volvió á subir el astrólogo la escalera escondida por donde habia bajado, para meditar en los medios de cooperar á los planes ambiciosos de don Enrique, y este cruzó su laboratorio alquimístico en busca de Ferrus, que en la cámara impaciente le esperaba.



CAPITULO XVI.

Viendo aquesto un moro viejo
Que solia adivinar...
Suspirando con gran pena,
Aquesto fué á razonar.

Canc. de rom.

Inútil es decir á nuestros lectores que el físico Abrahem Abenzarsal contó en cuanto llegó á su aposento las relucientes doblas del de Villena, y que animado con su sonido vivificador, y con la esperanza fundada de merecer nuevas confianzas de la misma especie, coordinó sus ideas y estudió preventivamente el difícil papel que ante el rey de Castilla habia de representar de allí á poco. Llegada la hora, asistió como tenia de costumbre á la mesa frugal de su alteza, ora previniéndole los platos que debia comer y los que solo debia gustar, ora dando pábulo con sus bien estudiadas respuestas á la conversacion naturalmente seca y desabrida de Enrique III. Hubieron empero de chocarle tanto á su alteza las misteriosas palabras con que salpicó la cena su médico, que no pudo menos de hacerle entrar en su cámara, y á presencia solo del buen condestable Rui Lopez Dávalos, que gozaba con él de la mayor privanza, y era no poco afecto á supersticiones y hechicerías, —Abrahem, le dijo, tus palabras encierran esta noche un sentido que no acierto á comprender. Dime por tu vida si algun fausto acontecimiento se prepara para estos reinos, ó si alguna calamidad nos amaga, que podamos evitar con el favor de nuestro padre san Francisco, á quien venero particularmente.

—Vana es ya la intercesion de los santos, señor, cuando es pasada la hora del hombre.

Paróse aquí el inspirado varon, arqueó las cejas con siniestro mirar, dió un golpe en el pavimento con su nudoso báculo, y permaneció suspenso largo espacio, insensible á las reiteradas instancias del asustado monarca, que puesto en pié y descubierta la cabeza, pendia de su boca, ni mas ni menos que el reo que espera oir de la de su juez la temida sentencia. Llegándose entonces el astrólogo judiciario á una rasgada y gótica ventana, y examinando el cielo detenidamente, —No me engañaron, exclamó con voz hueca y sonora, que salia como un trueno de lo mas hondo de su agitado pecho: no me engañaron los infalibles cálculos de mi cábala. El astro que ha presidido tan infausto dia, velado entre cenicientas y rojas nubes, acabó su diurna revolucion, y corrió á lanzarse en la inmensidad de los mundos, dejando tras sí sangrientas huellas de su funesto paso. ¡Oh rey! humilla tu frente soberbia; la iglesia de tu Dios dividida y presa de un cisma prolongado, va á caer su columna principal; el sublime vicario de su ungido inclina la frente pálida, soltando sus sienes la triple corona que dignamente llevó, y sus débiles manos las llaves de Pedro y el anillo del Pescador.

—¡Dios mio! exclamaron á un tiempo el piadoso rey y el asombrado condestable; ¡Clemente VII!

—Sí, Clemente VII, continuó el energúmeno, ha pagado á la tierra el tributo de que solo un profeta de Israel, arrebatado por el fuego del cielo, pudo eximirse. Pero esperad; veo levantarse sobre su asiento y calzar la sagrada sandalia á un ilustre aragonés: un ricohombre de los de Luna es el elegido del Señor, á quien confia el timon de su nave zozobrante... Oh Benedicto, catorce de este nombre; á alta mision has sido llamado por el cielo. ¡Qué de lágrimas costará tu aragonesa condicion, tu invencible tenacidad, á los fieles divididos! En tí habrán de estrellarse los esfuerzos conciliadores de Urbano y del sacro colegio romano.

—¡Don Pedro de Luna! exclamó vuelto hácia el condestable el sorprendido rey; ¡don Pedro de Luna! y arrodillándose ante una venerada estampa de las llagas de san Francisco, ¡oh portento! continuó; libradme, Señor, de todo mal, y purificad mi alma si estas predicciones son hechas por arte de vos reprobado...

—Rey, interrumpió al oir este escrúpulo religioso el solapado Abrahem, el Dios del cielo y de la tierra no reprobó nunca la ciencia, si bien quiso descubrir á pocos sus recónditos arcanos. Los hechos que te refiero, además, no son predicciones de incierto porvenir, en cuya oscuridad no es dado siempre á los míseros mortales penetrar; á la hora esta, si es cierto que hablan los astros á los que poseen el don de entender su lenguaje sublime, Aviñon ha sido testigo ya de los grandes acontecimientos que te anuncio. ¿Ves aquella estrella, cuyo incierto resplandor parece querer apagarse con vacilantes oscilaciones, á la derecha de la Osa menor, siguiendo la direccion de mi báculo? Parece lanzar sus mortecinos reflejos á la parte de Calatrava...

—Abrahem, ¿qué nueva desdicha?...

—Una columna de la cristiandad española yace derribada, el rayo contra el moro de Granada se extinguió. Acaba de entregar su espíritu al Señor...

—¿Guzman? preguntó con precipitacion el buen Lopez Dávalos.

—Sí: ¿veis aquella parda y manchada nubecilla que el viento del norte impele violentamente hácia el mediodia? miradla reunirse á los demás vapores que un resto del calor del dia levanta de la húmeda superficie de la tierra. El astro del virtuoso maestre se ha eclipsado para no volver á lucir jamás.

Al llegar aquí, un profundo silencio sucedió á la tonante voz de Abenzarsal, y don Enrique y el condestable oraron fervorosamente por el alma del difunto maestre.

— Si las señales de mi ciencia, continuó el físico, no han dejado de ser infalibles, sangre mas ilustre ha de reemplazar la del piadoso maestre, y el estandarte de Calatrava verá agregarse á su cruz roja las barras de Aragon. Otro aragonés llevará á la victoria á los valientes caballeros de Calatrava. El cielo ensalza á los hijos de don Jaime, y un nieto del primer condestable de Castilla...

— Basta, interrumpió don Enrique III con voz desfallecida, basta, Abrahem: los altos juicios de Dios son incomprehensibles, pero el tiempo viene á justificarlos. Ayer el voto de la órden de Calatrava hubiera apartado á ese nieto del primer marqués de Villena del alto puesto á que está destinado. Un acontecimiento desgraciado, pero cuya causa, escondida hasta ahora, revelan tus palabras, ha llevado á mejor vida á mi muy amada doña María de Albornoz, y su aflijido esposo ha quedado desatado de los lazos que le alejaban del maestrazgo. Dios la tenga en su santa gloria. Adoro tus fines, o Providencia. Abrahem, decid, ¿habeis visto hoy al conde de Cangas?

— Señor, respondió con afectada sorpresa el hipócrita charlatan, tu alteza sabe que el estudio absorbe las horas todas de mi vida, y desde esta mañana no he cesado de consultar mis pergaminos en mi cámara inmediata á la tuya. Don Enrique por otra parte no se apartará de su estancia en estos momentos de luto para su corazon. No he visto, pues, al conde...

— No sabes en ese caso, repuso el rey, si está dispuesto á admitir el alto cargo á que el cielo le destina.

— No creo que haya pensado en ello siquiera, ni menos que pueda saber nadie en el alcázar todavía la triste muerte de don Gonzalo...

— Dices bien, Abrahem. Por otra parte, el nombre ilustre de mi pariente no puede menos de dar realce á la órden de Calatrava, y sus caballeros no opondrian obstáculo á tan acertada eleccion.

— ¡Hágase la voluntad del Señor! respondió el taimado físico con solemne entonacion; é inclinando la cabeza, el recojimiento en que quedó pareció anunciar el fin de sus predicciones.

— Condestable, dijo el rey despues de una ligera pausa, mañana dispondreis que la corte se reuna. Quiero recibir á los embajadores del Tamorlan y del rey de Francia. Abenzarsal, ayudadme á entrar en mi cámara: mis fuerzas se debilitan, y despues de la agitacion de esta noche necesito que las restaure un sueño reparador.

Llamó el condestable á los camareros de su alteza, y abriéndose las puertas de la estancia en que dormia, despidióse de él el primero; el rey de allí á poco, apoyado en el brazo de su físico favorito, desapareció, volviéndose á cerrar las hojas de la puerta, y quedando aquella parte del regio alcázar sumida en el mas profundo silencio.



CAPITULO XVII.

Yo os repto, los zamoranos,
Por traidores fementidos;
Repto á todós los muertos,
Y con ellos á los vivos;
Repto hombres y mujeres,
Los por nacer y nacidos;
Repto á todos los grandes,
A los grandes y á los chicos,
A las carnes y pescados,
Y á las aguas de los rios.

Cancion. de rom.

Aun no habia conciliado el sueño el poderoso rey de Castilla, cuando ya el impaciente conde de Cangas y Tineo sabia palabra por palabra el coloquio que en el anterior capítulo dejamos descrito. A la mañana siguiente creyó ya del caso la llegada de la noticia de la muerte del maestre de Calatrava; tomó en consecuencia sus disposiciones para que el enviado, que precisamente habia llegado la víspera y que él habia sabido entretener, se presentase en la corte de aquel dia, y esperó tranquilo el resultado de su artificio.

El salon principal del alcázar donde tenia corte su alteza se hallaba ya ocupado en la mañana del dia, que tan fecundo prometia ser en notables acontecimientos, por algunos caballeros jóvenes donceles del rey, por varios pajes de lanza y de estribo, y por los ballesteros que guardaban las puertas como prevenia la etiqueta del tiempo. Algunos caballeros cortesanos de los que no acompañaban al rey á la misa, que á la sazon oia, discurrian sobre las noticias del dia.

—¿Qué novedades, dijo un jóven de gallarda apostura y de pulido arreo á otro caballero que paseaba con él á lo largo del salon, qué novedades habeis recogido para vuestra corónica, señor coronista Pedro Lopez de Ayala?

— La principal, señor don Luis de Guzman, es la que de Sevilla me escribe el ginovés Micer Francisco Imperial.

—¿El de las trovas que comienzan *Gran sosiego é mansedumbre* á doña Angelina de Grecia, la princesa que ha regalado á Castilla el gran Tamorlan, del botin que cogió al turco Bayaceto?

—El mismo. Buen ingenio.

—¿Y qué os dice?

—Díceme que el ginebrino que envió á buscar su alteza á Paris para componer el reloj de la torre de Sevilla, halo compuesto á las mil maravillas, y que da todas las horas como antes de haberle caido el rayo hace un año.

—Cierto que es importante, porque no habia otro reloj tan maravilloso en Castilla, ni quien supiera componer aquella enredada máquina. Premiáronle bien.

— Merece mas de diez mil maravedís. ¿Habeis oido, señor comendador, que acaba de llegar un demandadero de Calatrava?

— Por la Vírgen de Atocha que eso me interesaria, porque mi tio el maestre estaba malo...

— Sabeis que si muriese, lo que Dios no quiera, podríais pretender...

— Acaso. Pues nada oí: estuve jugando á las tablas...

— ¡Ah! vos bohordais bien.

— Sí, ahora que no está aquí el doncel Macías: cuando está, nadie lanza con mas tino el bohordo, ni derriba mas veces el tablero. Cobróle aficion el rey solo por eso.

— ¿Y qué es de Macías? ¡Bravo trovador y buen caballero!

— Desde que está en comision del hechicero no se sabe de él. ¿Sabeis que ese hombre es el diablo, y que todo el que se le llega desaparece? Mirad ahora la condesa...

— ¡Bah! como dice Rodriguez del Padron, el trovador gallego, amigo de Macías, ya se le podria hechizar á él con una buena lanza, porque sea dicho sin ofenderle, se le entiende mas de *lais* y *virolais*, que de achaque de encuentros. Ahora anda enseñando la gaya ciencia al marqués de Santillana.

— Ese sí que es mancebo de sutil ingenio. El jóven don Iñigo Mendoza gusta mucho de letras, y ha de hacer con el tiempo mejores trovas que el mismo Alfonso Alvarez de Villasandino, y que el judío Baena. A propósito, ¿cómo llevais vos vuestro rimado?

— Téngolo suspendido porque digo grandes verdades en él, y ya sabeis que en palacio...

— Oh, la verdad nunca gusta á...

— ¡El rey!... dijo una voz que salia de las piezas inmediatas.

— ¡El rey! repitieron dos farautes que entraban ya vestidos de ceremonia por las puertas del salon. Apartáronse los caballeros, y don Enrique subió á su trono, rodeado de los principales señores de Castilla, á cada uno de los cuales seguian los caballeros y escuderos de sus casas.

Ocupaba don Enrique de Villena, como tio segundo que era de su alteza, el lugar preeminente, si se exceptúa el del físico y el del condestable Dávalos, que á uno y otro lado pisaban el primer escalon del trono. Tenia el conde á su izquierda á su primer escudero y detrás al juglar, y rodeábanle varios caballeros, en cuyos pechos lucian las cruces de Calatrava, en lo cual echará de ver el lector que no se habia descuidado aquella mañana en atraérselos con mercedes y distinciones para tenerlos favorables á sus miras. Vestia luto, pero su semblante mas anunciaba alegría que dolor por mas que procuraba él disimularla.

— Chanciller, dijo don Enrique cuando se hubo sentado y saludado en derredor á sus cortesanos, ¿qué letras teneis?

— Acábanse, señor, de recibir estas.

— ¡Ah! de Otordesillas, de mi esposa. Díceme doña Catalina que está próxima á su alumbramiento. ¿Paréceos, Abenzarsal, que tendrá Castilla que jurar un príncipe de Asturias, despues de haber jurado solemnemente á la infanta doña María, mi muy amada hija?

— Pudiera ser, señor. ¿Qué mal habria en eso?

— Haced, condestable, que se dispongan tiros, y avisad á los pueblos de aquí á Otordesillas que se hagan grandes fogadas y ahumadas en las eminencias luego que las vean hacer en el pueblo inmediato, empezando Otordesillas mismo en cuanto su alteza dé á luz un príncipe. De esa suerte sabremos ese fausto acontecimiento pocas horas despues: dispondreis que no falten atalayas. ¿Hay mas?

— Señor, desea besar los piés de tu alteza el sublime Mahomat Alcagí embajador del llamado gran Tamorlan.

— Que entre, dijo su alteza; y los cortesanos todos volvieron las cabezas con ansiosa curiosidad hácia la puerta, como quien iba á ver una cosa que no todos los dias se veia.

Entró efectivamente el tártaro con áspero continente al aviso de un paje de antecámara. Acompañábanle al lado Payo Gomez de Sotomayor y Hernan Sanchez de Palazuelos, embajadores del rey de Castilla al Tamorlan, que habian vuelto con él despues de haber recorrido vastas regiones, climas apartados y diversas costumbres de paises.

Hablaba el bárbaro, y Sotomayor, que en dos años que su larga embajada habia durado, habia tenido ocasion de aprender algun tanto su lengua, le sirvió de truchiman.

— El rey Tamurbec el Honrado, Tabor Bermacian, mi señor, me envia á tí, rey de las ciudades y lugares de Castilla y de Leon é España. Dure tu tiempo y buena fama en noblezas generales y en gracias cumplidas. El rey mi amo, noticioso de la grandeza de tu reino, acepta la amistad y buena correspondencia que con tus embajadores le enviaste á ofrecer. El Profeta te sea en ayuda, y te dé sus saludaciones. En muestra de buena amistad, envíate el rey mi señor el presente de joyas y las dos hermosas damas, que te traje para tu harem, que al hijo de Osmin ha cogido en la gran victoria que le ha ganado. El rey de los reyes ha humillado la soberbia condicion del hijo de Osmin, y hoy en una jaula de hierro sirve de estribo al poderoso Tamurbec, rayo de Dios.

— Recibo vuestra embajada, valiente Mahomat Alcagí, y no os doy respuesta, dijo don Enrique, porque quiero que tornen embajadores mios á vuestro amo y señor el muy honrado Tamurbec con mis cartas y presentes. Rui Gonzalez de Clavijo, añadió vuelto á este su camarero que entre la turba de cortesanos andaba oscurecido, quiero que vos y fray Alonso Paez de Santa María, maestro en santa teología, y Gomez de Salazar mi guarda, hagais este viaje como embajadores mios.

Adelantóse entonces Rui Perez de Clavijo, y poniendo en tierra una rodilla, — Beso á tu alteza los piés, dijo, por la lisonjera distincion con que honras á tu vasallo.

Retiróse el embajador de Tamorlan, y salieron con él algunos caballeros, curiosos de preguntarle y saber las varias noticias que de tan luengas tierras y afamadas hazañas podia darles.

Entraron en seguida los embajadores del rey Carlos de Francia, sexto de este nombre, los cuales dijeron á su alteza, despues de las primeras fórmulas de etiqueta, cómo se hallaba bastante malo el rey su amo de

resultas de habérsele prendido fuego en un baile de máscaras á una piel de salvaje de que iba vestido. Aseguraron despues á los cortesanos en confianza, que lo que en Francia mas se temia no eran las resultas de este accidente, sino que corria el rumor de que el buen rey Carlos VI estaba á punto de perder la razon; que se habia observado ya muchas veces tal cual desatino en su conducta, que pasaba los dias enteros sin hablar, y otras extravagancias de esta especie. Estos embajadores trajeron en presente dos truenos grandes, como entonces se llamaban, que fueron la admiracion de los cortesanos, por haberse reducido ya á tan cortos límites una arma que habia empezado por no poderse usar sino en las murallas de una plaza sitiada, que se habia podido trasladar de un punto á otro despues por medio de una máquina convenientemente montada, y que ya podia manejar y disparar casi un hombre solo, si bien con trabajo. Apreció mucho este regalo el rey Enrique, y despachó á los embajadores, los cuales volvieron para su tierra, no sin dejar alguna moda de las de su traje en la corte del rey de Castilla, pues eran muy galanos, y venian lindamente ataviados. Al dia siguiente salieron ya varios jóvenes donceles con el pantalon muy ajustado, y dos mangas perdidas recortadas como las habian visto en los embajadores: moderaron la barba que antes se dejaban crecer en derredor de la cara, porque los embajadores no la traian, y hubo quien sacó el zapato retorcido y puntiagudo, que entonces se llevaba, con mas de seis pulgadas de punta, ni mas ni menos que el asta de un toro.

Presentóse en seguida de los embajadores franceses un demandadero de Calatrava, el cual anunció á su alteza la infausta noticia de la muerte del maestre.

— La sabíamos, dijo el rey, y hoy mismo le nombraré sucesor.

— Hernan Perez, dijo el de Villena dándole con el codo.

— Entiendo, señor, contestó el taimado escudero.

Apenas se habia retirado el demandadero, cuando se dejó ver en las puertas del salon, precedida de dos dueñas vestidas de negro, una dama enlutada y con antifaz que le tapaba completamente el rostro. Grande fué la sorpresa de los cortesanos todos: examinaban detenidamente sus contornos, por ver si descubrian quién fuese la que de aquella manera se presentaba. Llegóse la tapada lentamente hasta los piés del trono, y prosternóse en actitud de esperar á que su alteza le diese licencia para hablar.

— Condestable, dijo curioso y admirado don Enrique, ¿porqué no me habeis prevenido que hoy nos las habíamos de haber con fantasmas? Vive Dios que hubiera preparado mi alma á recibirlas dignamente: ¿sabeis quién sea esta dolorida?

— Ha burlado sin duda la vigilancia de los ballesteros; si su presencia te incomoda, señor, harásela salir.

— Es mujer, condestable, y su manera de presentarse encierra algun misterio que es fuerza aclarar. Alzad, señora, prosiguió don Enrique, alzad, y declarad qué causa extraordinaria os fuerza á venir de esta manera.

— ¡Justicia, señor, justicia! exclamó con doliente voz la arrodillada dama.

— Alzad y contad vuestras cuitas, repuso su alteza: nunca el rey de Castilla negó justicia á nadie.

— Señor, prosiguió la dama levantándose y mirando en derredor con notable inquietud, como si buscase á alguien que apoyase la demanda que iba á hacer, señor, un crímen se ha cometido en tus dominios, en tu villa de Madrid, en tu propio palacio.

— ¿Un crímen?

— Un crímen, y crímen destinado á quedar impune. Los poderosos que rodean insolentemente tu trono, validos de tu favor, son, señor, los que infringen tu justicia, y los que la arrostran. Doña María de Albornoz, la ilustre condesa de Cangas y Tineo, ha sido asesinada...

— Lo sabemos, dueña, dijo don Enrique, y ya hemos dado nuestras órdenes para que se descubran los autores de tan horrible atentado.

— ¿Los autores, señor? Uno hay no mas, y ese no corre los campos fugitivo á esconder como debiera debajo la tierra su insolente rostro; ese se ampara en tu misma corte. Ese nos oye.

— ¿En mi corte? dijo don Enrique mirando dudoso á todas partes. Agolpáronse al oir estas palabras los cortesanos para escuchar mas de cerca á la atrevida acusadora. Don Enrique de Villena, de cuyo semblante habia desaparecido su natural serenidad desde el momento en que habia columbrado el sentido de las palabras de la dama, la miraba con ojos indagadores, y afectando una curiosidad hija del interés que le convenia aparentar por el descubrimiento del perpetrador del asesinato de su esposa.

— Hernan, dijo en voz baja á su escudero durante la pausa que se siguió á las últimas palabras de la tapada, Hernan Perez, ¿qué quiere decir esto?

Hernan Perez estaba tan inquieto como el conde: por una parte creia que la tapada no podia ser otra que una persona que muy de cerca le tocaba. Su voz, aunque disfrazada, le habia hecho un efecto singular; por otra parte no podia concebir que se diese tal paso sin su noticia. — Señor, contestó al conde, sea lo que fuere, tu escudero no desmiente nunca su fidelidad.

—En tu corte, prosiguió la dama: él nos oye, y él recibe tus beneficios...

— Nombradle, dijo el rey, nombradle.

— Sí, añadió con voz trémula el de Villena, echando el resto á su mal sostenido disimulo; ¿quién es?

— ¡Vos! respondió una voz tonante, vos.

— ¿Yo? preguntó don Enrique: ¿yo?

— ¡Don Enrique! exclamó el rey mirando alternativamente al de Villena y á la tapada.

— ¡Don Enrique! repitieron en voz confusa casi á un mismo tiempo los señores todos que rodeaban el trono.

— ¡Santo cielo! exclamó el agitado conde volviéndose al rey con ademan y gesto hipócrita. ¿No me bastaba, señor, que una fatal estrella me

7

privase de mi esposa; era preciso que la calumnia se uniese á la alevosía, y que don Enrique de Villena se viese así ultrajado en tu misma corte y en tu presencia misma? Toma, señor, los honores que me has dado, recoje las distinciones con que me has honrado; toma esta espada, acepta esa banda que mal pudiera llevar con honor quien vió de esa manera el suyo atropellado...

—Serenaos, don Enrique, dijo tranquilamente despues de un breve rato de meditacion el rey justiciero, serenaos: conservad esas distinciones que tan bien os están, y tened presente que la calumnia se embota en el inocente como la punta de la lanza en el bruñido peto.

—¿La calumnia? repitió mirando de nuevo en derredor la dueña desconsolada.

—Dueña, dijo don Enrique entonces con entereza, ¿sabeis el nombre que habeis tomado en boca, y la persona á quien ultrajais....

—La verdad nunca puede ser ultraje.

—¿Sabeis á ciencia cierta lo que dijísteis....

—Juráralo si fuera menester.

—¿Qué caucion dais de vuestras palabras? ¿quién sois? ¿porqué venís tapada á acusar al delincuente? La verdad trae la cara descubierta á la faz del sol. La mentira es la que se esconde.

—¿Quién yo soy, señor? si pudiera decirlo no viniera de este modo. ¿No es posible que circunstancias personales me impidan descubrirme en público? Tomad, señor, dijo entonces la tapada presentando á su alteza un anillo que en el dedo traia. Ese anillo puede decir quién soy algun dia.

Tomó su alteza el anillo y examinóle detenidamente.—¿Conoceis ese anillo, Abenzarsal, ó la seña que dice esa dama?

—Señor, dijo Abenzarsal al oido de su alteza, las piedras forman un nombre.

—Guardadle, pues.

—Además, señor, no trato de huir; póngome bajo tu salvaguardia; sé que desde el punto en que tomo sobre mí esta acusacion mil peligros me rodean.

—¿Y sabeis, incauta dueña, que la pena del talion espera al impostor....

—Solo sé que el crimen debe denunciarse y desenmascararse al criminal.

—¿Sabeis que si os faltan pruebas, ó un caballero que sostenga vuestra acusacion, sereis puesta en tormento y....

—¡En tormento! dijo espantada la dama volviendo á mirar en derredor con inquietud. ¡En tormento!

—A tiempo estais de desdeciros....

—Desdecirme.... exclamó la dama enlutada clavando en don Enrique los ojos, que aparecian en medio de su antifaz como los relámpagos que rasgan la negra nube en medio de una noche tempestuosa. Jamás.

—En ese caso es forzosa la muerte del delincuente ó la vuestra.

—¡Nadie, nadie! dijo entre dientes la demandante mirando á las puertas, y escuchando con la mayor ansiedad. ¿No hay un caballero,

exclamó entonces con despecho volviéndose á los cortesanos todos, no hay un cortesano siquiera del poderoso rey de Castilla que sepa empuñar una lanza por la inocencia, que salga por una mujer?

Leve y susurrante murmullo corrió por la asamblea á esta invitacion desesperada. Pero lucian en los pechos y en los brazos de los mas caballeros jóvenes prendas del amor de sus damas: un caballero que tenia la suya no podia adoptar otra. No era además seguro que la acusadora no hubiese perdido el juicio, cuando con tan poco apoyo y favor osaba habérselas con el mas poderoso señor de Castilla. ¿Quién la conocia? nadie: ¿quién estaba seguro de no ser víctima del rencor del de Villena si tomaba la defensa de la advenediza? — ¡Oh oprobio! ¡oh mengua! ¡oh caballeros! exclamó sollozando la desairada hermosa. ¡Hé aquí la corte de don Enrique III! Lo veo, aunque tarde: la inocencia no encuentra defensa entre los hombres. No importa. Insisto en la acusacion.

—Faraute, dijo entonces su alteza, haced vuestro deber.

Adelantóse un faraute, y en la fórmula del tiempo anunció tres veces en alta voz la acusacion hecha á don Enrique de Villena; preguntó si algun caballero tomaba la demanda de la acusadora, y sucediendo á sus voces sepulcral silencio, intimó á aquella que en el plazo preciso de tres dias habia de presentar un defensor ó las pruebas de su acusacion, y que cumplido el plazo sin presentarle seria puesta en tormento y llevada al suplicio, donde le seria la lengua cortada y arrojada á los canes, despues de ello ajusticiada por calumniadora.

No pudo oir esta última parte de la intimacion la desolada dama sin exhalar un gemido de terror, y abandonándola sus fuerzas, dejóse caer en brazos de una de las dueñas que la habian acompañado.

Movido á lástima el rey al ver su situacion, alzóse en el trono, y puesto en pié, — Don Enrique, dijo, estoy seguro de vuestra inocencia, y el cielo en todo caso saldrá por ella. Aflíjeme sin embargo el estado de esa desgraciada, y la administracion de la justicia exige que yo satisfaga la vindicta pública. Dadme, Abenzarsal, ese anillo. Quiero yo mismo requerir por última vez un defensor. Ricoshombres, caballeros, ¿quién de vosotros toma esta demanda? El caballero que se proclame su defensor recibirá este anillo como prenda de la dama que va á defender, y si sale con victoria de la prueba á hierro y demuestra en el palenque, con el favor de Dios, la verdad de la acusacion, que no creemos, este anillo le servirá de seguro para los dias de su vida: la persona que me lo presente logrará la gracia que pida, y su dueño será libre de toda pena en el momento de presentarlo. ¿Quién de vosotros toma la demanda de la acusadora?

—¡Yo! exclamó una voz estentórea que resonó fuera de la cámara todavía.

—¡Él es! gritó con penetrante alarido la enlutada, y el exceso de la alegría, pudiendo mas en su alma que el pasado dolor, la derribó sin sentido en brazos de sus dos dueñas.

Volvieron los ojos los cortesanos á mirar quién fuese el temerario que en tan arriesgada demanda se entrometia, y don Enrique de Villena, cuya alegría se habia manifiestamente conocido por algunos instantes,

dirigió miradas de fuego y de incertidumbre hácia el advenedizo defensor de su acusadora.

Entraba este ya por la cámara con ademan resuelto y pasos precipitados. Venia armado de piés á cabeza, y su sobreveste negra y su penacho del mismo color, que ondeaba funestamente sobre su capacete, parecian anunciar la muerte á todo el que se opusiese á su bizarro valor.

—Yo, repitió con voz fuerte entrando. Dirigiéndose en seguida hácia el trono, arrodillóse y pidió licencia á su alteza para tomar la demanda de la desconocida, fuese la que fuese.

Mirábanse unos á otros los circunstantes, y no sabian qué pensar de las aventuras de la mañana. — Condestable, dijo el rey volviéndose á Rui Lopez Dávalos, ¿ será que hoy no hayamos de conocer á ninguno de nuestros vasallos? ¿qué decís, conde de Cangas, de este defensor? ¿le conoceis?

—No responderé nunca, señor, á la acusacion de dos enmascarados.

—¿Y respondereis á la mia? preguntó alzándose la visera el denodado mancebo.

—¡Macías! exclamó el rey. ¡Macías! repitieron asombrados los mas de los que presentes estaban. Don Enrique fué el único que sobrecogido de la ira y del terror, ni acertaba á pronunciar palabra ni osaba levantar los ojos del suelo, al cual se los habian hecho bajar mal su grado la seguridad y la audacia de las miradas de Macías.

—Perdóneme tu alteza, prosiguió este vuelto á don Enrique el Doliente, si me hallo en tu palacio sin haberme presentado antes á recibir tus órdenes: tu alteza conoce mi lealtad, y solo poderosísimas causas pueden habérmelo impedido.

—Sensible es á mi corazon, doncel, que cuando os veo despues de tan larga ausencia sea para declararos contrario de mi muy amado pariente el conde de Cangas y Tineo, y para defender contra él una acusacion que estimo calumniosa.

—El cielo, señor, puede solo decidir esta querella.

—Aquí, pues, teneis, dijo el rey presentando á Macías el anillo de la tapada, que ya habia vuelto en sí de su desmayo, la prenda de la dama que elegís.

—Perdóneme tu alteza, exclamó la dama arrojándose en medio del rey y de Macías: permite que no reciba de mi mano ese anillo hasta el dia en que haya de verificarse el combate. Yo informaré á la persona de tu confianza que elijas de mis circunstancias, y quedaré hasta que las sepas en tu poder, si necesario fuese. Como prenda de que os admito por mi campeon, aceptad este lazo, noble caballero.

Arrodillóse el mancebo, á quien palpitaba violentamente el corazon dentro del pecho, y mientras que su dama rodeaba su cuello con una banda negra que tenia por lema estas dos palabras bordadas: *imposible*, *venganza*: — ¿Será posible, le dijo en voz baja, que insistais en ocultaros de quien ha de ser vuestro caballero, no solo acaso en la lid...

—*Imposible*, repuso por lo bajo tambien la tapada.

—¿Qué teneis, pues, derecho á exigir de mí?... repuso Macías.

— *Venganza*, volvió á contestar la dama concluyendo de anudarle el lazo.

— Y bien, Macías, ¿teneis que pedirme alguna gracia? dijo el rey.

— Ninguna, respondió el doncel, sino que oiga tu alteza y apruebe mi desafío. Oid, ricoshombres, caballeros y escuderos. Yo, Macías, doncel del poderoso rey de Castilla don Enrique III, á tí, don Enrique de Aragon y Villena, conde de Cangas y Tineo, tomamos por testigos á todos los aquí presentes, te desafiamos de mal caballero, descortés y aleve, y te retamos á muerte como matador de tu esposa la muy ilustre doña María de Albornoz, á tí y á todos los caballeros de tu casa, á lanza ó á espada, á pié ó á caballo, mientras corra la sangre en las venas, renunciando á tu merced, como tú debes renunciar á la mia, y sobre esto Dios y la Vírgen de Atocha me ayuden. A tí solo, ó á varios.

Al decir estas palabras arrojó Macías su guante. Gran suspension y silencio siguió á esta accion determinada.

— Conde de Cangas y Tineo, dijo el rey volviéndose á alzar en el trono y comenzando á bajar los escalones, Macías, mi doncel, ricoshombres, caballeros, escuderos aquí presentes, yo don Enrique, rey de Castilla, concedo el juicio de Dios á mi doncel Macías y á don Enrique de Villena para que en combate singular riñan cuerpo á cuerpo, y declaro traidor y aleve y digno de muerte al que fuere en la lid vencido si saliere del vencimiento con vida. Dios sea en favor de la inocencia y de la justicia. Conde, ¿qué haceis? añadió viendo que don Enrique inmóvil no recogia el guante que le habia arrojado su contrario.

— Espero, señor, que no permitirás que yo descienda de la clase en que el parentesco que nos une y los honores con que me has distinguido me han colocado para rebatir cuerpo á cuerpo con un simple doncel de tu alteza una calumnia que desprecio y...

— Si os empeñais, contestó el rey picado, igualaré al doncel Macías...

— No es necesario, señor, replicó Hernan Perez adelantándose á recoger la prenda abandonada; no es necesario: yo la alzaré por mi señor...

— Teneos... gritó Macías poniendo un pié en el guante: sois escudero.

— Le armaré, dijo el conde, y será vuestro igual; y en tanto, Hernan, alzad el guante por mí. O yo ó vos. Bastamos cualquiera de los dos para castigar la insolencia del campeon de las damas desconocidas.

Iba á responder Macías á este sarcasmo, pero el rey, volviéndose á entrambos, — Conde, dijo, espero que vos, ó un caballero en vuestro lugar, sostendreis vuestra buena fama. Os hago maestre de Calatrava; espero que ni los caballeros de la órden ni su santidad desaprobarán esta eleccion que recae en mi misma sangre.

— Señor, dijo inclinándose con mal rebozada alegría el conde, estoy pronto á aceptar esta nueva honra si los caballeros de la órden...

— ¡Viva el maestre don Enrique! clamaron tumultuariamente varios de los presentes.

— Bien, señores, bien, dijo el rey; no esperaba menos de mis leales caballeros de Calatrava. A vos, Macías, os doy un hábito de Santiago, y

os cubriré yo mismo. Habeis manifestado hoy valor y cortesanía. Espero que entrareis á mi cámara en cuanto os desarmeis.

Inclinóse Macías en señal de gratitud, y el rey se retiró diciendo al condestable : — Ruy, me recordareis que debo fijar el dia del combate. — Vos, Abrahem Abenzarsal, encargaos de esa dueña en vuestra cámara hasta que órdenes posteriores mias os indiquen dónde puede permanecer durante el plazo que falte para el combate.

El físico en consecuencia intimó la órden á la dama enlutada, y la encaminó con un paje á su cámara. Retiróse el rey, y con su marcha desaparecieron en pocos momentos los mas de los cortesanos. — No ha sido del todo feliz el dia, dijo Abenzarsal á don Enrique, que se retiraba con su escudero; pero no importa, son nuestros : haced por dirigir á la noche á Hernan Perez á mi cámara. — ¿Habeis hecho algo? preguntó don Enrique. — Espero hacer. — Dicho esto se separaron por no dar sospechas. Don Enrique y su escudero se fueron, departiendo acerca de los muchos sucesos buenos y malos que habian pasado aquel dia, y acerca de quién podia ser la dama, si bien muy pocas dudas les quedaban, y ya se proponia salir de ellas al momento el escudero.

Entre tanto rodeaban á Macías varios caballeros, quien á darle la bien venida, quien á preguntarle nuevas de Calatrava. Entre los muchos que se le acercaban, tocóle uno en el hombro con misteriosa familiaridad.

— ¡Ah! sois vos, padre mio, buen Abrahem, le dijo Macías con un estremecimiento involuntario, y una nube de tristeza envolvió su frente. — Bien venido á la *corte*. — ¡A la corte! — Sí : á Dios, jóven osado. — Escuchad; esas palabras... me dijísteis, es verdad... ¡*corte*, *corte* funesta! — A Dios. — ¿No podeis explicaros? — Ahora imposible : si quereis verme, al anochecer os esperaré en mi cámara.—¿Cierto, Abrahem? Esperadme. — A Dios. — A Dios.

Siguió el astrólogo con su aparente prisa la direccion de su cámara, y Macías, distraido, revolviendo mil confusas ideas en su imaginacion, quedó entre sus curiosos amigos, á quienes ni contestaba ya acorde, ni podia apenas atender. ¡Tal era la impresion que la palabra *corte*, pronunciada por el físico, habia hecho en su imaginacion! — Macías ha perdido la cabeza, iban diciendo sus amigos al despedirse de él : ese maldito hechicero, en cuyas comisiones ha andado, le ha turbado el juicio. ¡Habeis visto qué desconcierto! ¡qué distraccion! O está enamorado, ó ha perdido el seso.

CAPITULO XVIII.

> Melisendra está en Sansueña,
> Vos en Paris descuidado,
> Vos ausente, ella mujer.
> Harto os he dicho; miraldo.
>
> *Rom. de Gaiferos.*

En cuanto habia llegado á su habitacion don Enrique de Villena, se habia despedido de él el escudero, ansioso de saber definitivamente si era su esposa la que por obsequio á la memoria de la condesa se habiá presentado con tanta osadía en la corte del rey de Castilla. Pesábale en gran manera que hubiese cabido en la imaginacion de su consorte tan heróica determinacion, pero lo que con mas cuidado le traia, era la circunstancia de haber llegado tan á punto el doncel para tomar sobre sí su demanda, y la exclamacion de la tapada al oir la voz de su defensor; circunstancias entrambas que ligaba mal que bien con el músico de la noche anterior á la desaparicion de la condesa. Podia ser casual esta coincidencia; podian muy bien, su consorte por amistad á doña María de Albornoz, y Macías por amor á esa misma, ó por cortesanía de caballero ocioso, encontrarse en el mismo camino. Esta reflexion, sin embargo, no bastaba á declarar sus dudas, y pensó en el partido que deberia tomar si no encontraba á Elvira en su cuarto.

Sucedióle sin embargo lo que no pensaba. Llamó el escudero á su habitacion, y la primera persona con quien dió fué con el listo paje, el cual con aire sumamente alegre,

— Buenos dias, le dijo, señor Hernan Perez; bien haceis en venir, porque desde que la señora condesa ha desaparecido no hay medio de alegrar á mi prima. Venid, venid á consolarla; mis esfuerzos todos son inútiles.

— ¡Vuestra prima, señor paje! dijo con asombro y gravedad el escudero. ¿Supongo que no os quereis burlar de mí?

— ¿Yo burlarme, señor escudero, pésia mi alma? Para burlas estamos por cierto, y no se cesa de llorar hoy en esta habitacion. Entrad vos mismo y lo vereis.

Abrió Hernan Perez la mampara inmediata, y quedóse como de piedra cuando contra todas sus esperanzas vió levantarse al presentarse él á Elvira, que con afectuosas palabras

— Esposo, le dijo, cuán mal lo haceis conmigo: vos teneis secretos para mí, vos pasais los dias enteros lejos de mí: hoy, sobre todo, me habeis dejado sola, y sabeis que no tenia ya la compañía de la condesa...

— Perdonad, Elvira, si... yo... ya sabeis que... Pero nunca pudo decir mas el asombrado escudero. Su esposa estaba vestida de negro, sí, pero su ropa no manifestaba haber salido aquella mañana; por otra parte, la dama enlutada habia quedado en palacio.

— ¿Qué teneis? ¿Traeis alguna mala nueva?

— Sí por cierto, contestó mas repuesto Hernan Perez; os traigo la de que me he vuelto loco.

— Muy cuerdo lo decís.

— Jurara que os habia visto en otra parte....

— Puede....

— ¿Cómo? ¿ puede?...

— Tantas veces me habeis dicho que no me separo un punto de vuestra imaginacion, que me veis en todas partes tal cual soy.... que.... ¿no es cierto?

— Sí, replicó mordiéndose los labios el desairado esposo. Pero esta mañana no os creí yo ver de ese modo. En fin, parece que estais aquí....

— ¿Os estorbo, Vadillo? habladme con el corazon en la mano.... ¿Quereis que salga efectivamente....

— No, no es eso; es, es que me he vuelto loco, ya lo he dicho.

— Lindo humor traeis, esposo. Si hubiérais perdido una amiga, si os persiguiese una voz que os gritase continuamente en vuestro pecho : *un crimen se ha cometido, y el criminal está impune....*

— ¿Qué decis? ¿oís vos esa voz?

— Os digo que no puedo desechar de mi imaginacion que esa pobre condesa ha sido malamente muerta, y que una persona....

— ¡Silencio! gritó con terror Vadillo.

— ¡Silencio! ¿porqué? Esta noche lo he soñado.

— ¿Qué habeis soñado?

— Tonterías; pero cuando está una afligida y prevenida por una idea.... no sé qué efecto....

— Contad.

— Nada; soñé que habia estado en la corte no sé por qué accidente, y que una dueña enlutada se habia aparecido á pedir justicia....

— Proseguid, dijo temblando Vadillo.

— Sus facciones eran las de la condesa, su voz la misma : arrojéme á abrazarla y....

— ¿Vos?

— Yo, y me rechazó : «Aparta, dijo; estoy manchada de sangre : ¿no la ves correr aun?» Un chorro entonces pareció salpicarme toda y temblé... Pero ¡Dios mio! vos temblais tambien.

— No.

— Sí.

— Bien, sí.... Estoy mortal, añadió para sí levantándose Vadillo : si habrá muerto efectivamente la condesa; ¿seria capaz el conde?... ¡Qué horror! Por otra parte, conociéndome, si lo hubiera hecho, me lo hubiera ocultado.... yo le afeé.... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Yo he sido cómplice de un asesinato? La dueña enlutada no podia ser sino la sombra misma de la condesa. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Vírgen Santísima! gritó Vadillo fuera de sí.

— Esposo, ¿qué es eso? ¿sabeis que empiezo á temer que sea cierta la pérdida de vuestra razon?... Contadme por Dios....

— Nada; imposible: en dos palabras: ¿vos no habeis salido?
— ¡Qué pregunta!
— ¿No saldreis?
— ¡Qué aire!
— A Dios, Elvira, á Dios. No me espereis hasta la noche. Asuntos de importancia me llaman al lado de don Enrique....
— ¿Os vais? ¿Para eso habeis venido? Mirad....
— Bien sé que me quereis, que me sois fiel; soy un loco... pero... la condesa... ya sabeis... ahora dejadme por Dios, dejadme, vuestra presencia me hace mal.
Separóse al decir esto casi por fuerza de los brazos de su esposa, la cual quedó sollozando en un sillon con el paje al lado.
— Esto es mejor, dijo el paje. ¿Llorais de veras?
— Jaime, sí. Hace una tantas cosas contra su voluntad; las consideraciones del mundo...
— ¿Cómo? ¿Lo decís porque teneis que agasajar y poner buen semblante á vuestro esposo?
— ¿Qué dices, Jaime? preguntó lanzando un suspiro Elvira: ¿quién te ha dicho eso? es mentira, mentira. Yo amo á mi esposo; ni pudiera amar sino á él; ¡es tan bueno!
— Pues entonces, dijo el paje, no os entiendo: yo por mí, si no os viera llorar, ahora me reiria, soltaria la carcajada.
— ¿Porqué? ¿Porque una circunstancia desgraciada le ha puesto en el caso bien triste de no poder distinguir la verdad del engaño? ¿Porque una mujer tenga mil veces que parecer artificiosa con su esposo, se habrá de deducir que este es risible? Ah, Jaime, en todo engaño ten lástima siempre al engañador, que en realidad ese es el mas risible, y ese es acaso realmente el engañado.
Despues de esta pequeña reprimenda no osó hablar el pajecillo.
— Mira, Jaime, si va lejos ya Hernan Perez.
— Tan lejos que no le alcanzaria el mismo Hernando, que no hay corza que no alcance.
— Vamos, pues, paje; no hay tiempo que perder: ya tienes tus instrucciones. Prudencia y silencio.... Como la muerte, ¿estás?
— Como la muerte, respondió el paje. Dichas estas palabras, Elvira y el paje pasaron á otra pieza, donde no nos es lícito penetrar con ellos.
Hernan Perez entre tanto recorria con mas terror que zelos las inmensas galerías del alcázar: cada pisada suya le parecia las de la condesa. Hay muchos hombres valientes, temerarios contra un millar de enemigos armados en un dia de batalla, y que perecen de terror ante la idea de un muerto y el recuerdo de una fantasma; que treparian los primeros á la brecha, y no subirian nunca solos una escalera oscura. En aquel momento Hernan Perez era de estos: el menor ruido que hubiera oido realmente, la menor sombra que se hubiera puesto delante de sus ojos, le hubiera derribado por tierra sin sentido. Tal traia él la imaginacion llena de ideas de muertes y apariciones, de sombras y emplazamientos.

Llegó por fin á la cámara de don Enrique. Abrióla de golpe, y precipitóse dentro con los cabellos erizados y los ojos casi fuera del cráneo.

— ¿Qué traes, Vadillo? dijo levantándose don Enrique al ver el desórden de su escudero.

— Es su sombra, señor, es su sombra, repuso Vadillo mirando atrás todavía, y procurando componer su semblante.

— ¿Qué sombra? replicó don Enrique. Será la que hace vuestro cuerpo al pasar por delante de la lámpara de la galería.

— No es eso, señor, no es eso.

— ¿Qué es, pues? explicaos.

— Mi esposa...

— ¿Vuestra esposa es sombra? ¿Qué decís?

Temblaba ya Ferrus de piés á cabeza con la explicacion del escudero, y no sabia don Enrique qué creer de semejante asombro.

— Digo, señor, concluyó Vadillo reponiéndose, que la dueña enlutada no es mi esposa, porque mi esposa está en su habitacion, y mi esposa no ha salido ni saldrá....

— ¿Estais seguro?

— Como estoy vivo.

— ¿Quién puede entonces?...

— No puede ser, dijo Ferrus, sino....

— La sombra de la condesa, concluyó Vadillo.

— ¿La sombra de la condesa? ¡Esa es buena! exclamó soltando una estrepitosa carcajada don Enrique de Villena.

— ¿Te ries, señor?

— ¿No he de reirme, si habeis perdido entrambos la cabeza?

— Ah, señor, repuso Vadillo, veo que si yo contara un sueño.... En fin, quiero que me hayais referido de la condesa la pura verdad. ¿Estais seguro de que el encargado de?...

— Delirais, Vadillo, delirais. Verdad es que ahora pierdo yo el hilo de mis observaciones, y no sé.... Puesto que decís que estais seguro de haber visto á vuestra esposa, confieso que no entiendo.... De todos modos es necesario que vayais á buscar al astrólogo: os aguarda para darme una razon que espero con ansia. ¿Os atreveríais, ya que vais, Vadillo, á averiguar quién sea la tapada? ¿Tendríais resolucion....

— Manda, señor, á tu escudero.

— Bien, pues yo confio á vuestro talento esa intriga: si el nigromántico lo sabe, os lo dirá: sino ved de tocar siquiera esa sombra, que como la toqueis, y como ella ofrezca cuerpo y resistencia, añadió riéndose don Enrique, podeis estar seguro, no quiero yo decir de que sea vuestra esposa, pero á lo menos, sí, de que es persona; y á ser hombre como parece mujer....

— Entonces, señor, yo os prometo que mi espada hiciera pronto la experiencia. Perdona si el sobrecogimiento de una escena que he tenido tan rara, tan extraordinaria, me ha hecho parecer á tus ojos, señor...

— Vadillo, os he visto pelear; sé que teneis valor. Conozco por otra

parte á los hombres : son débiles y miserables en todo. Una preocupacion es mas fuerte que cien ballesteros.

Iba á despedirse el escudero para la cámara del astrólogo, donde le esperaban acontecimientos mas extraordinarios cien veces que los pasados; pero don Enrique le detuvo para dar lugar, lo uno á las intrigas que debia preparar el nigromante, y lo otro porque entonces que en realidad le engañaba, una voz interior le gritaba que debia tratarle con mas amistad y consideracion que nunca. No debia faltarles tampoco que hablar desde que don Enrique era maestre, desde que iba á ser Hernan Perez caballero, y desde que el singular duelo de la mañana habia venido á complicar tan extraordinariamente los negocios y los intereses de los principales personajes de nuestra verídica historia.

CAPITULO XIX.

Y despues de haber propuesto
Su intento y sus pretensiones
A los de guerra y estado
Que atento le escuchan y oyen,
En confuso conferir
Se oye un susurro discorde,
Que sala y palacio asorda
La diversidad de voces.

Rom. de Bernardo del Carpio.

Cosa indudable es que don Enrique de Villena, una vez adoptadas sus ambiciosas ideas de elevacion, no perdonaba medio alguno de llevarlas á cabo, ni daba un ponto reposo á su imaginacion, buscando trazas para asegurarlas. El alto puesto que anhelaba era sin embargo bastante apetecible para que se le ofreciesen naturalmente en el camino de sus intrigas temibles maquinaciones de sus enemigos y poderosos contendedores. No habrá olvidado el lector tan pronto, si es que ha llegado á tomar alguna aficion á los sucesos que le vamos con desaliñada pluma enarrando, aquel don Luis de Guzman, que paseaba el salon de la corte en la mañana de este mismo dia hablando con el famoso coronista Pero Lopez de Ayala. Si no ha olvidado á aquel caballero, y si recuerda el diálogo en que se le presentamos por primera vez, tendrá presente tambien que el coronista le habia designado como sucesor probable de su tio don Gonzalo de Guzman, último maestre de Calatrava. Llamábanle efectivamente á este alto puesto, en primer lugar su parentesco con el difunto, su vida ejemplar é irreprensible conducta, el título de comendador de la orden, y la confianza que inspiraba á los mas de los caballeros. Era generalmente querido, y en realidad mas digno del maestrazgo que don Enrique de Vilena, en aquella época, sobre todo, en que el valor solia suplir todas las demás calidades : teníale don Luis en alto grado, y habia dado de él repetidísimas y brillantes pruebas en las guerras de Portu-

gal y de Granada, al paso que de don Enríque se podia sospechar fundadamente que no era su virtud favorita, pues nadie recordaba haberlo visto jamás en ningun trance de armas. Habia probado además don Luis que conocia los deberes todos de buen caballero en las diversas justas y torneos en que habia sido mantenedor ó aventurero; sabia manejar en todas ocasiones con singular gracia un caballo, rompia una lanza con bizarria, acometia con denuedo en la carrera, corria parejas con extrema donosura, cogia sortijas con destreza, y disparaba cañas con notable inteligencia. Don Enrique, por el contrario, empleaba todo su fuego en semejantes circunstancias en hacer una trova muy pulida y altisonante, en que cantaba las hazañas ajenas, á falta de las propias. Pero era el mal que en la corte de don Enrique no habian obtenido todavia las trovas aquel grado de estima que en reinados posteriores llegaron á alcanzar; cosa en verdad que no dejaba de ser justa, si se atiende á que las trovas servian solo para matar el fastidio momentáneamente en un banquete de damas y cortesanos, al paso que una lanza bien manejada derribaba á un enemigo; y en aquellos tiempos belicosos eran mas de temer los enemigos que el fastidio.

Las intrigas de don Enrique habian impedido que este mancebo generoso supiese á debido tiempo la infausta nueva de la muerte de su tio. La primera noticia que de ella tuvo fué la que en pública corte recibió, y en el primer momento la sorpresa de no haber sido de ella avisado, circunstancia que no acertaba á explicarse á sí mismo fácilmente, y el dolor le embargaron toda facultad de pensar y abrazar un partido prontamente. Sacóle empero de su letargo la eleccion que hizo el rey de su pariente para suceder en el maestrazgo, é indignóle aun mas que semejante nombramiento la bajeza con que se adelantaron varios caballeros de su órden á proclamar casi tumultuosamente al conde. Mal podia sin embargo en aquella circunstancia manifestar su agravio, ni menos oponerse á la dicha de su competidor. Aunque lo hubiera intentado, hubiérale sido muy difícil pronunciar una sola palabra, porque debemos añadir á lo que de su carácter llevamos manifestado, que tenia tanto don Luis de cortesano, como don Enrique de valiente. Todos sus conocimientos estaban reducidos á los de un caballero de aquellos tiempos: habíanle enseñado en verdad á leer y escribir, merced á la clase elevada á que pertenecia; pero cuando no tenia olvidado él mismo que poseia tan peregrinas habilidades, que era la mayor parte del tiempo, no comprendia porqué se habrian empeñado sus padres en hacerle perder algunos años en aquellos profundísimos estudios, que no le podian ayudar, decia, á rescatar una espuela ni el guante de su dama en un paso honroso. ¿Qué cota por débil que fuera, qué almete por mal templado habia cedido nunca á la lectura de un pergamino por bien dictado que estuviese, ó al rimado de una trova por armoniosa que sonase? Despreciaba asimismo las galas del decir, y el elegante artificio de la oratoria, porque solia repetir que él llevaba la persuasion en la punta de su lanza; y efectivamente habia convencido con ella á mas moros que los misioneros que iban continuamente á Granada; estos no solian sacar otro fruto de su

peregrinacion cristiana que la palma del martirio, la cual podia ser muy santa y buena para su alma; pero no daba un solo súbdito á la corona de Castilla, sino antes se lo quitaba. Bien se ve por este ligero bosquejo que era don Luis hombre positivo, y que no hubiera hecho mal papel en el siglo XIX. En esta candorosa ignorancia, y en la fuerza de su brazo, consistia su popularidad, porque entonces como ahora se pagaba y paga la multitud de las cualidades que le son mas análogas, y que le es mas fácil tener: en ellas tomaba su orígen el carácter impetuoso y poco ó nada flexible de don Luis; cuando oyó la eleccion que habia hecho el rey Doliente, miró á una y otra parte todo asombrado, como si no pudiese ser cierta una cosa que no le agradaba, enrojecióse su rostro, cerró los puños con notable cólera é indignacion, miró en seguida al rey, miró al conde de Cangas, miró á los caballeros calatravos que le proclamaban, encogióse de hombros, y sin proferir una sola palabra salióse determinadamente de la corte; accion que en otras circunstancias menos interesantes hubiera llamado extraordinariamente la atencion de los circunstantes. Nadie sin embargo la notó, y el ofendido caballero pudo entregarse libremente al desahogo de su mal reprimida indignacion. Hubiera él dado su mejor arnés y su mejor caballo por haber sabido el golpe que le esperaba en el momento aquel en que la acusadora de su rival habia apostrofado á los caballeros presentes en favor de su demanda. No hubiera sido Macías entonces el que se hubiera llevado el honor de salir por la belleza; porque es de advertir que la acusacion, que, como á todos, le habia parecido inverosímil en el instante de oirla, comenzó á tomar en su fantasía todos los visos no solo de verosímil, sino de probable, y hasta de cierta desde el punto en que se vió suplantado por el que era objeto de la querella. « Es evidente, dijo para sí, que don Enrique es un fementido: mientras mas lo pienso mas me convenzo de su iniquidad. ¡ Felonía! ¡ matar á una mujer!!! » Desde que hizo este raciocinio hasta el dia de su muerte, don Luis de Guzman no pudo admitir jamás suposicion alguna que no fuese en apoyo de esta opinion: era evidente para él que don Enrique habia matado á su esposa, y aunque la hubiera vuelto á ver de nuevo buena y sana, cosa que no sabremos decir si era fácil ya que sucediese, hubiera dudado primero de sus propios ojos que del delito de don Enrique. Así juzgan los hombres, y los hombres exaltados sobre todo.

Llegado don Luis á su casa, llamó á su escudero, y le dió el encargo de convocar á los caballeros de Calatrava en quien mas confianza tenia, y que no habian asistido á la corte de aquel dia. Mientras que el escudero partió á desempeñar su delicada comision, quedó don Luis paseando á lo largo su habitacion, y maquinando cómo podria asir la dígnidad que acababa de deslizársele entre las manos.

De allí á poco comenzaron á ir llegando los caballeros de Calatrava, llamados unos, de su propia voluntad otros, al saber la escandalosa novedad que en la órden ocurria. Varios entre ellos tenian el mismo motivo de agravio que don Luis, es decir, que no podian alegar mas causa de su enemistad á don Enrique que el haber este conseguido lo que ellos para

sí deseaban : estos tales se hubieran reunido igualmente con Villena contra don Luis si hubiera sido este el afortunado. El amor propio ofendido y el deseo de derribar al poseedor eran su único objeto al reunirse, cosa que sucede comunmente en los mas de los conspiradores y descontentos. No sucedió, pues, en esta ocasion sino lo que suele siempre suceder en casos semejantes; pero habia una circunstancia favorable para ellos esta vez: á saber, que Villena prestaba mucho campo á la oposicion, de suerte que en realidad no eran sus enemigos los que tenian ventaja, sino él el desaventajado.

No tardaron mucho tiempo en hallarse reunidos en la casa posada de don Luis Guzman mas de veinte entre caballeros y comendadores de Calatrava. Seguia paseándose en silencio el desairado candidato, y solamente una seca inclinacion de cabeza, y un ademan mas seco todavía, con que hacia seña de ofrecer asiento, marcaban de cuando en cuando la entrada de un nuevo concurrente. Al ver tan distraido y preocupado al dueño de la casa, sentábase cada cual, y esperaba con humilde resignacion á que tuviese por conveniente romper tan incómodo silencio : lo mas á que se extendia el atrevimiento en tan solemne reunion, era á preguntar en voz imperceptible alguno á su compañero y adlátere el objeto de aquella misteriosa asamblea. Luego que le pareció á don Luis suficiente el número de sus oyentes, soltó la rienda á su desnuda elocuencia con toda la seguridad de un hombre que está muy lejos de imaginar que puedan reprochársele las frases que usa, ó vituperársele los vocablos que para expresar sus ideas adopta.

— ¡Por Santiago, caballeros de Calatrava! exclamó : que hoy luce un dia bien triste para nuestra órden. Dia de oprobio, dia que no saldrá fácilmente de vuestra memoria. Un rey débil, un rey enfermo, un rey en cuya mano estaria mejor la rueca de una dueña que la lanza de un caballero, osa atropellar vuestros fueros y privilegios, y ¡voto va! que no luce bien la cruz roja en un pecho dispuesto á sufrir humillaciones. ¿Sabeis lo que es honor, caballeros de Calatrava? se interrumpió bruscamente á sí mismo el comendador, parándose de pronto en su paseo, como hombre que ha perdido el hilo de un largo discurso que trae mal estudiado, y que se decide por fin á reasumir en una sola frase enérgica y terminante todos sus cargos y argumentaciones : ¿sabeis lo que es honor, caballeros de Calatrava?

A la primera enunciacion de este inesperado apóstrofe, dejose percibir sordo murmullo de desaprobacion en el auditorio, y poniéndose en pié uno de sus principales oyentes :

— Duda, es esa, señor don Luis de Guzman, que cada uno de los que aquí mirais reunidos á vuestro llamamiento sabria desvanecer bien presto, á no ser vos el que la anunciais. Ignoro los motivos que podeis tener para haber llegado á darle entrada en vuestro corazon, pero yo en mi nombre, y en el de todos los presentes, os ruego que os sirvais exponernos brevemente la causa que á esta convocacion os mueve, y á declarar qué habeis visto en los caballeros de la órden que provoque tan alta indignacion. Espada tenemos todos, y en cuanto al valor, no será

esta la primera ocasion en que probemos que no estamos acostumbrados á sufrir ultrajes impunemente.

— Nunca dudé, contestó don Luis con la satisfaccion de un hombre que ve abundar á sus oyentes en sus mismas opiniones, nunca dudé de vuestro valor. Como comendador mas antiguo, como pariente de nuestro buen maestre, que acaba de fallecer en Calatrava, he creido tener derecho á convocaros cuando se trata de los altos intereses de la órden, y de evitar acaso su ruina.

— ¿Su ruina? exclamaron á una todos los caballeros.

— Su ruina, sí, repitió Guzman, su ruina. Hoy ha llevado un golpe que tarde ó nunca se reparará. Varios de vosotros lo habeis oido. Escuchadlo los demás con espanto y con indignacion. No se espera ya á que los caballeros de la órden, reunidos en su capítulo, pongan á su cabeza, movidos de justas razones, al caballero mas perfecto, mas experimentado en las lides, mas prudente en los consejos. No : un rey por sí y ante sí, atropellando nuestros mas sagrados derechos, eleva á la dignidad que mil hechos heróicos, que una larga vida de virtudes bastan apenas á merecer, ¿á quién? á un hombre cuyo penacho no sirvió nunca de guia á los valientes en una batalla, á un hombre que nunca dió el primero ni oyó resonar en torno suyo el grito de ¡Santiago cierra España! A un hombre que ha trocado la lanza por la pluma, cuyo campo de batalla es una mesa cubierta de inútiles pergaminos, que no ha vencido nunca sino las necias dificultades de lo que llama él rimas. A un hombre, caballeros, de quien con fundada razon se dice que tiene inteligencia con los espíritus, y que...

— ¡Qué horror!

— Oidlo, sí, con escándalo, nobles compañeros. Ese es el hombre que nos destinan por maestre : un afeminado cortesano, un intrigante ambicioso, un rimador, un nigromante en fin...

— ¡Fuera, fuera! gritaron á una los caballeros, cuyos ánimos iba templando ya el calor comunicativo y la natural elocuencia de la pasion que dominaba en el comendador.

— ¿Lo sufriremos? continuó don Luis, como una piedra que caida de una altura desmesurada sigue rodando largo espacio despues de llegada al llano, ¿lo sufriremos? Yo por mí, nobles caballeros, juro á Santiago de no dormir desnudo y de no comer pan á la mesa mientras que vea la órden á su cabeza al... al... ¿para qué callarlo en fin? al asesino de su esposa.

No necesitaban ni tanto ya los caballeros reunidos en casa del comendador para acabar de perder la poca sangre fria que les quedaba. La última frase del orador produjo el efecto de una chispa lanzada en medio de un monton de estopa seca. Veíase lucir en todos los semblantes la misma animacion que en el de Guzman; todos provocaban y excitaban mutuamente su cólera con la relacion de las ofensas que en aquel momento se figuraba cada cual haber recibido ó del rey Doliente ó del intruso maestre. Inútil es decir si se recapitularon largamente las calidades del conde de Cangas. Habia quien lo habia visto horas enteras evocando

los manes de los difuntos en un cementerio en compañía del judío Abenzarsal; habia quien le habia visto sepultarse en una larga redoma y desaparecer á los ojos de los circunstantes; y hasta se llegaba á probar que habia estado en mas de una ocasion en dos partes opuestas á un mismo tiempo: lo cual, como convinieron todos, no podia obrarse sino por arte del demonio, si se atiende á que cada uno no suele tener en el mundo mas que un cuerpo; ahora bien, era cosa sabida que el demonio no hace nada de balde, circunstancia que podria hacerle pasar perfectamente por escribano ó agente de negocios; de lo cual era forzoso inferir que don Enrique le habria vendido su alma, si bien no habia entre tanto ilustre caballero quien osase descifrar las ventajas que al demonio le podian resultar de poseer el alma de don Enrique de Villena, tanto mas cuanto que á todo tirar no era realmente de las mejores.

Quedó sin embargo establecido por punto general; primero, que don Enrique habia sido, era y seria eternamente nigromante por pacto con el demonio: segundo, que habia sido asimismo, era y seria eternamente el asesino de su esposa, lo cual habia de ser irremisiblemente cierto, mas que no hubiese tal demonio, ni tal esposa muerta, cosas para nosotros, si hemos de decir verdad, igualmente dudosas.

Resueltos estos dos puntos principales, era consecuencia forzosa el resolver la deposicion del maestre: esto en verdad ofrecia mas dificultades, pero la imaginacion las superó; convínose primeramente en que don Luis de Guzman quedaria en la corte para exponer reverentemente á su alteza que los estatutos de la órden de Calatrava determinaban que solo pudiese ser nombrado el maestre por eleccion de los caballeros y comendadores reunidos en capítulo; y que para ganar tiempo mientras se recababa de su alteza la revocacion del nombramiento ilegal, saldrian varios de los caballeros presentes en calidad de emisarios á los diversos puntos donde habia fortalezas y castillos de la órden para evitar que se reconociese y prestase juramento de pleito homenaje al conde de Cangas. Uno sobre todo debia ir y declarar al clavero de la órden residente en Calatrava que era la voluntad del mayor número de los caballeros que siguiese desempeñando las funciones de maestre, lo cual además le suplicaban rendidamente por el bien de todos, mientras que se procedia á la eleccion del que hubiese de ser válida y legalmente nombrado.

No perdieron, pues, instantes preciosos, y antes de anochecer los caballeros habian hecho voto solemne de llevar adelante su empresa, mientras que estuviese pegado el puño de la espada á la hoja, y mientras que corriese una gota de sangre por las venas: todos habian ofrecido al santo de su devocion el don que les parecia mas grato á sus ojos, y se habian separado, despues de conferidos poderes á cada uno de los emisarios en nombre de aquella junta, que llamaron *capitulo extraordinario*, y al cual supusieron igual poder que al capítulo general, en vista de la urgencia y apuro de las circunstancias en que se habia celebrado.

Verdad es que tampoco se habia dormido don Enrique de Villena, á quien no se le ocultaba que podria encontrar una enérgica oposicion en

los caballeros; antes disponiendo de varios de los que se habian pronunciado en su favor en la corte de aquella mañana, tomó igual providencia enviando á Calatrava, á Alhama y á otros puntos emisarios que le dieran á reconocer, que animasen á los tibios con promesas de adelantamiento, ganasen á los descontentos con plazas efectivas de comendadores, y enardeciesen á los amigos para que no pudiese en ningun caso ser contraria á la eleccion de su alteza la eleccion del capítulo, que bien sabia él que se necesitaba para la tranquila é indisputable posesion del apetecido maestrazgo.

Dejemos empero á los emisarios de uno y otro corriendo los campos de Castilla, y llevando de una parte á otra órdenes contradictorias, y volvamos á seguir el hilo de las maquinaciones, de que era teatro la parte del alcázar destinada á las habitaciones de su alteza y de sus mas allegados servidores.

CAPITULO XX.

Quien esto vos aconseja
Vuestra honra no queria.
Rom. de don García.

Empezaba á anochecer cuando el astrólogo Abrahem Abenzarsal, paseándose en su laboratorio con notable inquietud, parecia esperar á alguna persona, ó el éxito por lo menos de alguna de las muchas intrigas en que le tenia embarcado á la sazon su desmedida avaricia.

—¿Si habré cometido una imprudencia? decia. ¡Oh! á mi edad seria imperdonable. ¡Los motivos que me expuso fueron tan poderosos y tantas sus lágrimas, tan eficaces sus ruegos!! No sé qué principio de condescendencia hay en el corazon del hombre, el mas duro, el mas empedernido, el mas viejo, para con una mujer, y una mujer hermosa y jóven que suplica... pero... alguien viene... ¡Ah! No cometí imprudencia alguna.—Señora, me hallais en la mayor inquietud... estaba anocheciendo ya...

— Os dí mi palabra, respondió la dama, que entraba, é hicísteis mal en estar con cuidado. Pero os advierto lo mismo que esta mañana os advertí: bien conoceis cuan difícil es que en mi posicion pueda continuar semejante enredo. Os he dicho ya que las razones que á ocultarme me obligaron nada tenian de comun con su alteza; muchas veces no se puede hacer una obra buena á cara descubierta; las posiciones de la vida... En fin, ya me habeis comprendido. Espero, pues, que si no habeis hablado á su alteza, le hableis cuanto antes os sea posible.

— Esta misma noche, señora, podreis retiraros. Una vez que sepa su alteza quién sois, ¿qué inconveniente podrá haber?...

— ¡Qué agradecida debo estaros, sabio Abrahem!

— Vuestra estancia aquí es ahora indispensable. Su alteza pudiera querer veros, y sus órdenes han sido tan terminantes... Por otra parte no es de extrañar que quiera tomar con la acusadora de su querido pariente todas las medidas que la prudencia indica, sobre todo cuando no presenta acusacion tan atrevida vislumbre alguno de verosimilitud.

— ¿Vos tambien, Abenzarsal, vos que conoceis á don Enrique de Villena?...

— Porque le conozco, señora, no le creí nunca capaz de un...

— De todo, Abrahem, de todo.

— Veo que os hace obrar, señora, algun resentimiento particular... ¡Oh! sabido es que el conde fué siempre aficionado en demasía á las bellas...

— De nada le hubiera servido esa aficion para conmigo...

— Conozco vuestra virtud... pero pudiera muy bien...

— ¿Sí? ¿y qué? ¿para qué negarlo? largo tiempo duró su persecucion; pero si alguno de los dos puede aborrecer al otro por ese recuerdo, él es y no yo...

— Lo sé, señora.

— Por lo que á mí hace, me ha movido la amistad que á la condesa, mi señora, siempre he profesado, y el cielo; no otras consideraciones. Las que puedan moverle á él contra mí me interesan poco, Abenzarsal. Hállome bajo la proteccion de las leyes, bajo la salvaguardia de mi estado, bajo la custodia ahora de su alteza mismo.

— Decís bien, hermosa dama. Perdonadme si no entro ahora mismo á hablar por vos á su alteza; pero tengo para mí que ha de estar en su cámara todavía su doncel favorito, cuya larga ausencia no podia menos de dar lugar ahora á largas entrevistas. ¿Conoceis supongo al doncel Macías? ¡Pero qué distraccion! es vuestro defensor.

— Sin embargo, respondió la dueña cubriéndose el rostro con su abanico morisco, nunca le hablé...

— ¿No?

— Ya vísteis que su presencia en la corte no tenia indicio de cosa premeditada de consuno. La casualidad sin duda le trajo... á tiempo que ningun caballero de la corte de don Enrique queria arrostrar por una débil mujer el poder del insolente Villena.

— Y su bizarro valor fué en ese caso y su cortesanía lo que le obligó á...

— ¡Oh! eso no es nada. Mas es de admirar la cobardía de los demás caballeros que su valor. Ese es deber...

— No sereis vos sin embargo, prosiguió el astuto astrólogo, la que negareis al único caballero que os ha librado del riesgo en que estábais las brillantes y peregrinas dotes que Castilla toda le concede...

— Ciertamente, no. ¿Sabeis qué hora es?

— Aquí teneis el arenero... Un solo defecto suelen encontrarle....

— ¿A quién?

— Al doncel.

— ¿Y cuál? repuso la dama afectando una indiferencia que por cierto no sentia...

— Nada; dícese que nunca se le ha conocido dama alguna: sin embargo, tiene ya edad de enamorarse...

— ¿Quién sabe si lo estará realmente? ¿Es forzoso decir á gritos?...

— No; pero sabeis que á su edad es raro el caballero que no puede llevar un mal lazo, una banda, prenda del amor de su dama. Hasta es desdoro. Como no sea que adore en secreto á alguna belleza cuyo mote no pueda llevar...

— ¿Qué decis?

— O es eso, señora, ó es que el doncel no es sensible sino al aguijon de la gloria. En ese caso su galantería seria pura caballerosidad...

— ¿Estará ya solo su alteza? interrumpió la agitada dama.

— Paréceme, señora, que teneis interés en interrumpir la conversacion del doncel... ¿Seria yo indiscreto al hablar delante de vos?...

— Oh, no, no, nada de eso; hablad de él como pudiérais de cualquiera otro. Solo me relaciona con él el vínculo de la gratitud que recientemente me ha merecido.

— Solo una cosa tenia que añadir, en el supuesto de que esta conversacion no os incomode... ¿Estais inquieta?

— No, os he dicho que no: estoy tranquila. ¿Porqué no habria de estarlo?

— Digo, pues, que acaso ahora con ser vuestro caballero....

— ¡Mi caballero!

— Forzosamente ha de serlo.

— Sí, mi campeon, repuso la enlutada con un suspiro escapado del pecho á su pesar.

— Como querais. La posicion en que está para con vos, ese misterio que os empeñais en guardar, la compasion que inspirais, y el entusiasmo al mismo tiempo á que inclina el hermoso rasgo de amistad que habeis...

— No me lisonjeeis, y acabad.

— Todo, eso, pues, hará nacer acaso en su imaginacion ideas que no habrá tenido nunca tal vez, y en su corazon una aficion...

— Perdonad, Abrahem, si os interrumpo; pero admiro vuestra penetracion. ¿Habeis conocido antes en mi rostro que me sentia incomodada?...

— ¿Será cierto? esta conversacion...

— No, la conversacion no, repuso la dama reclinándose; pero la agitacion del dia, la precipitacion además con que he tenido que andar no me ha permitido tomar alimento, y siento una debilidad....

— ¿No os decia yo? La palidez de vuestro rostro me lo anunciaba. Ved qué necio, yo creia que era la conversacion... ¡Qué tontería! Ya veo que el dia que habeis traido hoy es mas que suficiente motivo...

— Decís bien.

— Ya sabeis que mi primera ciencia es la de curar; si quereis seguir mis consejos...

— ¡Ah! ¿Creeis que esta debilidad?...

— ¿Quereis tomar algun alimento?

— Me será imposible...

—Verdad es... Si quisiérais una bebida cordial que os diese fuerzas...

—¿Teneis ?...

—Yo mismo os la prepararia... Os daria descanso y fuerzas...

—Como gusteis, Abrahem.

—La tomareis, dijo el físico preparando unas yerbas, y podreis descansar un rato aquí mientras que paso á hablar á su alteza.

—Pero en vuestra ausencia...

—No temais : nadie viene á mi cámara : el estudio y el retiro en que vivo alejan de mí las visitas que pudieran turbar vuestro reposo. Ningun sitio del palacio mas seguro que este; su inmediacion á la cámara del rey, las muchas guardias que custodian las próximas galerías...

—No, no es que tema ningun peligro ; pero...

—Perded miedo; por otra parte teneis vuestro antifaz, que puede en todo caso guardaros de la indiscrecion, y vuestras dos dueñas esperan vuestras órdenes en mi antecámara. A la menor voz, ellas y los ballesteros...

—Decís bien.

—Perdonad si vuestros mismos intereses me obligan á dejaros sola en mi habitacion; mi ausencia será corta.

—Eso deseo.

—Tomad, pues, señora, esa bebida.

—¿Pero me respondeis de su eficacia ?...

—Estoy seguro de ella : apuradla.

—Ya veis si tengo confianza en el físico de su alteza; ni una sola gota he dejado.

—Obrásteis como prudente, repuso el empírico con una alegría que disimulaban mal sus ojos llenos de fuego y de esperanza. Reclinaos ahora un momento.

—No, no hay necesidad.

—Presto conocereis sus efectos : es maravillosa la virtud de la bebiba : al principio parecerá quitaros las fuerzas; pero despues... y obra con una rapidez...

—Sí ; paréceme que siento como pesadez...

—¿No os dije ? acaso os hará dormir...

—¡Dormir, Dios mio! y aquí... ¡ Abrahem !!!

—¡Señora !

—¡ Santo Dios! ¿ porqué no me lo habeis dicho ?

—¡Oh ! será un momento... una hora.

—¡Una hora, Abrahem! Quiero marcharme... me pondré el antifaz...

—¿Qué decís? si quereis, mi lecho...

—¡Dios mio ! ¡Dios mio!... ¡Qué sueño, Abrahem, qué pesadez! es de plomo mi cabeza... Abrahem, Abrah... ah... Bien.

Apenas tuvo fuerza para pronunciar esta última palabra, á la cual no podia ya dar la enlutada sentido alguno. Inclinóse su cabeza, dejó caer su brazo lánguidamente, abrióse su mano, y desprendióse de ella sobre su sitial el hermoso pañuelo que bordado de su propia mano traia, y en que lucia su nombre con gruesos caractéres góticos de oro y seda artificiosamente mezclados. El mas profundo letargo habia sobrecogido á

la enlutada: y el astrólogo conocia efectivamente muy bien el maravilloso efecto de la narcótica bebida.

—¡Es mia! dijo, despues de un momento de silencio, el físico: ¡es mia! añadió levantando el antifaz con que se habia cubierto la dueña la cara antes de dormirse, y volviendo á dejarle caer sobre sus hermosas facciones luego que la vió profundamente dormida. Téngola segura aquí para mas de dos horas. Una hora tengo para hablar con su alteza; otra para el desenlace de esta intriga infernal. Infernal, sí, pero pagada. Esta es la circunstancia que han de tener las intrigas. Dichas estas palabras, reconoció el astrólogo su habitacion y las puertas de ella: cerró la comunicacion con la escalera secreta, y salió con direccion sin duda á la cámara de su alteza.

CAPITULO XXI.

¿Cuyo es aquel caballo
Que allá bajo relinchó?
. . . .
¿Cuyas son aquellas armas
Que están en el corredor?
. . . .
¿Cuya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo?

Canc. de rom. Anón.

Mas de una hora habia pasado desde que el intrigante viejo habia sepultado en letargo profundo á la incauta enlutada, y no habia alterado en aquel espacio el mas mínimo ruido la tranquilidad que en el laboratorio reinaba.

Por fin dos hombres, vestido el uno de rica y vistosa seda, de tosco buriel el otro, armado aquel simplemente con una espada, balanceando este en su diestra mano un agudo venablo, entraron en la pieza inmediata á la del astrólogo.

—¿Con que está decidido, dijo Hernando, que vais á ver á ese astrólogo?

—Citóme esta mañana, Hernando, repuso Macías, y no ha mucho que le he visto en la cámara de su alteza. «Dentro de una hora, me dijo, estaré en mi aposento: esperadme, si tardare, un momento.»

—¡Plegue á Dios que no acabe el judío de volverte el juicio, señor!

—¿Porqué, Hernando?

—Por el soto de Manzanares, señor, que otra vez viniste á ver y nos ha costado andar meses enteros perdiendo halcones en los montes de Calatrava, que así sirven para los de Madrid como sirven los mas de los perros del rey Enrique para mi leal Bravonel.

—Así estaba escrito, Hernando; mi negra estrella lo dispuso de esa suerte.

—Voto va, señor, que yo no tuve nunca mas constelacion que mi mano

derecha, y lo que sé decirte es que siempre está escrito que muera el venado contra el cual disparo mi venablo.

—¿Niegas tú, pues, la influencia de las constelaciones?

—No niego nada, pesiamí; pero si tienes enemigos, señor, y si quieres conjurarlos, ¿porqué no me dices: Hernando, escatima el rastro de aquel oso que me incomoda? Mal año para Hernando si antes de la luna nueva no habias de poderte hacer una buena zamarra con la piel de la bestia.

—Muchas veces, Hernando, conviene cazar de otra manera. Puede mas el ingenio que la fuerza.

—¿Y que no tiene ingenio un montero? No todo ha de ser tampoco dar lanzada; pero maneras hay de cazar, si bien no se hicieron todas para monteros de corazon. No gusto yo de ardides; pero por tí, válame Dios, que monteara yo presto de todos modos. Tambien yo estuve en tu tierra; allí en Galicia aprendi la montería á buitron, y mas de un lobo he cogido al alzapié.

—Bien se trasluce, Hernando, que se te alcanza mas de ardides de montería que de intrigas de corte. Mira si puedes esperar á mi salida, y dejemos para mejor coyuntura tus toscos lazos.

—Toscos, señor, pero seguros. Aquí te espero, y á la buena de Dios. Quiera este que no caigas tú en la hoya del adivino, y salgas cazado pudiendo cazar.

—No temas, Hernando, que en el último apuro no ha de faltarme nunca una buena lanza, y eso es todo lo que necesita un caballero. Entre tanto no tengo que temer del astrólogo, á quien nunca hice mal, sino de mí mismo, y este peligro es el que vengo á prevenir, que aquel prevenido se está.

—Como de esas veces sale la fiera de donde menos se espera. El oso era enemigo del hombre antes de que el hombre supiera cazarle. Anda con Dios, señor, mientras yo le quedo rogando que sea mas feliz esta prediccion del astrólogo que la pasada.

Sentóse á un lado Hernando dichas estas últimas palabras; y el dudoso doncel entró en el laboratorio del judío, inquieto por sus propios presentimientos, reforzados con las palabras del montero, y por el objeto de su supersticiosa visita.

La luz que alumbraba la habitacion era una lámpara de que solo ardia un mechero, y ese con pálido resplandor, porque el adivino no ignoraba cuán favorable es á la osadía en el amor un débil reflejo que sirve de velo al pudor y de capa al enamorado deseo. El doncel por lo tanto dirigió la vista á la mesa á que solia estar sentado trabajando el judío, y no vió á nadie. El sitial, donde estaba la dama reclinada, caia del otro lado de la mesa, y el aburrido caballero se creyó solo por consiguiente.—No está, dijo para sí; le esperaré. No habia mucho que se habia abandonado en un asiento á sus melancólicas imaginaciones, cuando le sacó de su distraccion un ruido acompasado semejante al que produce el desigual aliento de una persona que duerme agitadamente. Miró á todos lados y creyó que su oido le engañaba, cuando un profundísimo suspiro vino á confirmarle en su primera sospecha.

—¿Quién hay aquí, dijo levantándose, quién? Alguien duerme en esta habitacion: ¿será que el judío, rendido al poder del sueño... pero santo Dios, ¿qué veo? añadió reparando en la dormida, cuyo vestido se confundia en color con el fondo oscuro de los muebles y de la habitacion. Una persona... ella... ella es... la dama que esta mañana... no hay duda. Yo te doy gracias, santo Dios, por esta ocasion que me deparas propicio para averiguar lo que tanto anhelaba saber. ¡Oh! añadió acercándose con blando paso, temeroso de despertarla; ¡haced, Dios mio, que no venga nadie ahora, nadie!

La postura que el abandono de su letargo habia hecho adoptar á la dormida era tan elegante como puede serlo la de una hermosa dormida: su ropa la cubria enteramente; uno de sus piés adelantado indolentemente, y levantando el extremo de su vestido, dejaba ver el torneado y ascendente contorno de una pierna modelada por el deseo: no la hubiera hecho mas perfecta la imaginacion. Reclinábase sobre la una mano su cabeza, y la otra, naturalmente caida, parecia destinada á ser el objeto de la osadía de un amante arrodillado. Su extremada blancura, que se destacaba del fondo negro del vestido sobre que descansaba, la hacia semejante á esas pequeñas manchas de nieve que suelen verse todavía á fines de la primavera, desde larga distancia, resaltando entre las quebradas de una escarpada y oscura montaña. La agitacion de su descanso marcaba á cada sobrealiento la delicada forma de su seno, que se alzaba y deprimia como suelen alzarse y deprimirse las leves ondas al blando impulso de la brisa azotadora. Su aliento desigual solevantaba de cuando en cuando el ligero antifaz de seda, y dejaba descubierta un instante la extremidad de su rostro, por la cual parecia poderse deducir fundadamente la hermosura del resto que no se llegaba á ver: levantándose alguna vez un poco mas el antifaz llegaba á descubrirse cerca de la boca la huella de una fugitiva y vaga sonrisa; bien como un relámpago mas prolongado suele en una noche tenebrosa ofrecer por un instante á la vista del ansioso espectador una porcion del cielo que dejan á descubierto los intérvalos de las nubes, ó la lejana y suave superficie de un arroyo plateado.

El doncel, cruzado de brazos á su lado, y sin atreverse á respirar ni acercarse por no terminar él mismo con el mas leve ruido la dicha de su contemplacion, esperaba el inmediato movimiento del antifaz, como si hubiese de ir viendo cada vez mas porcion de aquel tan deseado rostro, que la importuna tela robaba á sus ansiosas miradas.

No era, sin embargo, el descanso del tierno objeto de su expectacion aquel que en la inmediacion de la mañana tiñe en alegres imágenes la fantasía de una bella: era el sueño fatídico de una horrible pesadilla producida por la pena, ó por una bebida ponzoñosa y antinatural. Algun gemido se escapaba de cuando en cuando del pecho oprimido: un *ay* oscuramente pronunciado moria al nacer en sus trémulos labios, y la mano que pendia, moviéndose con dificultad, parecia querer desviar de su dueño la fantástica figura que atormentaba sin duda su intranquilo sueño.

—Padece la infeliz, padece, dijo entre dientes Macías. ¡Ah! ¿quién puede ser sino ella? ¿quién sino ella podria atar de esta manera mis acciones? ¿quién producir este respeto y esta agitacion que á un mismo tiempo me dominan?

Un movimiento, en fin, mas marcado pareció anunciar que iba á despertarse.

—Dejadme, dejadme, dijo confusamente; huid. La muerte, la muerte...

—No, dijo Macías sin poderse contener por mas tiempo, no; la vida, la vida á tu lado eternamente. ¿Quién se atreverá á ofenderte estando Macías á tu lado?

Arrojóse entonces á sus piés, é iba á levantar con mano atrevida el antifaz.

—Salgamos de una vez, exclamó, de esta penosa situacion. Recordó entonces que en la mañana del mismo dia habia manifestado la enlutada su deseo de no ser conocida, y que él la habia empeñado su palabra de no descubrirla.

—¡Horrible tormento! exclamó; pero respetaré tu voluntad, mujer cruel. Atrevióse entonces á llegar su mano á la de la tapada, y un fuego desconocido corrió por sus venas.

—¡Dios mio! gritó despertándose la dama al sentir su mano oprimida por la del doncel. ¿Dónde estoy? ¡ah! ¿qué haceis? ¡Abrahem! Pero cielos, ¿qué veo? ¿pierdo la cabeza? ¿quién sois? soltad... Guiomar, Guiomar, añadió levantándose y llamando con voz apenas inteligible á una de sus dueñas que en la antecámara la esperaban.

—Callad por Dios, callad, exclamó Macías mirando á la puerta. No llameis á nadie: señora, ¿qué temeis?

—¿Quién sois? ¡Ah! ¡sois vos! ¿Me engaña mi deseo?

—¿Tu deseo? ¿has dicho tu deseo? repítelo otra vez, repítelo.

—No; no, caballero; no he dicho mi deseo. Perdonad si... no sé lo que pronuncio; el sueño, la... pero decidme, ¿porqué estais aquí? ¿qué haceis? Huid, huid ahora que os conozco.

—¡Cruel! ¿porqué?

—Soltad mi mano; soltadla, que no es vuestra...

—¡No es mia! ¡mil rayos me confundan! Perdonad si mi dolor... ¿pero qué veo? este anillo... ¡Santo Dios! ¡ella es! ¡ella es! ¿quién sino ella pudiera tener este anillo? Es el mismo, le conozco, es el mismo.

—¡Imprudente! exclamó la dama retirando y escondiendo precipitadamente su mano.

—¡Elvira!

—¡Silencio!

—Vos sois, vos sois: no me lo oculteis por mas tiempo, si no quereis que muera á vuestros piés.

—Y bien, yo soy, respondió la dama abalanzándose hácia atrás para poner todo el espacio posible entre ella y el doncel; yo soy, puesto que fuera inútil negároslo por mas tiempo. Y ¿qué quereis? ¿qué exigís de mí?

—¿Qué exijo, señora, qué exijo? preguntó el doncel arrebatado de su loco frenesí: ¿tengo derecho á exigir algo de vos?

—Huid, pues, y no turbeis por mas tiempo mi tranquilidad.

—¿Vuestra tranquilidad? y la mia, señora, ¿quién la turbó sino vos? ¿ó no es nada por ventura mi tranquilidad?

—¿Yo?

—¿Quién sino vos emponzoñó mi existencia, antes feliz y descuidada? ¿quién sino vos me dijo: Macías, mírame y ama?

—¿Yo?

—Vuestros ojos, vuestros ojos se clavaron cien veces en los mios, y bien claro lo dijeron. ¡Ah! Elvira, yo he aprendido bien á mi costa á leer en ellos.

—Santo Dios, ¿qué decís?

—¿Juzgais, señora, por ventura, que es lícito mirar á un hombre y elegirle con los ojos entre la multitud para abrasarle impunemente? ¿Creeis que no vale tanto un hombre como una mujer? ¿Imaginásteis que su vida no es nada, que su existencia es vuestra? Vuestra, sí, si la comprais; pero con una sola moneda, con la sola moneda que la paga; ¡con amor!

—¿Pero Macías, delirais?

—Sí, deliro, porque te veo, porque te hablo, porque esta era la felicidad que anhelaba y que huia hace tres años. ¡Tres años, Elvira! Tú sabes los dias, los larguísimos dias que encierran cuando se pasan sin esperanza. He huido yo tambien, pero no hay hombre mas fuerte que su destino. Te amo, Elvira, te adoro. Amame, ó mátame.

—Elegid, caballero, lo que gusteis, exclamó Elvira fuera de sí, y haciendo un esfuerzo sobrenatural. ¡Vos osais ofenderme, vos abusais de esa manera de mi loca confianza! ¿Quién os ha dicho que os amé? ¿Olvidais que no puedo ser vuestra nunca jamás?

—¡Yo olvidarlo, señora! ¡Pluguiera al cielo que me fuera dado olvidarlo! ¿Quién mas dichoso entonces? Pero nunca creí que vos misma os complaceríais en repetírmelo. Añadidme ahora que le amais á ese hidalgo...

—¿Y si os lo dijera mentiria? Le amo...

—¡Silencio! El infierno, el infierno se abre en este momento ante mis ojos... necio de mí, que consumí una vida entera de amor en conquistar este desengaño... ¿Pero qué veo? ¿Llorais? Elvira, ¿llorais? Nos entendemos, ¡ah! nos entendemos: se hablan nuestras almas, á pesar de nosotros y de los obstáculos: confesadlo; es imposible que no me ameis. No se ama nunca con este amor que me abrasa para nó ser correspondido. Os comprendo. ¿Temeis? ¿mirais á todas partes? Bien, callaré, señora, callaré. Pero decidme *os amo*, y nada mas.

—Basta ya: ¡es imposible! ¿Paréceos que la superchería que conmigo usais, y que este encuentro, *casual* sin duda, en la habitacion del astrólogo, merece de mi parte premio y galardon? Creedme, jóven imprudente, un mundo entero existe entre vos y entre mí: jamás le traspasareis.

— ¡Jamás! ¡Dios mio!

— Y escuchad: si quereis evitar mi odio, si mi aprecio os interesa, jamás me hableis de amor: os prohibo que os presenteis delante de mí; os prohibo que me dirijais trova ni cancion alguna; os prohibo...

— Prohibidme el vivir, cruel, y acabareis mas pronto, contestó el doncel con toda la amargura de la desesperacion.

— Juradlo, Macías, juradlo si sois caballero.

— ¿Que jure yo no amarte? Jurad vos no ser hermosa, jurad que vuestra voz no será dulce y penetrante, jurad que vuestros ojos no me abrasarán en lo sucesivo, y yo juraré entonces...

— ¡Silencio! Soy perdida. ¿No sentís pasos? ¿No ois? ¡Abrahem, Abrahem!

— Sí; pero esa puerta se cerrará...

— ¿Qué haceis? Teneos. ¿Quereis hacerme delincuente cuando soy solo desgraciada?

— Señor Hernan Perez, dijo á este tiempo la conocida voz del astrólogo en la antecámara, entrad en mi habitacion, y daré satisfaccion á vuestras preguntas.

— Él es, exclamó Macías apretando por última vez la mano de Elvira, que se desasió de él, y lanzando un ¡ay! agudo y penetrante, se dejó caer sobre el sitial que detrás de sí tenia.

El lejano y repentino ruido de la conocida tormenta no pone mas pavor en el corazon del asustado marinero que el que produjo en el pecho del hidalgo la voz acongojada que en balde intentaba desconocer.

— ¡Santo cielo! gritó: ¡esta voz es la suya! Lanzóse en seguida en la habitacion como se abalanza el tigre al redil, llamado por el tímido balido de la inocente oveja.

Detúvole empero y acabó de confundir todas sus ideas la presencia del doncel, que ya en pié, y echada la visera, parecia el ángel tutelar de la enlutada, puesto allí delante de ella para defenderla de todo riesgo. — Abrahem, dijo entonces vuelto hácia el astrólogo, ¿quién es esta enlutada?

Fingia el judío hallarse en la mayor agitacion. — Señor, le respondió por último, permitid que no descubra á nadie este secreto que se me ha encargado, y menos á vos...

— ¿A mí?... Yo he de saberlo... Acercóse entonces, resuelto, á la tapada con ánimo al parecer de descubrirla.

— ¿Qué haceis, hidalgo?... preguntó una voz de trueno, deteniéndole al mismo tiempo el brazo del doncel.

Llegándose entonces el astrólogo á la dama, que se habia arrojado de rodillas como á implorar piedad ante el zeloso marido, asióla de una mano, y aprovechando el momento en que forcejeaba Hernan Perez con el doncel, sacóla de la cámara, diciéndola al oido precipitadamente:

— Me ha sido imposible evitarlo; pero salvaos.

— La he de seguir, exclamó el hidalgo.

— No, mientras esté yo aquí, repuso el doncel. Id, señora...

— ¿Y con qué derecho?...

— Con el de la fuerza.

— ¡Ah! os conozco: mis dudas se desvanecen: ¿sois vos el doncel...

— Yo mismo.

— Sacad la espada...

— ¿Osado y descortés?

— Sacadla.

— No en el alcázar, gritó el astrólogo arrojándose entre los dos. Imprudentes, respetad mis canas. Macías, no teneis razon sino para envainar vuestro acero. Hidalgo, os deslumbra tal vez...

— ¡Basta, pérfido astrólogo! gritó fuera de sí el irritado hidalgo: ¡basta! Doncel, respetemos este lugar; pero en otra parte tengo que hablaros: salgamos.

— Salgamos, repuso Macías echando á andar tras el escudero. ¡Tiempo hace que lo deseaba! añadió en lo mas profundo de su corazon.

— ¡Oidme! gritaba el astrólogo. ¡Teneos!

Pero de allí á poco dejó de oir sus pasos precipitados; mirando entonces hácia la puerta por donde habian salido:— ¡Miserables, dijo cerrándola, os preciais de fuertes y de entendidos, y un torpe anciano juega con vosotros como con sus maniquíes! Abriendo en seguida la comunicacion que daba á la cámara de don Enrique, asió de una lámpara, y bajó silenciosa, pero precipitadamente, la escalera retorcida. Daba la luz en parte solo de su rostro, merced á su mano derecha, que interpuesta le defendia los ojos del resplandor. Sonaban sus sandalias de escalon en escalon, y su larga ropa crugia barriendo el pavimento. Parecia el genio del mal de aquel oscuro alcázar, que recorria sus mas recónditos rincones buscando víctimas nuevas que sacrificar el dia siguiente á su insaciable furor.

CAPITULO XXII.

Cuando la noche cerró,
Ambos se fueron armare,
Cabalgaron á caballo,
Salleron de la ciudade,
Armados de todas armas
A guisa de peleare.

Rom. del marques de Mantua.

Con feroz expresion de alegría llegó Abenzarsal á noticiar al conde de Cangas y Tineo el funesto resultado de su bien combinada intriga: gran parte habia tenido en ella la casualidad; pero ni creyó oportuno declarárselo así al conde, ni acaso lo creeria él mismo. Regocijóse mucho don Enrique de Villena al principio de su narracion, pero fué oscureciendo su rostro una nube de descontento cuando llegando al desenlace de la escena referida en nuestro anterior capítulo, calculó que á la hora en que él estaba escuchando tranquilamente de boca del empedernido viejo la

horrible maquinacion, esta podria estar costándole la vida á uno de los dos combatientes, pues no era difícil inferir que á pelear y no á otra cosa habian salido en aquella forma y á aquellas horas del alcázar el amoscado hidalgo y el impetuoso caballero. Parecióle de veras mal que pasase la burla tan adelante. Cuando habia admitido para este asunto los auxilios del astrólogo judiciario, ó se habia lisonjeado de que este conseguiria colocar las cosas en cierto punto del cual no pasasen, y que bastase sin embargo para poner fuera de combate á sus enemigos; ó lo que es mas probable, no se habia tomado el trabajo de reflexionar suficientemente que las pasiones no se manejan con la mano, y que el tino ha de estar en ver cómo se ha de soltar el leon de la jaula, porque una vez suelto, ni hay retroceder, ni hay calcular dónde y cómo habrá de parar el estrago. Como todos los hombres débiles y faltos de energía, habia procurado ahogar en un principio los latidos de su conciencia, si se nos permite esta atrevida metáfora. En balde trató el viejo redomado de tranquilizar su espíritu y embotar sus remordimientos, presentándole el caso menos arriesgado de lo que era y debia ser realmente; en balde le citó mil ejemplos de desafíos empezados y no concluidos, y enumeró infinidad de ellos terminados al llegar al campo por miedo de uno ó de los dos adversarios, ó por cualquiera extraña casualidad sobrevenida; ó llevados á cabo, en fin, á costa solo de algunas heridas de poca importancia y gravedad. Para haber cedido á la insinuante persuasion del físico, era preciso no haber conocido el pundonoroso espíritu del hidalgo, y haber ignorado completamente la fibra irritable y la arrojada decision del doncel. Luchaba el conde con mortales angustias entre el deseo de ver perdido al doncel y el temor de que quedase envuelto en su ruina su fiel escudero, cuyos leales servicios, y cuya probidad, solo cariño y respeto le podian merecer. Si hubiera sido posible que por una causa ajena enteramente de él hubiera desaparecido Macías y callado para siempre la importuna honradez del hidalgo, hubiérase alegrado tal vez; pero la idea de que iba á recaer sobre su cabeza la sangre de un semejante suyo, no era bastante malvado para arrostrarla. ¡Estado infeliz del hombre que ni puede llamarse bueno ni malo completamente, en cuyo corazon domina todavía el conocimiento de lo primero, sin el suficiente vigor para desechar lo segundo! El tiempo entre tanto corria, y era forzoso decidirse presto. — Abenzarsal, dijo por fin Villena con la violencia que se hace el enfermo para pasar de un trago la amarga medicina, á que ha de deber mal su grado su salud, Abenzarsal, me habeis perdido. Nada habeis hecho por mí, si muere alguno. Corramos á evitar una catástrofe. ¡Ay de nosotros si llegamos tarde! No os mandé yo tanto.

— ¿Qué dices, señor? repuso asombrado el astrólogo, que contaba todavía con la indecision del conde y con su propia elocuencia para acabarle de determinar. ¿Pretendes lograr tus planes con semejante cobardía? ¿nada quieres sacrificar? nada, pues, lograrás. El entendido maestro corta un brazo para salvar los demás miembros. Los términos medios nada remedian. Dejémosles correr su suerte. Si su constelacion por otra parte es morir, ¿qué poder tendremos para contrastar los astros?

—¡Los astros! ¡los astros! acostumbrado á ese pérfido lenguaje, quereis deslumbraros á vos mismo. Si uno de ellos está pereciendo en este instante, ¿qué astro sino vuestra intriga los habrá perdido?

—Eso querrá decir, don Enrique, que su constelacion era que los perdiese mi intriga.

—Basta, Abenzarsal, gritó Villena mirando al reloj. Cada grano de menuda arena, que veis caer en la parte inferior de esa vasija, es una gota de sangre tal vez; y no encierran tantas gotas las venas de ningun hombre como granos contiene ese arenero. Abenzarsal, yo quiero que su constelacion no ordene su muerte: venid conmigo...

—¿Adónde? ¿Quién es capaz de adivinar dónde han dirigido sus pasos en medio de las tinieblas de la noche dos locos, que...

—Locos, sí, locos; pero hombres, en fin, que cuerdos ó locos no tienen mas que una vida, y esa la perderán si los dejamos.

—¿Y bien? ¿Serán los primeros que hayan muerto víctimas de su necedad? ¿Soy yo, por ventura, quien los ha persuadido de que vale tanto una hermosura pasajera como la vida del hombre? Si no han aprendido á conocer á la mujer, ¿será nuestra la culpa de su muerte? ¿Insensatos? Los que consienten en morir por un ser pérfido no merecen que dé nadie dos pasos para salvarles la vida. ¿Serán por ventura mas felices cuando la conserven para vivir esclavos, y fascinados por el loco capricho de un sexo envenenador, para creer gozar en una falsa sonrisa, para llorar lágrimas de sangre ante un injusto desden? Su muerte será acaso su felicidad.

—¡Sofisma, Abenzarsal, bárbaro sofisma!

—Es decir, pues, replicó el viejo, batido en sus últimos atrincheramientos, es decir...

—Es decir, viejo insaciable, que no consiento réplicas. ¿Cuánto oro necesitas para ceder? ¿En cuánto aprecias la vida de dos hombres?

—Si por eso lo decís, en nada. De balde los salvaré.

—Tomad, sin embargo, repuso Villena arrojándole otro bolson, parecido al que poco antes le habia dado, tomad y acallad con oro vuestra conciencia, si es que os remuerde de obrar bien alguna vez. Vamos de aquí. ¡Quiera el cielo oir mis votos! Aseguremos sus vidas, y no nos faltarán medios despues para deshacernos de ellos de un modo menos culpable.

Al decir esto asió del brazo al astrólogo, que obedeció de mala gana á la violencia que se le hacia. —¡He aquí el hombre! salió diciendo entre dientes detrás de Villena, que á pasos precipitados se lanzó fuera del aposento. Inventa recursos, Abenzarsal, añadió hablando consigo mismo, imagina arbitrios pára engrandecer á un ser débil y de carácter indeciso, y él mismo derribará la obra que hayas edificado. ¡Remordimientos, remordimientos dos hombres! Sin embargo, si mueren por una hermosa, la hermosa al saber su muerte la colgará como trofeo en el altar de sus conquistas, y volverá los ojos á emponzoñar tranquilamente con sus nuevas sonrisas y desdenes la existencia de un tercero. ¡Y nosotros entre tanto con remordimientos!

Mientras esto pasaba en la cámara de don Enrique de Villena, caminaban hácia el soto de Manzanares con el mayor silencio nuestros dos competidores. El hidalgo, al salir por la puerta del cubo de la Almudena, se habia vuelto á Macías, que le seguia con la indiferencia y serenidad de un hombre que nada espera y que está por consiguiente dispuesto á todo, y le habia dicho : « Caballero, mientras mas apartados de la poblacion, reñiremos con mas libertad. » Al decir estas palabras, que fueron sin duda oidas, aunque no contestadas, hizo un ademan con la mano dando á entender que debian seguir algun trecho mas adelante camino de la casa del Pardo, que á la sazon edificaba don Enrique el Doliente en medio del famoso soto. Macías manifestó su asentimiento á tal proposicion siguiéndole á pocos pasos. Así anduvieron largo trecho, conservando siempre entre sí igual distancia y el mismo silencio; parecian en medio de la oscuridad dos troncos cortados á igual altura, que movidos de impulso extraordinario se trasladaban á otro punto, por entre sus muchos lozanos compañeros, que desafiaban á las nubes con sus altas copas, por cuyas ramas pasaba agitándolas y susurrando tristemente el viento de las vecinas sierras. Por fin, llegaron á una especie de plazoleta formada por los leñadores, que habian hecho su carga en aquel paraje derribando algunos arbustos y matorrales. Paróse al entrar en ella el hidalgo, miró en derredor, y dando con el pié en el suelo y desembozando su corto capotillo, « *Aquí*, dijo con voz alterada por la cólera, *aquí.* » Imitó el doncel su accion; y desenvainando su espada sosegadamente, esperó á que le acometiera su contrario con resuelto continente. Desenvainó la suya tambien el escudero, pero antes de proceder al combate cruel que los esperaba : —No creo inútil, dijo al doncel, que fijemos los pactos de nuestro duelo. En primer lugar, deseo preguntaros si teneis noticia de una música que se dió no hace muchas noches al pié de la ventana de mi señora la condesa de Cangas y Tineo.

— Sí, contestó Macías secamente. Defendeos.

— Esperad. ¿Y sabeis quién era el músico?

—No me creo obligado á contestaros, repuso Macías en el mismo tono, volviendo á hacer ademan de dar principio al combate.

— ¿Y quereis decirme quién era la dama enlutada que acusó esta mañana en pública corte á mi señor el conde?

— Los mismos datos teneis para conocerla que yo.

— ¿Qué motivos tuvísteis para abrazar su defensa?

— Los que creí justos.

— ¿Cómo os he encontrado solo con ella en el laboratorio del judío? ¿Sabeis que soy su esposo?

—He dicho una vez por todas que no me creo obligado á responderos. No acostumbro á sufrir interrogatorios.

— No me podreis negar que una entrevista de esa especie supone relaciones que mi honor...

— Vuestro honor está ileso. Vuestra esposa inocente.

— Probádmelo.

— Con la punta de mi espada, al momento.

—¿No teneis, pues, otras pruebas?...

—Para hablar, hidalgo, no necesitábamos habernos apartado tanto de Madrid.

—Decís bien, repuso el hidalgo, en quien la ira crecia mas y mas en el corazon con cada respuesta del arrogante mancebo; vengamos, pues, á los pactos de nuestro duelo. El que venza...

—El que venza, dijo Macías irritado ya por la tardanza, enterrará al otro, ó lo dejará, si le parece mejor, para pasto de los cuervos de Castilla.

—Si le venciese, empero, sin matarle, podrá imponerle...

—Os prevengo, hidalgo, que no me vencereis sino matándome. Por lo demás, recordar que no estais armado caballero, y cuando me sujeto á reñir con vos, no puede haber pacto por consiguiente entre nosotros.

—No estoy armado, pero soy hidalgo. Por no haberla recibido no desconozco la órden de caballería...

—Probadlo, pues.

Bien vió el hidalgo que en balde intentaria obtener de su adversario mas amplias explicaciones. Meditó un momento buscando en su imaginacion algun medio que pudiera hacerle conocer si era realmente tan culpada su esposa como él lo habia imaginado, ó si habria procedido de ligero; pero no hallando ninguno, y temiendo, por fin, que sus dilaciones diesen motivo al doncel para dudar de su valor, púsose en actitud de acometer sin proferir mas palabra, y dentro de pocos instantes sonaban ya las espadas cruzándose con desapacible y temeroso ruido. La oscuridad no permitia una defensa tan hábil como la exigia la seguridad de cada uno; pero en cambio podemos decir que realmente entrambos á dos tiraban mas bien á ofender al contrario que á resguardar su propia vida del contrapuesto acero. Por otra parte los dos manejaban las armas y las conocian perfectamente. Imposible nos fuera enumerar y describir los golpes que se tiraron y las heridas que recibieron: nada dicen de esto las leyendas. Lo único que podemos asegurar como si lo hubiéramos visto, es que á poco rato de encarnizada refriega se hallaba ya tinto el suelo en mas de un paraje con la roja sangre de los combatientes. Ni una palabra se oia; ni una exclamacion involuntaria que exhalaba alguno al sentirse herido, ó al conocer que su estocada habia dado en el cuerpo del contrario, y el aullido de algun lobo, que al ruido del hierro huia precipitadamente todo espantado del sitio del combate, era el único rumor que en gran trecho á la redonda se percibia.

De allí á poco, parándose de pronto el doncel y clavando en tierra la punta de su espada: —Hidalgo, dijo en voz baja, teneos: ¿no habeis oido algo?

—Nada, respondió el hidalgo cesando de pronto en el acometer.

—Imaginé haber oido piés de caballos en el camino inmediato, y aun si mi oido no me engaña, pasos de alguna persona entre esos espesos matorrales.

—Alguna fiera que busca su guarida. ¿Estais cansado?

—De vivir y de que me resistais. Espero que no podré temer una emboscada ni...

—¿Qué decís? ¿no hemos salido juntos?

—Perdonad.

—¿Estais herido?

—No, contestó Macías con voz que reprimia el dolor, tal vez, de los golpes recibidos. No es vuestra la herida que me duele.

—Ahora creo yo oir gente, dijo á su vez Fernan; sintiera que nos interrumpiesen.

—¿Interrumpir, hidalgo? ¡Ea! acabemos de una vez. A buen tiempo llegan; enterrarán al vencido.

—Acabemos, respondió Fernan.

Y volvieron con nuevo furor al interrumpido combate, no ya como hasta entonces batiéndose segun las reglas de la caballeria, y atacando y respondiendo. Alzadas á un tiempo mismo las espadas, descargábanlas simultáneamente, sin cuidar mas de la defensa que si tuvieran dos vidas. Iban á acabarse muy presto uno á otro, pues que si bien Macías llevaba indudablemente ventaja en el manejo de las armas, la oscuridad y su rabia no le permitian usar de ella, y el hidalgo reñia con zelos. La casualidad empero quiso que Hernan Perez al arrojarse sobre su adversario pusiese el pié en un paraje del suelo humedecido con la sangre que ambos habian perdido, y por lo tanto resbaladizo : no bien le habia sentado, cuando el mismo impulso que su cuerpo llevaba le hizo venir á tierra á los piés del enfurecido doncel. Vencedor ya este, dirigió la punta de su espada al rostro del caido. —¡Sois muerto! le gritó; pero al mismo tiempo una mano, mas fuerte que las manos unidas de diez hombres, asiendo del brazo del vencedor, no solo le detuvo en su mortífero intento, sino que levantándole en el aire le apartó largo trecho del sitio de la pendencia con la misma facilidad que lleva el viento un ligero copo de nieve de una parte á otra. No volvia el doncel de su aturdimiento, ni acababa de entender el caido hidalgo cómo le duraba la vida todavía.

Oyóse al mismo tiempo gran ruido de caballos que se abrian paso por entre la espesura de la selva. —¡Aquí están, decian unos á otros, aquí! —Llegándose en seguida dos de los ginetes, que para alumbrarse traian teas en la mano, al que en el suelo yacía, iluminó su rostro el resplandor, y no debia de estar muy bien parado segun lo indicaba su extrema palidez; probó á levantarse al sentir sobre si aquella máquina de gentes extrañas, pero inútilmente : el terrible golpe que acababa de llevar, cayendo cuan largo era, habia abierto mas sus heridas, y así permaneció en tierra esperando en silencio el desenlace de aquella extraordinaria interrupcion. Macías en tanto buscaba con los ojos, por todo lo que alcanzaba á ver á la luz de las teas, el atrevido que habia osado apartarle de aquel modo tan incivil como peregrino de su ya conseguida victoria; pero en cuanto los de las teas hubieron reconocido al hidalgo y á su contrario, matando las luces de repente : —El caido es Fernan Perez, dijo el que parecia principal de ellos; el otro el doncel. —Y no bien hubo acabado estas palabras, cuando precipitándose tres ginetes sobre el doncel, que se dirigia ya hácia ellos con el objeto de reconocer qué gente fuese, desenvainaron las espadas y comenzaron á acometerle todos á una

con la ventaja de los caballos y con la de gente no cansada ya como él de pelear. Amparó Macías en tan inminente peligro sus espaldas del tronco de un árbol, y defendíase como un leon acosado á la puerta de su caverna por una manada de hambrientos lobos.

— Date, le gritó uno de los tres: no queremos tu vida, sino tu persona.

— Jamás, cobardes, les gritó Macías defendiéndose con bizarría, y á los primeros golpes acertó á dejar á uno desmontado hiriéndole peligrosamente el caballo. Los compañeros, que vieron tan indeciso el combate, acudieron en número de otros tres al auxilio: y era evidente que Macías no hubiera podido resistir mucho tiempo á lucha tan desigual.

— Date, repitió el mismo que habia hablado al ver llegar el socorro, date ó eres...

No pudo acabar la frase, porque dió consigo en tierra desde el caballo, con no poca admiracion del doncel, que entretenido con otro, no habia podido ofender al que hablaba. Igual suerte tuvo de allí á un momento el que mas acosaba á Macías.

— ¡Mueren por sí solos mis enemigos! exclamó Macías. Villanos, prosiguió cobrando ánimo con la invisible proteccion que el cielo le daba, rendíos, y decid quién sois, y qué intento os ha traido. Si sois salteadores...

— ¡Muera! dijo uno de los tres que le quedaban acometiendo: ¡muera! Yo daré cuenta de su muerte. Él ha muerto á tres de los nuestros. Abalanzóse sobre él Macías, pero antes de que su espada hubiese llegado á tocarle: — ¡Cielos! exclamó el desconocido: ¡soy muerto! y cayó cuan largo era.

Al oir esta exclamacion tan inesperada, llenos de terror sus compañeros dieron á correr gritando: — ¡Es hechicero! ¡es hechicero! ¡el diablo le defiende!

Arrojóse tras ellos Macías, pero conoció que seria vano intento querer alcanzarlos; detúvole en aquel punto la misma mano que parecia haberle salvado aquel dia de tantos peligros.

— ¿Quién eres? iba á decir Macías á su invisible protector, cuando una voz ronca que parecia hablar sola en medio de las tinieblas dijo con reposado continente:

— ¡Voto va! dejad ese venado, que ni sirven esas piezas para yantar, ni menos para vestir. El montero de ley no ha de cazar nunca raposas cuando puede cazar venado mas noble.

— ¡Cielos! exclamó Macías: ¿eres tú, Hernando? ¿Es á tí á quien debo esta noche la existencia acaso?...

— ¡Por Santiago! Yo creí que ya sabia mi amo el doncel Macías que donde está la fiera, allí está Hernando.

— ¡Hernando! exclamó Macías arrojándose en sus brazos.

— Vaya, dejemos eso. Si esta noche me debeis la vida, yo os la estoy debiendo todo el año, pues me manteneis. ¡Voto va! ¿y qué pieza era esa que estaba ahí tendida?

— Hernando, me recuerdas mi deber; busquemos á ese desgraciado. Está vencido, y debemos dar treguas al rencor.

Pusiéronse á buscar en seguida al hidalgo, pero inútilmente.

— ¡Esta es buena! dijo Hernando. Los pícaros lo han llevado. ¡Bella presa! ¿No dije yo, señor, que no podia salir nada bueno de ese astrólogo? A mí líbreme Dios de hombre que no caza. En su vida ha cogido un venablo.

— ¡Ea! Hernando, esas reflexiones son para otro lugar; puesto que el hidalgo no parece, y que nosotros cumplimos ya con nuestro deber, partamos. Necesito curar mis heridas....

— ¿Tambien eso? vamos, señor: ¡vive Dios! Hernando quiere que lo monteen á él si vuelve á suceder mientras estemos en esta maldita corte que se separe un punto de su amo y señor.

Concluida esta imprecacion hicieron otro rebusco por si á una parte ú otra podrian encontrar vivo ó muerto el escudero. Y yendo apoyado Macías en su fiel montero por el dolor que empezaban á causarle las heridas, tomaron en seguida el camino de Madrid, por el cual ningun vestigio habian dejado los de los caballos, si es que por él habian pasado.

CAPITULO XXIII.

¿Qué mal teneis, caballero?
¿Querédes me lo contare?
¿Teneis heridas de muerte?
¿O teneis otro algun male?
—Hame herido Carloto,
Su hijo del emperante,
Porque él requirió de amores
A mi esposa con maldade;
Porque no le dió su amor,
Él en mí se fué á vengare,
Pensando que por mi muerte
Con ella habia de casare.

Rom. del marques de Mantua y Valdovinos.

Cuando Elvira fué sacada de la mano por el astrólogo fuera de su cámara, á la inesperada entrada de Fernan Perez de Vadillo, apenas tuvo tiempo aquel de indicarla que habiendo informado yá á su alteza de sus circunstancias, la daba este licencia para restituirse á su habitacion tranquilamente hasta el dia en que, realizándose el combate, hubiese de concurrir á sostener en el juicio de Dios su acusacion, por medio de sus pruebas ó del esfuerzo del caballero que habia escogido por campeon. Pero por una parte ella esperaba ya este resultado, y por otra el sobresalto en aquel primer momento no podia dar lugar á la reflexion; así que, huir debió ser su primer cuidado. En realidad ninguna de las acciones de Elvira era culpable: por un exceso de amistad poco comun, y animada del espíritu caballeresco y reparador de agravios que se dejaba sentir tan generalmente en aquella época, se habia lanzado á un acto de generosidad que nadie podia reprocharle con razon fundada. Conociendo que no podia vengar á la condesa, ó descubrir su suerte y paradero sin ofender al conde, de quien al fin era escudero su esposo, un

principio de delicadeza le habia inspirado la idea de ocultarse, á lo cual se habia añadido otra importante consideracion: no conocia en la corte de don Enrique caballero tan valiente ni generoso como Macías á quien dirigirse para que amparase su debilidad contra el enemigo que iba á granjearse; pero era demasiado perspicaz para no conocer cuán falsa era la posicion en que estaban uno respecto de otro, y demasiado virtuosa para no tratar de huir de toda la ocasion en que pudiese aventurar aquel verbalmente una declaracion que ya tantas veces le habian hecho sus ojos con su elocuente silencio. En este asunto no habia, pues, en sus acciones otro delito ostensible contra su esposo sino aquella especie de reserva que con él habia guardado; reserva tanto mas disculpable cuanto que á no haber sido por la intriga del astrólogo, enteramente independiente de Elvira, y que no podia por consiguiente haber entrado en sus planes, le hubiera salido á medida de su deseo, puesto que solo se hubiera sabido que era ella la acusadora, del modo que sabemos haber estado en un baile de máscaras una persona á quien creemos haber conocido, pero que no se descubrió nunca en él, y que niega constantemente su asistencia; lo cual no es saber las cosas, sino dudarlas. El que su esposo la hubiese encontrado sola con el doncel en el laboratorio del químico, ella sabia, y el lector sabe perfectamente, que no podia ser argumento contra ella. Pero el lector sabia acaso una cosa que Elvira no sabia por lo visto, ó que no habia reflexionado bastante, y es que no hay posicion mas falsa que aquella en que se pone una persona al guardar secretos para otra que tiene derecho á exigir una total franqueza. El misterio hace aparecer culpables las cosas mas inocentes, y por otra parte es fuerza confesar que si las acciones de Elvira no eran culpables, acaso no podia ella decir otro tanto de sus pensamientos, por mas que procurase sofocarlos de continuo; y cuando nosotros mismos nos reconocemos culpados, de nada sirve para nuestra tranquilidad que nos tenga el mundo por inocentes. Si solo hubiera abrigado Elvira indiferencia con respecto á Macías, no se hubiera creido perdida al ver entrar á Vadillo; de lo cual es forzoso inferir: primero, que Elvira huyó de sí misma, creyendo huir de su esposo; y segundo, que para ser malo es preciso serlo del todo: una mujer menos virtuosa que Elvira en todo este desgraciado asunto no hubiera comprometido ella misma su seguridad, porque hubiera calculado mas y dominado mejor sus emociones.

Su primer pensamiento fué huir sin saber adonde; pero á poca distancia del aposento de Abenzarsal ofreciéronse á su imaginacion las reflexiones todas que hubieran debido ocurrírsele un momento antes: era inocente; declararia á su esposo francamente su posicion, y esta franqueza le granjearia mas y mas su aprecio. ¿Y adónde podia dirigir sus pasos sino á su habitacion? Cualquiera otro partido hubiera sido indisculpable. Llena de la idea de que en último resultado nada podia echársele en cara, pues que habia sabido resistir á las seductoras palabras del doncel, y nada habia en su conducta verdaderamente reprensible, dirigióse á su departamento, no sin luchar algun tanto, y aunque á su pesar desventajosamente, con el recuerdo perseguidor del

diálogo que acababa de tener con un hombre mas peligroso de lo que ella pensaba para su tranquilidad. Habíanla seguido sus dueñas, inquietas al notar su zozobra é indecision.

Quitáronla el manto en cuanto llegó y el antifaz, y pudo entregarse ya mas libremente á reflexionar sobre su verdadera posicion.

La primera idea que entonces le ocurrió fué el riesgo de un próximo rompimiento en que habia dejado á Macías y á su esposo. Segura empero de que en nada habia ofendido á este último, é ignorante al mismo tiempo de las sospechas y rezelos que le atormentaban de algun tiempo á aquella parte, no creyó que lo ocurrido pudiese ser motivo suficiente para comprometer su existencia; á lo cual se agrega la reflexion de que á aquellas horas y en aquel sitio tan inmediato á la cámara de su alteza no era posible que se enredasen de palabras hasta el punto de realizar sus temores; y para el otro dia se prometia haber desvanecido ya todo género de duda en el corazon de Vadillo con respecto á su conducta, porque en esta materia las mujeres suelen contar siempre demasiado con los recursos que concedió el cielo á su sexo, naturalmente fascinador y artificioso. Mas serena con estas reflexiones, esperó la llegada de su esposo con toda la tranquilidad que en su posicion cabia, si bien sin hacer caso de las continuas interrupciones con que el pajecillo cortaba de cuando en cuando el hilo de su meditacion. Viendo este por fin que eran inútiles cuantos recursos empleaba para distraer á la melancólica Elvira, y que tampoco estaba esta por entonces de humor de descargar en su pecho el peso de sus secretos, decidióse á guardar silencio, esperando otra ocasion mas propicia de averiguar las penas que debian aflijir á su hermosa prima. Retiróse con mal humor á un rincon de la pieza por ver si le llamaba al cabo de un rato de desvío; pero no habiendo surtido tampoco efecto alguno este inocente arbitrio, quedóse al cabo de un rato profundamente dormido con aquel sueño que tan fácilmente se toma como se deja en aquella feliz edad de la vida que nuestro paje alcanzaba. Mucho tardó en llegar el momento tan deseado y temido al mismo tiempo de Elvira; pero cuando por fin despues de horas enteras de ansiosa expectativa vió á su esposo, ¡cuán distinto le vió de lo que esperaba!

Abrióse la puerta de la cámara, y lo primero que se ofreció á la vista de Elvira fué Fernan, llevado en brazos de dos siervos del conde de Cangas y Tineo. Apenas creia á sus ojos; pero cuando no pudo rechazar por mas tiempo la horrible realidad, arrojóse hácia él exhalando un ¡ay! que salia de lo mas hondo de su corazon, y que hizo abrir al herido los ojos lánguidamente, si bien volvieron á cerrarse casi en el mismo instante. ¡Vive, vive! exclamó la desdichada esposa reparando su movimiento, y llegando sus labios á los suyos para reanimar su amortiguada vida. Dirigió en seguida á los que le traian mil preguntas, que se sucedian tan rápidamente unas á otras que apenas dejaban entre sí espacio para las respuestas. ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó medio informada ya de lo ocurrido. ¡Hernan Perez! ¡Querido esposo! Estrechábale en sus brazos, regaba el pálido rostro de Vadillo con sus ardientes lágrimas, cogia

una de las manos del herido entre las suyas, acercaba estas otra vez á su corazon por ver si palpitaba todavía... en una palabra, en aquel momento Macías entero habia desaparecido de su imaginacion : su esposo herido, bañado en su sangre, moribundo, acaso por su imprudencia, la ocupaba toda. Toda lucha habia desaparecido, y el mas débil, el mas necesitado triunfaba entonces en su corazon de mujer.

Dejémosla entregada á su acerbo dolor, y al tierno cuidado del doliente hidalgo : otros personajes de nuestra historia reclaman por ahora nuestra atencion. Con respecto al caballero, no habia salido tan mal parado de la refriega, pero no dejaban de reclamar sus heridas algun cuidado. Apoyado en el brazo del tosco montero llegó á las puertas de Madrid y alcázar poco despues que su adversario. Introducido en su cuarto, salió Hernando inmediatamente á buscar un maestro en el arte de curar, como se llamaba entonces generalmente á esos seres de suyo carniceros que llamamos en el dia cirujanos, el cual maestro declaró que ninguna de sus heridas era mortal, con tanta seguridad y un tono tan decisivo como si él efectivamente lo supiera. Aplicóle las yerbas que mas convenientes le hubieron de parecer, y por esta vez hubiera sido notoria injusticia dudar un solo momento de su ciencia. Corrióse por la corte al punto que el doncel favorito de su alteza, á quien nadie conocia en lo distraido desde su vuelta de Calatrava, habia tenido un duelo singular en el soto de Manzanares, de cuyas resultas debia guardar el lecho por algunos dias. Y en atencion á que el escudero de don Enrique de Villena habia necesitado tambien los auxilios del arte, y se hallaba igualmente en cama, no se dudó un momento que hubiese sido entre los dos el ruidoso duelo. Ahora bien, sabido esto, no era difícil que la pública maledicencia añadiese alguna particularidad notable á las circunstancias de la desavenencia, y que tratase de hallar el verdadero motivo de ella. Algunos de los enemigos del conde de Cangas no necesitaron mas para asegurar que este, cuya natural prudencia era pública, tratando de evitar la necesidad siempre desagradable de responder á la acusacion intentada contra él, y sostenida por el doncel, habia determinado á su escudero á acometer á aquel, acompañado de otros varios, una tarde que habia salido á halconear por el soto de Manzanares; relacion á que daba bastante verosimilitud la circunstancia de haber vuelto Hernan en brazos de algunos siervos del de Villena. Otros sin embargo de los amigos de Macías que habian notado su singular aislamiento, su profunda tristeza, y que habian creido interceptar en varias ocasiones algunas miradas de rencor dirigidas por el doncel á Vadillo, y que recordaban con este motivo una serenata dada cierta noche á los piés de las habitaciones de la condesa, no se sabia por quién, tuvieron lo bastante para decir que el doncel habia puesto los ojos en cierta dama, cosa que no le habia parecido bien, segun ellos, al hidalgo, que aunque no era caballero, era marido, y segun malas lenguas un sí es no es zeloso. A esta version daba algun peso tal cual sonrisa maligna que el judío Abenzarsal habia dejado escapar en algunos corrillos de la corte, donde se habia referido el duelo singular. El propalar estas especies no era en

verdad servir amistosamente la pasion de Macías, ni hacer gran favor á la buena opinion y fama de Elvira; pero hay autores que aseguran que la amistad no excluye la envidia, de donde infieren que las conversaciones de los amigos no son siempre las mas favorables. Nosotros, que estamos lejos de participar de esta opinion arriesgada, creemos mas bien que algun amigo de Macías sospechó aquella explicacion como la mas satisfactoria y natural sobre el lance ocurrido: este en confianza comunicaria su idea á algun otro amigo, quien la trasladaria á otro bajo la misma fé del secreto, de cuyo modo fué corriendo la noticia, y como somos defensores acérrimos de los amigos, en los cuales creemos cómo en nuestra salvacion, nos atrevemos á asegurar que al repetirse sus conjeturas de boca en boca, siempre irian acompañadas de aquellas expresiones cariñosas, tales como: — ¡Pobre Macías! ¿Sabeis que el desafío fué por Elvira?—¿Qué decís?—Sí, no lo digais; pero es indudable: está perdido de amores por ella, y es lástima ciertamente,» y otras semejantes, que descubren á cien leguas la mas pura amistad hácia el objeto de tales conversaciones.

Lo cierto es que esas voces corrieron, y como fieles historiadores nos creemos obligados á asegurar, porque lo sabemos de buena tinta, que ni Macías ni el hidalgo pudieron dar lugar á ellas. Aquel estaba harto interesado en guardar el mas rigoroso silencio sobre punto tan delicado, y á este no podia convenirle en manera alguna poner en claro la causa verdadera del desafío; pues tan de cerca tocaba al honor de su esposa. El mismo Enrique III tentó mas de una vez el vado con Macías, usando de las expresiones mas afectuosas, pero nunca pudo recabar nada de él, y otro tanto sucedió con el hidalgo, á quien quiso arrancar el conde de Cangas y Tineo la confesion de aquello mismo que él sabia ya demasiado bien por el astrólogo judiciario.

Por lo que hace á este y al ilustre colaborador de su funesta intriga, ya habrá conocido el lector que despues de los escrúpulos que habian atormentado, como arriba dejamos dicho, al indeciso conde, habian salido ambos con varios criados en busca de los desafiados, con el intento de salvar al escudero del peligro que le amenazaba peleando con tan acreditado caballero como era Macías, y de hacer desaparecer á este de la corte, apoderándose de su persona, como en aquellos tiempos solian practicarlo los poderosos con los débiles, y encerrándole despues en alguno de los castillos del conde, desde donde no hubiera podido volver á oponer obstáculos en su vida á los planes del nigromántico, como le llamaba el vulgo justa ó injustamente. Si este proyecto se habia malogrado, no habia sido en verdad por culpa del intrigante maestre, ni de su servicial consejero, sino merced al valor de Macías, y á la desconfianza, penetracion y fuerza sobrenatural del montero Hernando, quien, luego que habia visto salir en aquella forma á su señor y al escudero, no habia dudado un solo momento en seguir sus pasos á lo lejos, y en espiar todas sus acciones, como el lector ha visto en nuestro capítulo anterior. Apenas habia podido distinguir en medio de la oscuridad cuál de los dos combatientes era su señor: pero luego que notó que uno de ellos habia

caido, creyó que en todo caso lo mas seguro era separarlos, y solo al asir del que era realmente su amo le habia conocido. No sabemos si era su intencion favorecer, como favoreció, á su enemigo, pero lo que no se puede dudar es que sin su destreza en herir á los servidores del conde con los venablos arrojadizos de que se habia provisto antes de salir del alcázar, acaso se hubiera terminado nuestra historia mucho antes de lo que nosotros mismos deseamos, y de lo que quisiéramos que desearan tambien nuestros lectores.

CAPITULO XXIV.

Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio;
Al cielo pide justicia,
A la tierra pide campo,
Al viejo padre licencia,
Y á la honra esfuerzo y brazo.
Rom. del Cid.

Despues del mal éxito que habia tenido la tentativa de don Enrique de Villena y del judío Abenzarsal para quitar de en medio el estorbo de Macías, apenas les quedaba á estos otro recurso que esperar el sesgo que quisiesen tomar las cosas.

En realidad solo podian temer ya de él fundadamente el juicio de Dios, que acerca de la acusacion quedaba pendiente, porque las medidas que habian tomado para asegurar el maestrazgo habian sido tales y tan buenas, que aunque quedaban declarados por la parcialidad de don Luis Guzman gran número de castillos y lugares de la órden, podia contar el maestre sin embargo con la mayor parte. Estaban por él Alhama, Arjonilla, Favera, Maella, Macalon, Valdetorno, la Frejueda, Valderobas, Calenda, y otras villas del maestrazgo, con mas infinitos castillos, en los cuales habia puesto ya alcaides á su devocion. Con respecto á Calatrava, donde estaba el primer convento de la órden y el clavero, hechura todavía del maestre anterior, no se habian apresurado á prestarle el homenaje debido, sino que habian respondido tanto á él como á su alteza que convocarian el capítulo para elejir y nombrar segun los estatutos de la órden al maestre. Lisonjeábase el clavero en su respuesta de que la eleccion de su alteza hubiese recaido en un príncipe tan ilustre y de sangre real, y se prometia que los votos todos unánimes de los comendadores y caballeros serian conformes con los deseos del rey don Enrique; pero esto era en realidad resistirse á la arbitrariedad y ganar tiempo con buenas palabras. El artificioso conde no habia creido oportuno, sin embargo, intrigar para que se acelerase la reunion del capítulo, porque se prometia acabar de ganar las voluntades de sus enemigos en el ínterin, y solo don Luis de Guzman era el que no perdonaba medio de llevar á cabo cuanto

antes sus intenciones. Presentóse en consecuencia á su alteza con una humilde demanda, firmada por él y sus parciales : en ella alegaba el derecho de la órden de elejirse su maestre, y no dejaba de apuntar el que creia tener á la dignidad de que estaba ya casi en posesion el de Villena. No fué tan bien recibida esta mocion de su alteza como se esperaba ; pero el rey Doliente era demasiado justiciero para atropellar abiertamente los fueros de una órden tan respetable : convencido además de que el cielo habia designado para maestre á su ilustre pariente, curábase poco de creer en la posibilidad de otra eleccion , y así, fué su decision que el capítulo se reuniria en cuanto él recibiese las noticias que esperaba de Otordesillas, que eran en realidad las que mas por entonces le ocupaban, pues deseaba ardientemente que su esposa doña Catalina diese á luz un príncipe digno de suceder en su corona, si bien estaba jurada ya princesa heredera por las cortes del reino la infanta doña María su primogénita. Mas de un astrólogo de los que en aquellos tiempos de credulidad y superstición vivian especulando con la pública ignorancia le habian lisonjeado con esperanzas conformes con sus deseos. Quedó , pues, pendiente por entonces el litigio del maestrazgo, y cada uno de los contrincantes procuró aprovechar aquel intérvalo para engrosar su partido. Don Enrique era entre tanto el mejor librado, pues disfrutaba á buena cuenta de las prerogativas y de gran parte de las rentas y dominios del maestrazgo, que la adulacion de sus parciales se habia adelantado á poner á su disposicion.

Quedaba en pié solamente la otra merced que en la mañana de la acusacion de Elvira habia dispensado su alteza al adversario de Villena. Pero no tardó mucho Macías en estar en disposicion de concurrir de nuevo á la corte, y de acompañar al rey en sus partidas de cetrería, especie de caza de que gustaba mucho su alteza, y en que su doncel sobresalia singularmente : afianzóse mas en ella la amistad que el rey le profesaba; en consecuencia de allí á poco su alteza mismo quiso, como lo habia prometido, poner el hábito de Santiago á su doncel : esta ceremonia, con toda la solemnidad que de tal padrino podia esperarse, se verificó en la iglesia de Almudena, con presencia del maestre de la órden y de todos los comendadores y caballeros santiaguistas que asistian á la sazon á la corte; favor singular que hubiera lisonjeado singularmente el amor propio de Macías si hubiese él podido desechar la funesta idea que le perseguia siempre por todas partes, desde que por primera vez habia visto á Elvira, y en particular desde que la explicacion desgraciada que habia tenido en la cámara del judío no habia podido dejarle á ella duda alguna acerca de su amorosa pasion. El doncel desde aquella funesta noche no habia vuelto á ver al objeto de su amor, que viviendo en el mayor retiro, y cuidando solo de la salud de su convaleciente esposo, evitaba toda ocasion de presentarse en público, fuese porque la tristeza, que cada vez se arraigaba mas en su corazon , la hiciese no hallar gusto sino en la soledad, fuese porque se hubiese afirmado en quitar al doncel todo motivo de esperanza ; fuese, en fin, por desvanecer en el ánimo de Fernan Perez de Vadillo todo género de duda acerca de su irreprensible

conducta. ¿De qué servia empero al doncel no ver personalmente á Elvira, si un solo momento no se separaba su recuerdo de su ardiente imaginacion?

Entre tanto se restablecia diariamente el hidalgo de sus heridas: el cuidado de su esposa, la flaqueza que aun le quedaba y la ausencia del doncel, si no habian bastado á aplacar su rencor, contribuian no poco á debilitar la fuerza de sus sospechas, y á embotar en gran manera sus primeros zelos. Pero conforme iba volviendo la serenidad al corazon de su esposo, conforme iba el peligro desapareciendo, volvia á tomar imperio sobre Elvira el recuerdo de su perdido amante. Le hubiera sido además imposible olvidarle del todo. En la corte ningun caballero hacia mas papel que Macías: era raro el dia que no tenia que oir de sus mismos criados los elogios suyos, que de boca en boca se repetian. Ya habia bohordado en la plaza con tal primor, que habia dejado atrás á los mejores jugadores de tablas: ya habia compuesto una trova ó una chanzon tan tierna, tan melancólica, que no habia dama que no la supiese de memoria, ni juglar que no la cantase al dulce son de la vihuela de arco; instrumento de quien dice el arcipreste de Hita, autor contemporáneo:

La vihuela de arco fas dulses de bailadas,
Adormiendo á veces, muy alto á las vegadas,
Voces dulses, sonoras, claras, et bien pintadas,
A las gentes alegra, todas las tiene pagadas.

¿Y cómo resistir sobre todo á este mágico poder, si al leer la trova ó la chanzon, donde los demás no veian mas que una brillante poesía, Elvira no podia menos de leer un billete amoroso? Parecia que sus composiciones la estaban mirando continuamente á ella como los ojos de su autor. Miraba á veces á su esposo al parecer Elvira, y su imaginacion solia estar muy lejos de él. Una lágrima entonces, dedicada al doncel, solia asomarse á sus ojos. Vadillo, convaleciente aun, la miraba absorto y enternecido: «Elvira, le decia, da tregua á tu afliccion; todo peligro ha huido: me siento mejor ya, y esas lágrimas que por mí derramas solo pueden contribuir á aflijirme.» Volvia en sí Elvira al oir esas palabras: un oculto sentimiento de vergüenza teñia sus mejillas de carmin, y la despedazaba la idea de abusar sin querer de la credulidad de su esposo.

En los primeros dias habia esperado Elvira á que Fernan Perez la hablase del acontecimiento que le habia reducido á aquel término; y lo habia esperado con ansia y con temor, pero en balde. El hidalgo, fuese por amor propio, fuese por no tener bastante seguridad para emprender una explicacion en que él no podia hacer todavía el papel de acusador, guardó el mas rigoroso silencio. En vista de esta conducta, parecióle á Elvira que lo mejor que podia hacer era aventurar alguna pregunta; pero igual suerte tuvo su arrojo que su expectativa. No solo no consiguió ninguna explicacion satisfactoria en este punto, sino que habiendo conocido que toda conversacion relativa á la noche del duelo alteraba visiblemente á Vadillo, hubo de renunciar á su importuna curiosidad. Creyendo el hi-

dalgo tambien que su esposa le negaria haber sido ella la enlutada encontrada en el cuarto del astrólogo, y que mientras no tuviese otras pruebas irrecusables seria mas bien espantar la caza que asegurarla el hablar del caso, observaba sobre este particular la misma conducta que sobre el duelo, reservándose sin embargo dos cosas : primero, el propósito de espiar mas escrupulosamente en lo sucesivo todos los pasos de Elvira; segundo, la intencion decidida de terminar cuanto antes con cualquiera ocasion y pretexto que fuese el suspendido duelo con el hombre primero que habia aborrecido en su vida, y que habia aborrecido como se aborrece cuando no se aborrece mas que á uno.

Constante en estos propósitos, no bien estuvo Hernan Perez restablecido, dirigióse á la cámara de su señor el conde de Cangas. Su semblante dejaba ver todavía la huella de la enfermedad.

— Hernan Perez, le dijo don Enrique con afabilidad, ¿os han permitido ya dejar el lecho? Debiérais recordar sin embargo que vuestra salud es harto importante para vuestro señor, y no exponerla con tan temerario arrojo á una recaida peligrosa.

—Las heridas del cuerpo, gran príncipe, aquellas que hizo la lanza ó la espada, repuso Vadillo con reconcentrada tristeza, sánanse facilmente : las que recibimos en el honor son las que no se curan sino de una sola manera.

—¿ Qué decís ? ¿ Será que por fin os habreis decidido á abrirme francamente vuestro corazon ? contestó don Enrique. ¿ Será que querais explicarme los motivos de vuestra conducta, de ese duelo singular, cuyos efectos se ven todavía en vuestro rostro, y de esa reconcentrada melancolía que deja diariamente en él huellas aun mas indelebles y duraderas?

—Señor, contestó Vadillo, ya creo haber manifestado á tu grandeza en varias ocasiones que mi mayor pena es no poder confiarte las muchas que agobian á tu escudero.

—Quiero no darme por ofendido, contestó friamente Villena, de vuestra inconcebible reserva.

—Perdónala, señor, dijo Vadillo hincándose de rodillas, y permite que puesto á tus plantas solicite tu escudero de tu grandeza una gracia, que acaso nunca te hubiera propuesto sino en el campo de batalla, si una ofensa, y una ofensa mortal, no le obligara á ello.

—Alzad, Vadillo, y decid la gracia, que yo os juro por Santiago que os será concedida.

— No me levantaré, señor, mientras no sepa que nadie en lo sucesivo podrá decir impunemente á un hidalgo : « No ha lugar á pacto entre nosotros, pues no eres caballero. » Armame, señor. Si mis largos servicios te fueron gratos, si pasando de la clase de doncel, en que fuí admitido á tu servicio, á la honrosísima que ocupo hoy á tu lado, no dejé nunca de cumplir con esas sagradas obligaciones que los mas grandes señores no se desdeñan de ejercer; si desempeñé los deberes de la hospitalidad con tus huéspedes, y los de la mesa contigo; si fué siempre la fidelidad mi primera virtud; si has tenido pruebas de mi valor alguna vez, con-

fiéreme, señor, esa órden tan deseada. Y si no bastan mis méritos, bástame esa hidalguía, de que en balde blasono si puede cualquiera deshonrarme impunemente como á villano pechero.

—Alzad, Vadillo, dijo don Enrique viendo que habia acabado su peticion el afligido escudero. Por mucho que me sorprenda vuestra demanda en esta coyuntura, continuó, por mucho que me dé que rezelar, mal pudiera negaros una gracia á que sois, Vadillo, tan acreedor.

—Guarde el cielo, señor, tu grandeza...

—Remitid, Vadillo, vanos cumplimientos. Os armaré: os lo prometí en pública corte no ha mucho tiempo, y torno á repetíroslo ahora. Pero decidme, ¿qué causa en esta ocasion mas que en otra...

—Tu honor y el mio. Has sido calumniado, atrozmente calumniado; porque tú medíjiste, señor...

—Calumniado, sí, Vadillo, calumniado. Pongo al cielo por testigo que podeis, fiado en la justicia de mi causa...

—Bástame tu palabra á desvanecer mis dudas todas. Quiero, pues, que mi primer hecho de armas, en que gane mi divisa, sea la defensa de mi señor. Yo alcé en tu nombre el guante que un mancebo temerario arrojó públicamente en testimonio de desafío. Yo responderé de él: si tu causa es justa, la victoria es segura.

—¿Cómo pudiera no aceptar vuestra generosa oferta, Fernan Perez? Quédame sin embargo una duda: duda que en obsequio vuestro quisiera desvanecer. Solos estamos: abridme vuestro corazon: decidme, ¿no teneis alguna otra causa que os mueva?...

—Señor...

—¿Presumís que puede tenerse noticia de vuestro encuentro con Macías en el soto... y del arrojo con que os adelantásteis en la corte á alzar el guante al punto que vísteis ser él el mantenedor de la acusacion, sin sospechar al mismo tiempo que causas muy poderosas?... Hablad...

—Acaso las hay. No lo niego.

—Escuchad, añadió Villena en voz casi imperceptible, ¿seria cierto que tuvísteis zelos?...

—¿Zelos, señor, yo zelos? Exclamó Fernan con mal reprimido amor propio. ¿Quién pudo decir?...

—Nadie, Fernan, nadie: yo solo soy el que he creido en este momento...

—¿Vos solo? si supiera...

—¿Y bien? ¿A mí porqué no descubrirme?... ¿Vuestra esposa sin embargo?...

—Basta, señor, no hablemos mas de eso. ¡Mi esposa, Dios mio! ¡Mi esposa! Si mi esposa pudiese faltar...

—¿Qué es faltar, Vadillo?

—Si pudiese tan solo con su pensamiento empañar la mas pequeña porcion de mi honor, no necesitara castigar á ningun atrevido, ni que me armara nadie caballero: dagas tengo aun: la última gota de su sangre, la última no seria bastante indemnizacion de tan insolente ultraje. ¡Elvira, á quien amo mas que á mí propio! ¡Mi bien! ¡Mi vida!

—Sosegaos, Vadillo; nunca fué mi propósito ofenderos; pero pudiérais, sin que Elvira hubiese empañado nunca vuestro honor...

—Jamás, señor. Si un atrevido hubiera osado poner sus ojos en mi esposa, ¿viviria aun, viviria? contestó el hidalgo pudiendo disimular apenas la lucha que existia entre sus palabras y sus ideas.

—Entonces, pues, ¿qué ofensa?...

—Permite, gran señor, que la calle. La hay, lo confieso, y si alguien pudiera vencerme en la lid, si me pudieran vencer todos, nunca Macías: un fausto presentimiento me dice que lavaré en su sangre mis ofensas. Confiéreme la órden de caballería, y yo te respondo, gran señor, de una victoria pronta y segura.

—Sea, contestó don Enrique, como lo deseais. Mañana os lo conferiré. Mañana jurareis en mis manos defender su fe, el honor y la hermosura.

Despues de este breve diálogo, el candidato besó las manos del conde de Cangas, y se retiró á esperar con mortal impaciencia el nuevo dia que habia de poner término á todas las esperanzas que contentaban por entonces su ambicion.

CAPITULO XXV.

> Agua le echan por el rostro
> Para facerlo acordado,
> Y vuelto que fuera en sí,
> Todos le han preguntado
> Qué cosa fuera la causa
> De verlo así tan parado.
>
> *Rom. del Cid.*

A la mañana siguiente brillaban con fuego extraordinario los ojos de Fernan Perez. Leíase en su semblante la alegría que inundaba su corazon. Efectivamente la órden de caballería era en aquel tiempo la mas alta dignidad á que pudiese aspirar un hombre de armas tomar. Su virtuoso orígen y sus fines, aun mas virtuosos, le daban tal prestigio, que los reyes se honraban con tan honorífico dictado, y un caballero solo con serlo tenia derecho á comer en su mesa, honor que no disfrutaban ya ni sus mismos hijos, hermanos ó sobrinos, mientras no entraban en aquella noble cofradía. Era preciso ser hidalgo por parte de padre y madre, y con la antigüedad por lo menos de tres generaciones: era preciso haber dado pruebas de valor, y gozar de una reputacion pura é inmaculada. A muchos les costaba además pasar por el largo noviciado de paje y escudero progresivamente. Los que habian entrado al servicio y á hacer prueba de su persona con un rey ó un príncipe de alta categoría, en calidad de pajes, se llamaban donceles: Macías se habia hallado con Enrique III en este caso, y si se le llamaba todavía públicamente el doncel, era porque habiéndole tomado Enrique III, con quien se habia criado, mas

afecto que á otro alguno, habíale conservado aquel nombre por modo de cariño, aun despues de haber recibido la órden de caballería. En el mismo caso se habia hallado con don Enrique de Villena el hidalgo Fernan Perez : habíale entrado á servir primero en calidad de paje ó doncel, y habia pasado á ser su escudero. El cargo de escudero en estos tiempos, y hasta ese nombre, parecen sonar mal á los oidos delicados. Podemos asegurarles, sin embargo, que no solo no tenia en aquel tiempo nada de denigrante, sino que antes era tan honorífico, que muchísimos grandes, señores y príncipes que habian llegado á ser caballeros por el órden regular de los grados requeridos para ello en tiempos de paz, no se habian desdeñado de ejercerlo. En la recepcion de escudero, los padrinos ó madrinas del paje prometian en su nombre religion, fidelidad y amor, con la misma formalidad é importancia que en la recepcion de un caballero. Reducíase la obligacion del escudero á seguir por todas partes á su señor ó al caballero con quien hacia veces de tal, llevándole su lanza, su yelmo ó su espada; llevaba del diestro sus caballos, en los duelos y batallas proveíale de armas, levantábale si caia, dábale caballo de refresco, reparaba los golpes que iban dirigidos contra él; pero solo en grandes peligros le era lícito tomar armas por sí en las pendencias y encuentros á que asistia. Sus deberes domésticos se ceñian á trinchar y presentar las viandas en la mesa, y aun á ofrecer el aguamanil á los convidados antes y despues de comer. Pero estos cargos se desempeñaban con tanta mas dignidad cuanto que los platos los recibia de mano del maestresala, que ya era por sí una dignidad, aunque mas subalterna, y el agua de mano de los pajes, que la tomaban ellos ya de los domésticos inferiores. En público, y en los banquetes en que reinaba toda etiqueta y ceremonia, no podia sentarse el escudero á la mesa de su señor. Para probar que ni el oficio de doncel ni el de escudero eran sino muy honoríficos, concluiremos diciendo que en las historias francesas del siglo XIII hallamos designados estos donceles y escuderos con el nombre de *valets*, mas humillante aun en el dia que los de *damoiseau* y *écuyer*, que corresponden á aquellos en la lengua francesa. Diremos que Villehardouin, en su historia, hablando del príncipe Alexis, hijo de Isaac, emperador de los griegos, le llama en repetidas ocasiones el *valet* (ó escudero) de Constantinopla, porque aquel príncipe, aunque heredero del imperio de Oriente, no habia recibido todavía la órden de caballería. Por igual causa son calificados con la misma designacion por los historiadores sus contemporáneos Luis, rey de Navarra, Felipe, conde de Poitou, Carlos, conde de la Marcha, hijo de Felipe, y otros infinitos. Entre nosotros fué paje y doncel el famoso y nobilísimo don Pero Niño, conde de Buelna, y el mismo don Alvaro de Luna, tan célebre por su prodigioso favor como por su ruidosa desgracia.

En tiempos de guerra, y en los principios de la órden de caballería, se conferia esta con menos pompa y formalidad : el rey ó el general creaba caballeros antes y mas comunmente despues del combate : en esos casos reducíanse todas las ceremonias á dar la pescozada ó espaldarazo dos ó tres veces en el hombro del candidato con el plano de la espada, dicién-

dole en alta voz: *Os hago caballero en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.* Solia ser otras veces el teatro honroso donde se conferia la órden de los valientes, leales y esforzados, un torneo, un campo de batalla, el foso de un castillo sitiado ó asaltado, la brecha abierta ya de una torre, ó una fortaleza feudal. En medio de la confusion y tumulto de la refriega, arrodillábase el escudero á las plantas del rey, del general, ó de un caballero cualquiera acreditado ya por sus altos hechos de armas. Cuando el famoso Bayardo, caballero sin tacha y sin reproche, confirió de esa suerte la órden de la caballería al rey Francisco II: « O espada mia, exclamó, mil y mil veces venturosa por haber dado hoy la órden de caballería á un rey tan grande y tan poderoso, yo te conservaré como preciosa reliquia, y te preferiré siempre á cualquiera otra. » Despues, añade el historiador que nos ha conservado este rasgo singular, dió dos saltos y envainó su espada.

En tiempos de paz, y cuando posteriormente hubo llegado esta famosa institucion á su mas alto grado de esplendor y á su verdadero apogeo, se solia aprovechar, para conferirla á los escuderos que se habian hecho de ella merecedores, alguna solemnidad. Un dia grande de la iglesia, el aniversario de una famosa victoria, la boda ó nacimiento de un príncipe ó una coronacion, eran las coyunturas mas comunmente escogidas, y en tales casos haciase la promocion con otra pompa y con mas minuciosas formalidades; las cuales complicaron mas y mas sobre todo desde el siglo XI, en que pareció tomar aquella órden un cáracter nuevo con la mezcla de ceremonias religiosas y profanas, que para la admision de los señores en esta vasta cofradía se exigieron.

Fernan Perez de Vadillo no podia menos de dar á su nueva dignidad la importancia que en aquellos siglos tenia. Todo aquel dia empleó en los preparativos de la ceremonia solemne que se preparaba para él. El condestable Ruy Lopez Dávalos quiso ser su padrino, y obtuvo que fuése madrina la noble esposa de don Juan de Velasco, camarero mayor de su alteza. El conde de Cangas y Tineo era un personaje bastante calificado para que la dignidad que iba á conferir á su escudero llamase la atencion de la corte. Su posicion ventajosa, en aquel momento mas que en otro alguno de su vida, le granjeó la asistencia á aquel acto, y la cooperacion de las primeras personas de Castilla. Don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, se brindó á oficiar en la ceremonia, y el mismo rey don Enrique, al señalar para ella la capilla de su regio alcázar, quiso presenciarla tambien desde una tribuna, á pesar de sus dolencias. El candidato ayunó aquel dia, conformándose con los usos establecidos: revestido de una larga túnica cenicienta, verdadero traje de su clase de escudero, asistió á la comida que dió don Enrique de Villena á los que debian presenciar la ceremonia. El candidato, colocado aparte en una mesa pequeña mientras los demás comian en la principal, permaneció en ella servido por donceles del conde su señor; pero este, escrupuloso observador de la etiqueta, le intimó al sentarse que no podria hablar ni reir durante la comida, ni aun llegar bocado á los labios. Concluida esta ceremoniosa comida, fué llevado el candidato por sus padrinos, acom-

pañado de los demás concurrentes, y seguido de gran número de juglares y ministriles, que tañian gran variedad de instrumentos y cantaban baladas alusivas al acto que se preparaba, á la capilla del alcázar. Esperábale ya, custodiada por dos hombres de armas de Villena, una hermosa armadura blanca sin mote ni divisa, de que le hacia merced su señor. Separóse de él allí la concurrencia, y quedó Fernan Perez de Vadillo velando sus armas y en oracion la noche entera, despues de haberse despojado de la túnica escuderil, y haber vestido una cota, embrazado la adarga y empuñado la lanza. Llegada la mañana, confesó devotamente con fray Juan Enriquez, confesor de su alteza. No sabremos decir si vuelto su corazon á Dios hizo sacrificio ante el altar augusto de la penitencia del rencor y de los sanguinarios proyectos de venganza que le habian determinado á armarse caballero. Presumimos que así lo haria, y creemos que si luego mas adelante la historia nos ha conservado algunos rasgos que podrian oponerse á aquella concesion cristiana, debe achacarse mas bien esta inconsecuencia á la flaqueza del corazon humano, ó á la mezcla extraordinaria de pasiones y religion que reinaba en aquella época, que á la falta de verdadera contricion del noble hidalgo. Hecha su confesion, y veladas ya las armas, retiróse el candidato por el mismo órden que habia venido, y llegado á su habitacion vistió el traje de caballero, mas rico y adornado que el de escudero, que acababa de dejar para siempre. Allí recibió las visitas y felicitaciones de sus deudos y amigos; y varios señores allegados á don Enrique de Villena vistiéronle sobre la cota de menuda malla una ancha loriga guarnecida de piel, adorno reservado solo en aquel tiempo á personas de categoría, y pusiéronle sobre los hombros un gran manto, cortado á manera de manto real. En esta forma, y llevando colgada del cuello la espada, llegó seguido de los padrinos, de los convidados y de sus amigos, á la real capilla donde esperaban el momento de dar principio á la augusta ceremonia su alteza en su tribuna, rodeado de varios dignatarios, el arzobispo, que habia salido al altar al verle llegar, y gran número de damas. Distinguíase entre ellas la madrina del novel caballero, ricamente ataviada, y á la derecha del buen condestable, arrodillados los dos al lado de la epístola en ricos reclinatorios de terciopelo carmesí, en que se veia recamado en oro el escudo de sus armas respectivas, y de que pendian largos borlones de aquel precioso metal. Algo detrás, y entre otras damas principales, se veia á Elvira, esposa del hidalgo, cubierta con un velo, al través del cual se traslucia sin embargo su hermosura, como suele verse al través de ligeras nubecillas el resplandor del sol. A la otra parte se colocó el poderoso conde de Cangas, acompañado de algunos caballeros principales y seguido de dos de sus pajes, con su yelmo el uno y el otro con las espuelas y demás piezas de la armadura que debian revestirle á Vadillo en acto tan solemne. El resto de la capilla estaba ocupado por la numerosa concurrencia que la calidad de las personas habia traido, y por bandas de ministriles que habian seguido la comitiva, tañendo dulcemente sus instrumentos. Era gran gusto oir la desacorde confusion que producian tocadas á un tiempo la cítola sonora, la guitarra morisca, *de*

las voces aguda é de los puntos arisca, el corpudo laud, el rabé gritador, el orabin, el salterio, la adedura albardana, la dulcema é axabeba y el hinchado albogon, la cinfonia, el odrecillo francés y la reciancha mandurria, cuyos ecos distintos se unian al sonsonete de las sonajas de azofar, y al estruendo de los atambores y atambales, de las trompas y añafiles; instrumentos todos con que se verian tan apurados nuestros músicos del dia para organizar una sola tocata medianamente agradable, si se los trocaran de pronto con los que la civilizacion música les ha perfeccionado, como se verán nuestros lectores para formar una exacta idea de su figura y armónica melodía sin mas datos que esta breve enumeracion, por mas fidedigna que la constituya la autoridad del trovador arcipreste á quien la robamos.

Establecido ya el silencio, arrodillóse el hidalgo ante la reverenda persona del arzobispo, quien le quitó del cuello la espada que traia suspendida, y la colocó en el altar en que iba á oficiar. Comulgó en seguida el candidato con edificante fervor. Despues de un momento de oracion y recojimiento, principió el arzobispo los oficios, acabados los cuales se levantó el candidato, é hincándose de hinojos ante la persona de su señor feudal el poderoso conde de Cangas y Tineo, pidióle reverentemente que le hiciese merced de conferirle la órden de caballería. Juró en seguida en manos del ilustre maestre de Calatrava no excusar su vida ni sus bienes en defensa de la santa religion católica, apostólica, romana, y guerrear hasta morir en toda coyuntura y ocasion que se presentase contra los infieles de aquende y allende el mar; fórmula en que se comprendian no solo los moros que mantenian guerra todavía con los reyes de Castilla, sino tambien los sarracenos que poseian á la sazon el santo sepulcro, y contra los cuales se dirigian de todos los puntos de Europa continuamente innumerables cruzados. Juró amparar y defender las viudas y huérfanos que hubiesen recibido tuerto, y los desvalidos que á su fuerte brazo recurriesen para deshacer sus agravios, no pudiendo de otra manera los enderezar. Prestado este noble juramento, leyéronsele los Evangelios, sobre los cuales le repitió nuevamente. Hecho lo cual, el arzobispo, cogiendo la espada que habia estado sobre el altar durante el oficio divino, la bendijo y se la ciñó. Llegándose á él sus padrinos, calzóle la una espuela el buen condestable don Ruy Lopez Dávalos, y la otra la esposa del noble don Juan de Velasco, á quienes el novel caballero dirigió las mas expresivas gracias por la merced singular que le dispensaban. Uno de los principales señores que acompañaban á don Enrique de Villena le ciñó la coraza antigua, compuesta del peto y espaldar, dándole paz despues. Don Enrique de Villena, adelantándose en seguida, le dió tres espaldarazos con el plano de la espada, armándolo caballero en nombre de Dios, de san Miguel y de Santiago. Recibióle despues en sus brazos, y en seguida hicieron con él igual ceremonia todos los demás asistentes, como para darle á entender que se gozaban mucho de tener admitido en su gremio caballero que tan completo prometia ser como el noble hidalgo. Alzóse entonces alegre estruendo de todos los instrumentos proclamando al nuevo caballero. Entre los que debian dar la paz al recien

admitido hallábase uno armado de piés á cabeza, que se habia mantenido constantemente inmóvil al lado del Evangelio, y enfrente del sitio destinado á las damas principales de la corte. Ni el oficio divino, ni la larga ceremonia habian sido parte para sacarle de su asombrosa distraccion. Parecia la estatua del fundador de la capilla, como en aquellos tiempos solian verse algunas en las mas de las iglesias. Pero si se llegaba á presumir que era una persona y no una estatua, para comprender su perfecta inmovilidad, y la fijacion de sus ojos, era preciso creer que un maleficio particular ejercia sobre él una influencia funesta, y le obligaba á mirar á aquella parte con la misma irresistible fuerza con que un instinto fatídico obliga á la incauta mariposa á girar en torno de la vacilante llama que la ha de acabar, y con que una atraccion física llama hácia la serpiente cascabel al mísero pajarillo para hacerle víctima de su irresistible voracidad. Causaba aquel embeleso una dama que no habia podido menos de notarla, y que en balde habia pensado ponerle término interponiendo su velo entre las atrevidas miradas del caballero y su aciaga hermosura. Esta medida habia producido un efecto enteramente contrario al que esperaba. Si las miradas habian sido antes continuadas, pero naturales, tomaron despues un carácter de investigacion muy parecido al que tienen las de aquel que trata de leer durante el crepúsculo, ó á la opaca luz de la luna. Apenas quedaba concluido el acto, cuando deseosa la dama de esconderse á tan imprudentes miradas, se habia confundido y desaparecido entre la multitud: los ojos sin embargo del caballero, acostumbrados á ver en aquel punto su contorno, le seguian viendo gran rato despues de haber desaparecido, como le sucede al que se atrevió á mirar fijamente por largo espacio al luminar del dia. Horas enteras conservaba su retina la impresion indestructible, y por mas que haya desviado ya los ojos de su deslumbrante luz, por mas que los cierre, en fin, ve el sol todavía donde no le hay. Al llegar Vadillo al caballero acababa de levantarse la dama. Tendió el hidalgo los brazos naturalmente á recibir de él como de los demás el beso de ceremonia, é hizo la misma figura que el que fuese á abrazar un árbol ó una columna. No pudo menos de levantar la cabeza, y de reparar en la especie de estatua que delante de sí tenia. Conociólo, y su primera accion fué volverse con la rapidez del rayo á seguir la visual del caballero, y ver en qué objeto se paraba: si alcanzó á ver algo todavía, ó si el punto á que las miradas se dirigian bastó á contestar á su muda pregunta, eso es lo que no sabemos. Diremos solo que su rostro se tiñó de carmin, y que vertiendo fuego por los ojos y los poros todos de su encendido semblante, sacudió con una mano al distraido diciendo por lo bajo, pero con reconcentrada cólera: «Ya puede haber pactos entre nosotros, que ya no soy escudero.» Á esta sacudida inesperada volvió en sí el caballero como quien despierta de un largo sueño. Reconoció su imprudencia al reconocer al que le hablaba; y no ocurriéndole nada que responder de pronto á su rara interpelacion, bajó los ojos y quiso enmendar su pasada distraccion tendiendo entonces los brazos al hidalgo. Este, empero, poniendo entrambas sus manos en ellos: «Dejad, le dijo, el abrazo para ocasion en que esteis menos ocu-

pado, que yo quisiera que el que nos diésemos fuese mas estrecho y mas largo.» «Como gusteis, hidalgo, repuso el caballero con arrogancia, como gusteis.»

No habia podido menos de notarse por la concurrencia esta pequeña escena episódica lanzada en medio de aquel acto solemne: nadie oyó lo que se dijeron, pero los mas tuvieron algo que decirse al oido acerca de aquella rara singularidad. Nosotros diremos, como fieles historiadores, que la dama, cuando se creyó fuera ya del alcance de las miradas del importuno, volvió la cabeza y alcanzó aun á ver algo, que fué lo bastante para despertar en ella ideas de inquietud, á que hacia ya algun tiempo que no habia dado lugar en su corazon.

Acabada la ceremonia, retiróse cada cual, y el novel caballero, acompañado de sus padrinos y de sus deudos, se trasladó á la habitacion del señor de Cangas y Tineo, donde esperaban ya á la comitiva varias damas y convidados, y donde un magnífico banquete, dado por el ilustre maestre, terminó con toda pompa digna de tal solemnidad un dia tan señalado en la vida de nuestro zeloso hidalgo.

CAPITULO XXVI.

> Mucho os ruego de mi parte
> Me lo querais otorgar,
> Pues que de mi nigromancia
> Es vuestro saber y alcanzar,
> Que me digais una cosa,
> Que yo os quiero demandar.
> La mas linda mujer del mundo
> ¿Dónde la podria hallar?
> *Rom. de Roldan y Reinaldos.*

La situacion de los principales personajes de nuestra historia era bien precaria. No hablemos de la infeliz condesa de Cangas, á quien no pudimos menos de abandonar á su triste suerte. Aun entre los que en el dia ocupan nuestra atencion, habia mas de uno que no tenia motivos para estar contento con su estrella. Elvira en primer lugar llevaba continuamente clavado en el corazon el dardo que se ahondaba mas mientras mas esfuerzos hacia por arrancarle, y tenia no pocos motivos de inquietud y melancolía. La falta de la condesa, á quien echaba menos entonces mas que nunca, le recordaba sin cesar que tenia pendiente una acusacion, en el éxito de la cual se hallaba comprometida no solo la vida del hombre á quien no podia menos de amar, sino la suya propia, pues era condicion de tales juicios que habia de morir el acusado ó el acusador, sino en el combate, despues de él. Elvira se hallaba libre en su cámara; pero lo debia á la buena opinion que habia merecido siempre en la corte. Luego que se habia dado á conocer á Abenzarsal, y este habia expuesto á su alteza sus circunstancias y las causas particulares que la obligaban á

guardar secreto, se la habia dejado en libertad bajo su palabra, con la única condicion de haberse de presentar en el juicio, como acusadora, el dia que su alteza tuviese á bien señalar, dia que se retardaba ya demasiado, segun lo que solia en tales casos practicarse. El vulgo de las gentes sobre todo, que no habia podido dar explicacion ninguna á la acusacion y circunstancias de la tapada, no sabia á que achacar semejante tardanza, si no era á las brujerías de don Enrique de Villena. Mientras tanto no era menos cierto que Elvira debia estar en la mas cruel expectativa. La conducta de su esposo era incomprensible al mismo tiempo para ella: nunca le habia dicho una palabra del encuentro en la cámara del astrólogo: semejante reserva, agregada á aquella tristeza misteriosa que le habia dominado hasta el dia en que habia recibido la órden de caballería, manifestaba que tenia oculto algun proyecto, idea que no podia menos de hacerla temblar.

Hernan por su parte, á quien saben nuestros lectores ocupado únicamente en llevar á cabo su venganza contra el doncel, no era mas feliz. Habia llegado á creer fijamente que Macías estaba prendado de su esposa: la pequeña escena que habia pasado entre los dos en la capilla del alcázar no le podia dejar duda acerca de este particular: así, pues, esperaba con impaciencia el momento de llegar á las manos entonces, que ya tenia permiso de su señor para defender su parte en el juicio de Dios. Con respecto á su esposa, debia estar seguro ya de que era la acusadora de don Enrique; pero justamente resentido de ese paso, tampoco la habia hablado de este asunto, y como tan complicado con el otro que en un mismo dia habia él de morir, ó castigar al atrevido y al objeto de su osadía, cuidábase ya poco de esto. No estaba seguro de que su esposa participase de la culpable pasion de Macías; pero eran tan vehementes sus sospechas, que esta era la única razon porque no habia temblado al considerar que ó habia de morir en el combate, ó habia de morir su esposa si él vencia. Triste alternativa por cierto para otro á quien no hubieran tenido tan ciego los zelos como al hidalgo. Entre tanto trataba con la mayor dulzura á su esposa, porque creia que este era, si habia alguno, el medío de asegurar mas la aclaracion de sus sospechas. No viendo ella en él ninguna señal alarmante, se abandonaria mas fácilmente y caeria en el lazo que le tenia astutamente tendido.

Don Enrique de Villena no dejaba de estar inquieto tampoco. Cuando la fortuna se le presentaba tan favorable, cuando habia conseguido romper los funestos cuanto incómodos vínculos que le unian á su esposa, cuando tenia asido ya el apetecido maestrazgo, un doncel aventurero y una dama extravagantemente heróica se habian atravesado en el camino de sus planes: si él hubiera tenido maldad suficiente, nada mas fácil que haber quitado de en medio á toda costa tan importunos obstáculos, como continuamente le aconsejaba el judío, pero ya hemos visto que el indeciso conde creia tener ya harta carga sobre su conciencia con la desaparicion de doña María de Albornoz. El juicio de Dios le hacia temblar, no precisamente porque él estuviese convencido de que si el cielo tomaba cartas en el juego no podia estar nunca de su parte, sino porque

creyendo mas, como creia, en el valor de los combatientes para semejantes trances que en la participacion de la justicia divina, no podia menos de asustarle la idea de que el contrario era Macías, que pasaba con razon entre las gentes por caballero mucho mas perfecto y cumplido que Hernan Perez. Este debia ser víctima probablemente de su temerario y generoso arrojo; y en este caso don Enrique, vencido en la persona de su campeon, tendria que recurrir á medios muy violentos, y que le repugnaban sobre manera, para conservar no solo el maestrazgo sino tambien la vida. Hasta entonces habia tenido la fortuna de retardar el señalamiento del dia, pero esto no podia durar porque la otra parte instaria, y porque la acusacion habia sido demasiado pública y la sentencia demasiado terminante para que pudiese sobresecerse en el asunto. ¿Habria algun medio de evitar que la parte contraria compareciese al dia aplazado? Esto era lo que formaba el objeto por entonces de las maquinaciones de don Enrique de Villena, de su juglar confidente Ferrus y del astrólogo judiciario. En ese caso, tanto Elvira como Macías serian declarados infames, y reputados culpables de calumnia, y acreedores por consiguiente al castigo que habian reclamado en nombre de la ley contra el conde.

Macías era de todos el menos inquieto, y sin embargo el mas desgraciado. Él debia pelear por su amada; pero el que pendiese la vida de aquella del esfuerzo de su brazo, era para él una gloria, una fortuna inapreciable antes que un motivo de inquietud, fuese Villena, fuese otro mas valiente su contrario: y si Elvira no hubiera huido constantemente de sus miradas, si no le hubiese quitado todas las ocasiones de verla y hablarla, ¿quién como él? Pero desde la mañana en que habia sido armado caballero Fernan Perez, mañana en que habia bebido tan copiosamente el veneno del amor, Macías estaba en un estado continuo de delirio y de fiebre, que no le daba lugar á reflexionar que desde el punto en que el hidalgo habia llegado á concebir la mas leve sospecha, solo su extremada circunspeccion podia excusar á la desdichada Elvira mortales sinsabores. El mísero no veia al hidalgo, no veia el mundo que le rodeaba. Ansioso de saber del astrólogo lo que le habia querido decir la mañana de su presentacion en la corte, despues de su llegada de Calatrava, con sus misteriosas palabras, y no habiendo podido verificarlo por el funesto encuentro que en la cámara del judío tuviera, habia vuelto á visitar á este despues de su curacion. Abenzarsal, siguiendo el plan de enredar á los amantes en el laberinto de su pasion, aun á pesar del ciego temor del conde, pues trataba de salvar á este mal su grado, no dudó en echar leña al mortecino fuego de su esperanza.

—Decidme, padre mio, decidme, comenzó Macías, ¿cuál es el sentido de vuestras fatídicas palabras? Esa corte, que me habeis anunciado siempre como un...

— Sí, le contestó Abenzarsal: la primera vez que os vi conocí que la corte debia seros funesta.

—¿Funesta, Abenzarsal? ¿Pero qué llamais funesta vosotros? ¿Quereis decir que podrá acarrear mi muerte?... porque eso, Abenzarsal, no

seria lo peor que pudiera sucederme. ¿Qué causa os conduce á pensar... qué secreto mio?... Mucho temo que esa ciencia de que os jactais sea vana y...

— Escuchadme, jóven temerario, interrumpió Abenzarsal. Antes de soltar vuestra inexperta lengua, aprended á respetar lo que no entendeis. ¿Pensais que puedo vivir ignorante de vuestras acciones, de vuestros deseos, de vuestros mas secretos pensamientos? Decid, ¿os acordais del dia en que os dije que al anochecer encontraríais en mi cámara la satisfaccion de vuestras dudas?

— Sí, sí, ¿cómo pudiera no acordarme? sin el concurso de circunstancias que impidieron entonces una entrevista entre nosotros, esta seria acaso excusada.

— Y bien, ¿y qué encontrásteis en mi cámara?

— ¡Cielos! ¿qué encontré? ¿seria...

— Jóven incrédulo, ¿no encontrásteis el verdadero astrólogo que buscábais? ¿quién os podia dar razon mas satisfactoria de lo que intentábais preguntarme?

— Lo sabe todo, lo sabe todo, dijo para sí Macías. ¡Ah! tu ciencia es cierta. Yo nunca dije á nadie una palabra. Abenzarsal, tomad ese oro: es cuanto traigo: satisfaced ahora á mis preguntas. ¿Me ama, adivino, me ama? ¡Callais, santo Dios! ¡Oh! ¡bien me lo temia!

— ¿Y qué hicísteis que no se lo preguntásteis? ¿A qué preguntarme á mí lo que ella debe saber mejor que yo?

— Viejo artificioso, ¿os burlais de mi dolor? ¿no habeis conocido nunca una mujer? ¿encontrásteis una jamás que haya respondido *sí*, *no*, á vuestras inconsideradas preguntas? ¿no sabeis que la ficcion y el silencio son el arte de las mujeres?

— Harto lo sé: estas canas de que veis cubierta mi cabeza no nacen impunemente.

— Y bien, si tanto sabeis, respondedme: ¿me ama ó me desprecia? ¿son sus miradas las peligrosas redes que las mujeres desvanecidas suelen tender á mil amantes que tal vez aborrecen, ó son las de una hermosa incapaz de engaño y de artificio? ¿son sus ojos solos, ó es su corazon tambien el que me mira? ¿es buena, ó es mala? ¿quién pudo conocer jamás á una mujer? ¿soy su juguete por ventura, soy solo su trofeo, ó soy, Abenzarsal, su vencedor? ¡Ah! cuanto poseo es vuestro. ¡Si me ama, decídmelo! Entonces la corte no puede serme nunca funesta, porque aun muriendo, si muero amado seré dichoso. Si no me ama, callad. Yo he oido decir que conoceis los hechiceros mil medios que inspiran el amor. Enloquecedla, Abenzarsal, haced vos lo que debiera mi mérito haber hecho: ámeme ella, y sea como quiera. ¿Qué condiciones son precisas? ¿cuál es el premio de vuestro trabajo?... ¡Oh! Elvira, Elvira, ¡cuánto me cuestas! ¿Necesitais mi cuerpo, mi sangre? hé aquí, herid y consultad mis venas... ¿necesitais mi alma? ¡maldicion, maldicion! Haced que me adore, Abenzarsal, y tomadla bien. ¡Que me ame! ¡que me adore! y todo lo demás despues.

— Moderaos, jóven arrebatado. ¿Qué motivos teneis para tanta des-

esperacion? ¿no arde siquiera en vuestro corazon una chispa de esperanza?

—¿Y cuándo muere la esperanza en el corazon del hombre? Yo la he visto mil veces: sus ojos me miraban, y se detenian sobre los mios, como se detienen los de una amante sobre los de su querido. Cuando se encuentran nuestros ojos, no hay fuerza que los desvíe. Nuestras almas se cruzan por ellos, se hablan, se entienden, se refunden una en otra. Pero ¡ah! Abenzarsal, que huyen á veces, y su rostro airado...

—¿Airado habeis dicho? ¿y qué mas fortuna pedís? Cuando huyen sus ojos de los vuestros, entonces es cuando mas os ama: entonces, doncel, os teme.

—¿Qué decís?

—No huye la indiferencia, ni se enoja. ¿Y nunca la habeis hablado?

—¡Ah! por mi desgracia una vez...

—¡Por vuestra desgracia! ¿Le dijisteis?...

—Menos de lo que siento, pero le dije...

—¿Y respondió?

—¡Mas cómo respondió!!

—¿Os respondió que no, que la ofendíais... que huyéseis... que?...

—¡Abenzarsal!

—¿De qué, pues, os quejais? ¿queríais, mozo inexperto y precipitado, que una mujer virtuosa, una mujer que debe á su esposo?...

—¡Abenzarsal! gritó furioso Macías.

—Y bien. ¿Quereis que me ria en vuestra cara de esa locura? ¿no os enojais ahora porque? .. yo creí que teniais muy sabido...

—Sí, sabido, sí, ¡pero ay del que se complazca en repetírmelo!

—En buen hora. ¿Queríais que esa mujer, cuyas perfecciones adorais?...

—Entiendo, entiendo.

—Sed mas confiado, señor, y menos impaciente.

—Vos mismo la hubiérais apreciado en menos, y eso las mujeres lo saben. Quieren ser premio de la victoria, pero de una victoria reñida, porque cuando son vencidas, doncel, ellas mismas hallan disculpa á su flaqueza, disculpa que no encontrarian si no se defendiesen. Las menos virtuosas, Macías, quieren parecerlo hasta á sus propios ojos. ¿Qué será, pues, las que realmente lo son?

—Sí, pero no confundais á Elvira con...

—En buen hora, doncel. Si os habeis prendado de un ángel, id á consultar ángeles: yo solo conozco el corazon humano.

—Judío, ¿y qué me aconsejais?

—¿Necesitais consejos despues de lo que os he dicho?

—¿Es posible? Ah, padre mio, no me hagais entrever la felicidad para arrancármela despues mas amargamente de entre las manos. Si mi constelacion...

—Las constelaciones, doncel, mandan que tengamos frio en el invierno, y sin embargo, si os sumergís en un baño de agua caliente en el corazon de enero, ¿no hubiérais de sudar?

— ¡ Cierto !

—Andad, pues, y venced, si podeis, vuestra constelacion. Ella se os anunció funesta. Hacedla vos venturosa.

— Explicaos mas claro, padre mio... ved que...

— Doncel, os he dado cuantas explicaciones puedo daros. Recapitulad mis palabras, y partid. Solo os añadiré, y ved que no os hablo mas en el asunto, que para vencer es fuerza pelear, por mas que muchos que peleen no venzan. Vuestra constelacion es funesta; en vuestra mano está sin embargo vencerla. Confianza y audacia. A Dios.

— ¡ Confianza y audacia ! salió diciendo Macías; ¿santo Dios? ¿será mia? ¿será mia alguna vez? Dos lágrimas, hijas de la terrible emocion y de la alegría que henchia su corazon, surcaron sus encendidas mejillas. Desde entonces el audaz mancebo revolvió en su cabeza cuantos medios podian ocurrírsele para tener una entrevista con Elvira; desde entonces no vió mas que á Elvira en el mundo, y desde entonces pudiera haber conocido quien hubiera leido en su corazon que Elvira ó la muerte era la única alternativa que á tan frenética pasion quedaba.

CAPITULO XXVII.

Eres mujer finalmente.
Rom. de Zaide á Zaida.

Jaime, decia una mañana Elvira á su paje, que sentado á sus piés la miraba de hito en hito con ojos ora tiernos, ora indagadores: Jaime, ¿te habló hoy Fernan Perez á tí?

—¿A mí? prima mia, ya sabeis que no soy santo de su devocion; siempre que me ve hablando con vos mas de lo regular, hay motivo bastante ya para que tenga mala cara un dia entero. Sin embargo, nunca le hice mal alguno; antes le deseo mucho bien, porque os lo deseo á vos. Con que si no os ha hablado, lo que es á mí...

—¡Ah! tampoco: no sé qué secreta melancolía le devora desde la noche...

—Sí, aquella noche en que...

—No la recuerdes: mi falta de confianza acaso... el paso que dí... si llegó á cerciorarse de que era yo...

—Pudiera ser, pero me parece que tiene alguna cosa mas.

—¿Qué cosa?

—Yo he oido decir que los zelosos hacen lo mismo que vuestro esposo.

—¡Jaime! ¿Será posible que Hernan Perez abrigase la menor duda acerca de la virtud de su consorte...

—No digo eso; antes creo todo lo contrario. Alguna vez le he so-

lido sorprender, hablándose solo á sí mismo : acaso me tenga rencor por eso... « Elvira me ama, » decia antes de ayer cuando yo le encontré distraido, « me ama tanto como yo á ella : es imposible : no era culpable... »

—¿Eso decia?

—Eso le oí.

—¡Dios mio! ¡cuán ingrata soy! Y en ese caso, esos zelos que dices...

—Esos zelos puede tenerlos de alguno, aun sin pensar que vos...

—¿De alguno?

—Escuchad.

—Ayer en la corte miró á un caballero, que conoceis, de una manera... ¡Ay! si sus ojos hubieran sido rayos, con la velocidad del relámpago hubiera sido reducido á cenizas el caballero.

—¡Cielos! ¿Qué os hice yo para merecer tanto rigor?

—Y como se dice que ya en una ocasion ha tenido algun lance con el mismo caballero, y que sus heridas...

—Basta, Jaime, no despedaces mi corazon ; tú que le conoces, tú que sabes cuán inocente soy...

—¡Oh! si yo fuera esposo de la hermosa Elvira, ¡qué pocos cuidados me habian de dar los zelos! ¡cómo dormiria á pierna suelta! ¿no es verdad, prima?

Un estremecimiento involuntario fué la única respuesta de Elvira y un profundo silencio, indicio de la mayor distraccion.

—¿No es verdad, prima? preguntó de nuevo el inexperto niño, volviendo á aplicar el dedo imprudentemente en la llaga. Ello por otra parte, á mí me da lástima.

—¿Qué te da lástima? preguntó Elvira.

—Si viérais en qué estado está mi pobre amigo : el que me solia llamar así...

—¿Qué amigo?

—¡Qué amigo quereis que sea! Si viérais qué rostro tan pálido... tan desfigurado... Por fuerza está muy malo... Si el amor es capaz de hacer tantos estragos, no quiero nunca enamorarme.

—¿Qué dices, Jaime?

—Lo que oís : solo que yo no lo entiendo, cuando oigo decir que Macías está así porque quiere bien. Yo os quiero bien ; no os podrá querer él mas, y sin embargo vame bien de salud. A pesar de eso todos dicen que está enamorado.

—¿Lo dicen todos? ¡Imprudente!

—Un caballero tan aventajado, tan...

—Jaime, te he prohibido que me hables de él : ¡por piedad!

—Bien, prima, bien : no os aflijais. En confianza... anadió sonriéndose, es lo último que voy á decir... no tengais cuidado... en confianza, se me figura que no estais vos mejor que él...

Elvira se cubrió el rostro con su pañuelo y apretó involuntariamente la mano del pajecillo, que continuó...

—Yo os aseguro que si le viérais... y le hablárais...

—Jaime, dijo volviendo en sí Elvira y levantándose, nunca, ni verle, ni hablarle... ni hablarme nada de él; lo he dicho ya.

—¿Tan delincuente puede ser? Porque os ama...

—Porque es mi voluntad, paje. Callad.

—Pero haceos cargo de que si está enamorado, segun dicen, ¿cómo puede él dejar de amar, ni qué culpa tiene? Ya no creia que fuérais tan rencorosa. ¡Ah! si de ese modo pagais el cariño de los que os quieren bien, os dejaré yo de querer...

— No hay remedio, Dios mio, no hay remedio, exclamó Elvira desesperada. No he de volver los ojos donde no le vea. No he de oir hablar sino de él. Si no quereis, Dios mio, mi perdicion, empezad por apartar su imaginacion de mis ojos, su recuerdo de mis oidos. Yo os lo pido, y os lo pido de corazon. No quiero sucumbir, no quiero.

— Ved, prima mia, que siento pasos, y que si llega alguien y os ve de esa mañera, pensará que os he reñido yo á vos, en vez de reñirme vos á mí.

— Sí: voy á enjugar mis lágrimas. Jaime, ries, porque no conoces el mundo todavía: no crezcas ¡ay! no salgas nunca de tu dichosa edad.

Dichas estas palabras, que dejaron un tanto cuanto reflexivo y meditabundo al pajecillo, que no veia muy claro todavía qué peligro podria haber en crecer como todos habian crecido antes que él, retiróse Elvira por no ofrecer su rostro descompuesto en espectáculo á la persona que iba á entrar, si no engañaba el ruido de los pasos, que cada vez se oian mas cerca.

Apenas habia desaparecido, cuando un caballero embozado en su capilla entró mirando con espantados ojos á una y otra parte.

— Tampoco, dijo, tampoco está aquí.

— ¿Adónde vais, señor? preguntó el paje, asombrado del desórden que reinaba en su fisonomía y en toda su persona, ¿adónde de esa suerte?

— ¿Jaime, eres tú? pues bien, he de verla.

— ¿Habeis de verla? ¿á quién?

— ¿A quién? ¿hay otra en el mundo por ventura? ¿conoces tú otra?

— ¿Estais loco?

— Sí, lo estoy, estoy lo que quieras, con tal que me la enseñes. Verla, no mas verla. ¿Dónde está?

— ¡Desdichado! ¿Y Hernan Perez, señor?

— ¡Ah! Hernan Perez no vendrá. Ahora halconea con el rey en la ribera. Me he perdido de propósito por encontrarla.

— ¿Pero no veis cuán mal hecho es lo que haceis?

— ¡Mal hecho! ¡mal hecho! ¡Siempre la reconvencion, siempre el deber, y siempre la virtud! ¿Quién te ha dicho, paje, que estoy obligado á hacerlo todo bien? ¡Peor hecho es ser ella hermosa!

— ¡Qué palabras! Pues advertid que ver á mi prima es imposible!

— ¿Imposible? repitió con una amarga sonrisa el doncel. ¿Por ventura no está?

— Estar... respondió con algun embarazo el paje, eso... Mirad: está;

pero si quereis creerme, es como si no estuviera. Para vos debe ser lo mismo.

— ¿Porqué?

— Porque está mala. ¡Ah! señor, si la viérais... tened compasion...

— ¡Compasion! ¿La tiene ella de mí? Pero, Jaime, ¿qué mal, qué dolencia?...

— Yo no sé. Se entristece, no duerme, no come, llora...

— ¿Llora? ¿Sufre?

— Ya veis, pues, que es imposible.

— Ahora mas que nunca la he de ver.

— ¿Qué hablais? Yo creia que con deciros....

— ¡Ah! ¿con que me engañas, paje?... ¿no es cierto cuanto me dices?...

— Como el evangelio, señor caballero; pero.... en una palabra, díjome no ha mucho... Mas aguardad. Si no me engaño, ella viene...

— ¿Ella? ¿Elvira?

— Salid, pues: véd que no gustará....

— ¡Que salga! No, paje, no.

— Pero reparad.... ¡Anda con Dios! ¡allá os avengais! Yo no pude hacer mas, dijo el paje encogiendo los hombros al ver que Macías, apartándole con brazo poderoso, se dirigia hácia donde sonaba el ruido de los pasos.

— ¿Qué altercado es ese, Jaime? salió diciendo Elvira. ¡Santo Dios! añadió en cuanto vió al doncel, que arrodillado ya á sus piés parecia implorar el perdon de su audacia y su descortesía. ¡Qué imprudencia, señor, y qué osadía! ¿Qué haceis? ¿Vos en mi habitacion?

— Sí, bien mio, respondió Macías. Vana es ya la porfía: inútil la resistencia; yo os amo, Elvira.

— ¡Ah! ¿qué intentais? Alzad, señor; volveos.

— ¿Adónde quereis, Elvira, que me vuelva? dijo Macías, levantándose y estrechando entre sus manos las de su amante. El mundo entero está para mí donde estais vos No hay mas allá.

— ¡Silencio! Si mi esposo....

— Elvira, no temais...

— Salid. Os lo ruego, os lo mando.

— ¡Delirio! ¿Os parece que cuando me decidí á accion tan aventurada, cuando me expuse y os expuse á vos misma á los riesgos de esta entrevista, fué para volverme despues de lograda?

— Yo tiemblo. Jaime, dijo Elvira, si por ventura oyeses...

— Perded cuidado, prima mia... respondió Jaime.

— Corre, sí: si le vieses venir...

— Jaime os probará su fidelidad.

Dicho esto, salió el inteligente pajecillo, bien resuelto á ejercer la mas activa vigilancia para evitar que la locura imprudente del doncel acarrease á su prima mas funesta consecuencia que la de haber de convencerle de cuán temerario era el paso que acababa de dar en aquel momento. Macías dirigió al paje, que desaparecia, una mirada en que se

podia leer claramente una larga accion de gracias al cielo, que le proporcionaba por fin aquella secreta ocasion de vencer el desden de la señora de sus pensamientos.

— ¡Ah! Macías, si sois generoso, si sois caballero, oid mis ruegos por piedad. Idos. Soy mujer, y os lo ruego. A vuestras plantas si quereis....

— ¡Elvira! gritó Macías fuera de sí levantando á la hermosa Elvira. Oidme. Un momento no mas. Oidme, y partiré. Tres años, señora, hace que os vi la vez primera; tres años os amé, y os amo, yo os lo juro, como nadie amó jamas: igual tiempo callé. Mil veces fué á escaparse de mis labios la palabra fatal; mil veces la sofoqué: la inmensidad de mi amor la ahogó en el fondo de mi corazon. Mis ojos, sin embargo, os lo dijeron. ¿Cómo imponerles silencio? Ellos hablaron á mi pesar. ¿Porqué los vuestros me respondieron? Callaran ellos, y muriera yo callando. Ellos me animaron empero. Bien lo sabeis, señora. Mi amor es obra vuestra.

— ¿Mia? ¡Ah! ¡sed, doncel, mas generoso!

— ¿Pedisme generosidad? ¿La usásteis vos conmigo? ¿Vos me pedís virtudes? Pedidme amor, señora. Es lo único que os puedo dar. Amor, y nada mas. Si es virtud el amar, ¿quién como yo virtuoso? Si es crímen, soy un monstruo.

— ¡Silencio!

— ¿Porqué? ¿Pensais que la naturaleza ha podido imprimir con caractéres de fuego en el corazon del hombre un sentimiento sublime, un sentimiento de vida, eterno, inextinguible, para que se avergüence de él? ¡Ah! No la hagais injuria semejante. Cuando lanzó la mujer al mundo, *la amarás*, dijo al hombre; inútil es resistirla. Sus leyes son inmutables, su voz mas poderosa que la voz reunida de todos los hombres. Os amo, y á la faz del mundo lo repetiré; harto tiempo lo callé...

— ¿Pero podeis ignorar, Macías, que mi estado?...

— ¿Vuestro estado? Preguntadle á mi corazon porqué latió en mi pecho con violencia cuando os vi por la vez primera. Preguntadle porqué no adivinó que lazos indisolubles y horribles os habian enlazado á otro hombre. Nada inquirió. Yo os vi, y él os amó. ¿Porqué, cuando dispuso el cielo de vuestra mano, no dispuso tambien de vuestra hermosura? Si solo para un hombre habeis nacido, ¿porqué os dió el cielo belleza para rendir á ciento?

— Vos delirais, Macías.

— Si es delirio el amaros, deliro, y deliro sin fin. Si en mis acciones, si en mis palabras echais de menos por ventura la razon, vos la teneis sin duda, que vos me la robásteis. Vuestros son tambien mi locura y mi delirio.

— Falso es, Macías, lo que hablais; es falso. Ni vos me amais ahora, ni me amásteis jamás. ¿Dónde aprendísteis á amar de esta manera? Me veis, y vuestros ojos, funestamente clavados en los mios, están diciendo á todo el mundo: *¡Yo la amo!* Corro al campo á buscar la tranquilidad que en vano me pide mi corazon en la ciudad, y allí Macías, allí donde yo voy. Veis á mi esposo, que al fin, Macías, es mi esposo, es cosa mia, y haceis gala de decir á las gentes con vuestras fatídicas miradas: *Por que*

ella es suya le aborrezco. ¿Y porqué, imprudente, no he de ser suya? ¿Qué hizo él acaso para merecer tanto odio? ¿Qué haceis vos que él no haya hecho, y antes, doncel? ¿Gustais de mí, decís? Tambien él lo decia. ¿Puede ser en él crímen el amarme, y en vos?...

— Crímen, sí, crímen imperdonable, que solo con mi sangre ó con la suya....

— Basta ya, temerario. ¿Y vos me amais, doncel? ¡Y vos me lo decís! ¿Os encuentra ese esposo á mis plantas casi, no hunde su acero en vuestro corazon como debiera sin duelo alguno, y vos le provocais y osais contra él alzar el insolente acero? ¿Eso es amar, Macías? Nadie hay en la corte que al pronunciar vuestro nombre, no pronuncie el mio al mismo tiempo. ¿Porqué esa union fatal? Vuestra imprudencia acaso...

— ¡Mi imprudencia!

— Y no contento con perderme para siempre, no contento con haber llenado de luto mi corazon, con haber hecho de mis ojos dos fuentes de lágrimas inagotables, ¿osais aun, á riesgo de ser hallado, traspasar el dintel de mi puerta, osais comprometer mi vida... mi honor?...

— ¿Yo, Elvira? ¡Maldicion sobre mí!

— ¿Eso es, decidme, lo que debia yo prometerme de ese amor tan decantado? ¡Ah! Macías, si os amara, ¡cuán infeliz seria!

— ¡Si me amara!

— ¡Cuán infeliz! Vos mismo habeis cavado entre los dos un abismo insondable...

— Abismo que se llenará, que yo traspasaré, ó donde entrambos nos hundiremos. Me amas, Elvira, me amas. Tu llanto, tus acentos, esa voz trémula y agitada, la tempestad que anuncian tus palabras, son señales harto ciertas que descubren el volcan inmenso que arde en tu corazon. Si fuí imprudente, lo confieso, tú tuviste la culpa. ¿Porqué no me inspiraste una de esas débiles pasiones, un amor pasajero, de esos que es dado al hombre disimular, de esos que no se asoman á los ojos, que no hablan de continuo en la lengua del amante, de esos que pasan y se acaban y dan lugar á otros? Ay, tú lo ignoras, Elvira. Hay un amor tirano; hay un amor que mata; un amor que destruye y anonada como el rayo el corazon donde cae, que rompe y aniquila la existencia; y que es tan fácil de encerrar, en fin, en lo profundo del pecho, como es fácil encerrar en una vasija esos rayos del sol que nos alumbra.

— Macías, ¡por piedad!

— No: sufre ahora, que yo sufrí tambien, y sin consuelo y sin indemnizacion, sin premio. Una vez no mas te hablo en la vida, pero me has de oir. ¿Temes el mundo? Bien. Habla, es verdad, habla imprudente lo que sabe, lo que no sabe, lo que existe, y lo que acaso jamás existirá. Témele tú en buen hora. Yo le aborrezco. Huyamos de él, huyamos para siempre. Una lanza para mí, y un caballo para los dos. Basta.

— ¿Qué escucho? ¿adónde quereis llevarme?

— Donde no haya hombres, Elvira; donde la envidia no penetre. Una cueva nos cederán los bosques: amor la adornará; tú misma con tu presencia. Solo nosotros hablaremos de nosotros. El leon allí no contará á

la leona, con maligna sonrisa, que Macías ama á Elvira. Las fieras se aman tambien, y no se cuidan como el hombre del amor de su vecino. El viento solo lo dirá á los ecos, que nos lo repetirán á nosotros mismos. Ven, Elvira, bien mio.

— Macías, dijo Elvira desasiéndose de los opresores lazos del doncel, vos os dejais llevar de vuestro loco arrebato. Vos me tuteais...

— ¿Y qué importa, señora, que no se tuteen nuestros labios, si nuestros ojos se tutean?

— ¡Ea! partid, dejadme; añadió Elvira con una emocion difícil de explicar. Por la última vez, dejadme.

— Decidme que me amais, y partiré. Una vez sola, una vez; decidme que he de volver á veros, que he de volver á hablaros...

— Soltad; es imposible.

— Amadme, Elvira: ¡por piedad!

— ¡Nunca! ¡jamás! os aborrezco.

— ¿Me aborreceis? ¿no hay en el cielo rayos? ¿no hay quien me mate? ¡Fernan Perez!

— ¿Qué haceis?

— Llamarle. Lleve mi vida quien se llevó mi dicha. ¡Fernan Perez!

— ¡Teneos! Macías. Bien: yo...

— Acaba, acaba.

— Yo os... imposible, jamás. Os aborrezco.

— ¿Y lo dices llorando? Tus lágrimas ardientes corren hasta mis manos. Huyamos. Los amantes son solo, Elvira, los esposos... inútil es la lucha...

— No, no. Macías: hay un Dios. Hay un Dios que nos ve. Mi deber es primero. ¡Santo Dios! exclamó prosternándose la desdichada Elvira, dadme fuerza y virtud! Sola no basto á resistir.

— ¿Qué escucho? ¡Es mia, es mia!

Macías estrechaba sobre su corazon á la infeliz Elvira, que exánime y sin sentido no oponia á su loco arrebato mas resistencia que la pasiva inmovilidad del estupor y del asombro.

— Él viene, gritó de pronto una voz harto conocida á los oidos de Macías y de Elvira. Él viene, repitió de allí á un momento. Así resonó en el corazon del doncel, como el eco lúgubre del bronce, que anuncia al amante parado en la playa la despedida del buque que lleva consigo el tierno objeto de sus ansias.

— ¿Viene, Jaime?... preguntó Elvira fuera de sí. ¡Dios mio! Salid, señor, salid. ¿Veis á qué extremidad me reduce vuestra imprudencia?

— Decidme, pues, contestó Macías deteniéndola aun, decidme una palabra sola de consuelo.

— ¡No, no! contestó Elvira mirando á todas partes con la mayor agitacion.

— Ved que no es tiempo ya, repitió el pajecillo mirando por entre los coloreados vidrios de una rasgada y gótica ventana.

— ¡Mi honor: mi honor, Macías! exclamó Elvira.

— Hablad pues...

— Bien : sí, lo que gusteis diré, pero ocultaos.

— Solo por tí...

— ¡Hacedlo por mí! Sí. Ved ese gabinete. Armas es lo que hay dentro. Rara vez llega á él. Presto : ocultaos.

Echó Macías una ojeada de dolor á Elvira, y otra de despecho hácia la puerta por donde debia tardar muy poco en entrar el hidalgo : impelido, sin embargo, por el brazo de Elvira, que suplicante le rogaba con lágrimas en los ojos que salvase su honor, ocultóse en el gabinete, y cerróse por sí misma tras él la pesada puerta.

— ¡Dios mio! exclamó Elvira. ¡Perdon, perdon! ¡Vos veis, señor, mi inocencia desde los cielos! ¡Dadme valor para la amarga prueba que me falta!

No bien habia acabado de decir estas palabras, y de enjugar precipitadamente las lágrimas que se habian agolpado á sus ojos, rogó al pajecillo, no menos asustado que ella, que no se separase de su lado en aquel crítico momento, en que necesitaba su serenidad toda y la de un amigo además, para no revelar ante los perspicaces ojos de su marido la terrible emocion que dominaba en su pecho. Poco despues entró Fernan Perez. El lector nos perdonará si dejamos para otro capítulo la prosecucion del cuento de las cuitas de la infeliz Elvira.

CAPITULO XXVIII.

E si por ventura quieres
Saber porqué soy penado,
Plácete, porque si fueres
Al tu siglo trasportado,
Digas que fui condepnado
Por seguir damor sus vias,
É finalmente, *Macias*
En España fui llamado.

Don Enrique de Villen. Infierno de los enamorados.

Suponemos de buena fe que pocas de nuestras lectoras se habrán encontrado en la situacion de Elvira, si bien no nos atreviéramos á asegurar otro tanto de nuestros lectores con respecto á la del encerrado doncel. Era efectivamente aquella bastante extraordinaria. En balde habia dirigido la virtud mas rígida todas las acciones y palabras de Elvira : en balde habia resistido, á costa de los mayores tormentos, á la encendida pasion de su imprudente amante. Una inexplicable fatalidad pesaba sobre ella y sobre cuanto la rodeaba. Ella habia inspirado inocentemente una pasion frenética, que solo podia emponzoñar su vida ó adelantar su muerte; pero semejante á la abeja, que se lastima al picar y deja perdido el aguijon en la herida que hace, Elvira no habia ganado el corazon del doncel sino á costa del suyo. Mas virtuosa, como mujer, luchaba mas tiempo; pero luchaba con un enemigo mas fuerte que ella, y solo la mano del To-

dopoderoso, que acababa de implorar, podia salvarla del hondo precipicio que ante sus piés miraba. Amaba á su esposo por otra parte; y ¿cómo no amarle? Era, pues, tan inocente como desgraciada.

La misma fatalidad que pesaba sobre Elvira, habia alcanzado al doncel. Habia bebido sin saberlo la ponzoña que corria por sus venas. Largo tiempo habia luchado tambien el deber con el amor; pero un concurso de circunstancias no buscadas le habian venido á poner en tal estado: que así le era fácil sacudir el yugo, como le es fácil á la débil paloma desasirse de las crueles garras del sacre devorador.

La puerta del gabinete donde Macías habia entrado era compuesta de dos altas hojas, construidas segun el gusto gótico, ó por mejor decir, gótico arabesco, que tenian entonces todos los adornos arquitectónicos. Pero en cada una de sus hojas una ventanilla cerrada por una cruz de hierro, y puesta á la altura poco mas ó menos de una persona, proporcionaba desgraciadamente al caballero la deplorable facilidad de ver cuanto pasaba en la cámara donde los dos esposos estaban, no pudiendo ser él visto á causa de la oscuridad en que se hallaba sepultado aquella especie de astillero ó gabinete de armas, que no tenia mas luz que la que del salon inmediato recibia.

El semblante pálido y deshecho de Elvira, sus ojos encendidos de llorar, una indefinible tristeza que oscurecia sus facciones, como una nube oscurece el dia, y cierta agitacion particular, hija del temor y del cuidado con que entonces estaba, la hubiera hecho interesante á los ojos de cualquiera, por indiferente que hubiera sido á los tiros del amor. Hacia tiempo por el contrario que no habia tenido Hernan Perez un dia que tanto hubiese contribuido á disipar su natural melancolía. Habia cazado con su alteza y con don Enrique de Villena, que ambos á dos le habian colmado de favores: aquella habia sido la primera vez que se habia hallado en público en calidad de caballero, y el corazon del hombre es harto débil para no lisonjearse de semejantes distinciones. Deseaba partir con una persona querida su satisfaccion; ¿y con quién mejor que con su esposa? Dirigióse á ella con un semblante mas animado y franco de lo que comunmente solia.

—¿He tardado, no es verdad, Elvira? dijo acercándose á ella con un hermoso azor en el puño izquierdo. ¿He tardado?

—No, Hernan: antes paréceme que habeis venido...

—¿No me esperábais todavía? Esta es la suerte de los maridos. Nunca se los espera.

—¡Santo Dios! dijo para sí Elvira, hasta cuyo corazon habia penetrado esta casual alusion.

—¿Estais triste, Elvira? continuó Hernan acariciando al pájaro distraidamente. Cualquiera diria que habíais cometido alguna accion de que tuviéseis que avergonzaros. Si os hubiera sorprendido con un amante, ¿no tendríais la cara mas lastimosamente melancólica? Si he venido á haceros mala obra...

—¡Esposo mio! exclamó Elvira destrozada en su interior, sabeis que ha tiempo que la debilidad de mi cabeza....

— Tenaces son esos males de cabeza y terribles, añadió Hernan. Tambien está triste este pobre pájaro. Miradle, Elvira. Su alteza acaba de cambiármele por el mio : ha cazado tan bien esta mañana, que ha querido quedarse con él. Nos ha encantado á todos. ¿Quereis creer que cuantas veces le ha soltado su alteza y don Enrique de Villena, otras tantas ha vuelto con la presa? Solo una vez que le solté yo se vino con las garras vacías. Sobre eso quiso su alteza darme vaya. — ¡Ea! dijo : Vadillo, hoy no estais para cazar. Hoy no cogereis pájaro ninguno... ¿Qué teneis, Elvira?.. Sobre eso fué tal la rabia que concebí, que se lo ofrecí al rey, y de buena voluntad. Efectivamente no era mi estrella cazar hoy. De allí á poco su alteza se empeñó en que le soltara su doncel favorito...... y tambien cazó; pero yo nada. Verdad es que Macías caza bien. ¿Pero, esposa, os alterais? esa agitacion...... acaso..... su nombre solo os ofende. ¿Tanto le aborreceis? ¿Recordais por ventura?... Pero veo que os incomoda demasiado. Nunca hemos hablado de eso. No hablemos jamás ya. Volviendo á la caza, Elvira, está visto que hoy no cazo. Dióme, pues, este azor en cambio del mio, y ¡pardiez! que está triste. Acaso habrá dejado su compañera al venir á mi poder. Los animales nos dan ejemplo de fidelidad : ¿no es verdad, Elvira? capaz será de morirse. ¡Azor! ¡azor! Solo por eso le quiero. Él no caza hoy, es verdad : en eso se parece á mí; pero es fiel, y váyase lo uno por lo otro; ¡porque en eso se parece á vos!

Volvia Elvira la cabeza á una y otra parte; tosia, bostezaba; cubríase el rostro con el pañuelo; pero la agitacion que en su exterior se notaba era, comparada con el desórden de sus pensamientos y la lucha atroz de sus sensaciones, lo que es la arrugada superficie del mar azotada por una blanda brisa, comparada con el furor y embate de las montañas de agua que subleva y despide contra el cielo una deshecha borrasca. Al pajecillo íbasele un color y veníasele otro, que aunque de corta edad, ni se le ocultaba el riesgo del encerrado mancebo, ni el de Elvira si llegaba á ser descubierto, ni la terrible simpatía que entre aquella situacion y el diálogo del hidalgo reinaba.

Comenzó este á parar la atencion en el singular estado de su esposa.

— Os entiendo, Elvira, dijo despues de un momento de pausa, os entiendo. Las conversaciones de dos esposos que se aman no han menester testigos, y vos teneis sin duda algun secreto que fiarme.

— ¿Yo? preguntó azorada Elvira. ¿De qué inferís?.....

— Sí; Jaime, continuó Hernan Perez, yo te llamaré.

— Ah, dejadle, señor : el paje no incomoda...

— No importa. Lleva este azor adentro. Que le cuiden. Que no se escape sobre todo : era el favorito de su alteza, y tan ilustre huésped no puede sino honrar mi casa.

Preciso le fué al paje obedecer. La órden estaba dada de una manera muy positiva, y el haber insistido por otra parte demasiado solo hubiera conducido á dar sospechas.

Elvira hizo un esfuerzo para levantarse, y dirigiéndose al paje, bastante separado ya de su esposo, aparentó acariciar al ave, pero díjole en rea-

lidad al oido : — Jaime, vuelve dentro de un momento; si he conseguido apartar de aquí á Hernan Perez, facilita la salida al caballero. ¡ Y que no vuelva nunca, nunca!

— Bien, querida prima, respondió el paje en voz alta, no es este el primer pájaro de que he cuidado. Yo os aseguro que se le tratará como merece. ¡Azor! ¡azor! se fué diciendo en seguida, y saltaba al mismo tiempo aparentando con la mayor inteligencia el indiferente atolondramiento de su alocada edad.

— Pienso, Hernan Perez, dijo Elvira acercándose á su esposo, que el aire libre me sentaria bien. Si quisiérais, pudiéramos ..

— Esposa mia, repuso Hernan Perez, cuyos deseos de conversar á solas con Elvira irritaban mas y mas los obstáculos que se le querian oponer, no lo creais. Se ha levantado un viento fuerte, que solo podria perjudicaros. Venid y sentaos á mi lado. No es mi carácter, Elvira, esa fatal reserva que circunstancias desgraciadas me han hecho usar con vos de algun tiempo á esta parte. El corazon del hombre se cansa del silencio : llega un caso por fin en que necesita, como el agua oprimida, un desahogo. Me es necesaria, Elvira, una larga explicacion.

— ¡Dios mio! dijo Elvira para sí : ¡en vuestras manos me encomiendo! Resignada con esta breve oracion mental, sentóse trémula y agitada al lado de Hernan, que cogiéndole una mano y oprimiéndosela cariñosamente, no ya como un marido, sino como un amante, continuó clavando tiernamente sus ojos en los de ella.

— Sí, Elvira, oidme. Si os creyese una mujer vulgar, una mujer capaz de guardar secretos para vuestro esposo, no os abriria mi corazon. Pero ¡ah! vos sois víctima tambien hace ya tiempo de esta fatal reserva que ha helado nuestra existencia. Maldicion sobre el ser impasible y yerto, que cerrado siempre para sus semejantes, vive solo dentro de sí y solo para sí. Su consorte es un vivo, condenado á vivir atado á un cadáver.

— ¿Qué decís?

— Sé que el destino ha arrojado entre nosotros un ser desgraciado : sé que una inclinacion á que dísteis acaso demasiado imperio sobre vuestro corazon...

— ¡Hernan Perez! exclamó asustada Elvira.

— Sí, ¿á qué negarlo? Vos amábais á la condesa, mas acaso de lo que la misma amistad tiene derecho á exigir.

— Cierto que la amé siempre mucho, interrumpió Elvira con mas serenidad.

— No culpo en vos ese sentimiento, si bien pudiera estar zeloso de él. Nace de un corazon generoso; pero...

— Permitidme que en ese punto no dé oidos, señor, á vuestras reconvenciones... dijo Elvira pensando mas en abreviar el diálogo que en meditar prudentemente sus respuestas.

— ¿Es posible, Elvira, es posible?

— He jurado guardar silencio...

— ¿Pero cuál misterio?...

—Permitidme que calle ahora: algun dia sabreis, y no está lejos tal vez, que esa misma amistad que me echábais no ha mucho en cara, os hace mirar á don Enrique bajo un aspecto falso. Básteos saber que no he creido faltaros...

—Dejemos en buena hora ese punto, si tanto os incomoda. Vengamos á otro. Sabeis, Elvira, que soy vuestro esposo... Hay un hombre sin embargo...

—Esas palabras, señor... ¡Ah! soy inocente, exclamó Elvira precipitándose á los piés de Fernan Perez.

—¿Cómo pudiera yo dudarlo, Elvira? sois inocente; ¿pero basta acaso en el mundo en que vivimos ser inocente? ¿No es fuerza parecerlo tambien? Oidme. Vos sabeis cuánto os amé: os conduje al altar, partí con vos mi lecho, os entregué mi casa porque os amaba, Elvira. Hay un hombre, sin embargo, que ha osado poner en vos los ojos.

— ¡Ah! señor, acaso os deslumbre...

— Nada me deslumbra, Elvira. No os haré cargo alguno. Vuestra palabra me basta. Mi honor está en vuestras manos. Ese fué el depósito sagrado que al desposarme os entregué. ¿Le habeis guardado, Elvira?

— ¡Señor! exclamó Elvira ahogando sus sollozos, y volviendo el rostro á mirar con la mayor agitacion el gabinete.

— La verdad, Elvira, y nada mas. Mirad: yo os pedí vuestro corazon, no os lo robé: yo no os dije *sereis mi esposa*, sino *¿quereis serlo?* ¿Para qué pensásteis que enlacé á mi suerte la de una mujer? Para hacerla feliz. No hago trovas, Elvira, no es el talento la cualidad de que blasono. Empero la honradez será siempre mi norte. Sed, Elvira, feliz. Decidme ahora cuáles son los medios que para serlo exigís. Hoy es tiempo todavía; mañana no lo será tal vez.

— ¡Ah! exclamó Elvira en el mayor desórden. ¿Vos habeis dudado, esposo? Si viérais sin embargo mi corazon, si viérais cuánto ha padecido... ¡Piedad, piedad de mí! No mando en mí, Fernan, ni sé quién soy.

— No os turbeis, Elvira: tranquilizaos. Eso me basta. ¿Me amais?

— ¡Si os amo! ¿Cómo pudiera no amaros?

—Basta, Elvira; de hoy mas mis labios se sellarán: vuestra palabra va á guardar en lo sucesivo mi tranquilo sueño. ¡Elvira, Elvira!

Una larga escena de silencio, pero de elocuente silencio, se siguió á esta enérgica exclamacion. Elvira al oirla miró dolorosamente al gabinete. Presentóse entonces á sus ojos el amor, terrible presagio de sangre y de desgracia. Asustada cerró los ojos, y no pudiendo resistir á la lucha interior que la devoraba, y á la imágen de cuanto deberia sufrir el que estaba condenado á ser testigo de escena tan amarga, dejó caer su cabeza desmayada sobre el hombro de Hernan Perez. Un torrente de sus lágrimas inundó el pecho del hidalgo; de esas lágrimas de hiel que se forman y corren lentamente, que manan con dolor, con amarguísimo dolor del mismo corazon.

— Ah, perdonadme, Elvira, dijo arrebatado el hidalgo de ternura y de entusiasmo; perdonadme si he podido ofenderos con dudas ofensivas...

— ¿Que os perdone, señor? exclamó Elvira. ¿Yo á vos? Perdonadme vos á mí...

Al llegar aquí anudáronse las palabras en la garganta de Elvira, y no la dejaron sus sollozos proseguir. Un sentimiento profundo de vergüenza y remordimiento, y una expansion espontánea de generosidad se habian apoderado de ella. Un momento menos de reflexion, y la infeliz Elvira declaraba á los piés de su suspicaz esposo su deplorable estado; pero el doncel estaba en su casa todavía. La menor imprudencia suya hubiera tenido funestas consecuencias. Alzó los ojos al cielo Elvira, y contentóse con llorar. ¡Macías, Macías! dijo para sí. ¡Oh, quién pudiera aborrecerte!

— ¡Me ama, me ama como el primer dia! exclamó Hernan Perez con loco frenesí: arrojándose en seguida en sus brazos, estampó en su pura frente un ósculo conyugal. Elvira sintió su rostro encenderse de rubor al contacto fatal. Bajó los ojos avergonzada, y hubiera querido mas bien ver con ellos el infierno todo, que haber encontrado con los de su esposo, tranquilos entonces, serenos, confiados, como lo está el ignorante pasajero que duerme con placer á la pérfida sombra del nogal.

Tambien el doncel oyó el ósculo dado en la frente de Elvira, que resonó en su corazon como la voz de la verdad en la tumba. Helóse su sangre toda dentro de sus venas. Sus ojos, lanzados fuera de su órbita, devoraban desde la oscuridad el rostro divino de la hermosura, reclinada en brazos de otro. Sus manos, cerradas por sí solas y comprimidas, sacudieron la cruz de hierro que cerraba la ventanilla, y si no bastaron á romperla sus esfuerzos, torciéronla como un mimbre delicado.

— ¡Se aman, se aman! exclamó el doncel con voz ronca y apenas inteligible. ¡Maldicion, maldicion sobre ellos y sobre mí! Y una lágrima, pero una lágrima sola, se abrió paso con dificultad á lo largo de su mejilla, fria como el mármol.

CAPITULO XXIX.

Seis años fui de él servida,
Sin de mi alcanzar nada.
Él ofendió á mi marido,
Y de ello yo fui la causa;
Y con todo esto le quiero,
Y le tengo acá en el alma.

Rom. de Gazul.

— ¡Ah! Vadillo, exclamó Elvira creyendo haber oido algun rumor en el gabinete, ¡cuán desdichada soy!

— ¡Elvira! dijo escuchando un momento Fernan Perez. Diria que alguien habia hablado á nuestro lado.

— ¿A nuestro lado? ¿Cómo? ¡Qué fantasía!... ¿Quién pudiera?...

— « Tiempo es el caballero,
Tiempo es de andar de aqui, »

entró cantando á esta sazon con voz descomunal el atolondrado pajecillo, segun las palabras de aquel antiguo y famoso romance popular que se cantaba entre las gentes: entraba Jaime como quien creia que habria tenido ya ocasion la bella prima de sacar de allí al hidalgo.

— Seria el paje, señor, el que aquel ruido metia, dijo Elvira aprovechando tan feliz coincidencia.

— ¿Qué buscais de nuevo aquí? preguntó Hernan Perez con todo el mal humor de aquel á quien interrumpen en una ocupacion agradable para la cual no ha menester testigos. No haria yo mal, ¡vive Dios! atolondrado, en cogeros de un brazo y encerraros en ese gabinete oscuro hasta que hubiéseis aprendido otra mesura y comedimiento.

— Perdonadle, gritó Elvira asustada.

—Ved que habrá sabandijas en ese cuarto, señor hidalgo, repuso el pajecillo prontamente : nadie entra en él jamás.

—Vos sereis el bellaco y la sabandija, mal criado, contestó Hernan Perez. ¡Ea! salid.

— De buena gana; pero no será sin deciros que el azor no quiere comer, y que es tan torpe Alvar, el escudero que os habeis echado desde que recibísteis la órden de caballería, que quiero yo que me encerreis de veras si antes de un cuarto de hora no campa solo el pájaro por su respeto sobre alguna torre del alcázar. ¡Pobre animalito! él, ¡ya se ve! quiérese escapar. Os digo que se escapará.

— ¿Se escapará? ¡Voto va! Paje, á vos os lo dí : si él se escapa, acordaros habeis del pájaro de su alteza Dejad, Elvira, que vea lo que hacen esos necios. Tenedme ahí entre tanto á buen recaudo á ese insolente. ¿Escaparse? No se escapará, ¡voto á Santiago!

Diciendo y haciendo salió precipitadamente el hidalgo, y el paje, vuelto hácia la puerta por donde salia, y poniéndose los puños en los hijares :

— Se escapará, dijo con donaire y burlita sardónica; sí señor, se escapará. ¿Pero esperaros yo aquí, eh? Para mi santiguada que no haré tal; no estoy tan mal avenido aun con mis orejas. Vaya, ¿qué haceis, prima? Ved que el tiempo pasa, y si le perdeis, saldráse con la suya el hidalgo, y el pájaro no se escapará.

— ¡Santo Dios! ¿Con que es falso ese recado que nos habeis traido, Jaime? ¿Y no temblais?...

— Prima, todo el riesgo para mí es perder una oreja, y mas perderíais vos si...

— ¡Querido Jaime, querido Jaime! exclamó Elvira estrechando al paje entre sus brazos.

— Luego, prima mia, luego, dijo Jaime mirando con cuidado hácia

la parte por donde acababa de separarse el hidalgo, y dirigiéndose en seguida hácia el gabinete. ¡Caballero, añadió abriendo, caballero! ¡Vaya que se ha dormido, mientras que nosotros hemos sudado por enmendar sus locuras! ¡Ay Dios mio! prosiguió todo asustado viendo salir al doncel. Parecia este efectivamente mas bien un espectro que una persona. El amor y los zelos luchaban aun en su semblante. —¡Ingrata! gritó fuera de sí dirigiéndose á la desdichada Elvira. ¡Ingrata! ¿Qué pretendeis ahora de mí? ¿Sacaisme aquí á la luz por si no veo bien allí vuestras infernales caricias, por si no oigo bien vuestros pérfidos juramentos? ¿Qué os hice yo para rigor tan grande? ¡Le amais, le amais!

—¡Macías! basta; huid, huid, exclamó temblando de terror y echándose á sus plantas la infeliz. No mas tiempo, no mas; que ha de volver.

—¡Vuelva! ¡vuelva! Aquí mi pecho está. Máteme luego.

—¡Vaya! señor, exclamó el paje, deje para otro dia esa cancion; mire por Dios...

—¡Ah Jaime! ¡Me aborrece! le interrumpió Macías.

—¿Qué os ha de aborrecer? repuso el paje.

—¡Jaime! gritó Elvira tapando con su mano la boca del inocente. Macías... partid.

—No, no partiré. ¿A qué vivir, si he de vivir sin vos? Sea su triunfo completo. Amadle sin rubor. ¡Perezca solo quien no debe gozar!

—¡Por Dios! ¡por mí, Macías!

—¡Cierto! soy un testigo importuno para los placeres que os esperan, dijo Macías con voz reconcentrada, y toda la sangre fria de un hombre desesperado.

—¿Qué han de esperarme ¡ay de mí! sino tormentos? ¿Quereis que al fin lo diga? Huid y lo diré.

— Elvira, ¿qué dirás? gritó Macías. ¿Que le amas, otra vez...

—No, nunca, no. ¿Qué pude hacer delante de él? A tí amo : solo á tí...

—¿A mí? ¡ah! ¿A mí? ¡Sueño, deliro!

—¡Qué vergüenza, Dios mio! Pero huye ya; ¿qué esperas? ya lo oiste de mi boca : por ese amor frenético que veo en tus ojos con placer, por ese amor, Macías, ¡huye! ¡huye por Dios! ¡y por piedad!

—¡Elvira! ¡Elvira! dijo Macías palpitando todo de amor y de felicidad. Huyo, sí, huyo. Dime, empero, que volveré.

—Volverás si huyes ahora, volverás.

—¡A Dios, Elvira, á Dios! gritó con loco furor Macías, y se lanzó fuera del cuarto.

—¡A Dios, repuso con voz apagada Elvira, á Dios! y cayó sin fuerzas casi y sin sentido sobre un sitial inmediato, escondiendo con ambas manos su rostro descompuesto y avergonzado.

—Alzad, prima; no lloreis, dijo Jaime acercándose á la hermosa desconsolada.

—¿No he de llorar? exclamó esta volviendo en sí, y mirando á todas partes con temor de ver volver á su esposo. ¿No he de llorar? ¿Qué le

dije yo, Jaime, qué le dije? ¡Imprudente! ¿Y él volverá, volverá? ¡No, jamás!

—Andad, añadió el paje: templad vuestro dolor. ¿No habeis visto con qué facilidad hemos engañado al buen hidalgo? ¡Ah! Yo necesitaba tener presente cuán serio era el lance, prima mia, para no soltar la carcajada. ¿Habeis notado que no ha dicho una palabra que no pudiera hacernos reir con fundado motivo?

—¡Hacernos reir, Jaime! Maldecida sea mi loca pasion. ¡Sí, dices bien! yo le hice risible. ¿Yo? ¿Yo pago de ese modo su cariño, su amor, su condescendencia? ¿En qué era, pues, risible? ¿En amarme? Saetas eran sus palabras para mí. ¿Porqué ha de ser risible, Jaime? Porque tiene una esposa infiel, que olvidada de su deber ha dejado crecer en su pérfido corazon un amor odioso. ¿Y porque ella es ingrata, él es risible? ¡Dios mio! Confundidme. Hé ahí el premio que doy á su cuidado. Porque ha partido su lecho conmigo; porque me ha confiado su casa, porque me dió su corazon, porque quiso llamarme madre de sus hijos, ¿por eso le aborrezco? ¡Me horrorizo, Jaime! ¿Yo misma me doy horror? ¿Yo cubriré su nombre de ignominia; yo destinaré á eterno oprobio el nombre de mi marido, que es el mio? ¿Las gentes al mirarme le pronunciarán con befa y con maliciosa risa? ¡Dios mio, Dios mio! ¡Yo pierdo la cabeza! ¿Y cómo amarle sin embargo? ¿Es mio por ventura mi corazon? ¡Macías, me has perdido! Oye, Jaime, si le ves por acaso, dile que nunca, nunca torne á mi presencia. Que huya, que huya. Le adoro, sí, le adoro. Díselo tú tambien: pero que huya. ¡Qué delirio el mio! ¡Qué locura! ¡Mi voz se ahoga!

—Hermosa prima, Fernan Perez vuelve. Serenaos.

—¡Vuelve, vuelve! ¡Ah! Evita su furor. Déjame á mí: muera yo sola: ¡yo su castigo merecí!

—¡Ah! no, no parto si llorais así.

—Parte. Sí, dices bien, no lloro ya, dijo con interrumpidos sollozos Elvira, enjugándose los ojos rápidamente, y empujando con una mano al paje; parte: que no te llegue á ver.

—¿Dónde está, gritó Hernan Perez; dónde el insolente que osa jugar con mi cólera y desafiarla?

—¡A Dios, Jaime! dijo en voz baja Elvira: corre... Teneos, Hernan Perez... añadió arrojándose al paso de su esposo.

—¡Oh! decidme vos sino, gritó el hidalgo, ¿hay en esto, señora, otro misterio? ¿Qué significan vuestras lágrimas, vuestros sollozos, vuestra confusion...

—Jaime, señor, es inocente, inocente: nunca quiso jugar con vuestra cólera. Todos os amamos aquí y os respetamos, todos; pero... mirad... oid...

—¡Elvira! ¡Elvira! exclamó con voz descompuesta el hidalgo, que comenzaba á sospechar vagamente.

—¡Perdon! gritó Elvira con voz aguda y ahogada por sus lágrimas y sollozos: esposo mio, ¡perdon! Y cayó de rodillas abrazando los piés del hidalgo, y dando su frente pura sobre el suelo con asombro de aquel,

que cruzado de brazos delante de ella parecia en la mayor inmovilidad andar buscando en su cabeza alguna explicacion de escena tan extraordinaria.

CAPITULO XXX.

Estando en esto llegó
Uno que nuevas traia.
— Mercedes á ti, fortuna,
De esta tu mensagería.
Rom. del rey Rod.

—Ya veis que en ningun caso puede convenirme, decia agitado Villena al astrólogo un dia. Cuando tengo vencidos casi los obstáculos todos que á la posesion de mi maestrazgo parecian oponerse, cuando unos ya, merced á mis beneficios y promesas, han vuelto á entrar en la senda del deber, cuando otros, cansados del poco fruto de la diligencia de don Luis Guzman, ceden en tan obstinada demanda y dan al olvido su rencor, ¿querrán que yo exponga á los riesgos de un combate el objeto de todas mis ansias y desvelos? ¡Que bobería, Abenzarsal! Fuerza es para suponer en mí semejante delirio no conocer cuánto he deseado ese maldecido maestrazgo. ¡Por cierto que puede ser dudoso el éxito del combate! No quiero yo decir con esto que mi antiguo escudero Hernan Perez carezca de valor de ningun modo; pero una cosa es tener valor, y otra estar seguro de vencer á Macías. Abenzarsal, el combate no puede verificarse sino para perder yo el maestrazgo por lo menos; y no se verificará.

—No es tan fácil hacerlo como decirlo, dijo Abenzarsal sin mirar al conde, y mas bien como quien habla consigo mismo que como quien contesta á otro; no es tan fácil hacerlo como decirlo. Porque, al fin, ni el mismo rey puede revocar ya la prueba por combate que tiene decretada á peticíon de parte, ni fuera decoroso en vos solicitarlo.

—Abenzarsal, decirme á mí ahora que nada se puede remediar en el asunto por los términos ordinarios, vale tanto como decirme que Madrid está en Castilla; y por cierto que no tengo ni el tiempo hoy ni la cabeza para aprender verdades de esa importancia Si os consulto es porque presumo que pudiéramos dar un golpe atrevido. ¿No hay algun arbitrio? ¿no os ocurre á vos nada? ¡Por Santiago! yo creí que ya habíais comprendido que yo quiero que os ocurra.

—Mi cuerpo, señor, viejo y feo conforme se halla, está á tu disposicion; del alma nada te quiero decir, porque no estoy muy seguro de si puedo disponer de ella como cosa mia, despues de la tempestuosa y aun maliciosa vida que he traido. Dios me la perdone. Pero en cuanto á mis ocurrencias, permite que te diga, señor, que solo conforme me vayan ocurriendo podré irlas poniendo á tu disposicion.

— ¡Maldito viejo! refunfuñó Villena entre dientes. ¿Cuándo quereis acabar de fundirme esa cabeza de bronce que ha de responder á todo el que la pregunte, y que me habeis tantas veces prometido? Yo os aseguro que si la tuviera en mi poder, como debiera, á la hora esta ya la habria hecho decir cosas buenas y oportunas acerca del asunto. No habria combate, yo os lo aseguro: no lo habria. Os juro que esa seria la mejor cabeza de Castilla, sin contar la mia, Abenzarsal, se entiende.

— Mientras la mia, señor, esté sobre mis hombros, que será todo el tiempo que yo pueda, paréceme que la de bronce ha de estar de mas.

— Veamos, Abenzarsal, esa prodigiosa fecundidad de recursos. Ya imaginaba yo que no dejaríais de sacarme de este molesto apuro.

— ¿Has visto alguna vez á tu juglar Ferrus desempeñar con singular destreza y maestría el famoso juego de cubiletes que de Italia han traido á España algunos juglares y juglaresas de Provenza?

— Adelante, Abenzarsal.

— Bueno: pues es preciso que aprendas ahora de Ferrus tan peregrina habilidad, y esto sin remedio.

— ¿Os volveis loco, ú os burlais de mí?

— Ni lo uno ni lo otro. Lo primero no me tiene cuenta á mí; lo segundo no te la tiene, señor, á tí; sin embargo afírmome en lo dicho; no tienes, conde, otro remedio, á no ser que quieras valerte del agua aquella que poseo, que no seria tan mal recurso. Pero has dado en apreciar la vida del hombre...

— ¡Qué horror, Abenzarsal, qué horror! ¿Habeis tomado á vuestro cargo endurecer mi alma, y hacer de mí un pícaro tan redomado como vos? ¿no temblais el crímen?

— ¿Qué es el crímen? ¿lo que han querido llamar tal los hombres? Soy uno de ellos; tengo derecho á no adoptar sus definiciones.

— ¿Me direis que el quitar la vida á otro ser?...

— ¿Qué es quitar la vida, don Enrique? ¿puede el hombre, necio, insensato, quitar la vida á ningun ser? ¿puede el hombre crear ni destruir? ¡Impotente! ¡miserable! Aquel en quien acaba el alma de separarse del cuerpo, deja de vivir á los ojos de los hombres. A los ojos de Dios vive, porque nada muere á los ojos de Dios: él ha derramado la vida en los seres todos: unos existen bajo unas condiciones, otros bajo otras. Si el vivo vive de una manera que confesamos, vive tambien el muerto de otra manera que no conocemos: á los ojos de Dios las acciones todas son iguales: no hay bien, no hay mal; no hay vida, no hay muerte; no hay virtud, no hay crímen.

— ¡Blasfemia, blasfemia! gritó don Enrique. Os complaceis en aventurar horribles paradojas en los momentos críticos en que tenemos mas necesidad de inventiva que de ergotismo escolástico, y de confianza en el cielo que de heréticas impiedades.

— Como gusteis: dejemos en buena hora á los hombres, viles gusanos de la tierra, imaginarse en su vanidad los seres privilegiados de la creacion: dejémosles creer orgullosos que para dar vueltas al rededor de su mundo miserable ha lanzado al vacío el Hacedor millones de mundos

mayores; dejémosles pensar que son algo, y que valen algo; dejémosles, en fin, dar una incomprensible importancia á sus acciones míseras, al que llaman su honor, á su supuesta ciencia, á sus ridículas pasiones, al ruido que hace la boca, que llaman aullido en el lobo, y en sí mismos conversacion.

— ¿Acabareis? ¡por santa María!

— Dejémoslos en tan lisonjero error: convencedle al hombre de que no es nada, y precipitado de la altura del trono que sobre la naturaleza se ha erigido, se afligirá como si el no ser nada fuese algo.

— ¡Por Santiago! exclamó Villena despechado: teneis razon, Abenzarsal. Teneis razon en todo lo que habeis dicho, y en lo que habeis pensado, y en lo que os habeis dejado por pensar y por decir. ¿Pero y mi maestrazgo? Os suplico que no lo considereis como cosa de hombres, que yo os prometo probaros antes de mucho que si el hombre puede no ser nada, un maestrazgo por lo menos es algo.

— Vengamos, pues, al maestrazgo, dijo sonriéndose el astrólogo, á quien esta última frase debió de parecer mejor que el mundo y sus míseros habitadores. Ya he dicho, señor, que no queriendo hacer uso del *aqua mortis*, necesitais aprender...

— ¿Pero, qué significa?

— Significa que, así como el juglar, y un juglar cualquiera, hace desaparecer entre los dedos la bola mágica, segun la llama el vulgo de los hombres, ese de quien yo os hablaba hace poco...

— ¿Volvemos? dijo Villena desesperado con lastimoso acento.

— No: tranquilízate, señor; así, pues, necesitas tú hacer desaparecer á alguien de la corte de don Enrique.

— ¿A quién? ¿y cómo?

— Voy á decirte, ilustre conde. A Elvira, tu acusadora, es caso imposible, porque está libre bajo mi responsabilidad, así como Macías y tú lo estais bajo la propia del rey, tú por tu clase, y él por su favor.

— Bien. Adelante. Elvira es además mujer de Fernan Perez.

— Cierto; pero á Macías no me parece que podria ser difícil. Él está ahora mas que nunca poseido de una pasion frenética; pasion cuyos resultados, felices para nosotros, has cortado tú mismo con tus incomprensibles escrúpulos. Sin embargo, puédenos servir todavía. Entreveo un plan asequible tal vez. Necesitaremos de Ferrus. Si el doncel cae en el lazo que le vamos á tender, no será él ciertamente quien venza á Fernan Perez.

— Abenzarsal, ¡cuánto os debo, amigo mio! dijo Villena estrechando sus manos.

— Dame empero, tu palabra, señor, de no estorbar mis intentos, y dame con tu palabra á Ferrus. Sé las escenas que han pasado entre los amantes recientemente, sé... pronto lo sabrás tú mismo. Ven en tanto, señor, conmigo... oigo un rumor extraño en la cámara de su alteza. ¿Será acaso alguna novedad en la salud del rey, que debamos sentir todos?

Al acabar el astrólogo estas palabras, dirigiéronse entrambos hácia la cámara de su alteza. Oíase desde ella un prolongado y confuso clamoreo,

cuya causa no tardaron en adivinar. Su alteza, rodeado ya de algunas de las primeras dignidades de Castilla, preguntaba á unos y á otros, y parecia haberse hallado largo rato en la misma duda que los personajes de nuestro último diálogo. Brillaba sin embargo en su semblante una alegría desusada en él, y podíase conocer desde luego que mas tenia de fausto que de infausto el suceso que producia en aquella ocasion tanto movimiento.

—Venid, ilustre conde, mi pariente, y vos, Abenzarsal, venid, dijo don Enrique el Doliente saliendo al paso contra su costumbre, con notable olvido de su propia dignidad, á los dos personajes que entraban en su cámara. La corona de Castilla tiene ya un heredero varon.

—Señor, dijeron á un tiempo Villena y el físico, ¿es posible? ¿Ha llegado ya tan alegre nueva?

—Sí, dijo el rey: el enano que está de atalaya en la torre mas alta del alcázar acaba de ver las ahumadas que tenia mandadas disponer para este caso, y los fieles habitantes de mi leal villa de Madrid se han apresurado á felicitarme sobre tan feliz acontecimiento.

Oíanse, en efecto, ya mas distintamente los repetidos vivas con que de buena fe manifestaba el pueblo su entusiasmo al saber que le habia nacido un rey, y que no podria faltarle ya en ningun caso quien le mandase.

Salió su alteza á una de las *fenestras* de su alcázar, como se llamaban entonces las ventanas en castellano, sin que se pudiera achacar eso á galicismo, pues no habia entonces en la pobre villa de Madrid tantos traductores como en los tiempos que alcanzamos de dicha y de ilustracion; salió á una de las *fenestras*, como dejamos dicho, y agradeció al pueblo con claras demostraciones y ademanes de contento y satisfaccion su inocente entusiasmo.

Vuelto en seguida á Stúñiga, justicia mayor del reino, —Diego Lopez, le dijo su alteza, dispondreis que mañana sea la última audiencia que dé en esta villa á los fieles habitantes de Madrid. Debemos marchar inmediatamente á Otordesillas, adonde se trasladará la corte por ahora. Quiero que al separarme de esta mi villa predilecta puedan mis vasallos venir á implorar á los piés del trono la justicia que puedan necesitar. Recuerdo además, condestable, añadió volviéndose al buen Ruy Lopez Dávalos, que he suspendido en dos ó tres casos decisiones de grave interés, prorogándolas hasta el momento que tan felizmente ha llegado.

Inclináronse el condestable y el justicia mayor, y no puso tan buen gesto como don Luis Guzman el intruso maestre. Antes, llegándose al oido del astrólogo: —¿Habeis oido? le dijo. Mañana dará órden de que se reuna el capítulo de Calatrava, y mañana acaso fijará el dia de nuestro combate.—No hay tiempo que perder, repuso en voz baja tambien el judiciario.

Don Luis Guzman y Macías echaron cada uno por su parte una mirada significativa de esperanza y desprecio al conde de Cangas y Tineo. El resto del dia se empleó en preparativos para el viaje que la corte disponia, y la noche en músicas y en danzas, en que los ministriles y juglares

divirtieron no poco á todos con sus juegos y arlequinadas, farsas y bufonerías.

CAPITULO XXXI.

Porque le ví ir huyendo,
Muy malamente llagado,
Y que á la hora de agora,
Será muerto ó cativado.
Rom. del rey Rod.

Por ende quien me creyere
Castigue en cabeza agena,
É no entre en tal cadena,
Do no salga si quisiere.
Marqués de Santillana. Querella de amor.

Algunas horas hacia ya que la noche habia tendido sobre nuestro hemisferio su tenebroso velo. Ningun ruido sonaba en la campiña, ni en las solitarias y tortuosas calles de la villa de Madrid. Solo en el alcázar se veian brillar en algunas habitaciones mas luces de las que solian comunmente arder á semejantes horas: oíase desde la calle un rumor sordo y lejano, que se desprendia del altísimo edificio, bien como se desprenden de la tierra los vapores en una mañana clara de invierno. Un caballero acababa de bajar triste y taciturno la escalera principal del alcázar: su traje indicaba que salia del brillante sarao que arriba se oia; su desasosiego, sus pasos vagos y sin direccion, indicaban el desórden y la indecision de sus pensamientos.

— Sí, volveré, decia hablando consigo mismo, volveré: ella misma lo decidió. ¡Importuna danza! ¡ruido mil veces mas importuno! ¡Mientras mas gente, mas solo!

Cativo de mi tristura,
De mí todos han espanto:
Preguntan, ¿cuál desventura
Hay que me atormente tanto?

¡Inútiles esfuerzos! ¡talento estéril! ¿De qué me sirves, de qué? Ni mis palabras la vencen, ni mis trovas la mueven! ¡Elvira!

¡Ah! te place que mis dias,
Yo fenezca mal logrado,
Muy en breve;
Pues que al infeliz Macías,
Es tu pecho despiadado,
Tan aleve.

Despues de repetir esta endecha tristísima de una de sus composi-

ciones, apoyóse el trovador desdichado contra la alta muralla del alcázar, donde se encerraban todos sus deseos. Poco tiempo podia hacer que estaba sumergido en la mas profunda meditacion, ora recordando las contradictorias pruebas que de cariño y odio le habia dado su señora, ora repitiendo vagamente y con profunda distraccion fragmentos sueltos de las chanzones que le habia inspirado su desgraciado amor, cuando una mano se apoyó sobre su hombro con extraña familiaridad.

— ¿Quién eres, preguntó airado, el que osas perturbar la meditacion del que desea estar solo?

— Quien os ha visto salir : quien compadece vuestra pasion : quien os ha de consolar en ella : quien sabe de vuestros asuntos tanto como vos, sino mas? repuso el desconocido.

— ¡Ah! judiciario, dijo Macías reconociendo al físico Abenzarsal, que habia salido tras él del bullicioso sarao. ¿Qué se hicieron tus predicciones, y qué tu vana ciencia? ¿Dónde está mi felicidad, dónde?

— Mas cerca acaso de lo que presumes, hombre incrédulo.

— ¿Qué decís? Explicaos. ¡Ah! si alguna vez os han engañado, si sabeis, padre mio, lo que es esperar lo que nunca llega, y creer lo que nunca sucede, no os burleis de mi necia confianza. Ved que lo creo todo, porque todo lo deseo.

— ¡Silencio! ¿Conoceis una reja alta que da sobre el terraplen y el foso, hácia la parte del alcázar que mira al soto del Manzanares?

— ¿Qué me quereis decir?

— Oid. La reja se abre. Hé aquí su llave.

— ¿Su llave? ¿Para qué?

— ¿Para qué preguntais? ¿No os sirve, pues?

— ¡Ah! dadme, dadme acá. Decidme, ¿de quién, para quién la teneis?

— No os importa. ¿Conoceis su letra?

— ¡Desdichado! ¿De qué la habria de conocer? Si tanto sabeis y adivinais...

— Bien : no importa. Miradla aquí.

— Su letra, Abenzarsal. ¿Es magia esto, es magia? ¿Deslumbrais mis sentidos por ventura con los artes de vuestra pérfida profesion?

— Leed y callad, añadió el astrólogo sacando de debajo de su ropa una linterna, cuya luz proyectó sobre un pergamino que le dió al mismo tiempo.

— ¡Dios mio! dijo el doncel acabando de leer. ¿Es ella, lo sabeis, es ella la que escribe estas breves palabras?

— No : soy yo si os parece, dijo afectando enojo el pérfido viejo : á Dios, puesto que no quereis ser feliz, no os quejeis despues.

— ¡Ah! no : venid : perdonad, señor, si el exceso mismo de mi felicidad... ¿Es posible?...

— ¡Ea! dejad vuestras pueriles exclamaciones. El tiempo corre. Partid. No convendria que nos viesen juntos. Sabeis que el hidalgo está con su alteza. A Dios.

— Escuchad; teneos. ¡Un momento! dijo Macías; pero hablaba solo

ya : el astrólogo habia desaparecido con indecible presteza. ¡Qué confusion! prosiguió el doncel. ¡Tanta felicidad, Dios mio! Corramos; mas no. ¿Quién sabe los sucesos que me esperan esta noche? Sé que mi constelacion me es contraria. Quiero buscar mi espada : con ella al lado, nadie, nadie podrá estorbar mi felicidad.

Dirigióse, dichas estas palabras, el animoso doncel á su habitacion, y ciñó su espada cubriendo con un tabardo oscuro de belarte su elegante vestido, que no podia menos de haber llamado la atencion de cualquiera que aquellas horas se le hubiera notado, en el paraje sobre todo donde él pensaba que podria tener que esperar un instante propicio para su dicha.

Volvia á bajar la escalera del alcázar para salir al campo lo mas presto posible, y antes de que se hubiesen cerrado las puertas de la villa, cuando un encuentro inesperado le detuvo, no tan á su pesar como podria parecerle á primera vista al que no supiese que el que hacia variar de aquella manera su primer pensamiento, era nada menos que el mismo, mismísimo pajecillo Jaime, á quien tan apurado y comprometido dejamos por causa del doncel en uno de nuestros últimos capítulos, que acaso no habrá olvidado todavía el lector.

— ¡Jaime! dijo Macías.

— ¡Señor caballero! repuso el paje no menos admirado y satisfecho. Buena la hicísteis la mañana pasada. ¡Ah! otra vez ved de ser mas prudente.

— ¿Acaso Elvira?...

— Mirad, de eso nada sabré deciros, sino que desde entonces esposo y esposa se tratan de una manera... La señora pasa llorando los dias, y el señor rabiando las noches... la casa es un infierno. Felizmente á mí nada me tocó de lo que merecia. Pero á propósito, gózome de encontraros. Díjome mi hermosa prima...

— Mas bajo.

— No, no hay peligro.

— ¿Qué te dijo?

— Que si volvíais alguna vez, como habíais dejado prometido...

— ¡Como ella misma!... querrás decir...

— Sí, bien... como gusteis.

— ¿Y qué?

— Nada : no os aflijais. Mirad : las mujeres son... vos lo conoceis mejor que yo...

— ¿Qué hablas : pajecillo? Acaba.

— ¡Ah! no, si os enfadais... tranquilizaos, y os diré...

— ¡Acaba por Santiago! Juro por el infierno que estoy tranquilo.

— Me dijo, pues, contestó el paje aterrado de la extraña tranquilidad del doncel, que si volvíais, se os dijera que no estaba.

— ¿Eso dijo? ¡Perfidia! ¡perfidia sin igual! ¿Y no lloró al decirlo, no tembló, miserable? Sed generoso con las damas : creed, creed un solo punto. *¡Salvad mi honor, huid, y volvereis; que os amo*, dijo, y todo fué mentira! ¿Y yo salí y obedecí? ¡Necio! ¡insensato! ¡Ah!

¡maldecida generosidad! Paje, ¿me engañas? prosiguió despues de una breve pausa, en la cual dió mil vueltas al pergamino que le acababa de dar el astrólogo. No pudo decir eso : tú burlas mi dolor, y tú...

—¿Yo, señor, yo? Me obligareis á deciros lo que añadió.

—¿Qué añadió, santo Dios?

—Pues mirad, añadió que se os dijera á vos mismo que ella habia dado aquella órden.

—¿Eso? ¡Ella! ¡Ella misma! ¡O ultraje! ¡ó rabia! Paje, ¿conoces tú su letra?

—Poco, señor.

—¿Es esa? dijo Macías acercándola á un farol de la escalera inmediata.

—Paréceme que... sí... cierto; yo á lo menos... verdad es que yo no sé escribir. Yo soy mal juez.

—¿Cuándo dijo lo que me acabas de referir?

—Aquel dia mismo.

—¡Respiro! Algun objeto llevaria. Vuela á tu prima, Jaime : dile que me diste ese recado, y que respeto sus motivos. Escucha. Con respecto á su cita, dile que antes de una hora...

—¿Cómo? ¿os cita?

—¡Silencio!

—¿Y os quejábais vos? Decid entonces que el engañado he sido yo. Ya me encargaré yo de esos recaditos en adelante, para que me cuesten una oreja el dia menos pensado, y que la señora luego... ¿Es posible, señor caballero, que han de engañar las mujeres hasta á sus mayores amigos? ¡A todo el mundo, señor... á todo el mundo!

—¡Ea! ¡Silencio! y separémonos. Nada digas, nada hables. En estos asuntos, Jaime, la palabra escapada revuelve sobre el que la dijo, y las imprudencias se pagan con la vida. ¡A Dios, á Dios!

Dichas estas palabras continuó el doncel su camino, pidiendo á su señora en su borrascosa imaginacion mil perdones por la ligereza con que la habia inculpado, en aquel momento mismo en que acababa de darle, segun él, la prueba mas singular de su constancia y fidelidad.

Llegó el paje entre tanto á Elvira, y refirióle lo ocurrido. Mil y mil ideas se cruzaron en la imaginacion de la desdichada. Deseosa, sin embargo, de aclarar aquel misterio, y bien decidida á no exponerse de nuevo al peligro que no podia menos de correr con el arrebatado doncel, ¡Jaime, dijo, quiero salvarme á toda costa! Le amo, le amo con furor; y el infeliz lo sabe. No le vea, no le hable. Mi honor es lo primero. Juzgue de mí lo que quisiere. Escucha. Yo de mí misma desconfio y tiemblo. Sus ruegos pudieran vencerme... Por otra parte, esa cita solo puede ser un artificio... acaso una horrible maquinacion, un lazo que nos tienden. Mira : toma esa llave, y ciérrame por fuera; de esa manera no le podré yo abrir aunque sus ruegos me ablandaran. Corre en seguida en su busca. ¿Dónde iba?

—Bajaba la escalera del alcázar.

—¡Soy feliz! Todavía no viene en mucho tiempo. Búscale, Jaime,

búscale. Dile que es inútil; que nunca le he citado; que es mentira; que su vida peligra; que está Fernan conmigo..... lo que quieras. Que no venga, y lo demás no importa. ¿Qué seria de mí si Hernan?... ¿Será él por ventura, será él el que de esta suerte intenta?... ¡Qué horrible maquinacion! —Hizo Jaime lo que su hermosa prima le rogaba con no poco miedo de verse metido á su edad en tan gran laberinto de riesgos y de intrigas, pero con toda la decision al mismo tiempo de que es capaz la fidelidad.

— ¡Otra vuelta! dijo Elvira al paje, que cerraba ya por defuera. Así: ¡á Dios! Si mi esposo viene, él tiene otra llave. ¡Yo os doy gracias, Dios mio, añadió postrándose con cristiano fervor; yo os doy gracias, señor, por el peligro de que me habeis librado!

Apenas habia acabado de decir estas palabras, cuando se dejó sentir en la parte de afuera de su habitacion un rumor, extraño ciertamente á aquellas horas y en aquel sitio tan solitario.

— ¿Qué oigo, Dios mio? ¿Qué oigo?

— ¡Elvira! dijo una voz que así parecia bajar del cielo como salir de una profunda cueva. ¡Elvira!

— ¿Quién me llama? añadió la asustada dama corriendo hácia la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada.

— ¡Macías! respondió la voz sordamente, y resonaron dos ó tres golpecitos dados con cierto misterio é inteligencia.

— ¡No le ha encontrado el paje! exclamó Elvira. ¡Ah! si Hernan... oid... doncel... Nadie responde... y el ruido continúa. ¡Cielos! no es aquí: no es en la puerta. ¿Dónde, pues, dónde? Aquí, exclamó llegando á la ventana; en esta parte están. ¿Qué intentan? Esta reja se abre; pero la llave... la llave debe tenerla el alcaide del alcázar... ¡La abren, Dios mio! continuó escuchando con la mayor ansiedad. Huid, huid, quien quiera que seais.

— ¡Bien mio! respondió el doncel abriendo completamente la reja, y dando con su espada en la madera, que quedaba cerrada todavía.

— ¡Ah, es él, es él! y soy perdida. Yo misma me he encerrado, gritó Elvira arrojándose sobre un sillon al tiempo mismo que la madera, destrozada por los furiosos golpes del doncel, cedia á su irresistible fuerza.

— Yo soy, Elvira, yo soy, dijo Macías arrojándose á los piés de su amante. Mil obstáculos he tenido que vencer; no pensé alcanzar á la altura de esa reja, que he debido escalar con la espada en la boca. Ya estoy, en fin, aquí, bien mio, y á tus plantas.

— ¡Ah! no; salvaos por piedad, y salvadme á mí. Macías, cada palabra que hablamos es una palabra de abominacion; el tiempo es precioso y le perdemos.

— ¿Perderle yo á tu lado?

— Cesa ya, y parte.

— ¿Me llamas, señora, para escuchar de nuevo tus rigores?

— ¿Yo os llamé? Macías.

— ¿Qué escucho? dijo levantándose. ¿Cuya es, pues, esa letra?

— ¿Esa letra? ¡Cielos! los traidores la han fingido.

— ¿La han fingido, señora?

— Para perdernos, sí.

— ¿No es vuestra? ¡Crédulo yo, insensato! ¡Cierto es, pues, lo que Jaime me asegura!

— Todo, sí, todo es cierto : huid; no os quiero ver : os aborrezco.

— ¿Me aborreceis? Pues bien, nos perderán. Ya su triunfo es completo. ¡Pérfida! añadió despues de haberla contemplado un momento. ¿De esta suerte pagais mi generosidad? ¡Tres años de silencio! Hablo, por fin, hablo para ofreceros mas generosidad : mayor sigilo aun, amor mas grande, ¡y no os ocurren en pago sino pérfidos medios de engañarme! Sed noble, señora, hasta en la perfidia misma. Medios hay aun de ser noblemente malo. ¿Sois veleidosa? ¿Porqué no me decís : «Macías, soy mujer! ¡Plúgome vuestro amor, mas hoy me cansa! No es para mí, que es harto grande.» Yo agradeciera vuestra nobleza entonces.

— Acabemos, Macías : no mas reconvenciones, no. Idos, y nunca mas volvais. Toda comunicacion, todo vínculo es roto entre nosotros. Si prendas teníais de mi amor, si insistís en creer que mis ojos, mi lengua, mis acciones os prometieron algo, en buen hora, creedlo, devolvedme empero mi libertad...

— ¿Que os la devuelva, señora? Volvedme vos la dicha, volvedme la confianza.

— ¡Qué suplicio! por piedad, partid.

— ¿Partir? ¡Qué delirio! Mi vida hoy, ó mi muerte. No os creo ya : nada espero de vos. Todo de mí. Oidme.

— Soltad mi mano.

— No, sois mia, y lo sereis.

— ¿Y ese es amor tan grande? ¿Me amais vos, y me amais comprometiendo mi honor y mi existencia?

— Sí, porque tú y yo no somos ya mas que uno. Los dos felices, ó desgraciados ambos. Uniónos el amor : la muerte sola nos separará. Volved los ojos hácia mí, volvedlos : inútil es retirarlos : me veis, me veis donde quiera que los volvais : cerradlos, y aun me vereis. Decidme que me amais. Mentid, señora, si no es cierto : decidlo empero por piedad, y salgo.

— Jamás, jamás, profirió débilmente Elvira, procurando en vano desasirse de los amantes lazos en que la tenia presa el impetuoso doncel.

— ¿Jamás decís? Pues escuchadme, repuso Macías con el acento de la mas profunda desesperacion. Yo habia nacido para la virtud. Vos me consagrais al crímen. No hay sacrificio inmenso de que no fuera mi corazon capaz, ó por mejor decir, el amor era mi constelacion. Encontrando en el mundo una mujer heróica, era mi destino ser un héroe. Encontrando una mujer pérfida, Macías debia ser un monstruo. Yo os dí á elegir, señora. Nuestra felicidad, y el secreto y cuanto vos exigiéseis, ó el escándalo y mi muerte. Vos elegísteis lo peor. Escrito estaba así. ¡Muerte y fatalidad!

— ¡ Ah ! silencio, silencio. No me maldigas ya : ¡ desventurada !

— Sí : todo es ya acabado entre nosotros. Nuestra felicidad ha sido una borrasca; formada como el rayo en la region del fuego, debia destruir cuanto tocara. Ha pasado como el rayo, pero como el rayo ha dejado la horrible huella de su funesto paso. Tu amor, tu amor, ¿quién lo creyera? era el único que no debia dejar mas señales de su existencia en tu corazon de hielo, que las que deja el ave que atraviesa rápidamente el cielo, que las que deja sobre tu labio abrasador este ósculo de muerte, que recibes, bien mio, á tu pesar.

— ¡ Ah ! exclamó Elvira, reluchando inútilmente; soy perdida, perdida para siempre.

— Y mil y mil, añadió frenético Macías, prendas son todos de nuestra próxima muerte. Ellos son, Elvira, la agonía del amor. ¿No sientes el fuego inmenso que encienden en las venas? ¿No percibes el tósigo? Bórralos jamás, olvídalo si puedes, y olvídame despues. Venga la muerte ahora, añadió desasiendo á la infeliz Elvira, que, perdidos los ojos en el techo y pálido el semblante, cayó desprendida del doncel sobre el sitial inmediato.

Un momento de pausa y de silencio, semejante al que llena de misterioso terror al caminante despues del fragoroso estampido de la exhalacion eléctrica, sucedió á las últimas palabras del doncel. Arrodillado á las plantas de Elvira, imprimia todavía en una de sus manos, hermosas como el alabastro, sus trémulos labios; no lloraba ya Elvira, no derramaba una lágrima Macías. En las grandes situaciones de la vida no halla salida el llanto. La inmovilidad del mármol, el estupor de la postracion son los caractéres de las emociones sublimes. El silencio entonces es elocuente, porque no hay palabras en ninguna lengua ni sonidos en la naturaleza que pinten el amor en su apogeo, que expliquen el dolor en toda su intensidad.

— ¡ Elvira ! dijo por fin Macías. ¡ Cuán desgraciados somos !

— Partid, partid, profirió con trabajo Elvira. ¡ No querais, señor, que lo seamos aun mas ! Esta es la última vez que nos veremos.

— ¡ La última ! sí : porque la muerte llega.

— ¡ Ah ! no; no lo espereis. Ya todo se ha concluido entre nosotros : ahora es cuando os lo digo, sabedlo; os he querido, señor, os he querido, como nadie volverá á querer. Salvadme ahora, despues de esta confesion.

— ¡ Ah, lo decís por fin ! tiempo es aun..... decid que ahora me quereis, y huyamos. Pero huyamos los dos.

— No es tiempo ya, no es tiempo. Sed generoso vos ahora : no apure el vaso yo del crímen y del deshonor. Nunca ya nos hablaremos, Macías...

— ¿ Nunca, señora?...

— Desistid... ¡ por Dios !

— Os juro que no desistiré.

— Ved que los asesinos se acercan acaso ahora... Ah : no me hagais aborrecer la vida; no me obligueis á maldeciros.

—Sí: maldíceme ahora... ¿mas qué rumor...

—¡Ellos son, ellos son! gritó Elvira precipitándose hácia la puerta. ¡Los traidores!

Oyóse efectivamente ruido de armas y personas al pié de la reja.

—¡La puerta está cerrada, gritó Elvira, y él solo puede entrar!

—Dime que me amas, exclamó Macías; decídete, en fin, señora, á participar de mi suerte; dime que siempre me amarás; y mi espada aun nos abrirá paso al través de los pérfidos asesinos.

—No, no, Macías: no muera deshonrada, gritó Elvira sin saber adonde refugiarse. ¡Dios mio! compasion. ¡Dios mio! Salvaos solo, Macías.

—Contigo, Elvira.

—Jamás, repuso Elvira abrazándose á un alto crucifijo de plata que sobre una mesa lucía. El cielo maldice nuestro amor... y yo...

—¡Silencio! Por última vez. Ved, señora, que algun dia direis *es tarde*, *es tarde*, y diréislo entonces con dolor. Ahora que es tiempo todavía.

—No, Macías, no; yo le maldigo nuestro amor.

—Elvira, pues, á Dios. Mi muerte es tuya, como fué mi vida.

Al decir estas palabras Macías cogió su espada, y poniéndola rápidamente sobre su rodilla, partióla en dos desiguales trozos, que despues de abrir de par en par las maderas de la ventana lanzó contra los que ya trepaban por la reja.

—¡Hernan Perez! gritó. ¡Hernan Perez! Heme aquí sin defensa. La muerte os pido, la muerte.

—¡Macías! exclamó Elvira desasiéndose del crucifijo, y arrojándose hácia la ventana. Era tarde empero. Macías se habia lanzado ya fuera de la reja.

—¡Es nuestro! ¡es nuestro! retirarnos: ¡basta! clamaron á un tiempo varias voces.

—¡Ah! gritó Elvira con una expresion difícil de pintar. ¡Socorro! ¡Socorro!

Al mismo tiempo sonó la llave en la puerta. ¡Él es! ¡él es! gritó Elvira. ¡Santo Dios! ¡Piedad de mí, piedad!

Un chillido agudo y espantoso terminó tan horrorosa escena. El que entró se dirigió hácia la reja, mirando en derredor, y nada descubrió. Tendió en seguida la vista por la habitacion, y solo vió en el suelo el cuerpo de una hermosa privada enteramente de sentido.



CAPITULO XXXII.

En Castilla está un castillo
Que se llama Rocafrida;
Tanto relumbra de noche
Como el sol á medio dia.
Rom. de Montesinos.

Existe á cinco leguas de Jaen una poblacion pequeña ahora, y pequeña en los tiempos á que se refiere nuestra narracion, que tiene por nombre Arjonilla, ora por haber sido fundacion de algunos habitantes salidos de Arjona, ora por su inmediacion á esta ó por las relaciones que con ella pudo tener en lo antiguo. Pertenecia esta villa al maestrazgo de Calatrava, y era una de las primeras que se habian declarado por don Enrique de Villena, á causa de la influencia que le daban á este en aquel punto varias posesiones que en su territorio tenia. En el siglo XV presentaba el aspecto, que aun en el dia suelen presentar muchos pueblos de nuestra patria. Algunas casas que, mas que viviendas de hombres, parecian cuevas de animales, esparcidas aquí y allí, formaban irregulares callejones. No era sin embargo tan pequeña su importancia que tuviesen que acudir sus habitantes á algun pueblo vecino de mayor cuantía para cumplir con sus deberes espirituales. Poseia una iglesia parroquial, no muy grande en verdad, pero que no dejaba por eso de bastar para su reducido vecindario, y que se hallaba bajo la proteccion y advocacion de santa Catalina. En el dia será todo lo mas si puede traslucirse su antigua grandeza en los restos míseros que la constituyen en la humilde jerarquia de ermita; pero en el reinado de Enrique III nos dice Jimena en sus anales eclesiásticos de Jaen, no solo era la iglesia parroquial, sino que era una obra moderna que no tenia mas fecha que los años que hacia que habia sido reconquistado aquel país á los moros.

A cosa de un cuarto de legua del pueblo rivalizaba en grandeza con la iglesia parroquial un castillo sombrío y viejo, que si no era de los mas fuertes y afamados de Castilla, no dejaba por eso de ser sólido, y una de las posiciones militares mas ventajosas de la comarca. Edificado como todos los de aquel tiempo en una eminencia, mejor diremos en la punta de una peña, podia servir de reducto á un tercio militar en retirada, ó de baluarte á un destacamento avanzado de un ejército invasor. Tenia su doble muralla almenada, torres, foso, contrafoso, puente levadizo, en una palabra, cuanto hacia necesario en semejantes edificios la táctica militar de ataque y defensa de aquella época belicosa, y de perpetuo temor y desconfianza. Crecia la yerba tranquilamente en derredor de las almenas, prueba evidente de que hacia mucho tiempo que no oponian obstáculos los artes de la guerra á su abundante vegetacion. Un largo litigio que sobre la pertenencia del tal castillo habia sostenido contra la corona de Castilla la órden de Calatrava habia sido ocasion de hallarse

inhabitado algunos años, y se habian adherido á él, como en aquellos tiempos de ignorancia solia frecuentemente suceder, mil vagas tradiciones, mil supersticiones fabulosas que habian consolidado algunos malhechores, cobijándose en él secretamente y haciéndole cuartel general y centro de sus operaciones. Era fama por el pais que en tiempos anteriores un moro, mago, si jamás los hubo, habia sido fundador del castillo. cuya construccion se perdia en los tiempos remotos de la conquista y reconquista; opinion á que no daba poco realce el color negruzco de la piedra, y el aspecto todo venerable y misterioso de sus antiquísimas murallas. El mago habia construido el castillo, segun la mas recibida opinion, para satisfaccion de odios y rencores propios suyos: en él habia atormentado durante su vida á muchas hermosas doncellas que no habian querido rendirse á sus brutales deseos, pues todas las tradiciones convenian en que este habia sido el flaco del moro encantador y descomunal. Añadíase á esto que no le habia faltado razon para ello, pues se referia de él la siguiente historia. El moro habia amado en sus lucidos abriles á una mora llamada Zelindaja, hija de un reyezuelo de Andalucía; la cual habia correspondido primero á su pasion, pero le habia dejado despues sin verdadero motivo por otro y otros moros sucesivamente con la natural facilidad y lijereza de su sexo leal y encantador. El moro, que debia de haber sido hombre de suyo sentado y poco aficionado á mudanzas, habia tomado la cosa muy á mal y el desaire muy á pechos, y en vez de volver los ojos á otra Zelindaja mejor que la primera, lo cual hubiera sido determinacion de hombre prudente, habia jurado vengarse castigando en el sexo toda la culpa de uno de sus individuos. Hé aquí la causa de su odio á las mujeres: para lograr sus fines habíase dado á la magia y á la confeccion de bebidas y filtros amorosos. Con ellos enquillotraba á las doncellas, las cuales, al punto que apuraban á poder de engaños la pócima, así quedaban del moro enamoradas como si en el mundo no hubiera habido otro hombre ni moro ni cristiano. Entonces entraba la parte de su venganza; entonces el pícaro moro hacíase de pencas y dejábalas llorar y suplicar, suspirar y gemir por los sus encantos, con lo cual íbanse consumiendo y acabando las enquillotradas doncellas como bujía que se apaga. Conforme las iba el bribonazo del encantador seduciendo, íbalas encerrando en el castillo, y era todo su placer, cuando veia á una ya tan madura y encaprichada de él como juzgaba necesario, hacerla testigo de los enamorados motetes y de las apasionadas caricias que á otra fingia, usando despues con esta y con todas las sucesivas de igual odioso manejo. Mesábanse los cabellos las infelices, y decíanle injurias y ternezas; pero el moro habia aprendido tan bien de su Zelindaja, que hacia oidos de mercader, y no parecia sino que habia nacido hembra y mora mas bien que varon y moro. Todo lo mas que solia decirlas cuando las veia presas en las redes de su pérfido amor era contestarlas como le habia contestado á él Zelindaja: — Mi honor, les decia, no lo consiente. — Cede, bien mio, replicaban ellas. — Imposible, reponia él con grave remilgamiento y afectado pudor y compostura. ¡Mi honor es lo primero! — ¿Y los juramentos, ingrato,

y las promesas, falso? solian responderle. — ¿Yo juré nunca, prometí yo acaso? añadia el moro haciendo el olvidadizo. — ¿Y los placeres que gozamos? — ¡Insolente, qué osadia! ¿cuándo, en dónde? — Ved que mi muerte, moro mio, será obra de tu rigor, acababan ellas.—Podeis hacer lo que gusteis, concluia entonces el redomado moro cogiendo un abanico, é imitando con él y con el desvío de sus ojos el antiguo sistema de su pérfida Zelindaja. Con lo cual tenia á las perdidas doncellas en un infierno perpetuo, muy parecido al que pasan voluntariamente en esta vida los incautos que dan en creerse de palabras y juramentos, de prendas, en fin, y de ternezas de moras pérfidas y veleidosas.

No habia parado aquí el rencor del bribon del encantador. Efectivamente, incompleta hubiera sido su venganza si no hubiese caido en sus lazos la misma Zelindaja. Tuvo modo el mágico de engañar á una de sus doncellas, la cual le hizo beber, no se sabe á punto fijo con qué sutil arbitrio, una buena pieza del filtro ponzoñoso: no bien se le hubo echado á pechos Zelindaja, cuando sintió renovarse en sus venas el fuego antiguo en que habia ardido por el moro: desde entonces no perdonó medio alguno de anudar de nuevo sus rotas relaciones. Hízolo tan bien el vengativo, que la obligó á que se decidiese á venir á hacer vida comun con él á su castillo, donde decia los esperaban delicias sin fin, y una vida entera de amor y fidelidad. Cayó en el lazo la incauta cuanto enamorada Zelindaja; pero no bien hubo pasado el rastrillo de la encantada fortaleza, cuando llamándose andana el astuto moro, dió dos zapatetas en el aire, como potro que sale, roto el freno, á gozar al campo de la conquistada libertad, sacudió el amor, y comenzó á dar tal cual leccion de sufrimiento á la desvanecida hermosa, quien aprendió entonces lo que habrian sufrido sus amantes. Lloraba ella y gemia, y volvia siempre al moro, pero decia él: — ¡Ay! mora mia, es tarde. — ¡Ay moro! le decia Zelindaja. — Es tarde, ¡ay! es tarde, contestaba el moro, afectando dolor y sentimiento. Tal era la explicacion que se daba á un gran rótulo, labrado en la misma piedra sobre la puerta principal del interior del castillo, que decia efectivamente en letras gordas arábigas, y en árabe dialecto: *es tarde.*

No habia querido el moro que Zelindaja muriese como las demás á poder de sus desprecios: habia decidido por el contrario que Zelindaja viviese mas que todas, y que á su muerte, la cual él no podia evitar que sucediese algun dia, quedase á lo menos su sombra recorriendo perpetuamente los claustros y galerías del castillo, pidiendo á las piedras la fidelidad que tanta falta le habia hecho en vida, y á los ecos su esposo, como llamaba en su delirio al rencoroso moro.

De aquí la tradicion misteriosa de que se oia en el castillo, sobre todo en las crudas noches de invierno, ó en épocas de tormentas, una voz de mujer que pedia á los elementos todos su esposo: y no faltaba quien añadia haber visto con sus propios ojos, que habian de comer la tierra por mas señas, una sombra blanca, recorriendo, toda pálida y desmelenada, con una antorcha en la mano, las altas bóvedas, como quien busca efectivamente alguna cosa que no encuentra.

Excusado es, pues, decir que no tendria el castillo muchos aficionados, porque era comun opinion que el que llegaba á poner el pié en él, hallándose enamorado, ya nunca habia de oir mas consuelo ni esperanza amorosa que aquel fatal *es tarde*, que á la fundacion y suerte del castillo presidia.

Era igualmente aborrecido el moro, y maldecidos su nombre y su memoria en la comarca, porque no habia amante desairado que no creyese deberle aquel singular favor á la influencia que ejercia todavía en muchas leguas á la redonda, aun despues de su muerte. No habia padre que no creyese deberle la palidez de su hija, esposo que no imaginase obra suya el despego de su esposa, y zagal enamorado que no le pidiese mas de una vez, en sus secretas oraciones, la revocacion de la terrible suerte que habia dejado en herencia al país en que habia vivido.

Nosotros, sin embargo, habremos de abogar por el moro, en primer lugar porque no creemos que tenga en el dia influencia alguna el tal mago sobre nuestras mujeres, y sin embargo ni dejan de estar pálidas las incautas jovencillas, ni dejan de dar su amor á todos los diablos los enamorados zagales, ni se ha acabado el despego entre los esposos, ni deja de suceder con las Zelindajas, de que se compone el bello sexo, lo que con los hilos de las sábanas de angeo de la venta de Puerto Lápice; de los cuales decia Cide Hamete, que si se quisieran contar no se perderia uno solo de la cuenta.

Si no tenia efectivamente otro delito el moro que engañar á sus amantes, enamorar primero para despreciar despues, y variar de amor como de camisa, mal haya si encontramos porque reconvenirle, en unos tiempos, sobre todo, en que cualquiera mujer no necesita ser muy mora, ni muy hechicera por cierto, para hacer otro tanto cada y cuando le ocurre, que suele ocurrirles siempre. Somos demasiado defensores y amigos del bello sexo para hacer por ello inculpacion alguna al inocente moro.

Enfrente del castillo, pero á mas que respetable distancia, se veia el tercer edificio notable, la tercera maravilla de Arjonilla. Era esta una casa no muy grande, comparada con la mas pequeña de las que adornan en el dia la capital de todas las Españas posibles, pero verdaderamente regia, puesta en parangon con la mas espaciosa de Arjonilla.

Una anchísima puerta, cuyo dintel presentaba al espectador la huella antigua y honda de la rueda, y un espacioso corral, mitad con cobertizo, mitad con el cielo por techo, hubieran indicado al caminante muy suficientemente que aquella era la posada, ó parador, ó venta, ó como se quiera, de la importante villa por donde transitaba, aun sin necesidad de reparar en un empolvado ramo que de una reja baja salia, inclinando sus secas y marchitadas hojas sobre el camino.

Entrábase dentro del tal ventorrillo, y siguiendo un callejon, en el cual servia la oscuridad de encubrir la poca limpieza, se llegaba á una cuadra, pasábase de esta á otra peor que la primera, y de allí á la gloria, como suele comunmente decirse, es decir, á la cocina, pieza principal de la casa. Un mal hogar, coronado de una alta y piramidal chimenea, era

todo el mueblaje, si se exceptúan dos fementidas mesas, digámoslo así, que compararámos de buena gana en lo largas y estrechas con el alma de un vizcaino, si nosotros hubiéramos visto alguna; estaban clavadas y arraigadas casi ya en el suelo, como todas las cosas malas en el país. Dos bancos, remedos asaz perfectos en su instabilidad de las cosas de esta vida, y que en lo poco firmes mas que bancos parecian mujeres, tenian cogida en medio á cada mesa, y hacia cada mesa con sus dos bancos la misma figura precisamente que haria un galgo grande entre dos galgos chicos. La superficie de cada mesa era tan desigual, como la superficie del mar en un dia de tormenta: se tambaleaba además y cedia al menor impulso con la misma flexibilidad que un periódico ministerial del dia. La construccion de los bancos era un tanto cuanto picaresca y maliciosa, porque cuando se sentaba una persona sola en una extremidad levantábase la otra irritada de la presion, como si fuera á hablar con su huésped, y era preciso sujetar al rebelde si no queria dar consigo en tierra el recien sentado, cualidad en que parecia cada banco una balanza.

La llama del hogar, oscilante, y tan indecisa como un gobierno del justo medio, alumbraba á relámpagos los barbados rostros de unos cuantos arrieros y trajineros que secaban en la brasa sus húmedas alpargatas, ó disponian su cena en ollas y sartenes, asaineteando su rústica conversacion con mas votos y por vidas que palabras.

Pero como no podia bastar el resplandor intermitente de la leña para iluminar debidamente á los que ya en las mesas cenaban, el inteligente dueño del establecimiento, lleno de prevision, habia provisto á esta necesidad con un magnífico candil, cuya materia no era fácil adivinar al través del ollin y grasa que le enmascaraba, el cual daba de sí mas aceite que luz. Pendíase unas veces de la misma pared, asegurando su gancho en un agujero practicado sencillamente al efecto, colgábase otras en una cuerdecita embreada de manchas de moscas: en el segundo caso columpiábase el luminar aquel de la noche de tal suerte que de buena gana le hubiera comparado un poeta del siglo XVI con el aura meciéndose blandamente en las ondeantes hebras de oro de Belisa, de Filis, ó de otra cualquiera no menos bella inspiradora. Habia además en la misma cocina, y como si dijéramos ocupando el estrado y sirviendo de divan, un corpulento arcon que así era de paja como de cebada, y adonde acudia no pocas veces el mozo de la posada, con detrimento notable de las ropas de los concurrentes, á los cuales no podia favorecer gran cosa el polvillo que, al cerner la cebada, del honrado harnero se desprendia. En dias de viento tenia la cocina la singular ventaja de parecerse al Olimpo, mansion de los dioses, en las densas y misteriosas nubes que formaba el humo oprimido y rechazado en el cañon de la chimenea por las corrientes de aire que en la region atmosférica discurrian.

Cenaban á un lado dos paisanos que parecian, sino del pueblo, por lo menos de la tierra, y á otra parte solo, enteramente solo, un individuo muy conocido nuestro y de nuestros lectores, á quien parecia dedicar mil atenciones el dueño de la posada. Servíale primeramente en persona, mientras que servia á los demás, ó no los servia, una robusta Mari-

tornes, que nada tenia que envidiar á la de Cervantes sino es la pluma de su historiador y cronista. En segundo lugar quitábase la montera cada vez que aquel le dirigia la palabra, lo cual hacia este siempre, preciso es decirlo todo, con aire imperioso, y hablando como superior á inferior. En tercer lugar reíase á la menor palabra que decia el forastero. Y en cuarto le habia sacado de las provisiones reservadas de su hostalería unas aceitunas algo aventajadas, y cierto vino, no precisamente puro, pero en fin, del que tenia menos agua en su bodega.

El forastero cenaba mas bien como un gañan que como un señor; pero, fuera de esto, era preciso confesar que entre todos los que formaban aquella escogida reunion no habia nadie que tuviese un interior tan cortesano, ni que mas se apartase del tipo primordial del hombre de la naturaleza, al cual estaban demasiado cerca en honor de la verdad aquellos sencillos arjonillanos. De todo el comportamiento del huésped para con el forastero no era preciso ser un lince para inferir que este era hombre que disponia de mas que de medianas facultades, y que aquel se prometia una lucida paga de sus esmeradas y particulares atenciones.

— Traedme mas vino, dijo el forastero apurando la primera vasija que á su derecha habia puesto el posadero.

— Como gusteis, dijo este riéndose, y no tardó un minuto en estar servido el huésped. No se bebe mejor, señor caballero, dijo aquel, en toda la tierra.

— El pan es el que es malo, dijo el viajero.

— ¡ Ah ! sí, señor, como gusteis, muy malo, repuso riéndose obsequiosamente el hostalero. ¡ Ya veis ! añadió acercándosele al oido. Esta semana no se ha cocido en casa todavía, y ha cargado tanta gente que he tenido que recurrir á un vecino....

— Bien : basta, dijo con tono imperante el huésped.

— ¡ Eh ! ¡ eh ! como gusteis, repuso el hostalero.

— Parece que el tiempo está bueno, dijo de allí á un rato el que cenaba.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! sí, como gusteis, señor caballero, respondió con sonrisa agradable el amo.

— ¿ Teneis mucha familia?

— ¡ Eh ! sí ¡ eh ! ¡ eh ! como gusteis, señor caballero; como gusteis, dijo el flexible.

— El hombre es categórico, dijo para sí el pregunton; no gusta por lo visto de quimeras ni de indisponerse con nadie; y volvió á sepultarse en su distraido cuanto importante y misterioso silencio.

— ¿ Y vendrá el señor huésped por mucho tiempo ? se atrevió á preguntar el hostalero de allí á un momento, viendo que habia caido la conversacion, y creyendo hacer un obsequio á su huésped en renovarla.

— Como gusteis, le contestó secamente el forastero, encargándose á su vez de que no se diese de baja en el diálogo la muletilla del ventero.

— Yo lo creo, repuso el amo. Vuestra señoría fué de los que llegaron

ayer..... prosiguió luchando entre el temor de parecer demasiado preguntón é indiscreto, y la curiosidad natural de su oficio; de los que... es decir, de la casa del señor maestre de Calatrava...

— Como gusteis, respondió mas secamente aun nuestro hombre, levantándose y soltando en la mesa con desenfado una moneda de oro. Esta noche dormiré aquí. Me hareis disponer la cama.

— Como gusteis, señor; pero cama, eso no habrá, porque vuesa merced...

— ¿No habrá, bellaco? ¿Cómo diablo tengo de gustar entonces...

— Como gusteis, señor caballero; pero es decir que vuesa merced sabe que en estas casas...

— En estas casas... ¡voto va! Quereis cenar, y os dicen: Se guisará lo que traigais de vuestro repuesto. ¿Quereis dormir? Traereis cama. ¿Qué hay, pues, posadero que Dios maldiga, en una posada?

— Lo que gusteis, señor, lo que gusteis... no siendo cosa de comer, ni de cama, ni cuarto, ni...

— Ni diablos que te lleven.

— Como gusteis, señor: ¡eh! ¡eh! repuso el hostalero sopesando en la mano la moneda de oro. Lo mas, señor caballero, que puedo hacer por vos si urge...

— ¿No me ha de urgir, pícaro?... Mañana por cierto no dormiré aquí; pero en el castillo parece que están tan provistos como si fuera una posada. No esperaban á nadie, y hasta mañana... Vamos, hablad: ¿no veis que escucho? ¡Voto va!

— Como gusteis... podeis dormir en la cama de mi mujer...

— ¡Por Santiago! hereje... ¿es tu mujer esa vieja?

— Es decir, señor, que la cama de mi mujer es la misma que la mia: llámola así porque la trajo ella en dote, y gusto de dar á cada uno lo que es suyo.

— ¡Ah! de ese modo... porque de otro...

— Como gusteis; y nosotros dormiremos como podamos.

— Ea, pues, guiad, que he menester madrugar, y voto va que estoy cansado.

— Como gusteis, señor caballero. Señores, con perdon de ustedes, añadió el hostalero echando mano del candil que alumbraba á los que cenaban en la otra mesa, y atizándole con los dedos: bien pueden vuesas mercedes cenar á oscuras, porque hoy no hay mas que un candil en la casa, contando con este.

Dicho esto, echó á andar delante del viajero con su risita y su natural sumision, cuidándose poco de lo que quedaban diciendo las gentes de baja ralea que hospedaba aquella noche en su casa, y á quienes con tan poco comedimiento habia devuelto al caos y á las tinieblas de que el hacedor Supremo los habia sacado al criarlos.

— ¿Habeis visto, Peransurez? dijo al otro uno de los dos que cenaban.

— He visto, he visto, repuso su comensal; y pluguiera al cielo que siguiera viendo.

— Decís bien, porque el bueno de Nuño, atraido sin duda por el color

de oro del pelo ensortijado del forastero, nos ha dejado ¡vive Dios! como solemos quedarnos al fin de los sermones de nuestro buen párroco, es decir, á oscuras.

— ¿Y sabeis quién sea el forastero?

— Nadie nos lo podrá decir mejor que el mismo Nuño, si es que él ve mas claro en ese asunto que nosotros en nuestra cena.

Volvia á este tiempo Nuño, que así se llamaba el hostalero: despues de restituido el candil á su primitivo lugar, y de haberse excusado lo mejor que supo con sus huéspedes, comenzó á estregarse las manos con aire importante y misterioso, como de hombre que sabe raros secretos.

— Ya que habeis tenido por conveniente, señor Nuño, dijo Peransurez, llevarnos la luz, que supongo no nos pondreis en cuenta, ¿no nos podríais dar algunas luces, en cambio de la que nos correspondia, acerca de ese misterioso personaje que albergais en vuestro bien alhajado establecimiento?

— Alhajado, ó no, señores, como gusteis; es el mejor que de esta especie se conoce, voto á Dios, en muchas leguas á la redonda. Con respecto al forastero, no acostumbro á revelar...

— Vaya, señor Nuño, eche un trago de lo bueno, y siéntese y hable, que no nos dió el Señor en su sabiduría la lengua para callar las cosas que sabemos, dijo el mas arriscado: harto trabajo tenemos con haber de callar por fuerza las que no sabemos. Ese será algun pícaro.

— ¡Chiton! dijo el hostalero apurando un vaso. ¡Chiton!

— Dígolo porque en estos tiempos anda el dinero por las nubes, y no se cogen truchas...

— Como gusteis; ¡pero Dios me libre de que se quite en mi casa la honra á nadie! Además, yo no suelo tratar de pícaro á un hombre que se ha cenado en menos de un cuarto de hora media despensa, y que paga... y que pagará...

— En hora buena, señor Nuño. ¿Y qué nuevas trae de la corte el hombre honrado que ha cenado media despensa?...

— Que á la hora esta estará ya la corte en Otordesillas, adonde se traslada porque nos ha nacido un príncipe...

— ¡Oiga! Tendremos mercedes.

— Sí, algun impuesto nuevo para sufragar á los gastos de las funciones, dijo uno de los huéspedes. ¡Voto va! que para nosotros pecheros...

— Como gusteis, señores; pero mirad que mi casa...

— Voto á la casa, señor Nuño, que hemos de hablar, y no nos habeis de quitar la conversacion como la luz. A oscuras vemos aquí mas claro que todos los hostaleros encandilados y por encandilar de Castilla y Andalucía. Vaya, ¿qué mas dice el forastero? Echad otro trago, que aun queda luz en nuestros bolsillos para aclarar mas de un punto.

— Parece que su alteza ha decidido que en cuanto llegue á Otordesillas se reuna el capítulo de Calatrava y elijan maestre.

— ¡Voto va! Buena estará la eleccion, cuando ha elegido ya su alteza. ¿Y á quién, señor, á quién? A un hechicero mas nigromántico que

el mismo moro del castillo. ¿Y qué se le ha perdido al señor *pelo rojo* en Arjonilla?

—Mas bajo, señores, dijo el pobre hostalero, que necesitaba vivir con todo el mundo.

—Será de la pandilla que llegó ayer, y que esperó fuera del pueblo á que anocheciera, sin duda por no enseñar algun punto que traeria en las medias.

—Como gusteis, repuso el hostalero. Lo cierto es que llegaron al castillo, que pertenece en el dia al de Villena; que les fueron abiertas las puertas; que el maldecido alcaide que le guardaba ha cedido las llaves al señor *pelo rojo*, como le llamais, y que ha venido á hospedarse aquí, dejando en el castillo á su gente. Con respecto á ese punto que decís, hay quien asegura que han traido un prisionero...

—¿Un prisionero?

—¡Chiton!

—Vendrá á hacer compañía á la mora Zelindaja, que anda pidiendo su esposo á las paredes del castillo desde el tiempo de Abderramen...

—¡Ba! dijo el otro comensal; ¿vos os creeis tambien de moros encantados?

—¡Chiton, señores, chiton! repuso el hostalero; lo que yo sé deciros es que no pasaria ni una hora, despues de media noche, en el castillo. Mirad: yo habia oido contar á mi abuela muchas veces la historia del moro mago, y de la mora Zelindaja, y del letrero árabe del castillo; y lo que sé decir es, que nunca le dí un noven á mi abuela porque me lo contase, ni sus padres de ella le dieron una blanca porque lo creyese; lo cual digo para probar que nada se echaba ella en el bolsillo por la mayor ó menor certeza del caso. Pero como al hombre le tienta el diablo muchas veces para que dude de las cosas que ve, cuanto mas de las que no ve, ni ha visto, ni verá, yo me tenia mis dudas, pesia á mí. Y era cierto que hacia ya algun tiempo ni se oian ruidos de noche en el castillo, ni voz de mora, ni de cristiana; ni...

—Adelante, Nuño, adelante.

—Como gusteis; pero hace cosa de meses comenzó á decirse por el pueblo que se habia oido una noche á deshora rumor de gentes que habian entrado en el castillo, las cuales gentes no se han visto salir; quién sabe si serian gentes de estas que se usan: ello es que nadie los vió: desde entonces ha tornado el run run de las cadenas y de las voces, y de los espantos nocturnos; y lo que sé decir es, que yo me pasaba una noche, no hace muchas, por el castillo, porque venia de trabajar la huerta que tengo mas allá: bien sabe Dios ó el diablo que yo me traia conmigo todas mis dudas; era tarde ya, y oí efectivamente yo mismo una voz lamentable que decia á grandes gritos: « Esposo, esposo mio. » Mirad, aun se me hiela la sangre en las venas: levanté los ojos, y en una de las ventanas mas altas de la torre, de donde parecian salir las voces, se veia una luz, pero una luz pálida y blanquecina que andaba de una parte á otra, y de cuando en cuando parecia ponérsele por delante una sombra, mas larga que una esperanza que no se cumple.

—¿Vos lo vísteis? dijo Peransurez

—¿No lo creeis? preguntó el hostalero mas espantado de la incredulidad de su huésped que del mismo caso que referia.

—Mirad, contestó Peransurez, toda mi vida tuve grandes deseos de conocer á un encantado, y nunca pude ver la cara á ninguno: desde que fui monacillo, y sacristan despues de la Almudena, tengo ese pio. ¿Sois hombre, compañero, para apurar esta aventura y ver de hacer una visita á ese moro y á esa señora Zelindaja?...

—¿Qué decís? interrumpió Nuño. Como gusteis, pero os suplico que mireis...

—¡Quite allá, señor hostalero! ¿Qué decís vos, comensal?

—La verdad, seor Peransurez, contestó su compañero, que en esas materias... bueno es mirar dos veces...

—Vaya, ya veo yo que vos no servís para caballero andante y aventurero. ¡Voto va! ¡que no tuviera yo aquí en Arjonilla á mi amigo Hernando, el montero de su alteza!

—¿Para qué, señor monacillo, y sacristan despues de la Almudena, ahora montero y guardabosques? preguntó Nuño con aire socarron.

—¿Para qué, voto á tal? Desde que me hicieron guarda de los montes de esta comarca por su alteza, no he vuelto á emprender una sola aventura de las que solíamos acometer y vencer en nuestros abriles. Con Hernando al lado, ya me curaria yo de moros y malandrines, de encantadas moras y cristianas. Yo entraria en el castillo, ó quedaríamos en él entrambos encantados, ó desencantaríamos con la punta de un venablo al mago, y á cuantos magos nos fuesen echando á las barbas...

—¿Entrar en el castillo decís, eh?... perguntó sonriéndose el hostalero.

—¿Y porqué no?

—Mas fácil seria entrar en vida en el purgatorio, señor monacillo y sacristan, montero y guardabosques.

—Eso no ¡voto va! que para entrar en el castillo no he menester yo á Hernando, ni á nadie.

—¿Vos? preguntó de nuevo el hostalero, soltando la carcajada; aunque supiérais mas latin que todos los sacristanes juntos de Andalucía.

—Yo: apostemos, repuso Peransurez, picado de la risa del amo y de sus frecuentes alusiones á su sacristanía de la Almudena.

—De buena gana, contestó Nuño.

—Una cántara de vino y media docena de embuchados de jabalí para todos los presentes, gritó Peransurez dando una puñada en la mesa, que estuvo por ella largo rato á pique de zozobrar.

Al llegar aquí la conversacion acalorada del montero Peransurez acercáronse todos los que en el hogar estaban.

—Señores, sean vuesas mercedes testigos, clamó Peransurez; Nuño y yo...

—¡Peransurez! dijo en voz baja al oido del montero exaltado un hombre de no muy buena apariencia que habia entrado no hacia mucho en el meson, y en quien nadie habia reparado, tanto por su silencio, como

por hallarse el amo de la venta entretenido en la referida discusion; ¡Peransurez!

—¿Quién me interrumpe? gritó Peransurez, volviéndose precipitadamente al forastero.

—Oid, contestó este apartándole una buena pieza de los circunstantes, que quedaron chichisveando por lo bajo acerca de la apuesta, y de la posibilidad de llevarla á cabo, y del valor de Peransurez, y de la interrupcion del recien venido. —¿Hablais seriamente, seor Peransurez? dijo este tapando todavía su rostro con su capotillo pardo.

—¿Cómo si hablo seriamente? gritó Peransurez.

— Mas bajo, que importa. ¿Insistís en lo que habeis dicho de aquel montero vuestro amigo.

—¡Sí insisto, voto va! Cuando yo he dicho una cosa... una vez...

—¡Bueno! ¿Quereis montear con un amigo?

—¿Pero á qué viene?...

—Mirad... dijo el recien llegado desembozándose parte de su cara.

—¿Qué veo? exclamó Peransurez, ¿es posible? ¿vos?

—¡Chiton! Me importa no ser conocido.

—Dejad, pues, que cierre mi apuesta. . y esperadme...

—No: ciad en la apuesta. El buen montero ha de saber perder una pieza mediana cuando le importa alcanzar otra mayor. Si quereis entrar en el castillo y desencantar á esa mora, nos importa el silencio.

—Pero, ¡y mi honor!

—¡Voto va! por el Real de Manzanares, algun dia quedará bien puesto el honor de vuestro pabellon. En el ínterin ved que nos ojean, y si no nos hemos de dejar montear, bueno será que no escatimen nuestro rastro. Os espero fuera y hablaremos largo.

—En buena hora, repuso Peransurez. Señor Nuño, añadió volviéndose en seguida á los circunstantes, un negocio urgente me llama. Mañana, si os parece, cerraremos la apuesta. Dijo, y salió.

—¿No decia yo? repuso triunfante Nuño; ¿no decia yo? ¡entrar en el castillo! ¿entrar? Como gusteis, añadió volviéndose hácia la puerta por donde ya habia salido Peransurez con el desconocido, como gusteis, seor guardabosques; pero paréceme que haríais mejor en guardar vuestra lengua para contar esos propósitos á un muñeco de seis años, y vuestro valor para los raposos del monte.

Una larga carcajada de la concurrencia acogió benévolamente el chistoso destello de ingenio del triunfante posadero: en vano quiso el comensal de Peransurez defender á su amigo citando hechos de valor, y atrevimientos suyos de bulto y calibre. Quedó por entonces convenido que el que quisiera beber vino y comer embuchados no debia aguardar á que entrase Peransurez en el castillo, cosa reputada tan imposible realmente, como entrar en vida en el purgatorio, segun la feliz expresion del hostalero, que se repitió de boca en boca, y que hizo reir á todos á costa del montero, que habia abandonado el campo de la apuesta al enemigo con notable descrédito de su honor y de su buena fama y reputacion.

CAPITULO XXXIII.

Bien sabedes, vos, señora,
Que soy cazador real;
Caza que tengo en la mano
Nunca la puedo dejar.
Tomárala por la mano
Y para un verjel se van.
Rom. del conde Claros.

—¿Vos, Hernando, en Arjonilla? dijo Peransurez en cuanto se vieron apartados del ventorrillo todo lo que hubieron menester para no ser de nadie entendidos. ¿Podeis explicarme cómo habeis dejado el lado del doncel Macías, á quien servíais no ha mucho, si mal no me acuerdo?

—Largo es de contar, amigo Peransurez, repuso Hernando deteniéndose en un ribazo enfrente del castillo, desde el cual se descubria todo él perfectamente. Pero si no teneis prisa en este instante, si podeis atender á la llamada de mi bocina, os referiré cosas que os admiren, y vereis si tenemos montes y venado en abundancia, lo cual haré con tanto mas gusto, cuanto que me habeis prometido ayudarme en la montería que me trae á este bendito lugar.

Refirió en seguida el montero Hernando, lo mejor que pudo y supo, cuanto dejamos en nuestros tres tomos anteriores relatado, ó á lo menos toda la parte que él sabia, que era lo muy bastante para poner al corriente á cualquiera de los negocios del doncel. Al llegar al punto donde dejamos nosotros á nuestros héroes al fin de nuestro capítulo 31, prosiguió Hernando en la forma siguiente:

—Habeis de saber, Peransurez, que desde el ojeo que dieron á mi amo en el soto de Manzanares aquellos desalmados siervos del conde, rezelábame yo de cuanto nos rodeaba, y habíame propuesto no soltar la oreja de mi amo el doncel Macías. Cuando llegó, sin embargo, la nueva del alumbramiento de nuestra señora la reina doña Catalina, un maldecido sarao hubo de darse. Ni podia entrar yo allí, ni mi leal Brabonel. Viendo con todo que tardaba ya el doncel en demasía, salí á explorar el monte, y á ojear los alrededores del alcázar. En ese tiempo ¡voto va! debió de volver mi amo á nuestra cámara, porque cuando yo regresé faltaba un tabardo de velarte que primero no llevara y su espada. Volví á salir, y cansado de no hallarle, ocurrióme, que acaso fuera de la villa y debajo de las ventanas de Elvira, que dan sobre la plataforma, podria estar el melancólico caballero tañendo su laud, y cantando alguna balada á la señora de sus pensamientos. Dirigí hácia allá, Peransurez, mi jauría, y al llegar ¡voto á san Marcos! hallé rastro. Un ruido extraño me habia llamado la atencion á alguna distancia: conforme nos acercábamos Brabonel y yo, habíamos oido algunas voces confusas, y pasos luego de caballos. Llegamos, y veíase abierta la reja de la cámara de Elvira. Dos ó tres piedras enormes, y colocadas una sobre otra, parecian indicar que

acababan de servir de escala á algun atrevido caballero para alcanzar á la reja. A poco rato de observacion parecióme que andaba alguien en la habitacion con una luz en la mano : ocultéme debajo de la reja lo mas arrimado que pude á la pared : el que era se asomó efectivamente, y al resplandor de la luz que llevaba en la mano vi relucir en el suelo dos trozos de una espada rota. ¡ Esta era la osera! dije para mí : no bien se hubo apartado el de la luz, que no pude ver quién fuese, reconocí los trozos; era la espada de mi señor. ¿Lo habrian muerto? No, porque estuviera allí su cuerpo, y porque le hubiera olfateado mi leal Brabonel, y hubiera puesto en los cielos el aullido. ¿No es verdad, Brabonel? preguntó Hernando á su hermoso alano, que echado á su izquierda parecia escuchar atentamente la relacion del montero. Al oir esta pregunta, alzóse Brabonel en las cuatro patas, lamió la mano que le acariciaba, como si quisiese dar á entender á su dueño que no se equivocaba en el buen juicio que acerca de su fidelidad acababa de emitir, dió una vuelta en derredor sobre sí mismo, y volvió á colocarse, poco mas ó menos, como estaba antes de la extraña interpelacion. ¡Brabonel! dije entonces á mi alano, el rastro, el rastro del doncel.

Entendióme el animal, Peransurez; ¡ admirable Brabonel! No bien le hube dicho aquella breve exhortacion, comenzó á olfatear la tierra, y antes de dos minutos ya se habia decidido por una senda. Quise probar, sin embargo, la certeza de la huella, y aparenté ir por otra, gritando siempre : « ¡ El doncel, el doncel! » Viéraisle entonces correr á mí, echar por la otra, ladrar, aullar, tirarme, en fin, de la ropa con los dientes. ¡ Ah ! ¡ Brabonel, Brabonel, luz de mis ojos! añadió el montero abarcando con la mano el hocico del animal, é imprimiendo en él un beso, mas lleno de amor y de cariño que el primero que da un amante al tierno objeto de su pasion. ¡ Brabonel ! el que no ha tenido un perro no sabe lo que es querer y ser querido. ¿Qué sirve la mujer? la mujer equivoca siempre la senda, la mujer empieza por montear al venado de casa, y el perro no engaña nunca como la mujer. ¡ Brabonel, juntos hemos vivido, y juntos moriremos!

—¿Y seguísteis la huella? preguntó Peransurez impaciente por saber el fin del cuento, que Hernando habia interrumpido con tanto placer por acariciar al animal.

—¿Cómo si la seguí? á pasos precipitados, con toda confianza ya : dos leguas anduvimos. Allí encontramos un pueblo : tomamos lenguas : el herrador nos dijo que acababa de pasar una partida de ginetes; que habian hablado pocas palabras, pero que habian tenido que detenerse á herrar un caballo desherrado; que caminaban de prisa; que debian llevar un preso, segun las señas, y que habian pronunciado en medio de su misterio la villa de Arjonilla. ¡Mia es la pieza! dije yo entonces. Até cabos y dije : « El preso es el doncel, y el que lo prende el conde de Villena. » Efectivamente, el mismo dia se habia servido su alteza señalar el dia quinceno para el combate que debia tener con el doncel Macías. ¡ Mas claro, Peransurez! Era fuerza, sin embargo, asegurar mis dudas. ¿Qué hacia yo hasta entonces? y luego quise mas fiar de mi brazo y de

mi venablo el logro de mi intento. Volví á Madrid, y supe que la corte salia al otro dia; sabedor de que don Luis Guzman era el que, por su posicion con Villena, debia interesarse mas por mi amo, vime con él y expúsele mis dudas: declaréle mi intento; aprobó mi idea, y yo le confié el cuidado de llevar con su menaje á Otordesillas las prendas de mi amo y mias; entre otras la armadura mejor de Castilla, que si se perdiera, nunca de ello me consolara; es, al fin, la que tiene mi amo destinada por su buen temple para el aplazado combate. Armado despues de mi ballesta y dos aguzados venablos, seguido de mi leal Brabonel, y disfrazado lo mejor que pude, púseme la misma noche en camino.

Ayer parece llegaron ellos. Hoy he llegado yo. Hé aquí, Peransurez, la causa de mi venida. En aquel castillo, no hay duda, está el doncel. Hé aquí la presa que habemos menester rastrear. ¿Os acordais, amigo mio, de un juglar de don Enrique de Villena, que Dios maldiga, hombre de pelo crespo y rojo...

— ¿Ferrus? Recuerdo su nombre; pero él...

— Ferrus, pues, está aquí, y ese es el guardian de mi amo. Le he visto subir á un camaranchon de arriba, cuando yo entraba en la venta. Porqué duerme en esta encrucijada y no en su osera, eso no lo alcanzo. Lo que entiendo solo, Peransurez, es que ese es el oso que hemos de montear. ¿Insistís en vuestro ofrecimiento, ahora que sabeis cuánto motivo puedo tener de guardar silencio y sigilo, y cuán peligrosa sea la empresa?

— ¿Cómo si insisto? Hernando, dijo Peransurez levantándose del suelo en que estaban sentados, no es esta la primera montería en que hemos andado juntos. Amo el peligro como buen montero, y osos mayores que ese, amigo mio, me han prestado amistosamente piel para mas de una zamarra. Examinemos, si os parece, la posicion del castillo, discurramos el medio mas prudente...

— El medio, Peransurez, ¡voto va! es esperar aquí á ese perro de juglar, á esa raposa cobarde y rapaz, y clavarle en tierra con un venablo, como quien bohorda, mas bien que como quien caza. ¿Merece siquiera los honores de ser comparado con una fiera noble y denodada?

— Guardaos, amigo Hernando, de ejecutar tan descabellado propósito. Bien veo que seguís necesitando un consejero prudente que temple el ardor de vuestra imaginacion. Matareis á Ferrus; pero ¿y luego?

— Luego, voto va, luego... Dirigidme, pues, en hora buena. Brabonel y yo estaremos atentos al ruido de vuestra bocina. Soy yo mejor en verdad para obedecer que para mandar. Pero voto á Dios que os despacheis pronto, y nos digais cuanto antes contra quién he de disparar el venablo, que se me escapa él solo de las manos, y están ya los dientes de Brabonel deseando hacer presa en el animal.

— Ea, pues, venid: demos disimuladamente la vuelta al castillo: en seguida volveremos á Arjonilla: vendreis á tomar un bocado conmigo, *que el buen montero, riñon cubierto*, y mañana amanecerá Dios, y con su dedo omnipotente nos señalará el rastro de los malvados.

— A la buena de Dios, replicó Hernando. ¡Brabonel, Brabonel, vamos! Guiad vos, Peransurez, que conoceis la tierra.

Dichas estas palabras comenzaron los dos amigos su exploracion, hecha la cual se retiraron á concertar los medios de introducirse en el castillo por mas guardado que estuviera, y de salvar al doncel, que presumian hallarse dentro, con no pocos visos y fundamentos de verdad.

CAPITULO XXXIV.

En una torre fué puesto
Con cadenas á recado.
. . . .
La condesa entrara dentro
Do está el conde aprisionado.
. . . .
Ambos hablan en secreto,
Y conciertan en celado;
Que por librar tal persona
A mas que esto era obligado.

Rom. de Sepúlveda.

Cuando Ferrus, encargado por el conde de Cangas y el astrólogo de la prision del enamorado Macías, pensó albergarse en la hostalería del complaciente Nuño, no fué ciertamente porque no hubiese en el castillo albergue digno de él.

Es fuerza remontarnos mas al orígen de las cosas para explicar de un modo satisfactorio esta singularidad.

Fácilmente comprenderá el lector, impuesto ya en los diversos caractéres sobre que gira nuestra narracion, que necesitando los dos autores de esta intriga el mayor secreto, solo podian fiar tan importante comision al que ya estaba forzosamente en él: el reparo de la falta de valor no podia tener en este caso mucho peso, porque habian de acompañarle otros, los cuales solo sabian que debian prender á un hombre, sin saber quién fuese; y para mandar á estos y aprisionar con ellos á un caballero que salia descuidado de una cita amorosa no se necesitaba un gran fondo de arrojo y determinacion. Por otra parte, Ferrus era hombre friamente malo y cruel: ¿quién podia, pues, desempeñar mejor que él la inexorable comision que se le confiaba? Lográbase además de este modo la ventaja de apartar de la corte al único hombre que podria en un caso adverso comprometer al conde, y la de tener en el castillo un ente capaz de cualquier accion determinada si llegaba ocasion apurada en que estorbase la existencia del preso. Combinadas estas diversas circunstancias, solo quedaba que pensar en ligar el interés de Ferrus al feliz éxito de la expedicion de una manera que hiciese imposible toda traicion. El conde para esto creyó que no podria haber medios mejores que la gratitud por una parte y la esperanza del premio por otra; así, decidió hacer libre á su siervo y loco favorito. Quitóle el collar de metal que en seña de servidumbre llevaba, é hízole de su siervo su vasallo. Con extraordinario placer renunció Ferrus á su bonete de sonajas de juglar, y al molesto

oficio de divertir con bufonadas á sus superiores; y sus sentimientos de fidelidad llegaron á tocar en un acendramiento difícil de explicar, ni menos de igualar, cuando el conde le manifestó que le hacia libre entonces para confiarle la alcaidía del castillo de Arjonilla; añadiéndole, que si desempeñaba fielmente este importante cargo, no pararia en esto solo su favor. Bien entrevió Ferrus, por consiguiente, que toda su prosperidad futura dependia de que Villena saliese con el maestrazgo; y siendo eso imposible si se llegaba á probar algun dia que don Enrique habia muerto á su esposa, hizo firme propósito Ferrus de consentir primero en que le hiciesen pedazos que en dejar la menor esperanza de salvacion al asegurado doncel. Su muerte en último caso hubiera sido para él una grandísima friolera puesta en balanza con su futura grandeza.

El lector sabe que, merced á la tenacidad de Elvira, se habia logrado la industria del astrólogo con mas felicidad aun que lo que él podia nunca haber esperado, si bien habia contado siempre con la ventaja que le ofrecia el haber de bajar el doncel de la reja alta de una manera que impedia toda defensa. Llevó á Arjonilla unas instrucciones del conde, severas sí, pero no sanguinarias, y otras del judío aplicables á todas las circunstancias que pudieran ocurrir, y un tanto menos escrupulosas, porque este se hallaba ya tan interesado como Ferrus en la grandeza del conde, y sumamente ligado á sus intrigas por el peligro que corria si llegaba á descubrirse algun dia la horrible maquinacion en que no habia tenido él la menor parte.

No se habia previsto, empero, una circunstancia bien temible. El conde, que habia tenido grande interés en que su castillo de Arjonilla estuviese de algun tiempo á aquella parte bajo la custodia de alguno de sus mas allegados servidores, por razones que él se sabia, y que algun dia sabrán nuestros lectores, habia confiado su alcaidía á su camarero Rui Pero, de quien no hemos vuelto á hablar por esta causa. Este era hombre duro y fiel: por lo tanto suspicaz é irascible. No pudo, pues, sentarle bien la órden que le intimó Ferrus en nombre del conde, su comun señor, ni menos el imperio y mal entendida arrogancia con que se la oia prescribir á un hombre que acababa de salir de la nada; á un siervo cuyo collar de metal acababa de romper su amo, y cuyas sonajas de azófar y bonete de loco estaban todavía demasiado recientes en la memoria del noble camarero para que le pudiese inspirar respeto ni estimacion el que venia á ocupar su mismo destino, con desdoro de su clase y prerogativas. Mandábale á decir el conde que siendo necesaria su asistencia á su lado, solo tardase en ponerse en camino para Otordesillas, donde debia encontrarle con la corte, el tiempo indispensable para hacer entrega del castillo al nuevo alcaide, y enterarle de cuanto él se figurase que conducia á su mejor servicio. Rui Pero, llevado de su mal humor, no perdonó medio alguno de inspirar terror á Ferrus acerca de la responsabilidad que sobre sí acababa de tomar, y de las dificultades que ofrecia la conservacion del secreto de un castillo tan inmediato á poblacion, y en que si era fácil impedir la entrada á los extraños, no lo era tanto estorbar que tuvieran los de dentro alguna comunicacion con

los de fuera : insistió bastante además en la fama que de encantado tenia el castillo, y en lo que de él contaban los habitantes, cosa que no contribuyó en nada á tranquilizar el ánimo de Ferrus, ya de suyo naturalmente enemigo de encantos y prodigios. Deseoso de averiguar si deberia temer ó no cuanto en el particular Rui Pero le referia, determinó dormir una noche en la hostalería del pueblo, así para averiguar á punto fijo el fundamento que podrian tener aquellas tradiciones, que cual telas de araña se adhieren siempre á los edificios viejos, como para escudriñar si se habia traslucido algo entre los habitantes de Arjonilla acerca de los misteriosos secretos que encerraba á la sazon la antigua hechura del amante de Zelindaja, y acerca del objeto de su propio viaje. Esta era la verdadera causa de aquella extravagancia.

No bien se habia dispertado Ferrus, cuando tenia ya á la cabecera de su cama al complaciente Nuño con la montera en la mano, y con un *como gusteis* siempre asomado á los labios para salir á la menor indicacion del huésped. Entablóse entre ambos mientras que Ferrus se vestia un diálogo, que por lo largo é inútil á nuestro propósito, perdonamos á nuestros lectores con el interesado objeto de que nos perdonen ellos á nosotros cosas de mayor monta y trascendencia. Baste decir que por él pudo Ferrus formar una exacta idea de su verdadera posicion, y no le hubo de parecer tan mala como Rui Pero se la habia pintado, porque decidió volver inmediatamente á su castillo; y aun hizo propósito de darse por encargado y enterado de todo lo mas pronto posible; pues bien se le alcanzaba que el disgusto y mal humor del camarero solo podia resultar en daño de la intriga de su amo.

Tuvo el hostalero, prevenido por Peransurez en la madrugada del mismo dia, el buen talento de no hablar á Ferrus de la imprudente conversacion tenida en público la noche anterior en su cocina despues de haberse él recojido, y Hernando, á quien importaba no ser conocido, de Ferrus sobre todo, se mantuvo oculto hasta que supo que habia regresado al castillo el ex-juglar, pagada ya la cuenta de su gasto, aunque no tan opíparamente como el hostalero esperaba, cosa que se supo porque al despedirse Ferrus de él, díjole :

—Dios os prospere, y os dé, buen Nuño, lo que mas os convenga. Y se notó que Nuño no le habia respondido el *como gusteis* de ordenanza. Esta observacion de los historiadores del tiempo, que hablan con toda profundidad del lance, es tan justa, que cuando Nuño habló con Peransurez despues de la partida de Ferrus no solo no insistió en la apuesta, sino que se inclinó ya, por cierta antipatía que habia nacido en su corazon repentinamente contra Ferrus, á la parte del emprendedor montero ; diciéndole entre otras cosas que tendria un placer singular en que se jugase una pasada que metiese ruido al señor alcaide nuevo del castillo del moro, por su arrogancia y su petulante continente.

No echó Peransurez en saco roto esta buena predisposicion al mal del hostalero, y reuniéndose á toda prisa con Hernando, procedieron á dar el paso que en su deliberacion de la noche anterior les habia parecido mas conducente y atinado para el logro de su arrojado intento.

Entre tanto era varia la posicion de los habitantes del castillo. En los patios interiores divertian sus ocios tirando al blanco ó bohordando hombres de armas, á quienes estaba confiada su defensa y custodia; algun grupo de ballesteros ó archeros pacíficos discurrian mas apartados acerca de la singular reserva que reinaba en todas las operaciones de aquel edificio verdaderamente mágico, porque no eran todos sabedores de lo que encerraban sus altas murallas. Algunos sí sabian que habian traido ellos mismos un prisionero por ejemplo, pero ni sabian quién era, ni le habian vuelto á ver. Tales habian sido y eran las precauciones observadas sabiamente por los principales emisarios del conde.

Habia sido colocado el nuevo huésped en una sala baja incrustada, digámoslo así, en el corazon de una mole de piedra, que esto y no otra cosa era cada paredon del castillo. No tenia mas adornos que el que le proporcionaban algunas telas de araña, indicio de la poca consideracion con que al caballero se trataba, y varios informes lamparones que dibujaba la humedad con caprichosa desigualdad en las desnudas paredes de aquel calabozo. Hacia mas horrorosa la prision un rumor monótono y profundísimo, muy semejante al que produce el brazo de agua que sale de la presa de un molino, que rompe por entre las guijas de una cascada, ó que se desprende de un batan. El que haya tenido alguna vez la desgracia de verse privado de su libertad en una oscura prision, oyendo dia y noche el acompasado golpeo de un reloj de péndola, será el único que pueda apreciar la situacion del doncel, condenado á aquel tristísimo son. No recibia mas luz aquel cavernoso nicho que la que le prestaba en los dias mas claros del año un agujero redondo y cerrado con cuatro hierros cruzados, y practicado en la parte mas alta del muro. Hallábase situado á orilla de una zanja, hecha á lo largo de la muralla interior: por la zanja corria, produciendo el rumor que hemos descrito, un residuo del torrente, que llenaba con sus aguas el foso exterior del edificio, y entre la zanja y la muralla interior habia una ancha y espaciosa plataforma. Era preciso, pues, pasar la zanja desde la plataforma para entrar en la prision destinada al doncel; pero esto solo se podia verificar bajando el rastrillo que la cerraba sirviéndole de puerta. La rara colocacion de aquella cueva indicaba que habia sido construida desde luego para encerrar presos de importancia, y á quienes se quisiese quitar la vida prontamente como represalia, en caso de hallarse ya tomado el castillo por el enemigo. La situacion por otra parte, su hondura, y el ruido del torrente impedian que pudiese ser oida en ningun caso la voz del prisionero que en aquella caverna se encerrase. Casi enfrente de ella venia á caer entre las dos murallas la torre principal de la fortaleza. Mirando oblicuamente por el agujero conductor de la luz, que dejamos descrito, divisábanse con trabajo algunas altas ventanas. Nada se podia ver de dia de lo que dentro de ellas pasaba; pero de noche, cuando reinaba la mas completa oscuridad, veia el doncel una luz arder en lo interior de una habitacion, moverse á ratos, mudar de sitio, desaparecer, y aun producir sombras de diversos tamaños y figuras, bastantes á atemorizar en aquel tiempo de superstición un corazon menos determinado que el del doncel;

sobre todo en un castillo que hacian encantado las tradiciones mas remotas del país, y cuyo destino parecia ser realmente el de pertenecer siempre á seres nigrománticos, como le sucedia á la sazon, que era dueño de él el conde de Cangas, á quien nadie tenia por menos mago que al amante de Zelindaja. De noche tambien, y cuando se columbraban las temerosas sombras, era cuando solia mezclarse con el silbido del viento y el ruido de la lluvia, ó el estruendo de la tempestad, una voz aguda y dolorosa, que era la que tenia espantada la comarca, y la que nuestro buen Nuño habia oido la noche que se retiraba de su labor, como en nuestro capítulo anterior dejamos dicho.

Finalmente, otra entrada tenia la prision del doncel. Una escalerilla de caracol la ponia en comunicacion con una larga galería interior del castillo; pero una puerta de hierro sumamente pequeña y cerrada por defuera con pesados cerrojos y candados, cuyas llaves poseia solo el alcaide, imposibilitaban por esta parte toda esperanza de evasion. Un mal lecho habia sido dispuesto á ruegos del prisionero en la caverna, y habia conseguido por favor singular que le dejasen el pequeño laud que á la espalda como trovador llevaba cuando su cita amorosa. Con él divertia su amarga posicion pulsándole blandamente, y regándole con sus acerbas lágrimas, los ratos que no escribia en las paredes con un punzon alguna tristísima endecha, dirigida á la ingrata señora de sus pensamientos, cuyo rigor le habia puesto en tan lastimero trance.

La habitacion que por ser la mejor y la mas espaciosa se habia reservado el alcaide, y que se habian repartido á la sazon Rui Pero y Ferrus, se hallaba en el piso bajo de la torre de que hemos hablado. Un salon anchuroso, adornado con varios trofeos y armas suspendidas en las paredes, era el departamento principal. Una larga mesa estaba clavada en medio: el hogar ardia en la cabecera de la sala, y en el extremo opuesto un aparador ó bufete encerraba la vajilla estilada en aquel tiempo para el servicio de la mesa.

Al anochecer del dia en que nos encuentra nuestra historia, dos hombres arrellanados en dos grandes poltronas de baqueta española, la mas apreciada entonces en Europa, conversaban tranquilamente uno enfrente de otro, y separados por la mesa como si hubieran necesitado de un cuerpo intermedio para no reñir. Así parecia indicarlo su gesto displicente. El uno era Ferrus. En su rostro brillaba la satisfaccion petulante de un hombre que ha llegado á ocupar un destino superior á sus méritos y esperanzas. El otro era Rui Pero. Su continente era el de un hombre por el contrario herido en lo mas delicado de su amor propio por un disfavor no merecido, y habíaselas con el emancipado juglar, como podria habérselas un general acreditado por sus servicios y conocimientos con un guerrillero á quien hubiese igualado con él la fortuna.

Una lámpara suspendida del techo iluminaba los rostros de entrambos, y los iluminaba mejor una alta vasija, cuyo preñado vientre vaciaba de cuando en cuando en dos anchas copas cierto jugo vivificador que embaulaban nuestros dos interlocutores á tragos repetidos en su cuerpo como en un cubo desfondado.

— ¿Cuándo pensais partir, señor Rui Pero? preguntó Ferrus despues de uno de estos tragos, paladeando todavía el licor de Baco.

— ¿Habeis tomado ya, señor juglar, repuso Rui Pero, es decir, señor Ferrus, alcaide del castillo de Arjonilla, las instrucciones que habíais menester?

— Estoy tan apto, señor Rui Pero, para desempeñar la alcaidía de este famoso castillo, como el mejor camarero de Castilla, contestó Ferrus picado.

— En ese caso, señor tal alcaide, pasado mañana al lucir el alba me pondré en camino para la corte, si no manda otra cosa vuestra señoría.

— Gracias, señor Rui Pero.

— ¿Habeis mandado relevar las centinelas exteriores de la muralla, y las dos de las torres, y de la galería interior del preso?

— Bien sabeis, contestó Ferrus, que no es ese cargo mio mientras esteis vos en el castillo. Y espero que no me comprometereis con mi amo el señor conde, ni querreis faltar al deber...

— No acostumbro á faltar á mis deberes, señor Ferrus, yo voy por lo tanto á disponer...

— Esperad. Supongo que seguís con el cuidado de emplear en el servicio de centinelas los ballesteros que ignoran completamente la calidad de los prisioneros. De otra suerte...

— No habeis menester suponerlo, dijo apurando su copa Rui Pero; bastará con que lo creais á piés juntillas. Además ya habreis conocido que necesita habilidad para escaparse el preso que tal intente hallándose encerrado en la prision de la zanja.

— Sí, segun me habeis dicho, no conociendo el secreto del rastrillo, solo la muerte seria el resultado de la menor tentativa de evasion. Admirable construccion la de ese calabozo. ¿Y quién construyó?...

— ¡Silencio! dijo Rui Pero al ver entrar un tercero en la sala, y gozoso de poder dar una leccion de prudencia al inexperto Ferrus. ¿Qué quereis vos? añadió dirigiéndose al extraño.

— Señor alcaide, respondió el faccionario que acababa de entrar, han llamado al castillo dos caminantes fatigados...

— A nadie se da hospedaje, repuso Rui Pero mal humorado.

— Lo sé, señor alcaide. Pero advierta vuestra merced que no son caballeros, ni hombres de guerra. Son dos reverendos padres, que piden albergue por esta noche.

— ¿Y porqué no lo buscan en Arjonilla?

— Parece, señor, que van extraviados, y pasan á estas horas por el castillo, ignorantes del camino que guia á la poblacion. La copiosa lluvia que ha engruesado el torrente les obliga á pedir albergue.

— ¡Voto va! dijo Rui Pero. Lo mas que por ellos podemos hacer es que les enseñe el camino un hombre del castillo.

— Pero ese, señor, no los pasará en hombros á través del torrente, repuso el ballestero, temeroso de ser él elegido para aquella comision.

— Por otra parte, añadió Ferrus, á quien los vapores del vino daban

confianza y determinacion, ¿qué peligro hay en albergar dos frailes? Dios sabe de dónde serán. Esos padres suelen venir de lejos é ir de paso; muy forasteros deben de ser, pues ignoran que el castillo es encantado y nada hospitalario. Van de paso.

— Sin embargo, si pudiesen pasar el arroyo... replicó Rui Pero.

— ¿Y quereis, dijo Ferrus acercándose al oido del camarero, que nos expongamos á que pase un hombre del castillo la noche fuera de él, y suelte la lengua mas de lo preciso? Eso es peor...

— Peor, peor... refunfuñó entre dientes el camarero.

— Si gustais, señor alcaide, dijo el ballestero, se les contestará que vayan á buscar albergue á otra parte. Ello, la noche es terrible.

— ¿Terrible decís? repuso Rui Pero asomándose á una ventana. Sí; parece que el cielo se derrite en agua. Seria una inhumanidad por cierto.

— No podemos consentir, añadió Ferrus, que dos ministros del Altísimo queden á la intemperie en una noche...

— En buen hora; que entren, dijo Rui Pero al ballestero, quien se fué á cumplir la órden.

— ¡Voto va! añadió Ferrus; éramos dos y seremos cuatro. Aun queda vino en esa vasija para otros tantos, y los padres no se desdeñarán de hacernos un rato de compañía, yendo sobre todo de camino. Todo el peligro que podemos rezelar de los santos varones, señor camarero, es que nos echen algun sermon en latin que no entendamos: y así como así, dentro de un rato ya no nos íbamos á entender nosotros dos segun la faena que damos á nuestras copas.

Una carcajada de Ferrus al concluir estas palabras probó que todavia no habia perdido la costumbre, que se habia hecho en él naturaleza, de decir bufonadas á todo trance, á pesar de su nueva dignidad.

De allí á poco entraron humildemente en el salon dos reverendísimos padres, cuyos hábitos derramaban á hilos el agua, como un paraguas expuesto por gran rato á la lluvia, y que se arrima á un rincon á medio cerrar.

Saludáronlos cortesmente nuestros dos amigos, y despues de los primeros cumplimientos los invitaron á que se acercasen para secar sus hábitos al hogar, donde quedaron mirándose unos á otros largo espacio los dos opuestos alcaides y los dos bien avenidos frailes.

CAPITULO XXXV.

Mentides, fraile, mentides,
Que no decis la verdad.
. . . .
Mató el fraile al caballero,
A la infanta va á librar:
En ancas de su caballo
Consigo la fué á llevar.
Rom. del conde Claros.

Al entrar los dos modestos frailes en la sala, no habia dejado de llamarles la atencion el agradable pasatiempo en que entretenian sus ratos perdidos el antiguo y nuevo alcaide. Habíanse mirado uno á otro como inspirados de la misma idea, y este movimiento hubiera sido notado de los defensores del castillo, á no ser porque, no habiendo creido estos que tendrian ya visitas con quien guardar ceremonia, habian menudeado en realidad del tinto mas de lo que á su prudencia convenia; su misma posicion les habia excitado á beber, y aun hay cronistas que aseguran que deseosos uno y otro de no tener compañero en el mando, y demasiado confiado cada cual en su propia resistencia, se habian animado recíprocamente á beber por ver si conseguian privar al cólega; plan que, merced á la igualdad de sus fuerzas, habia resultado en detrimento de la razon de entrambos.

— ¡ Por san Francisco! perdonen vuestras reverencias, dijo Ferrus, si les han hecho esperar á la intemperie mas de lo que ese hábito que visten merece. Pero sepan que á él solo deben esta acogida, porque el castillo á que han llamado no es en realidad de los mas hospitalarios que pudieran haber encontrado en su camino.

— *Pax vobiscum*, dijo el menos corpulento de los padres con voz grave.

— Como gusteis, padres, repuso Ferrus, segun el estribillo de mi huésped de ayer; porque han de saber sus reverencias que de dos dignos alcaides que tienen en su presencia ahora, ninguno sabe latin.

— En ese caso, *Te Deum laudamus*, repuso el padre respirando como aquel á quien le quitasen de encima una montaña.

— Gracias, contestó de nuevo Ferrus, no queriendo ser tachado de poco político por dejar sin respuesta una lengua que no entendia. Dos cosas debemos suplicar á vuestras reverencias, prosiguió; primera, que se quiten esos hábitos que traen mojados...

— *Et super flumina Babylonis*, dice el salmista: *vetat regula*, la regla nos lo impide.

— Sea en buen hora; pero la regla no impedirá á vuestras reverencias que hagan lo que vieren adonde quiera que fueren; primera regla de hospitalidad entre caballeros, añadió Ferrus derramando vino nuevamente en las copas, y ofreciendo una al padre que habia llevado hasta entonces la palabra.

Miráronse los padres uno á otro como para consultar entre sí lo que deberian hacer.

— ¡Voto va! aquí se ofrece de buena voluntad, añadió Ferrus viendo su indecision: ¿no es cierto, señor camarero?

— Vos lo habeis dicho, repuso el camarero tomando una copa. Pero si sus reverencias no se atreven por respetos al cielo, nosotros, viles gusanos de la tierra...

— *Vinum lætificat cor hominis*, interrumpió el padre. Nosotros agradecemos á vuestras mercedes la buena voluntad; pero solo beberemos en la refaccion, si teneis por bien hacérnosla servir: vuestras mercedes beban, y mientras, nosotros *exultemus, et lætemur.*

— A la buena de Dios, dijo Ferrus vaciando su copa. ¿Y este padre que nada dice, es que no sabe latin, como si fuera alcaide?

Miraban los dos frailes á Ferrus, como buscando en sus ojos si encerraria alguna intencion ó sospecha aquella pregunta hecha de aquel modo, ó si seria meramente casual é hija de la poca aprension del que la hacia. Parecióles en conclusion, que no se podia leer en los ojos de Ferrus sino la expresion del mosto, y no dudó en responder con cierta serenidad el mismo padre:

— Mi superior está achacoso; es sordo además *tanquam tabula...*

— Sí, que es gran sordera, repuso Ferrus, presumiendo que así se llamaba la enfermedad del padre.

— Y un tanto tierno de ojos, que es la razon de verle la capucha tan sobre ellos como notarán vuesas mercedes. La humedad, sobre todo, de esta noche debe de haberle perjudicado mucho. *Benedictus qui venit.* Venga ó no venga, añadió para sí el padre.

Efectivamente, no se le veia apenas rostro al padre que habia permanecido callado. Ocultábale el medio de abajo una larga barba blanca, y su capucha le envolvia todo el medio de arriba.

— ¿Y viajan siempre vuesas reverencias con esos mozos de estribo? preguntó Ferrus, reparando en un hermoso alano que casi detrás del padre silencioso reposaba, y que habia entrado sin ser antes de ellos sentido.

— ¿Ah? repuso el padre. Dios nos perdone esos medios mundanos de defensa. Aunque *manet nobiscum Dominus*, bueno es llevar además un amigo consigo. Es el perro del convento: nuestro reverendo abad no quiso que en estos tiempos de salteadores, ni el padre Juan, ni yo, padre Modesto, como me llaman, para servir á Dios y á vuesas mercedes, nos viniésemos sin ese corto auxilio siquiera para nuestra seguridad, si bien *Deus vigilat.*

— ¿Y de dónde, bueno padre mio? preguntó Ferrus con audaz curiosidad.

— De Jaen, hijo, repuso con extrema serenidad el padre; sí, hijo, de Jaen. Llevamos una comision secreta, que bajo la fe de la obediencia no podemos revelar, para el reverendo prior del convento de Andujar de nuestra misma órden, que es como veis de san Francisco, hijos mios; pensábamos haber caminado toda la noche, y haber llegado allí antes de

la mañana; empero Dios que nos ha enviado esta agua, y los achaques de mi compañero, nos han obligado á pedir hospedaje. *Introibo*, dijimos, *ad altare*.

— Y bien dicho, habló por fin el camarero, que habia estado hasta entonces observando al silencioso fraile, muy bien dicho, aunque nosotros no lo entendamos. Pero lo dijo vuestra reverencia, y basta: si les parece á sus reverencias, que vendrán cansados, prosiguió el cortesano camarero, harémosles servir la refaccion para que se retiren, señor Ferrus.

— *Amen*, repuso el padre: tanto mas cuanto que mañana hemos de salir á la madrugada, si dais órden de que nos abran temprano en el castillo.

— Daránse las órdenes todas que fueren necesarias, repuso Ferrus, apartándose y hablando al oido al camarero. Pero ved que las centinelas no se han relevado aun.

— Pudiérais vos mudarlas, le contestó Rui Pero, mientras yo hago disponer la cena; estos buenos padres nos dispensarán si los dejamos solos un instante por su propio servicio.

— *Ite, missa est*, replicó el padre echando una bendicion gravísima á entrambos alcaides, que se dieron el brazo mutuamente á pesar de sus interiores rencillas, sin duda olvidándolo todo en momentos en que necesitaban tanto de recíproco apoyo, y salieron de la sala.

— ¡Cuerpo de Cristo! Por vida de Diego Gil y Martin Bravo, los mas famosos monteros de Castilla, que Dios perdone, exclamó el padre silencioso soltando una carcajada algo reprimida por la prudencia. ¡Voto va! que nunca hubiera dicho, fray Juan ó fray Peransurez, que tañéseis de ladradura con tal primor. Por mi venablo que se os entiende de cazar en latin á las mil maravillas.

— ¡Prudencia, Hernando! Sepamos lo que nos hacemos, ya que yo no sé lo que me digo. ¿No os previne de que fuí monacillo y sacristan en cierto tiempo, durante el cual, si mucho escatimé el rastro de las vinajeras de la Almudena, no por eso dejé de oir las bocinas de los padres en el coro? Aprendí á tañer la mia en latin como habeis visto, y alguna palabra entiendo voto á tal de cada ciento que digo.

— Pobre venado es este, Peransurez: es nuestro, dijo Hernando. Hace la señal del pezuño chica, y va en la redruña, ¡voto á tal! No tardaremos en tañer de occisa. ¿Pondrémosle canes?

— Ved no nos obliguen á tañer de traspuesta: mirad que se levanta ya el venado á la ceba. Yo os avisaré el momento.

— Los tiempos nos dirán, conforme vengan...

— Sí; pero ved, Hernando, que no es lo difícil la entrada; mirad por la salida...

— Dios proveerá, y mi venablo, repuso Hernando componiendo sus hábitos, y echando de nuevo su capucha. Ya vienen hácia el buitron.

Volvian en esto ya los dos alcaides. No tardó mucho tiempo en cubrirse la mesa, á la cual se sentaron los cuatro con la mayor armonía y fraternidad. Poco tiempo hacia que cenaban, con imprudente abandono

Rui Pero y Ferrus, con mas reserva y comedimiento los frailes, cuando llamó á las puertas del castillo un expreso que enviaba el conde de Cangas y Tineo. Abriéronle inmediatamente, é introducido en la sala, echóse de ver en su traza que habia corrido mucho, y que debia de ser en grande manera interesante su mensaje. Tomó Rui Pero el pliego cerrado que para él traia, y apartándose un poco leyóle rápidamente, manifestando bien á las claras en su rostro cuán sorpresa le infundia.

—Señor Ferrus, grandes novedades, dijo despues de haberle recorrido.

—¿Qué decís? preguntó Ferrus tartamudeando.

—Nuestro señor el ilustre conde de Cangas y Tineo, maestre de Calatrava, se halla á pocas leguas de aquí...

—¿Cómo? exclamó Ferrus levantándose.

—Sí; parece que el dia despues de vuestra salida de Madrid llegó á la corte la nueva de los disturbios de Sevilla. Las cartas y pesquisidores que envió su alteza á esa ciudad el mes pasado para poner en paz los bandos que han estallado entre el conde de Niebla, su primo, y el conde don Pedro Ponce y otros caballeros y veinticuatros, no surtieron efecto, y el mal se acrecienta por momentos. Temeroso su alteza de los resultados de tan grave daño, hizo suspender su viaje á Otordesillas; hase contentado con expedir pliegos anunciando á la reina doña Catalina que irá allá desde Sevilla, y mandado disponer para entonces las funciones reales y torneos que se preparaban en solemnidad del nacimiento del príncipe don Juan. Hase traido consigo á los principales señores de la corte, y esta noche debe dormir en Andujar.

—Gran novedad, por cierto, dijo Ferrus.

—Añádeme su señoría que en ese pueblo permanecerán tres dias, por hallarse señalada para mañana la prueba del combate. Encárganos con este motivo, añadió Rui Pero al oido de Ferrus, la mayor vigilancia.

—¡Voto á tal! no hay cuidado, dijo Ferrus dando una carcajada. No vencerá el doncel. ¿Y piensa venir su grandeza por aquí?

—Parece que no, pues de Andujar pasa su alteza á Córdoba; desde allí irá en la barca grande, el Guadalquivir abajo, á Sevilla, pues que está su alteza muy doliente, y no le deja caminar á caballo su físico Abenzarsal. Pero en atencion á todo esto, yo partiré mañana de madrugada.

—Sea en buena hora, como gusteis, repuso Ferrus. Esto entre tanto no altera el órden de nuestra cena. Podeis retiraros, buen hombre, añadió Ferrus al emisario.

—Que os den de cenar, dijo Rui Pero al mismo, y disponeos mañana á venir conmigo á la corte.

Retiróse el emisario, y siguieron cenando nuestros cuatro paladines, y conversando acerca de la determinacion del rey, y del singular acaecimiento que los habia acercado tanto á la corte

—Bueno fuera, señor alcaide, dijo Peransurez dirigiéndose á Ferrus, que era el mas afectado del licor, bueno fuera que hubiéseis de hospedar en este castillo á la corte...

— ¡Bá! dijo Ferrus; no pasa por aquí, y además en un castillo encantado...

— ¡Encantado! Dios nos perdone, dijo con afectado escrúpulo el padre.

— ¿No ha oido hablar nunca el padre de la mora Zelindaja, Zelindaja la mora... siguió Ferrus con dificultad, y riéndose á cada palabra con la estúpida expresion de la embriaguez.

— ¡Hola!

— ¡Voto va! pues la mora... rico vino es este, padre; ¿no bebeis?

— Proseguid, dijo el padre haciendo con su mano un ademan de agradecer el ofrecimiento.

— La mora, pues... vaya otro trago, señor Rui Pero.

— ¿Y la mora? preguntó el padre.

— La mora.... Zelindaja quereis decir, la que está encantada en la torre....

— ¿En la torre?

— Sí; aquí arriba sobre nosotros. ¡Pero qué vino! ¡qué paladar! ¿os dormís, señor Rui Pero? ¡voto va!

— ¿Con que arriba? preguntó el padre.

— Por ahí la llaman la mora, y dicen que aparece, y que .... ¡ah! ¡ah! ¡ah! añadió Ferrus soltando una carcajada, y mirando el vino que contenia aun la copa. ¿Qué haceis vos ahí, prosiguió vuelto en seguida á los que le servian la mesa, escuchando, espiando, á ver si se me escapa alguna imprudencia? Belitres. Si esperais á que yo os diga dónde está el preso.... larga la llevais. Fuera de aquí; llamaremos cuando os hayamos menester.

Diciendo y haciendo, levantóse Ferrus con trabajo, y cerró la puerta despues que hubieron salido los sirvientes, espantados de las palabras del alcaide.

— ¿Con que el preso.... señor alcaide.... prosiguió Peransurez, que así como su compañero no perdia una palabra ni una accion de las que se le escapaban al imprudente mancebo.

— El preso no se escapará mientras pendan de mi cintura las llaves todas del alcázar. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! notad, padres mios, la figura que hace un camarero dormido, prosiguió Ferrus riéndose á carcajadas, y señalando con el dedo la boca abierta del buen Rui Pero, á quien la hora, el sueño, el vino y el cansancio tenian cabeceando sobre su poltrona. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Al llegar aquí tocó Peransurez por bajo de la mesa al pié de Hernando, que de puro impaciente no hacia ya mas que moverse habia gran rato. Levantándose á un tiempo los dos, precipitóse cada uno sobre el que tenia al lado. Tocóle á Peransurez el dormido Rui Pero, que se halló ya maniatado y tapada la boca antes de acabar de despertar: á Hernando Ferrus, cuyo asombro fué tal al ver levantarse de repente, y en aquella tan inesperada forma, á los dos reverendos, que no fué dueño de gritar ni de oponer la menor resistencia al montero, el cual así lo fajaba con sus poderosas manos, como si fuese un niño. Pusieron nuestros dos amigos á cada uno de los alcaides un palo del hogar atra-

vesado en la boca, y sujeto con cordel que preparado llevaban á manera de mordaza, y atáronlos en seguida fuertemente de piés y manos á sus mismas poltronas, dejándolos conforme se hallaban colocados, es decir, uno enfrente de otro con la mesa en medio y sus copas delante. Era cosa de ver la figura que hacian sin poderse mover ni remover ambos con la boca abierta, y mirándose con ojos aun mas abiertos, sin acabar de comprender si estaban encantados por el moro del castillo, ó si habrian dado hospedaje á dos diablos del otro mundo que venian á castigar su descompuesta vida.

Hecho esto por nuestros dos reverendos, y apoderados ya del manojo de llaves que pendia del cinto de Ferrus, fué su primer cuidado recapacitar lo que acababan de oir al ebrio alcaide.

Parecia por el misterio de sus palabras que la torre era el lugar del castillo destinado al prisionero. Estaban en ella, pero era indispensable hallar una subida, y si habia dos, aquella en que estuviesen menos expuestos á ser notados ó á encontrar importunas centinelas. En punto á esto convinieron que era preciso ponerse en manos de Dios, que veia sus intenciones, y no dejaria de favorecerlas; y echáronse á buscar una subida, que no tardaron en encontrar. Probando llaves lograron abrir una puertecita encubierta detrás del hogar por un tapiz viejo: empujáronla, y una escalera oscura les probó que habian dado con lo que necesitaban. Armado cada uno de un agudo venablo, y llevando en la mano izquierda Hernando, que iba delante, una linterna sorda de metal, diéronse á subir con la mayor confianza en Dios, donde los dejaremos, ora trepando escaleras, ora recorriendo largas y oscuras galerías, ora, en fin, probando llaves en cada puerta que encontraban, todo con el mayor silencio por no dar la alarma en el castillo.

Hallábase colocado el cuarto, donde se divisaba la misteriosa luz desde los alrededores de la fortaleza, en el extremo de una galería, y como quiera que las puertas fuesen todas de la mayor seguridad, no se creia prudente establecer centinelas demasiado inmediatas. Al único que hácia aquella parte se oponia, preveníasele de antemano que no se separase del extremo de la galería mas distante de la prision. El que se hallaba á la sazon en aquel punto era un mancebo profundamente ignorante acerca de las circunstancias de los presos que parecian custodiarse con tanto interés en la fortaleza, pero que habia oido hablar lo bastante del encantamiento del castillo, y de la voz nocturna, para no tenerlas todas consigo en aquella incómoda faccion.

—Por Santiago, decia apoyándose en su partesana, que no entré yo al servicio del señor conde para habérmelas con brujas y hechiceros; este instrumento que bastaria para matar millones de moros, unos despues de otros se entiende, acaso no seria suficiente á hacer un ligero rasguño en la mano del moro que fundó este maldito castillo. Dicen que la señal de la cruz es grande arma contra las artes del demonio, añadia en otro paseo de los que daba, sin apartarse mucho de su puesto como el que tiene miedo ó frio; y siendo esto cierto, ¿cómo es que hay cristianos hechizados? Cuerpo de Cristo, si me hechizasen tengo para mí que lo

que mas habia de sentir habia deser aquello del no comer y del no dormir, ¡voto va!

En estas y otras reflexiones cogió entretenido al mancebo cierto profundo gemido que salió al extremo opuesto de la galería.

—¡Santa María! exclamó dando diente con diente el faccionario. Asunto concluido. ¿Si será la mora que viene á pedirme su esposo, segun dicen las gentes que lo pide todas las noches á los ecos? Sin embargo, yo no soy eco, añadió lastimeramente como si quisiese conjurar el encanto con esta lógica observacion.

Otro gemido mas prolongado resonó de allí á poco, y el ruido de una cadena arrastrada por el suelo se prolongó hasta el infinito en el oido del infeliz.

—¡Santo Dios! decia el soldado, y persignábase tan de prisa como si fuese la última vez que habia de persignarse en su vida, y sin apartar los ojos del punto de donde él se figuraba que salia el ruido.

En esto estaba, á la orilla de la escalera, y vuelto de espaldas á ella, cuando dos manos de hierro, apoderándose de sus piernas, le levantaron en alto.

—¡Perdon, señora Zelindaja, perdon! clamó con voz media ahogada el miserable, y pasando por encima de la cabeza de un padre Francisco á quien no tuvo siquiera tiempo de observar, cayó rodando de espaldas por la escalera, hasta una puerta que habian cerrado tras sí nuestros aventureros, donde quedó casi exánime y sin sentido.

—¿Hay mas? dijo Peransurez mirando á todas partes.

—No, repuso Hernando: aquella debe ser su prision: ¿no oís una cadena?

—Él es; apresurémonos. Sacando en seguida el manojo y llegando á la puerta, comenzaron á probar llaves en la cerradura. Abrió, por fin, una de las mas gruesas, y entrambos se precipitaron dentro de la prision, igualmente impacientes de dar libertad al encadenado doncel.

Una lámpara mortecina lucia siniestramente sobre un pedestal.

—¡Basta, crueles, basta ya! exclamó una voz penetrante, arrojándose á sus piés al mismo tiempo, con todo el desórden del dolor y de la desesperacion, una figura cadavérica vestida de negras ropas.

Difícil fuera pintar el asombro de nuestros dos reverendos al ver venir sobre ellos aquella extraña sombra, que no era otra cosa lo que á su vista se ofrecia, y el sobrecojimiento de la víctima luego que paró la atencion en sus nuevos huéspedes, de tan distinta especie que los dos hombres que hasta entonces habian solido visitar su encierro para traerla el alimento.

—Religiosos, santo Dios, religiosos, exclamó esta. Habeis oido, Señor, por fin mis oraciones, y el bárbaro me envia estos emisarios de vuestra palabra divina para auxiliarme en los últimos momentos de esta vida miserable. Lo acepto, Señor, lo acepto.

Un mar de lágrimas corrió de los ojos hundidos de la encarcelada, que abrazaba con religioso fervor el hábito de Hernando: este, inmovil en su puesto, no sabia qué interpretacion dar á aquella horrible escena.

Todo el valor de Peransurez le habia abandonado; creíase efectivamente delante de la encantadora mora, y estaba ya á dos líneas de maldecir en su corazon su osadía y su malhadada incredulidad

Repuesto algun tanto Hernando de su primera sorpresa, hízose atrás cuanto pudo, desviando su hábito del contacto de la infeliz. Esta, levantando entonces la cabeza, y sacudiendo sobre los hombros una larga cabellera, único resto de su antigua hermosura, quedó mirando largo rato á nuestros amigos sin atreverse á proferir una palabra.

— Quien quiera que seais, dijo por fin animándose Hernando, y descubriendo su rostro, ser de este mundo ó del otro, mora ó cristiana, hablad : ¿qué nos quereis?

— Hernando, ¿sois vos? exclamó la víctima levantándose despues de haber mirado largo rato con la mayor duda y agitacion al montero espantado. ¡Ah! no, continuó. ¡Hernando era montero! y volvió á caer en el mismo estupor.

No pudo menos Hernando al oirse nombrar por la fantasma, como un antiguo conocido, de fijar mas en ella la atencion; y agarrando con una mano á Peransurez, que á su derecha y un poco detrás de él estaba, — ¡Cielos! exclamó sin apartar los ojos de la figura negra. Dejadme : ¿seria posible?

— ¡Ah! conocedme, sí, gritó levantándose y asiendo la lámpara la infeliz, conocedme, si me habeis visto alguna vez; hé aquí en mi rostro los efectos de su barbarie; no soy la misma ya; no soy hermosa... el llanto, el dolor me han afeado. Miradme bien, miradme, prosiguió acercando la luz á su semblante.

— ¡Ella, ella es! Peransurez, salvémonos, gritó Hernando retrocediendo.

— ¿Adónde? no : ¿adónde? Deteneos. Yo saldré tambien con vosotros.

— ¡Vivís aun, señora! exclamó Hernando al sentirse detenido por la víctima : ¿vivís?

—Vivo; sí, vivo para llorar y padecer : tocadme aun si lo dudais.

— ¿Es falsa vuestra muerte? ¿Sois vos, señora?

— ¿Mi muerte decís? preguntó la desdichada. El bárbaro la ha propalado. ¡Justicia, señor, misericordia! añadió levantando los ojos al cielo. Por piedad, continuó, ¿quién sois el que tanto os pareceis al montero de don Enrique? ¿Qué os trae á esta prision?

Hernando, sumido en el mas profundo letargo, apenas reconocia debajo de aquella palidez y cadavérico aspecto á la hermosa que tantas veces habia visto triunfante en el mundo de lujo y de belleza.

— ¡Monstruo! dijo por fin para sí, ¡monstruo, monstruo abominable!

— ¿Quién sois? acabad; y ¿qué quereis? tornó á preguntar la encerrada : ¿venís á prolongar mis males, á remediarlos por ventura?

—A salvaros, señora, repuso Hernando. Conocedme, ¡voto va! El montero Hernando, señora, os ha de sacar de esta maleza.

— ¿Con que no me habia engañado? ¡Ah! Decidme, ¿por qué feliz azar os veo, y cómo en ese traje?

—El montero de ley, señora, no caza siempre del mismo modo: dejemos para mejor ocasion ese punto. Ved que necesitamos salir del monte. ¡Ea! Venid con nosotros.

—¿Con vosotros? ¿Adónde? ¡ah! no me engañeis. Mas fácil es que me mateis aquí. ¿Qué resistencia puedo oponeros? Si sois tan crueles como todos los que hasta ahora he visto en este castillo...

—¿Qué hablais, señora? no veníamos á salvaros: no presumíamos siquiera que viviéseis: el bárbaro que ha osado reduciros á este extremo no se ha contentado con una presa. Sin embargo, en el momento actual vuestra presencia nos hace mas falta de todas suertes que un ojo avezado al cazador. Vuestra presencia va á confundir la iniquidad, y á atajar acaso un torrente de sangre.

Mucho tardaron Hernando y Peransurez en determinar á la desdichada á que los siguiese: sus preguntas exigian larguísimas explicaciones, que no podian darse en aquel momento sin comprometer la suerte de una expedicion tan incierta y azarosa ya por sí. A poder de ruegos en fin y de observaciones logróse de ella que dejase el satisfacer sus dudas para mejor ocasion; el tiempo urgia: nuestros dos reverendos habian pasado ya gran parte de la noche en dar con la prision, y despues de tantos afanes faltábales aun desempeñar la mision que en tal peligro les habia puesto.

Resolvióse unánimemente que Hernando se despojaria del hábito que sobre su traje traia, y que lo vestiria lo mejor que pudiese la recien libre cautiva, porque si bien su estatura era muy diversa, tambien era de advertir que habian entrado de noche, que iban á salir al rayar el alba, y que probablemente no estarian á su salida de faccion los mismos que lo habian estado á su entrada. Dos frailes habian entrado: dos frailes salian: nada habia que decir, si durante la noche no se descubria su accion, cosa difícil, pues habian quedado cerrados por dentro y amordazados Ferrus y Rui Pero. A la salida ningun obstáculo podrian encontrar dos frailes, pues durante la cena se habia dado la órden de abrirles el rastrillo en cuanto se dejasen ver á la puerta al amanecer.

Cortó, pues, Hernando el hábito con su cuchillo de monte, y dejóle mas adaptado á la estatura de la hermosa. Hecho lo cual trataron de buscar, por la parte que no habian recorrido aun, la prision del doncel, dejando para despues de encontrarla el determinar la forma de sacarle y salir el mismo Hernando del castillo, cosa que á este le parecia sencillísima; pues todo se lo parecia cuando era hecho en obsequio de su señor, y cuando tenia en la mano su venablo y al lado su fiel Brabonel; el cual los seguia silenciosamente toda la noche como si estuviera penetrado de lo mucho que convenia el sigilo en aquella peligrosa tentativa.

CAPITULO XXXVI.

Ya la gran noche pasaba
É la luna sextendia :
La clara lumbre del dia
Radiante se mostraba ;
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos é pena
Oi triste cantinela
Que tal cancion pronunciaba.
D. Enr. de Vill. Querella de amor de Mac.

No bien hubieron tomado la determinacion que dejamos referida, echáronse á buscar otra salida, dispuestos siempre á hacer callar con sus venablos á cualquier centinela imprudente que hubiese podido comprometer su existencia. Felizmente no encontraron ninguno en dos escaleras que bajaron. Al fin de ellas una tronera les permitió reconocer la parte de la torre en que se hallaban : estarian como á diez varas del pié de la muralla interior.

Fatigados de la faena que la ignorancia de las llaves les acarreaba, y aun mas del silencio y cuidado con que les era indispensable proceder, tomaron allí algun descanso. La cautiva, que acababa de experimentar una emocion tan inesperada, y que en medio de su debilidad se hallaba abrumada bajo el peso del hábito desusado, y combatido su ánimo de mil dudas y esperanzas, por desgracia harto inseguras todavía, no pudiendo resistir á tantos afectos encontrados, hubo de apoyarse un momento en un trozo roto de columna, que felizmente encontró en la pieza en que á la sazon se hallaban. Perdian ya nuestros paladines la esperanza de dar con la prision del doncel. Asegurábales sin embargo su compañera que en la noche anterior y á deshoras habia creido oir un laud débilmente pulsado, cosa que no le habia acaecido nunca desde su llegada al castillo; este dato convenia con la fecha de la prision de Macías; y hubiera jurado, les añadió, que salia el eco del pié de la torre. Esta advertencia solo podia animar á los generosos amigos del prisionero. Sacando, pues, nuevas fuerzas de flaqueza, trataron de examinar qué hora podia ser. Sacó entonces Hernando la cabeza por la angosta tronera, y pudo distinguir que el cielo se habia serenado; un viento fuerte de norte lanzaba hácia las playas africanas algunas nubes dispersas, restos de la pasada tormenta, y el pálido resplandor de la luna en su ocaso advirtió á Hernando, así como la posicion de algunas estrellas que acertó á ver, que podria faltar una hora todo lo mas para el alba. Al mismo tiempo que hizo esta observacion nada favorable, el ruido acompasado de los pasos de un hombre le hizo sospechar que debajo de ellos debia haber al pié de la muralla un soldado de faccion. Esta precaucion le confirmó en la idea de que debia caer hácia aquella parte del castillo la buscada prision. Resolviéronse, pues, á probar la aventura, poniendo el éxito en manos de Dios, á quien fervorosamente se encomendaron.

Hernando hizo voto á la Vírgen de la Almudena de una ofrenda proporcionada á sus cortos medios, y la cautiva prometió edificarle un santuario suntuoso si la sacaba con bien de tan peligroso trance. Iban ya á probar una nueva llave en la puerta que debia conducirlos, segun todas las probabilidades, al pié de la muralla, cuando el rumor del laud, que al punto reconocieron la hermosa y Hernando, los dejaron suspensos.

— ¡ Él es ! dijeron á un tiempo los dos, apoyándose con esperanza la blanda mano de la bella en la tosca y curtida del montero. Escuchemos.

Un ligero preludio del trovador se siguió á su suspension, y de allí á un momento una voz, harto conocida para ellos, entonó con lánguido acento una cántica, de la cual pudieron percebir los fragmentos siguientes, en medio de los sollozos que de cuando en cuando la interrumpian, y del monótono rumor del torrente, que á los piés de la torre por la honda zanja se desprendia.

¿Será que en mi muerte te goces impía,
O pérfida hermosa, muy mas aun ingrata?
¿Así al tierno amante, mas fino, se trata?
¿Cabrá en tal belleza tan grande falsía?
¡Llorad! ¡ay! mis ojos, llorad noche y dia!
Mis tristes gemidos levántense al cielo,
Pues ya en mi tristura no alcanzo consuelo
Dolor hoy se vuelva lo que era alegría.
. . . .

La copa alevosa, que amor nos colmó
Tambien heces cria, señora, en mi daño.
Sus heces son ¡ay! fatal desengaño.
La copa y las heces mi labio apuró.
¡Ay triste el que al mundo sensible nació!
¡Ay, triste el que muere por pérfida ingrata!
¡Ay mísero aquel, que así amor maltrata!
¡Ay triste el que nunca su dicha olvidó!

¿Porqué, justos cielos, en pecho amador
Tiranos me dísteis una alma de fuego?
¿Porqué sed nos dísteis, si en tósigo luego,
Bebido, en el pecho, se torna el licor?
Contempla, señora, mi acerbo dolor.
¡Ay! torna á mis brazos, ven presto, mi Elvira;
Ingrata, aunque sea, como antes, mentira,
La dicha me vuelve, me vuelve tu amor.

No mas á mis ruegos te muestres impía,
O pérfida hermosa, muy mas aun ingrata.
No así al tierno amante, mas fino, se trata.
No quepa en tu pecho tan grande falsía.
Dolor no se vuelva lo que era alegría.
Mas ¡ay! si en mi pena no alcanzo consuelo,
Si en vano mis quejas se elevan al cielo,
¡Llorad ¡ay! mis ojos, llorad noche y dia!

Callaron al llegar aquí los lúgubres acentos de la cantinela, que ha-

bia arrancado lágrimas de los ojos de aquellos que silenciosamente la habian oido.

Seguros de que habian llegado al término de sus esperanzas, diéronse prisa á abrir la puerta que les faltaba traspasar, y en pocos minutos se hallaron al pié de la torre. El primero que salió fué el terrible alano, el cual no bien se halló al aire libre cuando comenzó á ladrar dirigiéndose á un objeto que se hallaba arrimado á la pared.

—¡Brabonel! dijo Hernando. ¡Brabonel! vamos, silencio.

—¿Quién va? preguntó con voz ronca el centinela, enderezando su ballesta contra el montero, que salió primero á contener á su perro.

No tuvo lugar de preguntar segunda vez el centinela.

—¡Ese es quien va! respondió Hernando lanzando su venablo, el cual fué recto á clavarse, silbando por el aire, en el pecho del faccionario, que cayó por tierra sin voz y sin aliento.

—¡Ay! gritó la compañera de nuestros aventureros apartando rápidamente los ojos del que acababa de caer.

—Silencio, señora, silencio, dijo Peransurez: dejad la piedad para despues. Plegue al cielo que no hayamos alarmado ya alguno otro centinela con este intempestivo ruido.

—Venga en hora buena, dijo Hernando, caliente ya con el feliz éxito de su tiro certero. Inclinándose en seguida sobre el cuerpo del caido, púsole un pié en el pecho, y sacó de él su venablo ensangrentado con la diestra mano. El venablo al salir del cuerpo dejó libre el paso á un surtidor de sangre que salpicó á Hernando; y á poco el infeliz habia ya espirado.

Vencida esta primera dificultad, examinaron la posicion, y no les quedó duda de que el rastrillo que enfrente veían servia de puerta á la prision del doncel; pero ¿cómo pasar la zanja? ¿cómo soltar el rastrillo? Perplejo Hernando miraba á una parte y otra, mordíase los dedos, y daba al diablo todas las fatigas de la noche. Pensar en tomar el opuesto lado del castillo, volviendo por donde habian venido para probar la entrada que deberia tener forzosamente la prision, era caso imposible, en vista sobre todo de la hora avanzada.

—¡Voto va! dijo por fin Hernando. Denme á mí la fiera en el campo; pero ¿encerrada? ¡Cuerpo de Cristo! ¿Y hemos de quedarnos aquí, para ser presa de esos perros judíos que quedan en el castillo, en cuanto amanezca?

Su posicion tenia mas dificultades de las que á primera vista habian creido encontrar. Sin embargo, fué preciso deliberar; y por último, Hernando decidió que lo mas acertado seria probar á salir Peransurez y la bella á favor de su disfraz, quedando él con su alano en aquella posicion. Oponíanse los otros á esta generosa determinacion; pero Hernando los convenció, probándoles que si á la mañana no habia logrado ponerse en comunicacion con el doncel y salvarle, ó saltaria la muralla y pasaria el foso á nado con su perro, ó retrocediendo al salon de la torre se haria rehenes y prenda de seguridad al mismo Ferrus, que probablemente deberia permanecer en el mismo estado, pues no se habia dado la alarma en

el castillo en toda la noche. Fueron tales, por último, sus ruegos y sus amenazas, que fué preciso ceder á ellas. Importaba mucho en verdad que saliese alguien del castillo; fuera ellos, nada les seria mas fácil que volver con socorro; y la presencia sobre todo de la ilustre prisionera en la corte debia hacer variar completamente la posicion del doncel y de Hernando, aun dado caso que quedase preso. Este, en fin, se aferró en decir que él no saldria del castillo sino muerto ó con su amo; lo mas que pudo conseguir de él Peransurez fué que quitándose su traje de montero vistiese la ropa del muerto centinela, y quedase en su lugar. Si se le relevaba antes del alba, como era de pensar, acaso no seria reconocido, y entre tanto tenia aquella probabilidad mas de salvacion. Hízolo así Hernando, y arrojando sus vestidos y el cuerpo del vencido en la zanja con un pié, dió algunas instrucciones á Peransurez acerca de lo que deberia hacer en saliendo del castillo y en llegando á la corte.

Despidiéronse en seguida, como aquellos que acaso no habian de volver á verse. Peransurez y su compañera, ocultando su rostro bajo su capucha, siguieron la senda que debia conducirlos forzosamente á lo largo de la muralla hasta la puerta principal y puente del castillo, donde era mas que probable que no hallasen obstáculos á su salida, siendo como era ya la hora á que habia dejado advertido Ferrus la noche anterior que se abriese á los padres descaminados; y donde los dejaremos para acudir adonde nos llaman otros personajes, no menos interesantes, de nuestra historia.

Solo podemos añadir, para sacar algun tanto á nuestros lectores de la incertidumbre en que los dejamos, bien á nuestro pesar, que hácia aquellas horas, pero sin que hayamos podido averiguar si antes ó despues, el jefe del destacamento, que guardaba la puerta principal del castillo, creyó deber tomar órdenes del alcaide, de cuya ausencia total durante la noche estaba no poco admirado. Subió, pues, al salon que se habian reservado Rui Pero y Ferrus, y en vano llamó repetidas veces. Asombrado de esta circunstancia, no dudó en reunir algunos hombres, los cuales quebrantaron con sus hachas de armas la cerradura, y les dieron entrada en el salon. Allí fueron encontrados amordazados, en la misma forma singular que los dejamos, Ferrus y Rui Pero mirándose todavía, y sin dar otra respuesta á las preguntas del jefe que un sonido desigual ronco y desapacible, muy semejante al ruido gutural que produce un sordo-mudo para mover la pública conmiseracion. Desatóse á los alcaides, dióse la alarma, y en pocos minutos era el castillo todo un teatro de actividad difícil de pintar: corrian unos sin saber adónde, ni de qué enemigos se habian de guardar; tocaban algunos bocinas en son de guerra; preparaban otros sus armas; recorríanse las escaleras y galerías; oíanse votos y juramentos, pésames y proyectos de venganza. Abríanse unas puertas, derribábanse aquellas cuyas llaves habian echado por dentro nuestros atrevidos paladines..... en una palabra, era el castillo todo desórden y confusion. Nuestras leyendas, empero, tan prolijas por lo regular en todos los pormenores de sus relatos, parecen haberse descuidado sobremanera en esta ocasion; pues ni una sola palabra dicen

por la cual podamos inferir, sospechar ó barruntar siquiera si cuando se dió esta alarma en al castillo habian salido ya al campo los fugitivos, ó si fué ocasion de que su intento se malograse. Lo cual prueba, además de otras muchas cosas que no son de este lugar, que no es tan fácil el oficio de historiador y cronista como generalmente se cree, sobre todo si no ha de dejarse olvidada ninguna de las circunstancias que pueda anhelar saber el impaciente lector.

CAPITULO XXXVII.

El rey moro de Granada
Mas quisiera la su fin;
La su seña muy preciada
Entrególa á don Ozmin.

El poder le dió sin falla
A don Ozmin su vasallo,
Y excusóse de batalla
Con cinco mil de caballo.

Historia de Alonso XI, escrita en coplas redondillas.

Dos mil vidas diera juntas
Por ser el desafiado.

Batalla de Rugero y Rodamonte.

Curiosos estarán nuestros lectores, si es que hemos sabido hacerles interesantes los personajes de nuestra desaliñada narracion, de saber el estado de la desdichada Elvira, á quien dejamos con la reja de su cámara abierta, ella desvanecida en tierra, y abriéndose su puerta para dar entrada al pajecillo, ó á su misma esposo, únicos poseedores de la llave. Mucho sentimos que la complicacion de sucesos que bajo nuestra pluma se aglomeran, no nos haya permitido sacarlos antes de tan incómoda duda; pero todavía sentimos mas que el tiempo, que todo lo devora, nos prive aun ahora del placer de satisfacerlos completamente. Recordarán, sin embargo, en disculpa nuestra, que cuando se abrió la puerta de la cámara, Elvira estaba desmayada, y nada por consiguiente pudo ver de lo que en torno suyo pasaba: el que entró nada contó nunca, razon que tenemos para sospechar que fué Hernan Perez, á quien no le podia convenir que nada de ello se supiese; y el cronista de aquellos tiempos, el famoso Pero Lopez de Ayala, se hallaba en el sarao, y nada trae tampoco por consiguiente en sus escritos de semejante escena. Por los resultados que esta tuvo, volvemos á repetir que debió de ser Hernan Perez. Hubo quien aseguró que habia visto hablar al astrólogo con él mucho despues de haber vuelto á entrar este en el alcázar, y como ya conocemos la mala intencion del judío, es de presumir que alarmase al marido acerca de lo que en su cámara pasaba; la reja abierta, la puerta cerrada y el estado de Elvira debieron acabar de abrir los ojos á Hernan Perez acerca de lo que allí podia haber ocurrido.

Lo único que podremos afirmar es que Hernan Perez de Vadillo, de resultas sin duda de la violenta escena que debió tener con su esposa, decidió aquella noche misma su separacion; buscó á su alteza, y le expuso con voz trémula y agitada cómo sabia que su esposa era la acusadora de don Enrique de Villena. Añadióle que él habia recibido del conde de Cangas la rara prueba de confianza de que pudiese en su nombre defender su parte en el combate; suplicóle en vista de ello que tomase á su cargo la acusadora; y por mas que se hizo para averiguar la causa de tan extraña conducta, solo se pudo sacar en limpio de las cortadas razones de Hernan Perez que este habia tenido un rompimiento con su esposa; advirtióse desde entonces que cuanto hablaba eran palabras de aborrecimiento y execracion, y dirigidas á adelantar el plazo del combate, de resultas del cual debia él morir ó morir Elvira. El odio mas reconcentrado y profundo habia sucedido en su corazon al amor conyugal. No se pudo negar don Enrique el Doliente á la justa demanda del ofendido Hernan, y en consecuencia encargó al judío Abenzarsal de la custodia de Elvira, la cual pasó á poder de este con su inseparable pajecillo aquella misma noche. Decidióse al mismo tiempo que se verificaria el combate, donde quiera que estuviese la corte, al quinceno dia, por cumplirse entonces el plazo que habia dado su alteza al justicia mayor Diego Lopez de Stúñiga para presentarle el reo de la muerte de doña María de Albornoz. Si este le presentaba con las pruebas legales del delito, excusaríase la prueba del combate. De lo contrario, no quedando otro medio que recurrir al juicio de Dios, seria aquel inevitable.

Con respecto á Elvira, solo diremos que desde aquella funesta noche en balde intentó tener con su esposo una explicacion: negóse este á todas sus demandas, y la infeliz, sumida en la mayor desesperacion, esperó en un continuo llanto y congoja el dia en que habia de desenlazarse tan terrible drama, y en que habia de verse expuesta á los riesgos de un combate por causa suya, y por una imprudente generosidad, que no era tiempo ya de remediar, la vida de su desdichado amante, si es que este no habia perecido ya, como tenia motivos para creerlo, en la funesta noche de su última entrevista.

Puesta á recaudo como estaba, y no permitiéndosele comunicacion alguna sino con el paje, solo pudo saber en el particular lo que todo el mundo sabia, esto es, que el doncel habia desaparecido, cosa que no daba poco que decir en la corte. No se le podia ocultar á Elvira que cualquiera que hubiera sido la suerte del doncel, su tenacidad, y el empeño con que á todo trance habia querido defender su moribunda virtud habia tenido gran parte en ella. No le podia pesar de ello; pero era bien triste reflexionar cuan horrible premio daba el cielo á su conducta. Ora pensando en su esposo, ora en su crítica situacion, ora en un amor desdichado que en vano habia pretendido lanzar de su pecho por todos los medios posibles, pasábase la desgraciada Elvira los dias y las noches de claro en claro sin dar reposo á la lucha de encontrados sentimientos, que tenian dividida su deplorable existencia.

La nueva que llegó á la corte el dia mismo que debia haberse trasla-

dado á Otordesillas, hizo variar de determinacion á don Enrique el Doliente, como ya saben nuestros lectores, y el dia del combate la cogió por tanto en Andujar.

Amaneció este dia, y nadie en la corte pudo dar razon al rey, cuidadoso é impaciente, del ignorado paradero del doncel: don Luis Guzman fué el único que pudo exponer sencillamente cómo Hernando, fiel criado del doncel, le habia visitado en la noche del sarao, manifestándole sus dudas y temores, y encargándole el equipaje de su amo mientras él se dedicaba á averiguar su paradero, de que tenia vagas sospechas. Pero afirmó en seguida que desde entonces no habia vuelto á tener noticia alguna ni del doncel ni de Hernando. Todos los que conocian, sin embargo, el pundonor caballeresco de Macías, no dudaban un punto que se presentaria en la lid el dia emplazado, tanto mas cuanto que se habian publicado los convenientes edictos y pregones; á no ser que hubiese muerto, acontecimiento que nadie tenia motivos de sospechar. Muchos achacaron la ausencia del doncel á alguna hechicería de don Enrique de Villena y del judío, pero desde sospecharlo á saberlo habia tanta distancia como hay de la mentira á la verdad.

Regocijábanse en tanto secretamente aquellos dos intrigantes del feliz éxito de su manejo; sobre todo Villena, que habia conseguido llevar á cabo su proyecto sin necesidad de cargar su conciencia con el peso de sangre ajena, descansando en la vigilancia de su emancipado juglar y en la fortaleza de su castillo, lleno todo de gentes á su devocion, curábase poco ya del combate, que mal podia verificarse sin la presencia del doncel. Verdad es que debia quedar condenada Elvira como calumniadora, pero esperaba que su mucho valimiento, y el que debia aumentársele sobre todo con el triunfo que el cielo le preparaba aquel dia, le bastaria para salvar la vida de la infeliz Elvira; cosa que intentaba pedir inmediatamente á su alteza, proponiendo la conmutacion de la pena que imponia la ley en un encierro perpetuo. De esta manera conciliaba el buen don Enrique, con el triunfo de sus intrigas, la tranquilidad de su conciencia, haciendo por una y otra parte transacciones con su ambicion, y con la voz secreta que le gritaba en el fondo de su corazon, que no dejaba de ser culpable por haber evitado la muerte de Elvira y del doncel.

A pesar de la ausencia de este, anunciaron los farautes el aplazado combate, y reunida la pequeña corte que llevaba consigo don Enrique el Doliente, este se constituyó en audiencia sentándose debajo del dosel regio preparado para la ceremonia que debia verificarse.

Sentado su alteza, y rodeado del buen condestable Rui Lopez Dávalos, de su físico Abenzarsal, de su camarero mayor, y de las demás dignidades de palacio, compareció ante el trono, llamado por un faraute, el ilustre don Enrique de Villena, conde de Cangas y Tineo, precediéndole dos farautes suyos, y un escudero con el estandarte en que se veia lucir su escudo de armas ricamente recamado; seguíanle numerosos caballeros y escuderos de su casa, vasallos suyos. Requerido por el faraute de su alteza, expuso brevemente la demanda que de justicia habia hecho

en otra ocasion sobre la muerte de su esposa la condesa doña María de Albornoz. Concluida esta ceremonia, pidió cuenta su alteza á su canciller mayor del sello de la puridad de lo que en el asunto habia determinado : recordó este el cargo que habia dado su alteza de averiguar el hecho al justicia mayor, cometiéndole el cuidado del castigo. Adelantóse entonces Diego Lopez de Stúñiga, é hizo breve relacion de los pasos que habia dado para la averiguacion de aquel horrendo crímen, el cual sin embargo habia permanecido oculto, sin duda, añadió, por los incomprensibles juicios de Dios, que se reservaba el castigo de tan gran maldad. Oido el justicia mayor, prosiguió el canciller relatando cómo en ese tiempo se habia presentado una acusadora del mismo don Enrique de Villena, achacándole aquel propio crímen del que él habia pedido satisfaccion, y lo demás ocurrido en el caso.

Hizo entonces su alteza comparecer á la acusadora, la cual, guiada de Abenzarsal, á cuya custodia estaba confiada, pareció y expuso de nuevo en la misma forma que la habia hecho la funesta acusacion, no sin acompañarla de abundosas lágrimas, que manifestaban bien á las claras el estado en que se hallaba.

Tomósele de ella juramento, así como á don Enrique de la denegacion del delito, el cual prestaron ambos sobre los santos Evangelios.

Pidiéronse pruebas en seguida á la acusadora; no pudiendo la cual presentarlos, recordó el canciller que fundado en esto mismo se habia dignado su alteza ordenar la prueba del combate.

Alzóse en seguida un faraute de su alteza, y en voz alta repitió que era llegado el dia en que aquel debia verificarse; lo cual hizo por medio de largas fórmulas, de que nos dispensarán nuestros lectores.

El canciller en seguida pidió los gajes al acusado y acusadora, que le entregaron, aquel el guante arrojado por Macías el dia de la acusacion, esta el anillo que en prenda de su persona habia entregado al rey en el propio dia. Recojidos ambos por el canciller, fuéles preguntado á los dos si se hallaban prontos para la prueba del combate que su alteza habia ordenado : esta pregunta estremeció á Elvira, que se vió sola en el mundo en aquel tremendo instante; pero Villena respondió á ella con insolente sonrisa de triunfo y de satisfaccion. Requeridos á presentarse ante su alteza los combatientes ó sus campeones representantes, adelantóse el hidalgo Hernan Perez de Vadillo, que se habia mantenido oculto hasta entonces en el grupo de caballeros de la comitiva de don Enrique de Villena; Elvira al verle no fué dueña de sí por mas tiempo, lanzó un agudo chillido, y ocultó su cabeza entre los brazos de una dueña que la seguia. No se alteró el implacable Vadillo; hincándose por el contrario de hinojos ante su señor natural, pidióle la venia, dada la cual anuncióse como el campeon de don Enrique.

Este golpe inesperado, y que pocos en la corte sabian, hizo todo el efecto que el lector puede imaginar, reflexionando como reflexionaron los presentes que iba á presentarse un caso singular en semejantes combates. La mujer acusadora por una parte, y el marido campeon del acusado por otra. Elvira al recibir tan terrible golpe se precipitó á los piés

del trono exclamando: —¡Santo Dios! ¡Rey justiciero, no lo permitirás, señor!...

Era tarde ya, empero, para deshacer lo hecho, y el faraute impuso silencio á la acusadora, con duro gesto y ademan, separándola del trono.

Requirióse entonces á Elvira de que presentase su campeon, y á este requerimiento se sucedió el mas profundo silencio. Leíase en los ojos de Elvira la ansiedad con que esperaba el fin de aquella ceremonia. En aquel momento hubiera dado su existencia porque no compareciese el doncel. Temblaba á cada ruido que se oia; todo era para ella preferible al espantoso espectáculo de ver pelear por su causa á su esposo y á su amante.

Por último, vino á sacarla de su mortal angustia el tercer requerimiento del faraute.

Apenas habia acabado este de pronunciarle, cuando prosternándose Elvira y elevando al cielo las manos y los ojos: —Nadie, exclamó con loca alegría, nadie. ¡Yo os doy gracias, Dios mio! Señor, continuó dirigiéndose al rey, no tengo campeon; soy, pues, calumniadora; ¡la muerte presto; la muerte!

—Señor, se adelantó á decir el canciller al rey, que se levantaba para decidir en tan arduo caso, debo hacer presente á tu alteza que antes de declarar infame al doncel tu favorito es fuerza esperarle en el palenque todo el dia de hoy; si entonces no compareciere, á pesar de los pregones que habrán de repetirse en ese tiempo tres veces, la acusadora será ejecutada.

—Ya lo oís, señora, continuó su alteza; dentro de una hora concurrirá la corte al sitio del combate.

Una nube de tristeza profundísima enturbió la frente pálida de Elvira, que quedó sumergida en el silencio de la desesperacion. Don Enrique de Villena triunfaba, y una mal reprimida sonrisa se dibujaba en sus labios. Hernan Perez de Vadillo parecia desesperado de no tener contrario, y de la inopinada tardanza.

— Señora, dijo don Luis Guzman, que veia con despecho triunfar á su enemigo, llegándose al oido de la infeliz acusadora; si mi brazo puede seros útil, ved que diera mil vidas por ser el acusador.

—¡Ah! señor, repuso Elvira dirigiendo al caballero una mirada de agradecimiento, dejad morir á una desdichada. Levantó entonces los ojos al cielo, y añadió para sí con dolorosa expresion: ¡Él ha muerto tambien! ¡Y mi esposo me desprecia! Bajó en seguida los ojos, y dos farautes, notando el pequeñísimo diálogo que quisiera prolongar don Luis Guzman, la separaron, advirtiendo á este que la ley prevenia toda incomunicacion con la acusadora.

Bajó entre tanto su alteza del trono, y preparóse la corte á asistir al sitio del combate, donde debia esperarse el campeon de Elvira.

Don Luis Guzman vió salir á todos con despecho reconcentrado. Su silencio y su gesto manifestaban cuánto destrozaba su alma impetuosa el próximo triunfo que esperaba á su rival, y que él habia tratado en vano de impedir con su intempestiva y no aceptada generosidad.

CAPITULO XXXVIII.

Traidor sois, Payo Rodriguez,
El mayor que ser podia.
Yo vos haré de conocer
Ser verdad lo que decia.
Entraré con vos en lid
Y en ella vos venceria.
—Mentides, Rui Paez Viedma,
Pai Rodriguez respondia,
Por eso sois vos reptado,
No yo que nada debia.
Diéronse luego sus gajes,
Y en el campo entrado habian.
Procuran de se matar;
Muy cruel batalla habian.

Sepulveda, rom.

— ¿Pararemos aquí, si os parece? decia deteniendo su mula á la puerta de la hospedería de Andujar un hombre de quien ya hemos dado una pequeña muestra en la cena á oscuras que describimos en capítulos anteriores.

— Como gusteis, repuso su compañero de viaje, á quien solo por su muletilla favorita habrán conocido ya nuestros lectores.

— ¡Ah, de la hospedería! ¡Buena gente!

— ¿Quién es la buena gente? replicó una voz agria y descompasada, semejante al desapacible chirrido de una chicharra, la cual salia del endeble cuerpo de una vieja mal humorada que acababa de asomarse á una fenestra. No hay posada.

— Como gusteis, replicó apeándose Nuño; pero reparad, buena Beatriz, que somos, es decir, que soy vuestro compadre el de Arjonilla...

— ¡Si digo que está llena la casa! no hay posada, compadre, tornó á decir la vieja.

— Como gusteis, Beatriz; pero ved que no la pido para mí, sino para esta mi bestia, que es como sabeis la niña de mis ojos; no hay mula mejor en la comarca : miradla despacio; es compra que le hice al prior del convento de Arjonilla; miradla, y compadeceos y hacedla un lugar en la cuadra.

— Os digo, replicó la vieja, que como no querais meterla conmigo en mi camaranchon, no hay donde. Y no canseis, Nuño, concluyó la vieja; cerró despues de golpe la ventana, y se alejó con un gruñido prolongado, como se aleja tronando la tempestad.

— ¡Buenas noches! dijo soltando una carcajada el compañero de viaje de Nuño.

— ¡Maldita vieja! dijo Nuño. ¡Cuerpo de Cristo!

— Vaya, Nuño, no os desespereis. Está visto que ha venido media Andalucía á la fama del juicio de Dios que se celebra por la prueba del combate en este pueblo, que Dios bendiga.

— ¿Y qué hacemos, señor montero? ¿Os parece que nos recibirá en su audiencia el señor justicia mayor con mulas y todo?

— Paréceme que no; pero pudieran quedar las bestias con el mozo en las afueras del pueblo.

— Como gusteis, repuso el buen Nuño.

Apeáronse nuestros viajeros, y dejadas las caballerías al mozo, dirigiéronse hácia el palacio donde se hallaba la corte hospedada.

— Hé aquí lo que digo, iba refunfuñando el montero. Dad el pié, y os tomarán la mano. Ofrecíme á hacer un servicio á Peransurez, y exigióme ciento. ¿No era bastante andar un dia entero tras unos hábitos viejos de nuestro padre san Francisco, que no fué poca fortuna encontrar, merced á las muchas liebres que regala uno al padre sacristan? No, sino veníos despues con letras para el señor justicia mayor de no sé qué dueña ó qué doncella encantada.... ¡Voto va! ¡Muchacho! añadió el montero deteniendo á uno que corria hácia la plaza del pueblo, ¿nos dareis razon del señor justicia mayor?

— ¡Ah señor! en mala hora venís, repuso el muchacho; ya no dejan pasar los archeros y ballesteros hácia palacio; la corte va á salir al palenque.... ¿no veis cómo corre todo el mundo? Si venís á ver el duelo, mejor hareis en llegaros á la plaza. Acaso podreis acercaros al señor justicia mayor, que ha de estar allí, dijo el muchacho, y siguió corriendo. Agrupábase la gente cada vez mas por todas partes, y bien vieron nuestros viajeros que no les quedaba mas recurso que seguir el consejo del muchacho.

— ¡Ea! vamos, dijo Nuño; si allí le podemos dar alcance, sea en buen hora; sino tenga Peransurez paciencia, y acabada la fiesta hareis su comision: ¿ha de correr tanta prisa?

— Mucho me dijo que urgia, pero á la buena de Dios. El hombre propone...

— Y Dios dispone, concluyó el buen Nuño. Siguieron en seguida el curso de la gente, y no tardaron en llegar á la plaza.

Habíase construido un palenque de ochenta pasos de ancho y de cuarenta de largo: en una extremidad un cadalso se hallaba levantado, y ricamente entapizado de paños negros; en él debian sentarse los jueces del campo. Hácia el comedio de uno de los lados un balconcillo de madera, forrado de paño color de grana bordado de oro, debia servir para el rey y su comitiva. Al uno y otro lado del palenque dos garitas, semejantes á las que se construyen en el dia para los centinelas, estaban destinadas para dos hombres, que debian dar desde ellas lanzas y armas nuevas á los combatientes, en el caso de romper las suyas en los primeros encuentros sin acabarse el duelo.

Al rededor del palenque, y donde habian dejado lugar para ello las bocas-calles, habian arrimado los habitantes carros y carretas para ver mas cómodamente el tremendo combate. Coronaba ya la concurrencia los puntos mas altos de la plaza, y empujábanse las gentes unas á otras en los mas bajos para alcanzar puesto cuando llegaron Nuño y su compañero.

— ¿Habeis oido decir porqué es el duelo ? preguntaban unos.

— Sí; respondian otros. El nigromante de don Enrique de Villena, que hechizó á su mujer, es acusado por ello.

— Bien hecho; no, sino que nos hechicen cada y cuando quieran esas gentes que tienen pacto con el diablo.

— Callad, maldicientes, gritaba una vieja. ¿Qué sabeis vosotros de lo que decís? No la hechizó, sino que la condesa desapareció, y aseguran que fué muerta por unos bribones pagados, á causa de unos amores, lo cual se supo porque noches antes le habian dado una serenata....

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! mirad la madre Susana con lo que nos viene, exclamaba otro. Matóla su marido, sí, señor, y hay quien sabe el porqué. ¿Hubiera, sino, una dama tan discreta y hermosa como la señora Elvira, muy amiga por cierto de la condesa y que estaba en sus secretos, cometido la ligereza de ..

— Eso no, ¡pesia mí! maese Pedro, interrumpió un mozalbete mal encarado; que no ha menester una mujer muchos motivos para cometer una ligereza!

— ¡Calle el deslenguado! gritaba una doncella bien apuesta y ataviada para el combate como para una funcion; ¿qué sabe él lo que son mujeres? Deje crecer sus barbas y hable de tirar piedras.

— En hora buena, replicó el mozo; pero lo que yo digo es que el combate no se verificará...

— ¿No, eh?

— No señor; porque el campeon de la acusadora no parece.

— Sí, parecerá, repuso un recien llegado. En alguna redoma.

— ¡Oh! y qué bien decís, ¡voto á tal! hay quien asegura que entre el judío... maldiga Dios á los judíos.

— Amen.

— Amen.

— Amen.

— Pues sí; hay quien dice que entre el judío y el de Villena han echado un conjuro al señor doncel, aquel caballero tan cumplido, y le tienen en una redoma mas larga que la cigüeña de la torre, donde ha menester cuarenta dias para convertirse luego en un cuervo como el rey Artus.

— ¡Otra tenemos! gritó soltando la carcajada un petimetre incrédulo de aquel tiempo. ¡Buena está la invencion de la redoma! El hecho de verdad es que ese caballero tan cumplido andaba enredado en amores con la dama acusadora; halos sorprendido el marido, y...

— ¡Jesus! ¡Jesus! Dios nos perdone, y qué cosas oye uno á los barbilampiños de estos tiempos! exclamó una dueña quintañona, hincando el codo para pasar, y mirando con ojos zainos á un mancebito que parecia mas reservado que el que tenia la palabra. ¡Hé aquí por tierra en un instante el honor de una dueña!

— Vaya, madre, no se enfade, repuso el que habia recibido la repasata, y cuide de su honra, sin andar enderezando la de nadie, que todos habemos menester...

— ¿Qué irá á decir el desvergonzado? interrumpió toda azorada y encendida la quisquillosa mojigata.

— ¡Ea! ¡ea! dijo Nuño; dejen esas cuestiones, y miren á los trompeteros que se entran ya en el palenque. Seor montero, veníos hácia acá, continuó, y veamos de dar vuelta á la plaza, por si podemos llegar á dar esas letras que traeis al señor justicia mayor.

Acababan de entrar efectivamente en el palenque dos trompeteros anunciando con fúnebre sonido el principio de la ceremonia del combate. Venia detrás de las trompetas un rey de armas y dos farautes. Seguian ministriles con instrumentos músicos, y varios ministros del justicia mayor: dos notarios para testimoniar y dar fe de lo que acaeciese; los dos jueces del campo elejidos por su alteza que fueron el muy buen condestable don Rui Lopez Dávalos y el juicioso y entendido en armas y letras don Pedro Lopez de Ayala. Detrás el justicia mayor Diego Lopez de Stúñiga, vestido como los demás de gala y ceremonia, cerraba la comitiva. Subió toda al cadalso revestido de paño negro, en el cual se colocó segun la preeminencia de puestos debida al empleo de cada uno, y á ella se agregaron dos persevantes. Entró en seguida en su balconcillo, ó mirador, su alteza acompañado de su físico Abenzarsal, del arzobispo de Toledo, de su confesor fray Juan Enriquez, y de varias dignidades de palacio que á semejantes oficios debian seguirle.

Proveyeron los jueces la liza de gente de armas que asegurase el campo, y fueron treinta buenos escuderos con mas ballesteros y piqueros, de los cuales colocáronse unos en ala bajo el balconcillo de su alteza, y otros en varios puntos extremos de la liza.

Entró en seguida un eclesiástico, y dirigiéndose hácia el extremo enfrente de los jueces, donde habian hecho levantar estos un altar con preciosas reliquias y ricos ornamentos, y en el cual debia celebrarse el santo sacrificio de la misa.

Enfrente del balconcillo de su alteza habíanse levantado, bastante apartados entre sí, dos pequeños cadalsos de tablazon revestidos de paños negros bordados de oro; hasta el uno entró conducida y custodiada por cuatro archeros una mujer jóven cubierta de un velo negro que la tapaba toda: ocultaba su blanca espalda y torneada garganta su cabellera brillante como el ébano. No era ya aquella perfecta hermosura fresca y lozana que habia deslumbrado tantas veces á la corte toda de don Enrique el Doliente. Su rostro pálido y prolongado por la continua afliccion; sus ojos hundidos y rodeados de un cerco oscuro; su frente mancillada por la adusta mano del dolor: su mano descarnada y trémula; su paso vacilante y sus ardientes lágrimas manifestaban cuán grande era su pesar. Seguíala al lado, vestido de gala, el pajecillo Jaime, que de ver llorar á su prima lloraba tambien, y que la dirigia de cuando en cuando palabras de consuelo, de las cuales no eran contestadas unas, y otras ni siquiera oidas.

Hasta el otro cadalso ó tablado entró el ilustre conde de Cangas y Tineo, ricamente vestido, alta la cabeza y arrogante el paso. Llevaba rico jubon de raso negro columbino; calzas justas; un bohemio de paño

negro guarnecido del mismo color; manga larga y angosta, con capilla de buitron; una jaqueta de raja recamada de oro le cubria apenas el jubon; cinto tachonado de que pendia una rica limosnera; zapatos de seda negros, abiertos y acuchillados; un camison riquísimo de holanda, labrado, le volvia sobre el pecho y hombros, y un riquísimo collar de piedras y oro, de que pendia un San Miguel de este precioso metal, deslumbraba en su pecho al lado de la cruz roja de Calatrava. El manto de la órden encima completaba su magnífico arreo.

Precedíanle farautes suyos, su estandarte con el escudo de sus armas, y la caldera de rico-home, y le seguian escuderos, donceles, pajes, caballeros y gentiles homes de su casa, vasallos suyos, vestidos todos de ceremonia y paz como su señor.

Un alto crucifijo de plata reflejaba los rayos del sol á igual distancia de uno y otro cadalso, enfrente mismo del balconcillo de su alteza, y detrás de él se veia sentado sobre un banco contiguo ya al palenque un hombre vestido con un capoton de seda encarnada, y cubierta la cabeza de una gorra de lo mismo. Un tajo á su lado, y una afilada cuchilla declaraban aun á los que mas de lejos le veian que era Mateo Sanchez, verdugo de su alteza, pronto á ejecutar á aquel de los dos que quedase por el combate convencido ó de calumniador ó de reo.

Dispuesta ya la liza en esta forma, que hemos procurado describir todo lo mas fielmente que nos ha sido posible, mandaron los jueces al rey de armas y farautes dar una grida ó pregon anunciando el combate, que iba á verificarse en comprobacion del juicio de Dios á falta de otras pruebas, y mandando comparecer á las partes ó á sus campeones.

Presentóse en seguida á la puerta del palenque un caballero, alzada la visera, que todos reconocieron ser el hidalgo Hernan Perez de Vadillo: seguíanle dos pajes con las libreas de Villena, llevando el uno la lanza y el otro un caballo de respeto. Venia ginete en un soberbio alazan encubertado con paramentos negros que le llegaban hasta los corbejones, con cortapisa de martas cebellinas, y bordados de muy gruesos rollos de argentería á manera de chapetas de celada, y por divisa las armas de don Enrique de Villena. Traia Hernan Perez vestido sobre su arnés blanco, como de caballero novel, sin empresa ni mote, un falso peto de aceituní vellud bellotado, verde brocado, con una uza de brocado aceituní vellud bellotado azul, calzas de grana italianas, una caperuza alta de grana, y espuelas de rodete italianas; llevaba sus arneses de piernas y brazales con hermosa continencia Su rostro era el único que estaba en contradiccion con la galana apostura de su arreo. Encendido como la lumbre, lanzaba rayos de sus ojos, y parecia medir con la vista el espacio del palenque, como si viniera estrecho á su cólera y su coraje. Tres vueltas dió en derredor con gracia y gentileza, saludando á cada vuelta él y su caballo al mirador de su alteza y al conde su señor; dirigiendo, empero, una mirada de desprecio y de ira, sentimientos que se confundian en la expresion de su semblante, hácia la víctima infeliz de su propia virtud y generosidad.

Presente ya en la liza el defensor del acusado, requirieron los farautes

por pregon al campeon del acusador por tres veces consecutivas, el cual no pareciendo, comenzó el oficio de la misa.

Concluida esta, requirieron de nuevo al acusador; igual silencio sucedió, sin embargo, al segundo y tercer pregon.

Elvira alzaba de cuando en cuando los ojos al cielo; no se podia distinguir si le daba gracias por la ausencia de su campeon, que de ninguna manera hubiera deseado ver entonces allí, ó si lloraba la ya probable muerte del doncel. Sin creer en esta, ¿cómo concebir que caballero tan generoso y enamorado pudiese dejarla en tan amargo trance desamparada, donde la cuchilla del verdugo esperaba su cabeza si su campeon no venia?

Dos largas horas pasaron en tan cruel expectativa. Impacientábase ya el concurso como si hubiera pagado el dinero por su asiento, y como si fuese aquella una funcion que estuviese ya su alteza obligado á darle, solo por el hecho de haber él concebido esperanzas de presenciarla. Circunstancia que prueba que el público de Andujar en el siglo XV se parecia á los públicos de todas las épocas y paises. Habia consentido en recrearse con los furibundos mandobles y reveses del combate: habia contado con una diversion, porque generalmente las calamidades particulares son diversiones públicas, y la diversion no llegaba. Comenzaba á levantarse ya un sordo murmullo de descontento y desaprobacion; quién hablaba contra Macías, caballero aleve y descortés que se habia ofrecido al socorro de una dama para faltar despues á su palabra y su fe; quién se indignaba contra Villena achacando á sus cobardes maleficios la desaparicion del pundonoroso doncel.

Habian ganado terreno en este tiempo Nuño y su compañero, portador de las letras, que segun sus propias expresiones le habia confiado Peransurez para el justicia mayor; ora sirviéndose de la persuasion, ora de sus codos, habíanse abierto paso poco á poco hasta llegar á colocarse cerca del tablado de los jueces, dando la vuelta al palenque. Atraido un faraute á las voces de Nuño, no pudo menos de acudir á ver qué pretendia aquel palurdo; expúsole entonces el montero cómo tenia dos palabras que comunicar á su señoría el justicia mayor.

Miróle de alto á bajo el faraute, y como le vió tan malparado, — No es ocasion, villano, le dijo, de pedir justicia. Id mañana á la audiencia.

— Ved que no es justicia lo que á pedirle vengo, ni son asuntos mios los que tengo que comunicarle.

— ¡Calle el villano! repuso el faraute con enojo. ¿Qué asuntos traerá él con su señoría, si no es alguna querella contra el tabernero de la taberna del rincon?

— ¡Voto va, señor faraute! replicó el montero al verse tan injustamente maltratado, que le enseñe yo á hablar antes de mucho...

— ¡Favor al rey! gritó el faraute.

— ¿Favor al rey? pícaro, contestó el montero montado en cólera, ¿sabes tú, jabalí del soto mas que faraute, que lo que tengo que hablar á su señoría interesa acaso al mismo combate que debia hoy verificarse, y vale de seguro mas que tú, y todas las bestias feroces de tu especie?

Una carcajada del faraute, y un golpe que con la vara de su insignia

dió al montero, acabaron de indignar á este, é iba á precipitarse ya sobre su antagonista, cuando un grandísimo rumor de voces y de aplausos resonó por toda la plaza.

—¡Dejadnos ver, dejadnos oir! clamaron á un tiempo mas de veinte curiosos de los que hasta entonces se habian entretenido con la disputa del faraute y del montero. A esta interrupcion inesperada se volvieron las cabezas de todos hácia el paraje donde sonaba el mayor alboroto.

Un caballero bien montado y armado de todas armas acababa de entrar en la liza, y dirigiéndose hácia el mariscal del campo, que preguntaba ya á su alteza si habia de procederse á la ejecucion de la acusadora, le hablaba con voz agitada y resuelto continente.

Traia el caballero echada la visera; sus armas negras, el penacho negro que sobre su reluciente almete ondeaba á la merced del viento, y mas que todo una divisa que en el brazo derecho llevaba ricamente obrada, y que decia en letras de plata *imposible*, *venganza*, llamaron la atencion general. —¡Él es! ¡él es! respondieron en el acto mil y mil voces confusas y repetidas.

—¿Habráse salido Hernando con la suya? dijo el montero á Nuño. ¡Hase salvado el doncel!

Proseguia, sin embargo, el altercado del caballero y del mariscal: llegó este al tablado de los jueces, y despues de una corta explicacion, pareció que estos habian decidido acerca de la duda que tenia el mariscal.

Grande fué el asombro de don Enrique de Villena, y mayor aun su indignacion.

¿Era posible que Ferrus hubiese dado suelta al encerrado doncel? Conocióse su turbacion en toda la plaza, y hubo de parecer buen agüero á los que se inclinaban á la parte de la acusadora.

El rostro de Hernan Perez por el contrario brilló de un resplandor singular. Afirmóse en los estribos, registró con su vista relumbrante á su contrario, y dando con el cuento de la lanza en el suelo, «¡Venganza, sí! clamó: ¡venganza!» Dió en seguida media vuelta á su caballo, y ocupó el lado izquierdo del palenque en la terrible actitud ya de acometer.

Otro tanto hizo el recien venido, y tomó de mano de uno de sus dos pajes una ponderosa lanza.

El rey de armas, acompañado de dos farautes, descendió entonces del tablado; midieron en seguida el suelo, dividieron el sol, é indicaron su debido puesto á ambos combatientes.

Dirigiéndose en seguida Hernan Perez de Vadillo, conducido por el rey de armas, hácia el crucifijo, y tocándole con la diestra mano, juró á fe de cristiano y de caballero, por su alma y la vida que iba á perder acaso en aquel trance, que su demanda era justa y buena, y que no traia sobre sí ni sobre su caballo armas ocultas, ni yerbas, ni hechizos, ni piastron, ni ventaja alguna de las reprobadas por la órden de caballería; vuelto á su puesto, igual juramento repitió, y en la misma forma, el caballero de las armas negras, colocándose de nuevo en seguida al frente de su adversario.

Al ver tan próximos al último trance á entrambos combatientes, no pudo contenerse por mas tiempo Elvira.

— ¡Señor! clamó prosternándose con los brazos abiertos y dirigidos en actitud suplicante hácia el mirador de su alteza, ¡basta! quiero ser antes calumniadora. ¡Lo soy, señor, lo soy!

Pero en aquel momento la atencion de todos se hallaba fijada en los gallardos combatientes, y una confusa gritería de aplauso y de temor al mismo tiempo sofocó la débil voz de la acusadora. Desanimada Elvira enteramente, dejó caer su cabeza sobre el pecho, y enajenada desdeentonces apenas vió ni oyó lo que en torno suyo pasaba.

Al punto los jueces del campo mandaron al rey de armas y al faraute dar una grida ó pregon que ninguno fuese osado por cosa que sucediese á ningun caballero á dar voces ó aviso, ó menear mano ni hacer seña, so pena de que por hablar le cortarian la lengua, y por hacer seña le cortarian la mano. Sucedióse á este pregon el mas profundo silencio, interrumpido solo por un ligero murmullo que producia el montero irritado todavía, profiriendo entre dientes algunos juramentos contra el faraute; ni atendió al pregon, ni pensaba sino en llevar á cabo la entrega de sus letras, mas bien por terquedad ya que por otra razon cualquiera. Aplacáronle, sin embargo, algun tanto los que le rodeaban.

Al mismo tiempo mandaron los jueces sonar toda la música de ministriles con grande estruendo, y en tono rasgado de romper la batalla; reconoció el rey de armas, acompañado del mariscal, las armas de los desafiados, y hecha la señal soltaron los farautes la brida del bocado de los combatientes que tenian cogida gritando á una voz: « Legeres aller, legeres aller, é fair son deber, » segun la fórmula provenzal introducida en duelos singulares, justas y torneos.

Arrancaron al punto los caballeros con las lanzas en los ristres, arremetiendo uno contra otro con singular furia y denuedo. General fué la expectativa y el ansia al choque de los combatientes, que se encontraron entre nubes de polvo en medio de su carrera. Rompieron entrambos sus lanzas. Hernan Perez encontró al caballero de las armas negras en el arandela, desguarneciéndole el guardabrazo derecho, y este encontró á Hernan en la bavera del almete. Vacilaron entrambos caballos de la sacudida, pero repuestos en el mismo instante del súbito golpe, concluyeron su carrera airosamente. Tomaron los caballeros lanzas nuevas, y en tres carreras sucesivas no se decidió la ventaja por ninguna parte. Al fin de la tercera, furioso Hernan Perez del poco efecto de las lanzas, quebró la suya contra el suelo, y revolvió desnudando la espada sobre su contrario, que vista la accion adoptó igual determinacion. No daba Elvira, sumergida en el mas profundo estupor, señal de vida, y mudaba de colores don Enrique de Villena á cada encuentro, como aquel cuya fortuna dependia del éxito del combate. A pesar de las buenas muestras que daba de su persona el novel caballero, ponian todos por el de lo negro, cuyos altos hechos de armas anteriores eran demasiado conocidos para osar poner en duda su ventaja.

El que mas animado parecia era nuestro montero, á quien el coraje habia acabado de acalorar; pero cuando no pudo reprimirse fué cuando despues de un largo rato de incierta lucha rompió Hernan Perez su espada en el almete del caballero de las armas negras, quedando desarmado. « ¡ A él ! ¡ á él ! » gritó fuera de sí el aventajado de lo negro, que descargando su acero sobre el indefenso desguarneciólc el brazo, haciéndole una profunda herida á lo largo de él. Apartó Vadillo su caballo como buscando una arma nueva, y tratando de evitar el segundo golpe con que su contrario le amenazaba ya ; accion que puso una pequeña suspension en el combate, merced á la habilidad con que logró, manejando su bridon, burlar repetidas veces la intencion del enemigo.

Un faraute entre tanto se apoderó del montero, y llevado ante los jueces del campo, íbasele á imponer la pena que hubiera sufrido á no haber hecho presente que traía letras para el justicia mayor. Abriólas este, y recorriólas rápidamente. No bien las hubo leido, cuando se alzó en pié para mandar la suspension del combate. Era tarde ya, sin embargo. Convencido Vadillo de que podia durar muy poco lucha tan desigual, decidióse á echar el resto, y asiendo de su hacha de armas detuvo su caballo y esperó resuelto al contrario, que le acometió, causándole de nuevo otra herida en un costado. Aprovechándose Vadillo entonces del momento, soltó la brida del caballo, y alzando con ambas manos el hacha y clamando, « ¡ Venganza ! ¡ venganza ! » descargó tan furioso golpe sobre el caballero de las negras armas, sin darle tiempo de revolver su caballo, que faltándole el almete hízole dar con la cabeza en el cuello del animal : aturdido de ambos golpes, el caballero abrió los brazos, separáronse sus piernas del vientre del caballo, y perdiendo ambos estribos vino al suelo mal parado. « ¡Victoria ! ¡ victoria ! » clamaron á un tiempo los circunstantes, sucediendo á la aclamacion el mas profundo silencio. A este tiempo Vadillo, habiendo echado ya pié á tierra, se precipitó sobre el caido con ánimo de cortarle la cabeza, idea que llevara á cabo á no detenerle un faraute que de órden de los jueces dió por concluido el combate. Miró Vadillo al cielo despechado, y descansó en seguida sobre su hacha de armas, sin separarse empero de la víctima, y en la misma actitud en que nos pintan á Hércules sobre su maza. Elvira al oir el grito de victoria alzó los ojos, vió el éxito del combate, y cerrándolos horrorizada se lanzó en los brazos de Jaime, ocultando en ellos su cabeza. Don Enrique de Villena entre tanto ostentaba en su semblante la alegría del triunfo, que no habia esperado conseguir.

Mientras que el justicia mayor habia llegado á su alteza seguido del montero, y le hablaba cosas sin duda del mayor interés, el rey de armas se adelantó hasta el vencido, y poniéndole un pié sobre el pecho, y tocándole con su maza : « *¡ Hé aquí*, clamó en voz alta, *hé aquí el juicio de Dios!* Don Enrique de Villena es inocente. Elvira es calumniadora. *Hé aquí el juicio de Dios.* »

Un grito de horror resonó por toda la concurrencia, que sabia bien la suerte que esperaba á Elvira. Efectivamente, segun las leyes de semejantes juicios, la acusadora debia ser en el acto degollada : el campeon

vencido, si habia quedado con vida, debia ser desarmado y desnudado; las diversas piezas de sus armas esparcidas aquí y allí en el campo de batalla, y permanecer él en tierra hasta que su alteza declarase si queria ajusticiarlo ó perdonarlo. Sus bienes habian de ser además confiscados en favor del erario, despues de reintegrado el vencedor de sus costas y perjuicios; y si quedaba muerto, debia ser entregado al mariscal del campo para ser suspendido por los piés en un patíbulo.

Disponiánse los archeros á conducir á Elvira al suplicio, estaba ya en pié el impasible verdugo, y repetia por tercera vez el rey de armas su grida de *¡hé aquí el juicio de Dios!* cuando se notó que su alteza hacia señal de suspension con el pañuelo. Alzado en pié entonces el justicia mayor, « El combate nada puede probar ni decidir, clamó en alta voz. La condesa doña María de Albornoz vive, y don Enrique de Villena es, sin embargo, culpado de felonía, si no de su muerte. »

Estas terribles palabras, que repetian los que estaban mas cerca á los que no las habian oido, extendiéndolas como se extienden á lo lejos las ondas de un estanque donde ha caido una piedra, produjeron la mayor expectativa en la asamblea, y fueron un rayo para don Enrique. — ¡Todo es perdido, clamó, todo!

— Sí, continuó Diego Stúñiga. La Providencia es justa; ella ha salvado á la condesa; hé aquí sus letras, y presto acaso su llegada á Andujar confirmará tan alegre nueva.

No bien habia acabado de hablar el justicia mayor, se hendió la multitud, que rodeaba una puerta de la liza, y se vió llegar á rienda suelta una cabalgata que no tardó en entrar en el palenque.

— ¿Es posible? se preguntaban unas á otras mil voces confusas y atropelladas; ¿es posible? ¡La condesa! ¡la condesa!

Doña María de Albornoz, pálida como la muerte, revestida aun del negro cendal con que habia salido de su prision, y seguida de Peransurez, y de varios armados, se dirigió á apearse ante su alteza, que la recibió en sus brazos. Don Enrique, confundido, se ocultó entre sus caballeros, y Elvira, luchando entre la duda y la esperanza, permaneció inmóvil, ora clavando los ojos con estúpido terror en el cuerpo del vencido, que yacia en tierra todavía, ora queriendo descifrar si era efectivamente su antigua amiga la que venia á librarla de la muerte que tanto habia deseado.

Informada la condesa anteriormente por Peransurez de cuanto habia ocurrido durante su prision, corrió en seguida á los brazos de Elvira, que la recibió en ellos con la insensibilidad de una estatua para quien nada tenia ya interés en el mundo.

Entretanto, llegando los jueces y el rey de armas al caido, desenlazáronle el almete: al respirar el aire libre pareció dar señales de vida, volviendo en sí lentamente. Su alteza, que habia bajado de su balconcillo, se encaminó con toda la corte hácia el sitio que habia sido teatro de la batalla, lleno del mas vivo interés por su doncel. La condesa, no menos animada del zelo por su defensor, arrastró á Elvira hácia el mismo paraje. La sangre que habia vertido el caballero por los oidos y las narices al

recibir el golpe de Vadillo, juntamente con el sudor y el polvo, impedian reconocer sus facciones.

—¿Es muerto? gritó don Enrique el Doliente á los que le reconocian. —¿Es muerto? preguntó la condesa. —¡Macías! gritó Elvira, devorando con sus ojos las facciones del caido. *¡Ah, no es él!* exclamó con frenética alegría, despues de un momento de duda. *¡No es él!* y se dejó caer en los brazos de la condesa, que la cubria de cariñosos besos.

Efectivamente, limpióse el rostro del vencido: era el generoso don Luis Guzman. Poseyendo la armadura del doncel, que Hernando le habia dejado, se habia lanzado á la palestra en contra de Villena, logrando persuadir al mariscal del campo y á los jueces de la identidad de su persona, sin quitarse la visera.

CAPITULO XXXIX.

Yo malo que obré el pecado,
Merecia haber la paga.
Mis ojos sean malditos
Que su hermosura miraran,
Que á no mirarla ellos
Todo este mal se excusaba.
No mireis, justo señor,
Su pecado; pues le paga
El cuerpo que lo tal hizo
A ella haced librada.

Rom. del rey Rod.

Luego que Fernan Perez se hubo repuesto algun tanto de su primer asombro volvió los ojos hácia su señor y viendo lo mal parado que estaba entre los suyos, llegóse á él con aire resuelto.

—¿Qué es esto, señor? le dijo. ¿La condesa aquí? ¿y el doncel?

—¿Qué ha de ser, Vadillo? repuso Villena: el infierno todo, que anda mezclado en mis asuntos. Mi castillo está en manos de traidores. La fuga es nuestra salvacion.

Dichas estas palabras, aprovechóse el conde de Cangas de la confusion general, y salió del palenque con Vadillo, y sus caballeros y vasallos, antes que pensara nadie en impedírselo; armándose en seguida y montando precipitadamente á caballo, tomaron á rienda suelta el camino de Arjonilla donde le pareció al conde que debia hacerse fuerte, y esperar el sesgo contrario ó favorable que quisiesen tomar las cosas. En el camino hubo de confesar toda su conducta el intruso maestre á Fernan Perez. Á pesar de su nunca desmentida fidelidad, no pudo disimular este un gesto de desprecio, hijo de la consideracion del carácter de aquel hombre, imperfecta mezcla de ambicion y pusilanimidad. No creyó, sin embargo, oportuno abrumarle con reconvenciones en la hora de su desgracia; desesperado de no haber acabado como creia con el hombre que le habia

ofendido en lo mas delicado de su honor, y cuya muerte habia jurado, suplicó al conde le permitiese adelantarse en su excelente caballo, para advertir su llegada al castillo y tomar disposiciones de defensa, segun le dijo, pero en realidad con ánimo de que no se escapase por esta vez á su furor el doncel, si estaba todavía aprisionado, como debia presumirse de su ausencia en el combate.

Advertida de allí á poco en el palenque la fuga del conde y de los suyos, fué tal la indignacion de su alteza al verse de esta manera burlado por su mismo pariente, á quien tantos favores habia dispensado, que á pesar de los ruegos de doña María de Albornoz y de Elvira, pudieron mas con él las sugestiones del pérfido judío Abenzarsal. Este, para salvarse y no verse arrastrado en la ruina del conde, no halló otro recurso que cortar el cable que unia su suerte á la del caido maestre, y como buen palaciego, fué el primero que manifestó la mayor indignacion contra Villena. Despachó, pues, el rey en seguimiento del conde al justicia mayor con numerosa comitiva de caballeros y hombres de armas, dándole órden de traerle á su presencia vivo ó muerto, y de salvar á toda costa al doncel de su venganza si existia en su poder todavía, como debia sospecharse de las informaciones que dió sobre el caso Peransurez.

Deseosa, sin embargo, la generosa condesa de endulzar el rigor de la ley por una parte, y por otra de cooperar á la libertad del doncel, que tan noblemente habia abrazado su causa desde un principio, y que por ello se veía en inminente peligro, se decidió á seguir al justicia mayor á Arjonilla, acompañándola Elvira, Jaime y Peransurez; aturdida todavía aquella con los singulares y opuestos acontecimientos que por ella habian pasado en aquel dia, y fieles los otros dos como siempre á la generosa empresa que habian abrazado. La impaciencia que á los cuatro animaba no les permitió esperar á la partida mas lenta del justicia mayor y de su tropa. Llevando además mejores caballos, ganáronles prontamente la delantera.

En el castillo se habia aplacado entre tanto el desórden y la confusion, producidos por la fuga de la condesa. Ferrus y Rui Pero se habian cerciorado con satisfaccion que solo uno de los prisioneros se habia escapado. Era, en verdad, el mas importante; pero Rui Pero se puso á la cabeza de unos cuantos hombres armados con no pocas esperanzas de recobrar á los frailes fugitivos, que habiendo salido á pié no podian haber andado mucho. Hubieran logrado su intento á no haber tenido tiempo Peransurez para llegar á la venta de Nuño; pero una vez allí, desnudáronse su disfraz, tomaron consigo unos cuantos monteros cólegas de Peransurez, y rodeando por el monte y sonando sus bocinas en son de caza, lograron burlar la vigilancia de los emisarios de Rui Pero, que buscaban dos frailes franciscanos, y no una compañía de cazadores. La condesa creyó oportuno avisar de su situacion á su alteza por medio del mismo Nuño, y de su compañero de viaje, por si se frustraba su fuga, ó por si no podia llegar á Andujar tan presto como era su intencion, á pesar de la poca distancia que hasta allí habia. Nuestros lectores

han visto cómo desempeñó Nuño su comision, y pueden figurarse que Rui Pero y los suyos recorrian todavía inútilmente los alrededores de Arjonilla. Ferrus, poco militar todavía y aturdido con cuanto le pasaba, no habia pensado en relevar las centinelas; y habiéndose convencido por una rejilla interior de la prision del doncel de que existia en su poder, permanecia Hernando en su puesto con su alano, bien decidido á vender cara su vida si no podia salvar á su señor: viendo que nadie se acordaba de él, se determinó por último á abandonar su guardia, y á buscar alguna otra manera de salvar á Macías. Echó á andar para esto á lo largo de la muralla, calada la visera de la mala celada que habia robado al difunto, y no le costó dificultad introducirse en lo interior del castillo, que por lo desmantelado servia de cuartel á los hombres de armas. No osaba preguntar por no delatarse á sí mismo; pero calculando la forma del edificio, anduvo con aire resuelto como si fuese á cosa hecha ó llevase alguna órden, y se acercó á un corredor ancho adonde caía efectivamente la escalerilla que daba entrada á la prision del doncel. Felizmente conservaba todavía las llaves en su poder, y Ferrus con la mayor parte de su fuerza se ocupaba en distribuir atalayas en las murallas, y en examinar de continuo el campo por ver de divisar á Rui Pero, de quien no dudaba que volviese con su presa.

Quedábale que vencer á Hernando una dificultad. En lo alto de la escalera habia un centinela, á quien Ferrus habia encargado la vigilancia.

—¿Quién va? preguntó este á Hernando luego que le vió acercarse.

—Compañero, repuso Hernando, tratando de ganarle por buenas, y aun de relevarle, si podia, ¿cae hácia esta parte la prision?

—Atrás. Parece que es nuevo el compañero segun la pregunta. Aquí cae; pero atrás.

— Ved que os vengo á relevar. ¡Voto va! podeis iros á descansar.

—¿A descansar, y hace un cuarto de hora que estoy en esta faccion?

—Malo, dijo para sí Hernando.

—No conozco yo la voz de ese compañero, dijo entre dientes el centinela, armando su ballesta. ¡Ea! atrás digo.

—¡Cuerpo de Cristo! exclamó furioso Hernando, viendo que su astucia no habia surtido efecto; si no conoces mi voz, jabalí, conocerás mi mano. Dijo, y se abalanzó sobre el contrario. Retrocedió este gritando «¡traicion! ¡traicion!» y disparó su ballesta: recibió Hernando la saeta en el brazo izquierdo; pero no haciendo mas caso de ella que de la picadura de un insecto, levantó su mano de hierro, y asiendo del centinela por la garganta, alzóle del suelo, dióle dos vueltas en el aire con la misma facilidad y desembarazo que da vueltas un muchacho á su honda, y despidiólo contra la pared del corredor, donde produjo el infeliz un chasquido hueco, semejante al de una inmensa vejiga que revienta, cayendo despues al suelo sin mas accion que un costal, ó un haz de fagina. Arrancóse en seguida la saeta del brazo Hernando, y pasándola por los talones del vencido, colgólo en la pared de una fuerte escarpia que servia para suspender de noche una lámpara, donde le dejó cabeza abajo en la

misma forma que hubiera hecho con un venado. Sin reparar en la sangre que de su herida corria, abalanzóse despues Hernando con las llaves á la escalera, la cual bajó con la misma prisa y ansiedad y latiéndole el corazon con la misma fuerza que si le esperase abajo una querida que fuese á ver solo por primera vez.

El desdichado doncel, que ningun ruido habia vuelto á oir desde su encierro en aquel subterráneo, sino era el monótono rumor del torrente, que casi debajo de sus piés corria, paseaba entre tanto su estancia con paso largo y precipitado, indicio de la agitacion de su alma.

— ¡ Elvira, decia hablando con su señora, Elvira, hé aquí el estado infeliz á que ha reducido tu obstinacion á tu amante desdichado! ¡ Te lo predije! ¡No oiste mi voz! ¡ No creiste mis palabras! Goza ahora, goza tranquila en los brazos de tu esposo esa felicidad maldecida que yo solo perturbaba. ¡ Ah, traidor Villena! ¡ Ah, fementido Hernan Perez! ¡ De esta suerte me vencereis! ¡ Yo siento su mano aun dentro de la mia! ¡ Siento su corazon latir fuertemente contra el mio; la veo, la oigo; sus lágrimas ardientes corren aun á lo largo de mis mejillas! Su voz trémula y agitada, su voz ronca de pasion, ahogada por el amor, pidiendo piedad y misericordia, resuena aun en mis oidos. La estrecho entre mis brazos. Dia y noche desde entonces siento sobre mis labios la opresion dulcísima, el calor inmenso de los suyos. ¿No lo sientes, Elvira, tú tambien? ¡ Nunca se apagará este ardor y esta memoria! ¡ Es fuego, es fuego, es el amor entero, es el infierno todo sobre mis labios desde entonces!

El mayor abatimiento sucedió á este corto extravío de la razon del doncel. Una llave sonó de repente en la cerradura de su prision, y un momento despues se hallaba en los brazos de Hernando. No acababa el prisionero de creer á sus ojos.

—Ea, señor, dijo Hernando despues de una breve pausa, conoce á tu montero. Toma esta espada. No es la tuya, señor; es la de un villano; pero en tus manos será la del Cid. A mí me basta un venablo. Salgamos.

— ¿ Adónde, Hernando? ¿Quién te trajo? ¿ dónde estoy?

—Despues, despues, repuso Hernando mirando á todas partes con la mayor inquietud. El grito del centinela puede haber dado la alarma y urge el tiempo.

—No, Hernando; déjame morir en esta soledad, repuso el doncel con dolor. No la veré aquí al menos acariciando á otro.

—Te ciega tu pasion, Macías, contestó el montero. Huyamos. Ven de grado, si no quieres venir á tu pesar.

Disponíase el montero á cumplir su amenaza apoderándose á viva fuerza del doncel, proyecto que hubiera llevado á cabo fácilmente, ayudado de su robusto brazo, cuando un sordo estruendo de armas se dejó oir en el corredor.

— ¡ Voto á tal! exclamó Hernando aplicando el oido. Me han descubierto los traidores; vendámosles caras nuestras vidas.

Dichas estas palabras asió el montero de un brazo del doncel, y obligóle á subir con él la escalera.

—¡Traicion! ¡traicion! gritaban en lo alto de ella varios soldados que se preparaban á impedir la evasion de los fugitivos. De allí á poco se trabó un combate encarnizado en el corredor. Cargaba mas gente por momentos, y Ferrus, que habia reconocido al montero, animaba á los suyos con promesas y amenazas.

—Ven, villano, gritaba Hernando á Ferrus, ven, juglar infame: yo soy el que ha librado á la condesa, yo el que habia de librar á mi señor. Llega, y probarás mi venablo.

—¡A él, amigos, á él! gritaba Ferrus sin dar reposo á los suyos: é les el traidor; ¡muera Hernando, muera!

Macías, animado con la pelea, se defendia valientemente haciendo prodigios de valor, y derribando cuanto se ponia á su paso; pero era evidente que hallándose como se hallaba desarmado, no podia resistir por mucho tiempo al número de sus contrarios. Él y Hernando se vieron precisados despues de haber derribado inútilmente á algunos de sus enemigos á refugiarse hácia la prision. Acababa de entrar Macías en ella, cuando se abrió paso por entre los que le acosaban un caballero gritando con la espada desnuda:

—¡Ténganse todos! ¡fuera, villanos! ¡A mí! ¡dejádmele á mí! el doncel me pertenece.

—¡Fernan Perez! gritó fuera de sí el doncel cobrando nuevo valor, y dirigiéndose hácia el enemigo que acababa de llegar.

Suspendiéronse á la voz de entrambos los combatientes, y Hernan Perez solo se precipitó tras Macías en la prision. No pudo evitar esto Hernando, ni menos que Fernan Perez, dentro ya con su rival, corriese un enorme cerrojo que por dentro la cerraba. Agobiado por el número de los que le rodeaban y querian rendirle, quedó en la escalera jurando y blasfemando de su mala suerte, que le impedia ayudar á su señor. Haciendo entonces el último esfuerzo, atravesó con el venablo á dos de los que mas cerca tenia, y abrióse paso por entre los demás, aterrados de la muerte de sus compañeros. Precipitóse en seguida sobre Ferrus, que huía despavorido por el corredor seguido de su alano, el cual amenazaba con los dientes hacer presa en el primero que tocase á su amo; y asiendo al juglar de la garganta,

—Villano, le gritó, condúceme á las cadenas del rastrillo de la prision, ó eres muerto.

No osaba llegar á Hernando ninguno de los del castillo, temerosos de que clavase el venablo en su alcaide á la menor contradiccion; Ferrus entretanto aterrado, —¡Ah, señor! clamó, si me perdonais la vida, yo os llevaré donde gusteis. —Ea, pues, vamos, replicó Hernando, y llevándole siempre asido de la garganta le siguió adonde Ferrus todo trémulo le guiaba.

Entretanto luchaban animados de igual furor Hernan Perez y Macías, cerrados en la prision. Pocos golpes habrian dado y recibido, cuando resonó por todo el castillo el rumor de varias trompetas, y el estruendo de muchas gentes de armas que llegaban nuevamente. Don Enrique de Villena y los suyos acababan de entrar en él. Casi al mismo tiempo llegó

doña María de Albornoz y Elvira, y al nombre de la condesa fuéles abierto el puente.

Dirigiéronse los primeros, informados de cuanto ocurria, hácia la prision del doncel, y hallándola cerrada por dentro, mandó el conde que se forzase la puerta, operacion á que se dió principio con la mayor actividad.

Doña María de Albornoz y Peransurez, no conociendo mas camino á la prision del doncel que aquel que ellos habian andado antes de la fuga, se dirigieron por el contrario entre la muralla y la zanja, llegaron al frente de la prision, oyeron el ruido de las armas de los combatientes, y el estruendo de los que por el opuesto lado forzaban la puerta que habia cerrado Vadillo; pero ¡cuál fué su sorpresa cuando vieron el espectáculo que se ofreció á sus ojos! Hernando, asomado á una galería sobre la prision, desde donde se soltaban las cadenas del rastrillo, tenia asido aun al juglar y lo ahogaba casi con su mano intimándole que le ayudase á soltarlas. Ferrus, sin embargo que sabia el horrible secreto del rastrillo, por el cual no podia pasar nadie sin caer en la zanja y hacerse pedazos en los muchos pinchos de hierro de que estaba erizada, lleno de pavor queria explicarse, porque no tomase luego Hernando mayor venganza de la catástrofe que debia seguirse á la bajada del rastrillo. No concediéndole, empero, Hernando parlamento, y viéndose Ferrus ahogar, hubo de ceder, y ayudó á Hernando como pudo á soltar las cadenas. — ¡Sálvate, Macías, sálvate! gritó desde arriba Hernando con voz que retumbó en todo el castillo, y entonces se ofreció á los ojos de doña María y de Elvira el horroroso combate.

— ¡Cielos! exclamó Elvira. ¡Bárbaros, teneos! ¡Tomad mi vida, tomadla! Precipitóse Elvira hácia la prision, y puesta en el borde del abismo, — ¡Macías! clamó sin podérselo nadie impedir. ¡Hernan Perez! ¡Cesad, bárbaros, en tan cruel combate, ó este precipicio será mi tumba!

No volvió siquiera Hernan Perez la cabeza; antes mas encarnizado que nunca al oir la que causaba su implacable rencor, redobló sus golpes. No sucedió así al doncel; volvió la cabeza rápidamente, y al ver á orillas de la zanja á Elvira, pronta á precipitarse en ella, desasióse del hidalgo, á tiempo que caía hecha pedazos la puerta de la prision con horrible fragor, y que se entraban dentro don Enrique y los suyos.

— ¡Elvira! gritó Macías saliendo de la prision. ¡Elvira! Lanzóse en seguida al rastrillo. — ¡Perdon! gritó con voz desesperada Ferrus á Hernando, y al mismo tiempo, cediendo la trampa del rastrillo al peso del caballero que la oprimia, hundióse el doncel súbitamente, y su cuerpo destrozado llegó á lo profundo de la sima, dando de hierro en hierro, y profiriendo sordamente *¡es tarde! ¡es tarde!*

Un chillido agudo y desgarrador, lanzado del pecho de Elvira, resonó hasta el mismo corazon de los espectadores espantados. Un momento de pausa y de terror se siguió.

— ¡Malvado! ¿lo sabias? gritó únicamente Hernando desesperado, y se precipitó sobre Ferrus, que exánime no le ofrecia resistencia alguna.

Asiéndole entonces de su cabellera roja.... ¡Bravonel! gritó, ¡Bravonel! ¡al oso! ¡al oso! y lanzó en medio de la galería al juglar, que corrió un momento huyendo del animal. Pero Bravonel furioso se arrojó sobre él, y haciendo presa en su garganta, destrozólo en minutos, al mismo tiempo que Hernando le animaba gritando: ¡Pieza! ¡pieza! No era digno el infame de morir por mi mano. ¡Pieza! ¡pieza!

Quedó Hernan Perez mirando cruzado de brazos á la profunda sima, envidioso de que le hubiese robado la dicha de acabar con el doncel. Furioso como aquel que no habia satisfecho toda su ira, lanzóse por el borde que habia quedado en el rastrillo á uno y otro lado de la trampa hundida, bastante ancho todavía para andar por él una persona. Elvira en tanto miraba la sima con ojos vidriados, en que se veía la fijacion del estupor y el extravío de la demencia. Habíase secado ya para siempre el manantial de sus lágrimas.

— ¡Héle ahí! le gritó Hernan Perez señalando la zanja: ¡héle ahí!

— ¡Es tarde, es tarde! repuso Elvira dando una horrorosa carcajada.

— ¡Bárbaro! gritó el pajecillo echándose al paso de Hernan Perez: ¡Bárbaro! y se dispuso á defender á su prima con un denuedo ajeno de su edad. En aquel momento pareció Elvira volver en sí para reconocer á su esposo, y sobrecogida de terror huyó despidiendo del pecho agudos alaridos.

Precipitáronse los circunstantes sobre el hidalgo; no pudiendo este llegar á Elvira, — ¡Maldición sobre tí, y desprecio! la gritó; ¡y entre nosotros eterna separacion!

Al mismo tiempo se oyeron por el castillo voces de ¡arma! ¡arma! ¡Santiago!

De allí á poco las murallas eran el teatro de un sangriento combate. Despues de una hora de refriega, y de muy entrada la noche, replegáronse por fin las gentes de Villena, acaudilladas por el hidalgo, que habia peleado con desesperacion, y el justicia mayor clavó el pendon real en una almena.

Hernando, que habia tomado á su cargo dañar á los sitiados en compañía de Peransurez, para facilitar la entrada á las tropas reales y defender á la condesa, peleó como aquel que acababa de perder el único interés que le ligaba á la sociedad, y logró mantener ilesa á doña María hasta el momento de la victoria. Restituida aquella al justicia mayor, no se volvió á ver á Hernando ni á su alano. Se presume que privado de su amo, que era el único que podia hacerle soportable la existencia en la corte, se hundió para siempre en los montes, y hay cronista que afirma que años adelante murió á manos de un oso mas feroz que él.

Don Enrique de Villena fué llevado ante el rey Doliente, y el impudente medio de que se valió para conservar, aun despues de lo ocurrido, su maestrazgo, diciéndose en público impotente, solo contribuyó á dar á todos una idea mas clara de su baja ambicion. Los ruegos, sin embargo, de la generosa condesa, que se retiró á sus estrados á llorar su desdichada boda y la suerte de Elvira, salvaron la vida al conde, quien desde entonces vivió en retiro filosófico entregado á las letras, para las cuales

habia nacido, mas bien que para las armas ó la corte. Es cosa sabida que despues de su muerte quedó hecho trozos en una redoma, como hechicero que habia sido.

Don Luis de Guzman, restablecido de sus heridas, fué elegido maestre de Calatrava por el capítulo de la órden.

Nadie entretanto habia visto á Elvira desde el momento en que empezó el combate y la confusion. Buscósela de órden de la condesa muchos dias, porque el rencoroso Fernan habia jurado no volver á recordar nunca su nombre; fué imposible, empero, dar jamás con ella; tanto, que el fiel pajecillo, desesperado de la pérdida de su hermosa prima, no pudo resistir á su dolor, y tomó de allí á poco el hábito en una órden religiosa.

Es fama únicamente que durante el combate se vió en diversos puntos de la muralla, sin temor alguno ni á las armas, ni á los combatientes, ni á las llamas, que consumieron aquella noche el castillo sin saberse quién las hubiese prendido, una mujer desmelenada, agitando con ademan frenético una antorcha en medio de las tinieblas, y gritando con feroz expresion « ¡es tarde! ¡es tarde! » lema antiguo del fatal castillo.

No faltó en la comarca quién creyó que solo podía ser la mora encantada la que parecia triunfar con bárbaro regocijo de la destruccion de su antigua cárcel, repitiendo el fatídico ¡es tarde!

CAPITULO XL.

¡Tarde acordaste!!!....
Rom. del conde Claros.

Algunos años habían pasado ya desde los sucesos que dejamos referidos. Ocupaba el trono de Castilla el señor don Juan II, hijo del muy ínclito y poderoso rey don Enrique el Doliente, y ocupábale en su menor edad, regido y dominado por unos y otros bandos y parcialidades.

Dos caballeros, ricamente ataviados y montados, pasaban una tarde por la plaza de Arjonilla. Brillaba en el semblante del mas lujosamente vestido la satisfaccion que da el poder y la riqueza: distinguíase en el ceño y en la oscura frente del otro la huella de antiguos pesares.

—Si no fuese detenernos mucho, dijo el primero al segundo, veria de buena gana qué turba es aquella que se agita en el extremo de la plaza. ¿Llegamos?

—Como gusteis, señor don Luis de Guzman, repuso secamente su compañero; si bien yo no puedo parar mucho en este pueblo maldito sin agravarse mis males.

Llegáronse, efectivamente, al grupo. Una infinidad de muchachos le formaban, y algunos habitantes de Arjonilla con ellos. Una mujer en medio parecia querer huir de la importuna concurrencia. Sus vestiduras se hallaban manchadas y rotas por diversas partes: su pelo suelto y descuidado parecia haber sido hermoso; sus facciones flacas y descompuestas debian haber tenido en su juventud proporciones agradables. Esto era todo lo mas que se podia decir. Sus ojos, hundidos en el cráneo, brillaban con un fuego extraordinario, y parecian querer devorar al que la miraba; sus ojeras negras, sus mejillas descarnadas, su frente surcada de arrugas, y sus manos de esqueleto, manifestaban que alguna enfermedad crónica y terrible consumia su existencia.

Arrojábanla pellas de barro los muchachos y corrian tras ella. — ¡La loca! ¡la loca! gritaban. ¿Cómo te llamas? ¿Nos dices la hora que es? ¡La loca! ¡la loca!

A toda esta algazara respondia la desdichada con una feroz y extraviada sonrisa; parábase, escuchaba un momento, y soltando una estúpida y horrible carcajada, — ¡Es tarde! gritaba con voz ronca; ¡es tarde! Despedazábase al mismo tiempo las manos, y dábase golpes en el pecho.

—¿Qué es eso? preguntó don Luis á un muchacho.

—¡Ah! señor maestre, contestó el muchacho, que parecia conocer al caballero, ¡es la loca!

—¿Y quién es la loca?

—Aquí, repuso el muchacho, solo por ese nombre la conocemos; de temporada en temporada se aparece por el pueblo: otras veces vive por el monte, y dicen los pastores que gusta mucho de pasar los dias enteros mirando á los barrancos. No habla mas que dos palabras. No llora nunca: ¿oís esa carcajada? Eso es lo que hace; aquí siempre estamos deseando que venga, porque es para todo el pueblo una diversion.

— ¡Infeliz! dijo don Luis: ¿no quereis verla, señor Hernan Perez?

— No; esos espectáculos me ponen de mal humor. ¡Miserable! será acaso alguna madre que haya perdido á su hija. Vamos de aquí, señor don Luis.

— O alguna amante desdichada, señor Hernan Perez, dijo riéndose con indiferencia don Luis, y picando espuelas á su caballo. De allí á poco ambos caballeros desaparecieron, apartándose de la turba que seguia ostigando á la demente, la cual solo respondia de cuando en cuando con su acostumbrada carcajada y su desdichado estribillo: ¡es tarde! ¡es tarde!

Pocos años despues entró une madrugada el sacristan de la parroquia de santa Catalina de Arjonilla en la iglesia, y parecióle ver un bulto extraordinario al lado de un sepulcro. Efectivamente, era la loca.

— Loca, le dijo dándole con el pié. ¡Pues está bueno! Esta se quedaria aquí ayer en la iglesia cuando la cerré. Vamos, buena mujer. ¡Estará borracha!

Dábale con el pié, pero el bulto no se movia. Acercóse el sacristan,

y vió que la loca tenia un hierro en la mano, con el cual habia medio escrito sobre la piedra: *¡es tarde! ¡es tarde!* Pero ella estaba muerta. Sus labios frios oprimian la fria piedra del sepulcro. Un epitafio decia en letras gordas sobre la losa:

AQUI YACE MACÍAS EL ENAMORADO.



PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odeon.



